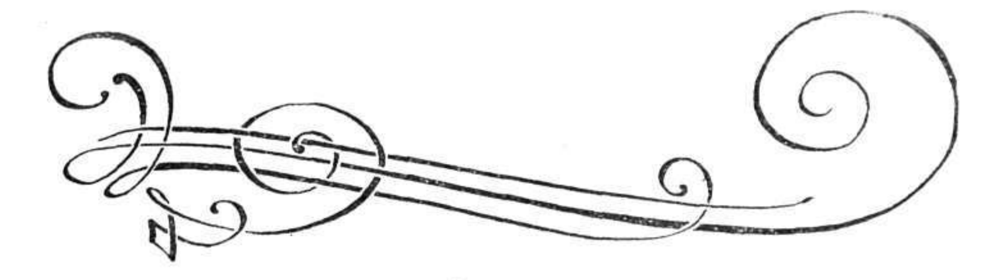


SAN MARTIN, por ALONS


Untisal
Contra Reuma y
Dolores Musculares
'Disuelve'
las durezas y
activa la cir-
culación.
Desintoxica
los musculos
y evita la fa-
tiga.
$ 1.80
FRASCO
MEDIANO
FRASCO GRANDE $ 6.-



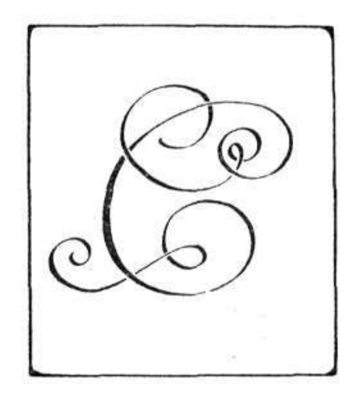
BUENOS AIRES, 23 DE MAYO DE 1931

CARAS Y CARETAS

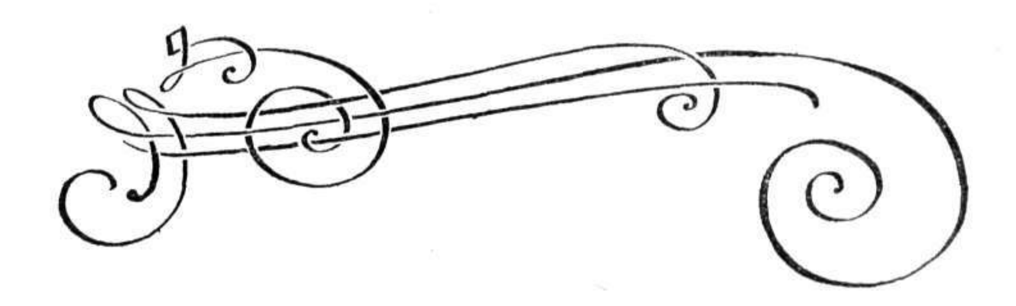
AÑO XXXIV

JOSÉ S. ÁLVAREZ
FUNDADOR

Nº 1703



onmemorando la gloriosa efemérides patria, "Caras y Caretas" presenta a la consideración de su público lector este número, que continúa la serie de otros años anteriores y que constituye, dentro del periodismo porteño, una tradición ya sólidamente establecida. ♥ ♥ Entendemos, así, cumplir con una misión patriótica y útil a la nacionalidad evocando periódicamente el recuerdo de los ciudadanos que lucharon y se sacrificaron noblemente en la conquista de un ideal puro de patria y libertad. ♥ ♥ Las naciones son grandes no solamente por su progreso actual, sino también por las glorias de su pasado histórico, y en ese sentido, la República, hoy en plena evolución, puede volver con orgullo y justa jactancia sus ojos hacia atrás: nuestro Pasado ilumina, sin sombras, nuestro Porvenir.



Las tertulias his

La moda femenina en Buenos Aires. — Los bailes. — Sencillez de las criollas. — La patria y el baile. — El amor en danza. — El mate en las Manuelita Rosas. —

Por JUAN JOSE

La moda femenina

VARIAS damas pidieron, en Mar del Plata, a monseñor Franceschi una disertación sobre el vestido de las niñas modernas. El ilustrado sacerdote se excusó:

—*No me gusta hablar mal de los ausentes.*

Entre las modas argentinas de hace un siglo y las modas actuales, existe una diferencia tan enorme que, a no mediar los documentos gráficos, se creería en la fantástica invención de un artista demente. ¿Cómo las niñas han podido ocultar, hace cien años, su belleza de estatuas? ¡Heroico sacrificio! Metidas en sus faldas ampulosas y huecas, debieron sugerir a nuestros bisabuelos la impresión de barriles andantes. ¡Cuánta imaginación habrán necesitado los poetas para compararlas con los ángeles! En sus trajes de miriñaque, a través de sus catorce enaguas de almidón crujiente, ¡quién les iba a adivinar la anatomía! Porque el obstáculo para los estetas no estaba solamente en el esponjoso miriñaque. Estaba en la paciencia con que todas las mujeres, por culpa de la moda, disimulaban sus más pequeñas gracias naturales. Todas ellas, para completar su sacrificio, rellenábanse el busto haciéndole perder sus líneas verdaderas. Las mantillas cruzadas sobre el pecho y los abanicos grandes como biombos, contribuían también a ocultar la belleza pagana. Basta ver los grabados antiguos: todas las mujeres nos parecen las mismas... El cristianismo, como escuela de moral, influyó eficazmente en las modas. Los figurines de las grandes modistas porteñas, antes de ir al hogar pasaban por la censura previa de la vicaría.

Los bailes

EL tamaño de los trajes femeninos, la amplitud de las peinetas, la locura de los peinetones, todo, en suma, exigía de las danzas tuvieran un ritmo cadencioso, capaz de permitir que las niñas evolucionaran en el salón como naves entrando en un puerto. Se bailaba bajo un lento vaivén, sin fatiga, como niños de escuela. La danza más fina era el minué francés con su compás ternario, que hamacaba a las parejas en una música lánguida y dulzona, elaborada en la confitería. Más adelante el minué se modificó con el nombre de *El montonero*. En 1840 se transformó, otra vez, en *Minué Federal*, y se bailaba en homenaje a Rosas. La contradanza preferida en 1810 fué la *Colombiana*. También estuvo en auge la *Gavota*, baile que permitía a los danzarines lucir su inteligencia en difíciles y complicados movimientos de pies, así como el *Rigodón*, cuyas figuras lentas y ondulantes favorecían las charlas y las bromas.

El baile era siempre dirigido por un *bastonero*. "Este funcionario — dice Pastor Obligado — inevitable en las tertulias, tenía la misión de anunciar en voz alta lo que debía bailarse; pero antes cumplía la obligación de formar las parejas a su antojo, de acuerdo con el protocolo de las categorías. En los antiguos tiempos se observaba la más respetuosa etiqueta en la combinación de las parejas. Los oidores y los coroneles bailaban con las señoras de

tóricas de antaño

costumbres. — Los peinetones y los miriñaques. — La belleza de las tertulias. — El salón de misia Mariquita. — Los miércoles de Tertulias científicas.

DE SOIZA REILLY

su clase. Con frecuencia la tertulia se interrumpía violentamente por una indiscreción del *bastonero*. La familia que se consideraba agraviada, tomaba la puerta seguida de todos sus parientes y amigos. En las tertulias de Sáenz, donde creemos apareció por última vez el *bastonero*, éste solía ser don Juan Arzac, hombre bueno, pianista, pero sordo, que *tocaba de oído*"...

La evolución de Buenos Aires puede estudiarse a través de las danzas. El minué responde a la carreta de bueyes como un verso a otro verso. Luego, cuando las vibraciones del progreso se hicieron más intensas y se oyó en las calles el silbido de la locomotora, el vals echó chispas en todos los salones. Más tarde, cuando el automóvil achicó el espacio, el "fox-trot" transmitió a las parejas el dinamismo loco de la música negra...

Sencillez de las costumbres

Los trajes complicados de las damas y de los caballeros, no marchaban de acuerdo con la sencillez de las costumbres. Las familias más ilustres reunían a sus amistades, con frecuencia, en tertulias amenas. El baile comenzaba a las ocho de la noche, para concluir cuando el reloj de San Ignacio — el más exacto — anunciaba las doce. En determinadas ocasiones la danza se prolongaba hasta las tres o cuatro de la madrugada. Pero, nunca más tarde... Los jóvenes de mayor fortuna y de prosapia noble, eran comerciantes o dependientes de tienda o de almacén que, a las siete de la mañana, abrían sus negocios. Las niñas, por su pare, se levantaban "con la fresca", muy temprano, para asistir en compañía de *mama* o de *agüelita*, a la misa del alba...

Los días de tertulia eran, al principio, los sábados. Así los caballeros podían descansar el domingo. Más adelante fué un rasgo de distinción dar tertulias los lunes. En los hogares más cultos se exhibía, en el salón de las visitas, la imagen de algún santo. "Antes de comenzar la danza — cuenta Obligado en su "Crónica del Virrey de los Tres Siete" — era costumbre que las damas, las niñas y los hombres se arrodillaran delante de la imagen a rezar el rosario." En seguida, comenzaba la música.

— *El piano* — dice don José Antonio Wilde — *era el instrumento favorito. Las familias ricas contrataban a un maestro encargado de ejecutar las piezas. Los maestros eran negros o pardos que se distinguían por sus modales cultos y sus genuflexiones. Los más famosos fueron Roque Rivero, alias "Roquito", y Remigio Navarro. A menudo, para evitarse gastos en épocas de crisis, las mismas niñas suplían al maestro, turnándose en el piano.*

Si no había piano, bailaban al son de la guitarra. Y en las tertulias íntimas, a falta de instrumentos musicales, las parejas danzaban al compás del minué o de la gavota que la abuela y el abuelo soplaban sobre peines envueltos en hojitas de papel de seda.

En ninguna tertulia de abolengo faltaba un sacerdote que presidía la fiesta, en el estrado, junto al dueño de casa. Muchos de esos sacerdotes hoy brillan en la historia por sus grandes virtudes: Valentín Gómez, Mariano Escalada, fray Cayetano Rodríguez, Saturnino Segurola y Lezica...

Los peinetones y los miriñaques

La moda de los peinetones y de los miriñaques se mantuvo durante cuatro lustros, hasta el año 30 en que comenzó su decadencia. Las damas no sólo asistían con ellos a los bailes; iban a la iglesia, frecuentaban las tiendas, paseaban en las retretas de la Recova e interrumpían el tráfico, hasta el punto de que, en 1829, las autoridades fijaron en los muros de Buenos Aires un edicto donde se establecían las dimensiones máximas de los peinetones: "Estas medidas de seguridad pública — terminaba el edicto — se toman en virtud de las numerosas personas que han sufrido pinchazos en los ojos y han quedado tuertas".

Sarmiento describió en su estilo pintoresco el espectáculo de las mujeres de miriñaque y peinetón paseando por las calles:

—"Aquellas fragatas de alto bordo — dice — se avistaban viniendo en direcciones opuestas y no siendo de *buen tono* hacerse concesiones, que eso sería arriar la bandera, ni saludarse, que se tomaría por *pedir cuartel*, se apercibían para sostener dignamente el choque posible del velamen: *envergure*. Llegados a distancia de abordaje, viraba a babor lentamente una, a estribor la otra nave; y, gracias a la perfección y compostura de la maniobra, ambos peinetones giraban como las estrellas dobles, en torno de un centro imaginario".

La patria y el baile

En la época de la independencia y y después, bajo la tiranía de Juan Manuel de Rozas, muchas tertulias fueron un pretexto para conspirar en favor de la patria. Famosas eran, por ejemplo, las que en vísperas de la revolución del año 10, se realizaban en casa de Cornelio Saavedra y de Rodríguez Peña. Las mujeres transmitían por detrás de los abanicos las noticias secretas de la revolución. Más adelante, vinieron las tertulias de la libertad. En el salón de misia Mariquita Sánchez de Thompson — en la calle Florida — se cantó por primera vez el himno nacional. El maestro Parera ensayó allí, en clavicordio, la música patricia y Vicente López, recitó sus estrofas vibrantes.

Después — bajo el túnel de la tiranía — los saraos porteños cultivaron el odio contra Rosas. Muchas de estas tertulias terminaban de improviso bajo el puñal de la Mazorca. Las armonías del minué morían, a veces, en un charco de sangre...

Las tertulias más brillantes de entonces eran las que daba don Carlos María Huergo, que con su hija Jovita, ayudaba a los *unitarios* salvándolos de una muerte segura; las de doña Mauricia Fernández de Coronel; las de don Juan Bernabé Molina; las de doña Pastora Botet de Senillosa; las de don Juan Bautista Peña...

El mate en las tertulias

La patria era pobre. Las tertulias no tenían otro lujo que la belleza de las damas y la galantería de los caballeros.

Si el baile duraba hasta las doce sólo se servía mate — amargo o dulce — cebado por negritas vestidas de cretona floreada y blanco delantal. Si la reunión se prolongaba más allá de las doce, se daba chocolate con plantillas. "En las tertulias de verano de misia Mariquita Sánchez de Mendeville, viuda de Thompson — según dice don Vicente Quesada — la dueña de casa se instalaba con sus amigas en el patio, bajo un amplio naranjo. Mientras los jóvenes danzaban ellas tomaban mate. Recuerdo a las señoras Correa de Lavalle, Reinoso de Pacheco, Villanueva de Armstrong, Plomer de Lozano, Telechea de Pueyrredón, etc. Algunas visitas que no tomaban mate eran obsequiadas con un panal disuelto en un vaso de agua fresca sacada del aljibe".

En ciertas tertulias, igualmente selectas, las señoras de edad se refugiaban en la sombra — como en los tiempos modernos — "para fumar un cigarrito".

El doctor Wilde nos lo cuenta en el capítulo XXVII de su bello libro "Buenos Aires":

—"*¿Fumaban las señoras? No se ruboricen ni se enojen nuestras bellas lectoras. ¡Sí; y mucho! En la clase baja era sin recato; veíanse mujeres fumando con to-*

Juan José de

da desenvoltura en las puertas de calle. En la clase media se empleaba el disimulo, pero no era raro sorprender a la señora de la casa, y aún a sus amigas, sentadas en el patio, con enormes cigarros que escondían a la entrada de algún inoportuno.

Las damas de más alta jerarquía fumaban también pero adoptaban para saborear el pucho precauciones severas."

El salón de misia Mariquita

Al hablar de las viejas tertulias, todos los cronistas de antaño recuerdan con cariño a misia Mariquita.

"*Su salón* — dice don Pastor Obligado en sus "Tradiciones argentinas" — *era el más concurrido y era el más prestigioso. Desde el año 1806 hasta 1866, con breves interrupciones, pasó por él todo cuanto de notable llegaba al país. Ya en "el año de la reconquista" se reunían en torno a la mesa de "malilla" las bellezas de su tiempo, rodeando al "virrey de la victoria", general Liniers, codeándose con Pueyrredón, Sáenz Valiente, Sarratea, Lezica, Escalada, Berresford...*"

Misia Mariquita Sánchez casó en primeras nupcias con un gallardo caballero inglés, don Martín Jacobo Thompson, que como regalo de bodas le entregó los títulos de propiedad de la manzana de terreno comprendida entre las calles Florida, Sarmiento, San Martín y Cangallo. Tuvo un hijo, Juan Thompson, escritor olvidado en las antologías argentinas, a pesar de haber pertenecido a la Real Academia Española. En segundas nupcias, misia Mariquita casó con el señor Wáshington Mendeville, de cuyo matrimonio conservaba cuatro hijas — Clementina, Magdalena, Albina y Florencia — y un varón, Julio de Mendeville, que descolló con brillo en nuestra diplomacia.

Durante más de medio siglo las tertulias de misia Mariquita reconcentraron la atención del país. En su aristocrático salón cabían los artistas, los hombres de ciencia, los poetas y los oradores. Ningún hombre de luces golpeaba en su portal inútilmente. Ninguna noble acción dejaba de merecer allí su premio. Bernardino Rivadavia no hubiera fundado la "Sociedad de Beneficencia" sin su ayuda. Ella fué secretaria y después, presidenta de la institución. En 1826, las damas argentinas obsequiaron al almirante Brown con una bandera de la patria. Misia Mariquita hizo entrega oficial de la enseña. El marino, emocionado por las palabras de la bella dama, contestó:

—"*Esta bandera es el símbolo de la belleza de la mujer argentina. Juro que una vez enarbolada no ha de venirse abajo sino cuando el mástil se rompa o mi buque se hunda.*"

Esta misma bandera cubrió el cadáver del almirante Brown. (La bandera cayó con el mástil; se hundió con el buque...)

Tertulias científicas

La falta de ateneos, de círculos intelectuales y de periódicos de ciencias y de artes, se suplía con las tertulias familiares. Se cultivaba la conversación. El cronista Batolla nos describe una de esas tertulias:

—"Algunos médicos y publicistas como Carta Molina, Gaffarot, Belmar, Loreille, el físico Lozier, el botánico Ciarinelli, el economista Wilde, el pintor Gould y otros se reunían entre las damas para conversar de las grandes novedades científicas del tiempo. Juan Cruz Varela, niño, recitaba versos. Lozier y Ferratti solían amenizar la tertulia, alternando las danzas, con experimentos de química y de física."

Manuelita Rosas también ofrecía tertulias a sus amistades. Tenían lugar los miércoles, en su espaciosa quinta de Palermo. Si el día era templado se bailaba a bordo de la goleta puesta por su padre sobre las toscas del jardín, a la orilla del río. Primero servíase una cena y de sobremesa, iniciábase el baile. La música era ejecutada al piano por los maestros Esnaola y Marota y otras veces, por los pardos Tiburcio, Ambrosio, Marradas, Albornoz o Espinosa. Cuando le anunciaron a don Juan Manuel el paso del Diamante por las tropas de Urquiza, el tirano que bailaba una contradanza con la señorita de Pérez del Cerro, exclamó:

—*¡Ese salvaje viene a estropearme la felicidad!*

Y fué cierto. La felicidad casi tiempre termina en la mitad del baile...

Soiza Reilly

La "Sarmiento" en

Por GERAR

SOBRE el fondo deslumbrante de las montañas, las vergas de la fragata "Presidente Sarmiento", con las velas aferradas, presentan sus brillantes aristas que parecen robadas a la nieve de las cumbres; y la graciosa arboladura, cada día más vieja y cada día más nueva, se convierte una vez más en una afirmación de patria. Porque si la presencia de nuestro buque-escuela tiene significación en los puertos de los países extranjeros que visita, más posee aún en la lejanía de Ushuaia, la población más austral de la República. Es que en la soledad y frente a la imponencia aterradora de la naturaleza es donde el símbolo se agiganta y afirma. Y aquí la popular fragata viene a recordar a los escasos pobladores que la Nación les envía la esperanza de su Armada, sus jóvenes aspirantes, para que conozcan desde ya las costas inverosímiles de estas regiones y aprendan a amar la grandeza de los picos helados y la majestad de los canales infinitos.

Hacia el Sur

BAJO el comando del capitán de fragata Francisco Lajous, el 21 de febrero la "Sarmiento" abandonó Buenos Aires para cumplir el vasto itinerario de su 31º viaje de instrucción. Y enfiló proa al sur. Antes que poner a los cadetes en contacto con los países de Norte América y de Europa, se quiso enfrentarlos con nuestros duros mares. Así la ruta fué fecunda en enseñanzas. Puertos, bahías, fondeaderos, canales, islas, peñascos, faros y balizas. La atención constante, una observación que sigue a otra observación, el consejo, la referencia oportuna, el espíritu en latente atención, la aplicación práctica de lo aprendido... Tarea intensa y sabia, labor ignorada y silenciosa, cumplida incesantemente en la calma de un paso bonancible, o en el rolar continuo de muchos días de viaje, o en medio de la ola enfurecida, bajo el azote helado del agua que se rompe contra el casco. Hasta Ushuaia. Es decir, que, llegando aquí, quedaba hecha la vía que más ha de conocer el marino argentino, la más penosa tal vez, pero, al mismo tiempo, la más impresionante por el escenario formidable en que culmina, especialmente en el misterioso encanto de la Tierra del Fuego. Experiencia valiosa junto a intensa emoción.

Entre tanto, la vida a bordo tenía el ambiente de alegría que es el ambiente de la acción. Y el esfuerzo resultaba así menos costoso, se olvidaban con facilidad las molestias que origina la relativa falta de espacio y hasta las tempestades encontraban a todo el mundo con el buen humor de las horas apacibles. Fuera de las horas de trabajo, y mientras en la Cámara de Oficiales y en la Camareta de Cadetes el comentario y la broma saltaban de boca en boca, acaso habría valido la pena llegarse hasta un misterioso sollado, donde sonaban músicas modernas, cuando no viejos estilos criollos, y desde el que se oían voces que parecían indicar incomprensibles órdenes...

La "troupe"

EL misterio de aquellas reuniones, tan regularmente realizadas, fué develado en Ushuaia. Y lo fué cuando de aquel escondido rincón del buque surgió una caravana pintoresca y extraña, bulliciosa y amable: La "Sarmiento" ya tenía este año, como otros, formada su "troupe". Para verla, Ushuaia, siempre áspera y silenciosa, se volcó en su más vasto salón de espectáculos. El más vasto y el único. Y los muchachos tuvieron poco trabajo en conquistarla. Clases, conscriptos y marineros se hicieron dueños de la escena, y así pudimos asistir a una función teatral que hará época en la historia de este perdido rincón del Universo.

Tuvimos la "pochade" criolla, con su correspondiente italiano — admirablemente caracterizado, dicho sea de paso, — el compadrito haragán, el marido iracundo y la mujer embravecida; aplaudimos la escena campera con "gato" y estilos; nos emocionamos un poco oyendo aquí — ¡tan lejos y tan sólos! — el canto cadencioso de un tango rezongón... Hasta que en el modesto escenario comenzó a llover. Un prodigio de escenografía realizado por los muchachos de la fragata a base de un balde de agua y de un inflador, mal disimulados tras el menguado bastidor. Sensación en el público. Ha entrado a escena un personaje en traje de agua, empapado. Canta:

I am singing in the rain
Just singing in the rain
What a glorious feeling
I am happy again...

Pero esto no es nada. Como a un conjuro del "chansonier", van saliendo de entre telones, una, dos, tres, diez "girls", muy tomadas unas de las otras, marcando graciosamente el paso de la música, moviendo rítmicamente las cabezas. Ushuaia está asombrada. ¡El "bataclán" en esta latitud! Vienen las "chicas" luciendo sus relucientes sacos de agua y coquetamente levantada sobre la frente el ala de sus amplios sombreros embreados. Y bajo el saco cortón, una pollerita sutil. Y bajo la pollerita sutil unas piernas morrudas de atleta cuando no otras flacas y alargadas que parecen quebrarse en las contorsiones del chárleston. Pero, la verdad sea dicha, ninguna con tersura de cutis femenino y todas sombreadas por la indiscreción de un mal disimulado vello. Son los muchachos de la fragata, que llegan con su fina alegría a poner incomparable broche a una fiesta excepcional que hará desarrugar a esta población su ceño malhumorado y triste, poniéndole en el espíritu una sonrisa buena.

En las páginas centrales publicamos la nota

los mares australes

DO SIENRA

Maringotes a caballo

Pero no habían terminado ahí los agradables ratos que el espíritu de alegría que preside las actividades del buque y que va quedando extendido por estas regiones como una bendición tenía que proporcionar a Ushuaia. Al día siguiente, en efecto, los "maringotes" — la gorra metida hasta las orejas, el cuello golpeándoles la nuca, en el rápido galopar — debieron convertirse en discutibles gauchos para participar en una emocionante carrera de sortija. Cobraron vida así, en la pista improvisada junto a la bahía, aquellas caricaturas clásicas en que el hombre de mar, mal acomodado en el caballo, aparece como un verdadero "maturrango" en traje de su oficio. Pero justicia es decir que la excepción se produjo cuando algún entrerriano, sintiendo bullir la sangre campera de su raza, cruzó bajo el arco, entre los aplausos de la gente, "apilado" magistralmente en un bravo tobiano.

Una embajada original

Ahora bien; no es menos obligado establecer que no hay excepciones cuando los muchachos de la "Sarmiento" se sienten en su elemento natural. En el agua, por ejemplo. Entonces sí todos se conducen bien. Y si no, el episodio, que quizás se conozca ya en Buenos Aires y que ha establecido un nuevo sistema para corresponder a los cumplimientos oficiales y a las dulces sugestiones femeninas.

Fué en Miramar. La fragata había fondeado frente a la playa y a su bordo llegó el subprefecto, trayendo, junto con el suyo, el saludo del comisionado municipal y, además, la expresión del deseo de la población, la femenina particularmente, para que los oficiales y cadetes participaran en algunas fiestas. El mencionado funcionario vino en un pequeño bote. Lo acompañaban cuatro veraneantes que, en riguroso traje de baño, habían actuado como bogadores. Y, desde luego, era necesario devolver la visita y hacer honor a la invitación. Pero la cosa no resultaba fácil, por cuanto las embarcaciones de la "Sarmiento" calaban demasiado para llegar a tierra, y en Miramar no existen diques ni muelle en que atracar. Sin embargo, había que encontrar el medio. Y se encontró. Momentos después, desde la borda, ocho hombres se lanzaban al mar. Eran cuatro oficiales y cuatro cadetes que iban a dar cumplimiento a la comisión y establecer al mismo tiempo la antedicha innovación en esta clase de actos de cortesía. Y, correspondiendo al impecable traje de los acompañantes del subprefecto, los ocho embajadores — justamente encerrados en las más estrictas normas protocolares — se presentaban en la playa que los recibía regocijada.

Hasta el trabajo odioso — "la carboneada" — deja de serlo

En vísperas de partir, los futbolistas, los nadadores, las "vedettes" y hasta la "beauté" del barco han debido retomar sus trajes de faena para cumplir el trabajo más fastidioso de a bordo: la carga del carbón. Tarea pesada, sucia, inacabable, determina generalmente un mal humor general en un navío. Pero en esta "Sarmiento" hasta ese esfuerzo tiene un ambiente especial. Lo pudo constatar toda Ushuaia, asombrada, al oír durante diez largas horas consecutivas la banda del buque alegrando el trabajo. Y en el fondo de las bodegas, renegridas, inmundas, entre el polvillo que se colaba en todos los rincones, la gente cumplía la dura misión. Los mismos cadetes, desconocidos bajo la capa retinta del carbón, se empeñaban en dar pronto término a la faena. Y los enormes baldes caían pesadamente en la insaciable entraña de la fragata sin que un minuto se atenuara la intensidad del esfuerzo.

De pronto, desde lo más hondo de una bodega los acordes de un invisible violín llegan hasta la cubierta. Hay emoción en aquel arco que corre sobre las cuerdas movido quién sabe por qué recuerdo del hogar lejano, del amorío inolvidado. Y, mientras la banda descansa, aquellas notas se esparcen por todos los espíritus y hacen olvidar lo duro de la jornada. Es un tripulante que ha dejado la pala un rato para dar un concierto en el más extraño de los escenarios.

Y la gente se alegra y canta. La "carboneada" se convierte así en una operación alegre y llevadera. No importa que la tarde haya cerrado su curso tras las dormidas cumbres. Es ya de noche, las guirnaldas de luz aureolan el buque y el trabajo continúa. Hasta que allá, más de la una, una diana triunfal anuncia que el trabajo ha terminado. La fragata, sin darse cuenta de ello tal vez, acaba de batir un récord: entre música, cantos y jarana ha embarcado nada menos que 345 toneladas de carbón en diez horas de trabajo, efectuado en las condiciones más incómodas que sea imaginable, dada la falta de medios que existe en esta región...

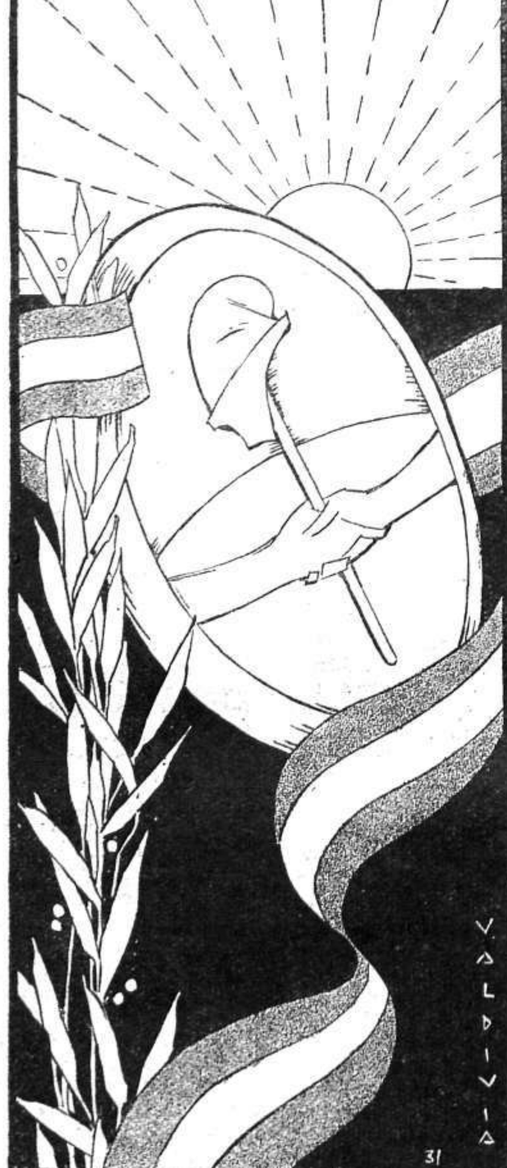
En cumplimiento de su programa, la "Sarmiento" toma ahora rumbo al norte. Con ella va el espíritu que ha germinado en esta primera etapa de su viaje. Y detrás suyo queda otra vez Ushuaia, árida, dolorosa y olvidada, en su infinita soledad. Durante un tiempo perdurará el recuerdo de estos días fugaces, y, sin duda, alguna novia, como la de Guyau, esperará todas las tardes, frente a la bahía desierta, el regreso de un novio que nunca volverá...

Ushuaia, abril de 1931.

gráfica correspondiente a esta crónica.

B a j o r r e l i e v e d e

P o r A L B E R T O



Loa de Mayo

CUÁNTAS veces habré hecho, en mi comunicación con la gente, por el ministerio sencillo de la palabra, el elogio de la tierra en que vivimos? Es tierra nuestra, ocasión nueva para repetir lo que dice el maestro al niño, el padre al hijo. No busquemos la difícil artesanía del idioma ni la esforzada faena del raciocinio para formular, una vez más, el augurio favorable y esparcir el voto que acaricia al corazón del que confía y fortalece con lo mejor de hoy la esperanza que fructificará mañana. ¿Qué es la patria, el sentimiento de la gran unidad a que asistimos y en la cual trabajamos, sino certidumbre constante de su proyección más radiosa en lo que ha de ser? ¿Qué fué en aquel dia, ya distanciado en el albor del siglo fecundo, sino la anunciación de lo que llevaba en sí la pequeña y heroica multitud de sus fundadores? En la plaza de la ciudad se habían reunido los hombres de ánimo varonil y lanzaron al continente, desconocido y desierto, la promesa que nosotros debemos cumplir. ¿Os acordáis del cuadro escolar en que se ve bajo el cielo lluvioso a Buenos Aires amanecida en su destino de regidora de la nación y de tribuna de pueblos de América? Desde entonces, llanos y montes se llenaron de núcleos vivos, los ríos se atestaron de barcos, las aldeas se volvieron emporios. El mundo, que conoció por las sílabas rotundas del Himno la aparición de la familia argentina, sabe ahora lo que construyó y creó en esa centuria, lo que absorbió de la vieja civilización y lo que ha empezado a rendirle en el tenaz tributo de su servicio humano. He ahí lo que evocamos y lo que pensamos en la conmemoración en que la mirada abarca de lo que fuimos a lo que somos. Es cuando, en el examen de hechos, que van del crecimiento de la personalidad moral del país a la medida de su volumen ponderable — riqueza y fuerza propulsora, — advertimos que las profecías auspiciosas no se quedaron vacías en el tiempo. Es este el patriotismo sereno y benéfico, no el del vocablo molido, sino el del conocimiento de la realidad, halagüeña por lo que representa en obra y por lo que significa como pronóstico. Tengamos, pues, la emoción de la patria, que viene de lo que es, que se asienta en la historia tejida con lentitud por individuos que se le consagraron con la naturalidad de un oblato, que suma la brega obscura de la muchedumbre toda, de generación en generación, con la densidad de un compacto e indesanimable ejército, y revela en sí el brío de lo futuro, la imagen que presentimos, que dibujamos, que concretamos con la fe cuotidiana. Pero esa emoción no debe reducirse a un canto extático. Si las naciones antiguas, con milenios de cultura, de leyenda, de sistemas propios, en su sucinta heredad, ignoran la fatiga y se proponen renovarse y tornar a crearse, el argentino ha de ver en lo que siembra no el germen que brotará en el instante, sino lo que alguna vez resultará de su afán. Es lo que nos diferencia esencialmente de los grupos históricos, que ya han definido su trayectoria y aspiran únicamente a constituir una continuación. Nosotros, argentinos y americanos, proseguimos siendo una reserva. Estamos persuadidos de que si de pronto nos multiplicáramos en lo físico y en lo espiritual y desplazáramos diez veces más de lo que desplazamos, aun así, no nos disminuiríamos como caudal todavía inadivinable. Es ésta la profunda potencia que nos da impulso y nos perfila ante los demás como escenario en que la aventura de vivir adquiere la belleza de lo inusitado. En los países de tradición, el pasado es el nervio que los mantiene; nosotros hallamos la coherencia en el sentido de lo venidero. Y al imaginar el aspecto de la Argentina, en lo lejano que no logramos prever, comprendemos, en su preciso valor, lo fuerte que es en nosotros el concepto ge-

DIBUJOS DE VALDIVIA

Alberto

algunos hechos

GERCHUNOFF

nerador de juventud. Y es para ir hacia adelante, para sobreponer a la actualidad el esquema distante que nos confiere vigor y certeza, que necesitamos recordar a los predecesores que tuvieron alma hermosa y nos dejaron con su vida y con su actividad el ejemplo al cual hemos de ceñir nuestra actitud como obreros de la República. Fueron admirables. Nos dieron su pensamiento sin ocultarlo, su energía sin ahorrarla. Eso fueron los hombres simples y magníficos de Mayo; eso fueron los hombres de las luchas necesarias y cruentas que les sucedieron. Eso tenemos que ser. Es fácil serlo. A ello nos induce la visión de lo que la Argentina es para la humanidad, que se acerca a ella y encuentra en su ofrecimiento lo que se aguarda en la necesidad y en el dolor. ¡Argentina de la primera promesa, del primer llamamiento a las razas afligidas, a las caravanas tristes, a los peregrinos sin umbral, abre las puertas, porque los que oyeron, en tu epifanía, el acento conmovido y fraternal, aun requieren tu amparo, y al recibirlo te traen el tesoro de fervor y de alegría que proyecta sobre la grey que vaga la Canaán divisada en la niebla ligera de la aurora!

Las memorias de von Bülow

Un político británico amenazó con una demanda judicial al editor de la versión inglesa de las memorias del príncipe von Bülow. Discutidas en Alemania y en Francia, cobran el valor de una revelación sobre sucesos cuya historia aparecía tan sólo a través de los documentos públicos. Bernardino von Bülow fué durante un largo período uno de los príncipes protagonistas de esos acontecimientos. Canciller del imperio germánico, intervino en los conflictos más resonantes, en los dramas nacionales de Europa, contribuyó con su voluntad enérgica, escondida y sutil, a crear, a agravar y a resolver muchos problemas. Mas el interés de sus recuerdos no radica en el descubrimiento de secretos o en juicios sobre personas o asuntos. Reside en su franqueza. Generalmente, el estadista — y tenemos pruebas diversas de ello, — al escribir sus memorias no abandona la solemnidad y la discreción que lo caracterizaron al actuar en el gobierno o en el parlamento. Von Bülow nos cuenta su vida sin ocultarse demasiado. Trató en el extranjero y en su tierra a los personajes más ilustres, desde el diplomático de prestigio imponente hasta el escritor o el artista de nombradía mundial. Y en su obra de narrador sin afectación desfilan tales como fueron, como los ha visto en el salón mundano, en el corrillo del palacio imperial, en los entretelones que nunca se entreabren para el gentio absorto ante la semiverdad de las cosas que se le preparan para darle un carácter de empaque histórico. Sus memorias tienen por esto



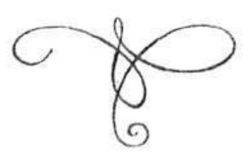
el atractivo pimentoso de crónicas fidedignas de una época rica en figuras extraordinarias y cuya existencia nos interesa por su abundancia de dramaticidad. Von Bülow es un cronista ameno porque su relato jamás está desprovisto de malicia y de gracia. Era un espíritu irónico, de una ductilidad sinuosa, que poseía el don de observar y de no olvidar. No se confiesa en sus páginas; no analiza sus propios defectos, sino los defectos, la vanidad y la astucia de los que lo rodeaban. Y las bellas mujeres, los tribunos enfáticos, los poetas y los novelistas que frecuentaban la tertulia famosa de la princesa, en su "villa" de Roma y en sus reuniones de Berlín, aparecen en sus volúmenes, trazados sin ternura y sin crueldad. Es una novela en que la historia de Europa se nos muestra en su trama confusa, en una época en que se elaboraba la más vasta catástrofe del mundo.

Gerchunoff

"CORDOBA Y SUS SIERRAS"

Bandera

por Fernández Moreno



Yo nunca te había visto
ondulando entre montañas.

Con tu gran sol en el medio,
¡oh bandera azul y blanca!

Me pareces más brïosa,
más guerrera que en la pampa.

En monte, mar o llanura
bendecida y alabada.

DIBUJO DE VALDIVIA

Los dos prestigios

MIENTRAS unos se forman, se desenvuelven y se extienden a medida que una época pasa, otros se disminuyen y empequeñecen.

El tiempo continúa inflexible esta obra de la justicia, hasta que hunde la reputación de los unos en la obscuridad de donde no debieron salir, y levanta a los otros hasta su gloria merecida.

Esto muestra una profunda diferencia entre unos prestigios y otros, entre unas reputaciones y otras.

Es que unos prestigios son verdaderos y otros falsos, y tienen diferencia de causa, de medio y de resultado.

Los prestigios verdaderos nacen de la gratitud pública y son el premio de los leales servidores del país, que sólo han buscado su felicidad sin tratar de congraciarse las voluntades ni excusar la lucha con los males intereses.

Los prestigios falsos reconocen por origen la complacencia a las pasiones y a las preocupaciones de un momento y la cobarde tolerancia a los intereses ilegítimos.

Los hombres que buscan los primeros tratan de encaminar la sociedad en que actúan por el ancho camino que ha de conducirla a la felicidad y al engrandecimiento.

Los que procuran los segundos, la siguen como lacayos, sin tratar jamás de imprimirle dirección, aunque marche a la ruina, temerosos de enajenarse las simpatías de sus contemporáneos.

Los unos no tienen en cuenta las susceptibilidades y errores de su época, ni ocultan los defectos o los vicios que son propios a ésta.

Los prestigios primeros tardan en formarse, pero se desenvuelven a medida que el que los ha merecido se aleja de la vida activa.

Los segundos se forman instantáneamente y decrecen en razón inversa de los primeros.

Aquéllos dejan en pos de sí grandes obras o grandes servicios.

De éstos apenas suele quedar el recuerdo de una frase hueca o de una actitud teatral.

Los unos se convierten en los grandes nombres que recoge la historia.

Los hombres que han recogido los prestigios verdaderos continúan sirviendo a su país hasta después de su muerte.

Los que sólo han merecido el falso prestigio no le sirvieron en vida, y cuando termina ésta todavía le hacen daño incitando a los ambiciosos y a los que buscan en una falsa popularidad el medio de gozar sensualmente del poder.

Son pocos los hombres que alcanzan el prestigio verdadero, en tanto que son numerosos los que adquieren el prestigio falso.

Wáshington y San Martín merecieron el primero, y cien caudillos y agitadores, el segundo.

DARDO ROCHA



DISCO NACIONAL-ODEON

La fiel expresión del arte criollo

Los grandes éxitos del momento están grabados en Disco Nacional Odeón



Dúo GARDEL-RAZZANO.

18846 a $3.25
- Milonguera. Tgo. (Solo Gardel, con guitarras). J. M. Aguilar
- Viejo callejón. Tgo. (Solo Razzano, con Orq.) D. Novillo Quiroga-D. Bolía



CHARLO.
Con acompañamiento de orquesta: FRANCISCO CANARO.

16267 a $3.25
- Parisina. Fox Trot. V. Soliño-A. Mondino
- Busca a Japonesita. Fox Trot con Acomp. de guitarras. R. Montés



ROBERTO FIRPO.
Orquesta Típica.

8999 a $3.—
- En la cortada. Tango. J. Domínguez
- Un beso más, nena. Fox Trot con estribillo. H. L. Dameno



ANITA PALMERO.
Con acompañamiento de orquesta.

13604 a $3.—
- Levanté los ojos para mirar al cielo. Tango. M. Flores - R. de los Hoyos
- La carrera de sortija. Ranchera. F. Brancatti-R. Rossi



FRANCISCO CANARO.
Orquesta Típica.

4720 a $3.—
- Colombina. Tango. M. Cóppola
- Oro viejo. Vals con estribillo. L. D'Andrea

4722 a $3.—
- Tiburcia. Maxixa con estribillo. M. Cóppola
- Aura viene lo más güeno. Ranchera con estr. M. Cóppola



Dúo RUIZ-TORRES.
Con Acomp. de guitarras. ZERDÁ-MENÉNDEZ.

10448 a $3.—
- En el silencio de la noche. Vals. (Primer premio, séptimo concurso). V. P. del Campo-R. Firpo
- Uno, dos y tres. Bailecito boliviano. J. Rial-M. Buchino



IGNACIO CORSINI.
Con Acomp. de 3 guitarras: PAGES - PESOA - MACIEL.

18632 a $3.25
- A mate y marroco. Tgo. F. Martínez Allende-Nena Juárez
- Confesión. Tango. E. S. Discépolo-L. C. Amadori



RAFAEL ROSSI
Orquesta norteña.

9865 a $3.—
- La palomita. Zamba. R. Rossi
- Lindo es amar. Gato. R. Rossi



ADA FALCÓN.
Con acompañamiento de orquesta: FRANCISCO CANARO.

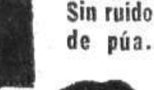
11207 a $3.25
- Consuelo. Pasodoble. V. Soliño-A. Mondino
- Chistando. Tango. F. Canaro



ALFREDO GOBBI y Señora.
Con acompañamiento de orquesta: A. GOBBI.

16025 a $3.—
- El comprimiso. Ranchera. (Con güelta y rilación). A. Gobbi
- La entrevista. Dúo cómico. A. Gobbi

Grabación "Verotón"



CONCESIONARIO EXCLUSIVO

MAX GLÜCKSMANN

La alegría del hogar moderno



FLORIDA, 336 - 44 EDIFICIO PROPIO

SUCURSAL: CALLAO, 188 - 92

SUCURSALES EN:
ROSARIO: Córdoba, 1065-69. MONTEVIDEO: 18 de Julio y Río Branco. CORDOBA: 9 de Julio, 76. SANTIAGO DE CHILE: Ahumada, 91.



El alma de la montaña

QUIERO hablar — ya es tiempo — de esa ave soberana que tiene en las cumbres su vivienda misteriosa, y es como el espíritu errante de esas moles en apariencia mudas, pero que en las soledades de la noche como en las del mediodía, semejantes por su solemne silencio, tienen, no obstante, voz y lenguaje, revelaciones y confidencias que el viajero escucha, siente y traduce, sin poder definir el órgano que los exterioriza.

Sí; la montaña tiene una alma sensible difundida entre sus infinitos accidentes; ella da rumor cadencioso y melódico a los árboles; vibración sonora a las aristas agudas de las cimas; repercusión cromática a los ecos fugitivos; resonancia de acorde sagrado al viento que roza la abertura de las cavernas; fragor pavoroso al trueno encerrado en las gargantas impenetrables; profundos y majestuosos tonos a las corrientes subterráneas, que circulan como ríos de sangre precipitados por colosales arterias; dulzura de somnolientos arrullos a los cantos de las aves menores; formas vivientes a las nubes, a las rocas y a sus sombras fugaces; perfume de incienso místico o de profanos paraísos a las flores silvestres; colorido artístico a las laderas, a los bosques y a las brumas que velan los abismos, y efectos fantásticos de escenas de magia a los haces de luna caídos al través del follaje sobre las rocas y los torrentes.

Esto es el alma de la montaña; son las personificaciones que el hombre crea siempre, para dotar de vida a lo inanimado cuando éste tiene la virtud de conmoverle, de despertar los sentimientos y excitar la fantasía. No se puede concebir cómo aquel arrobador conjunto de sonidos y de visiones no sea la revelación de un algo viviente que anime las rocas, los árboles empinados sobre ellas, los manantiales que surgen de sus cimientos en filtraciones incesantes.

Las montañas de mi tierra — los Andes — tienen el cóndor, el morador amante de las alturas, el ave inmortal, que por lo secreto de su vida y lo inconocible de sus hábitos domésticos, parece un símbolo indescifrable de la muda pero grandiosa historia de los montes americanos. El lleva marcada en la pupila la huella de un perenne insomnio, como en un momento de inspiración lo adivinó un poeta nacional, sin haberlo contemplado de cerca, y los nerviosos e inquietos movimientos de su cabeza calva, para mirar a las profundidades y a los horizontes lejanos, sugieren la creencia de que algo más que la pesquisa de la presa le preocupa, y puede ser el temor de un acontecimiento presentido, que vendrá de ignoradas regiones, en día incierto y en son de exterminio.

JOAQUIN V. GONZALEZ

ACABADO PERFECTO

SOLIDEZ CONFORT

DORMITORIO estilo moderno, construído en cedro, frentes enchapados en nogal. Compuesto de 1 ropero mts. 2.10, desarmable; toilette probador; cama 2 plazas, elástico metálico; 2 mesas de luz, herrajes de bronce, lustrado a muñeca en tono nogal. Completo,

$ 630.-

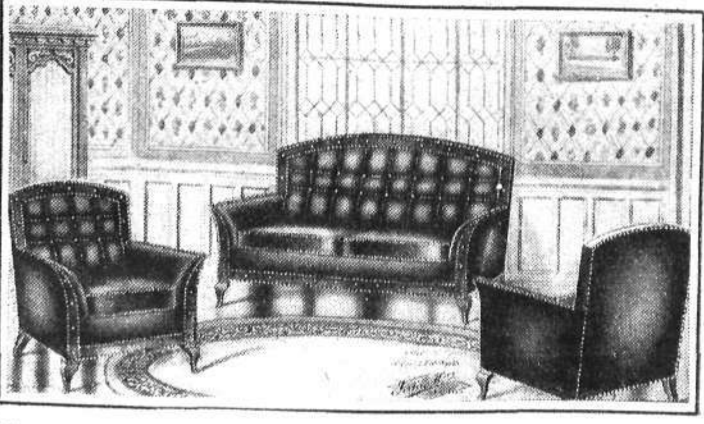
COMEDOR de artística concepción, construído en cedro chileno, decorado en nogal lustrado en tono café semiobscuro verdoso con brillo inalterable, básamentos macizos. Compuesto de aparador mts. 1.70; trinchante 1 metro, con vitrina lateral revestida de cristales; mesa para 8 cubiertos, extensible, y 6 sillas tapizadas en cuero flor búfalo. Completo,

$ 950.-

SOLICITE nuestro gran Catálogo General, que remitimos completamente GRATIS al interior únicamente.

ARTEFACTO de bronce viejo, amplio formato, 1.15 de alto, ancho 0.75 mts., con tulipas opacadas de cristal,

$ 140.-



Señorial juego de cuero, modelo original en vaqueta lisa patinada, respaldos tapizados capitoné, almohadones sueltos de felpa, rellenados con plumas. Conjunto de 3 piezas,

$ 680.-



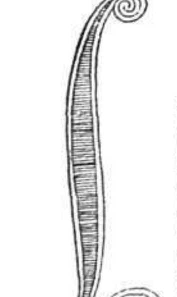
CORRIENTES 1170

BUENOS AIRES



MUJERES DE LA HISTORIA

Por CARLOS ERNESTO MANGUDO



A brillante lista comienza con Manuela, la tucumana que combatiera al lado de su marido en las calles de la Muy Leal Ciudad de Buenos Aires contra las aguerridas tropas de Su Majestad Británica. Aquella humilde mujer enseñó el camino: el camino espinoso del heroísmo y del sacrificio que debía ir más allá de la mitad del siglo XIX.

Antes de que la revolución emancipadora saliera a los campos de batalla, la mujer habíala preparado y combinado en el interior de cada uno de los hogares. Animadora incesante, consumida en la ardiente llama de su patriotismo, la mujer armaba el brazo del ciudadano que en los campos de combate afirmaba su derecho a ser libre e independiente. ¡Y cómo no iban a ganarse batallas si el impulso creador de triunfos venía de tan lejos y tan cerca!

Pero no sólo en las horas triunfales la mujer argentina se mostró en todo su valor. Donde la vemos mejor, donde la admiramos más grande y más sublime es en aquellos períodos de la historia en que pareció que todo el flamante edificio levantado por los patriotas se venía al suelo, en que parecía que la derrota final era sólo cuestión de minutos y en que la patria nueva, apenas realizada, se hundía en un pavoroso abismo. Entonces la mujer argentina destacó su silueta animadora, combatió el desaliento, acorraló la indecisión, puso en fuga la desconfianza, dió nuevas fuerzas, multiplicó las puntadas de su infatigable aguja, robó horas al sueño y puso de nuevo en el espíritu del esposo, del hermano, del prometido la confianza y la fe. Así elaboró el triunfo sin desmayar un instante; así desparramó la voluntad de vencer por todos los campos de combate de América.

Empero, el nervio de su actuación no se redujo únicamente a esa actitud animadora. También supo mezclarse a la acción directa cuando las circunstancias se lo exigieron. No la detuvo ni la seguridad de una muerte inmediata ni tampoco la visión de torturas o suplicios incruentos. Las riendas y la lanza no le fueron extrañas y supo del silbido de las balas y del fragor de los aceros; conoció las intemperies de las pampas desiertas y aprendió, en las largas noches heladas, a guiarse por la luz rutilante de las estrellas. En la llanura o en la montaña los cascos de su caballo fueron señalando el camino de la libertad y de la gloria. Llamárase Juana Azurduy o Mariquita Sánchez, en los campamentos o en los salones, su espíritu y su cuerpo estuvieron con la patria nueva que tantos sacrificios y tantas lágrimas costaba ya.

Y así escribió al pie de su primer documento patriótico dirigido al gobierno en 1812:

"Yo armé el brazo de ese valiente que aseguró su gloria y nuestra libertad".

¡Hermosa jactancia digna del mármol de las recordaciones eternas!

No es exagerado afirmar que la mitad de la historia está hecha por la mujer, y aun que esa mitad es exclusivamente todo nobleza, desinterés, patriotismo, buena fe y ansias de libertad y de justicia. Difícilmente se la sorprende empeñada en una causa errónea, y cuando las luchas civiles nublaron el horizonte del país, la mujer, silenciosamente, se recoge en la intimidad del hogar donde, sufrida y altiva, suspira siempre su deseo de libertad y de justicia. Y es entonces la única que confía, la única que sabe que el porvenir será mejor.

Ese maravilloso optimismo, ese admirable sobreponerse a la desventura actual es exclusivo de la intuición femenina: la mujer argentina lo ejerció en los períodos más críticos de nuestra historia con un resultado infalible. El contagio llegaba a los hombres directores del bien público, y en poco tiempo, como obedeciendo a un mandato misterioso, la situación cambiaba y la nube espesa y amenazadora de la incertidumbre rasgaba su seno para dar paso a las brillantes flechas de la esperanza. En este juego constante de optimismo y pesimismo la mujer jugábase entera, jugaba su amor y su ventura, jugaba su prestigio y su estimación, jugaba, en fin, lo mejor de ella misma con una tranquilidad encantadora.

Fué la estoica del optimismo. Ella sabía que confiando en el porvenir salvaba la patria. Sabía que el hombre se guiaba por la reflexión, pero no ignoraba, al mismo tiempo, que muchas veces, casi siempre, la intuición vale más que la capacidad reflexiva. Y con su espíritu generoso e inacabablemente optimista iba conduciendo la patria hacia los destinos brillante del futuro. Tal fué la misión benefactora que la mujer desempeñó, infatigable y constante, en nuestra historia.


1810 · 25 DE MAYO 1931
ACEITE COMESTIBLE
PURO de OLIVA
DE PRIMERA PRESION
CALIDAD EXTRAFINA
Sabino Cuvillas
SEVILLA (ESPAÑA)
UNICOS INTRODUCTORES
NAREDO CUVILLAS y Cía.
BUENOS AIRES
Con motivo de las fiestas patrias, Naredo Cuvillas y Cía. saludan al público argentino y reiteran su agradecimiento por la constante preferencia que otorgan a sus productos.
Naredo Cuvillas y Cía.
ACEITE
CUVILLAS
PURO DE OLIVA — UNICO DE PRIMERA PRESION
NAREDO CUVILLAS y Cía. - Buenos Aires - Montevideo - Asunción - Valparaíso - Lima - Río de Janeiro

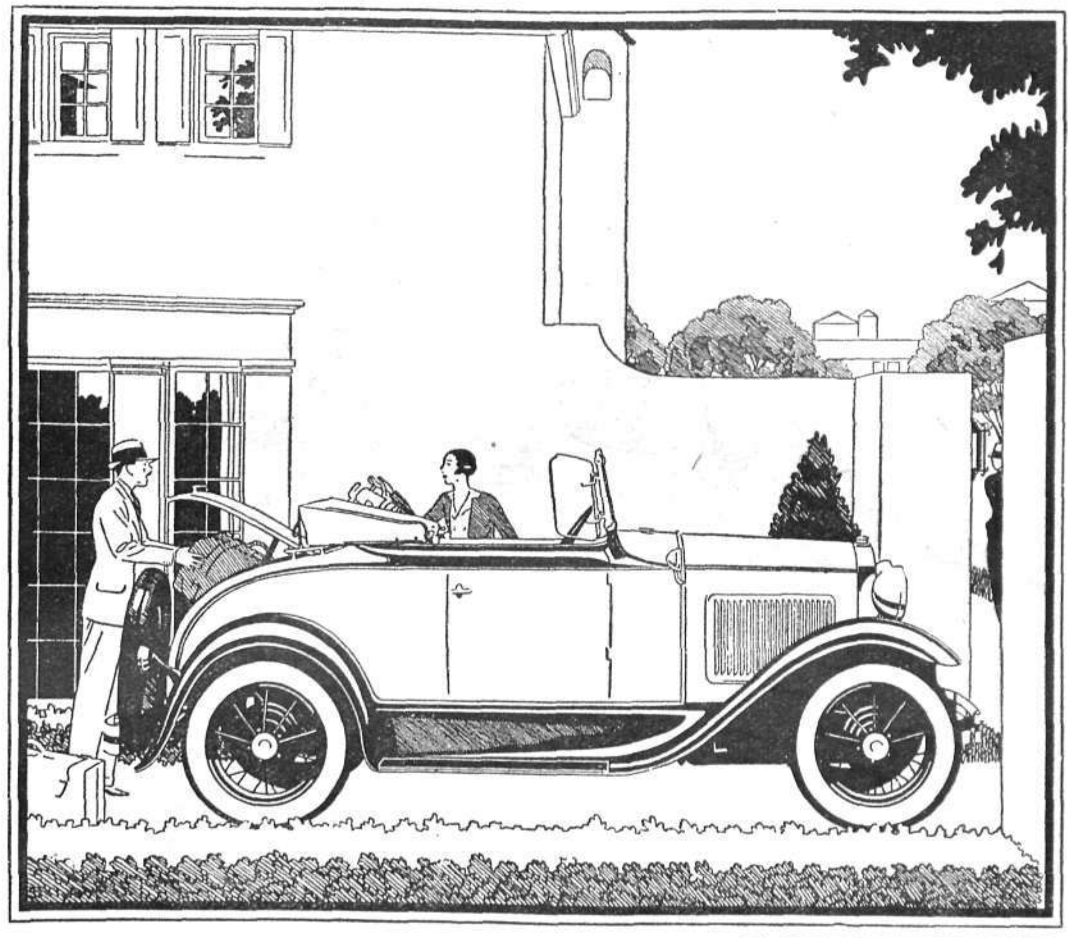
En el mar

CUANDO se sale del Plata y la nave asoma la proa en el Atlántico, lo primero que viene a la memoria es el recuerdo de los descubridores, de aquella falange de aventureros castellanos y portugueses que comienza para nosotros con Juan Díaz de Solís y Diego García, y que termina en el corazón de nuestros grandes ríos con Oyolas y con Irala, los fieros soldados de Mendoza.

Al caer la tarde del 9 de mayo, cuando ya el azul peculiar de las ondas amargas me indicaba la lejanía de la tierra, me ha parecido ver entre las nubes pardas del horizonte los altos y tallados castillos de las urcas y carabelas de Vespucio o de Solís, buscando ávidas en las corrientes marinas las desviaciones de la tierra americana, para hallar un canal al mar de las Indias, que Balboa sorprendió más tarde desde las copas de los bosques del Istmo. Si alguno de mis lectores ha visto en el museo de Buenos Aires una colección de "tábulas" pintarrajadas y toscamente esmaltadas, con láminas de nácar, que representan las proezas de Hernán Cortés y de sus soldados en la conquista del imperio de los Aztecas, notará las altas popas de las naves del siglo XVI, idénticas a las que vinieron a nuestro río trayendo a los primeros fundadores de Buenos Aires: anchas, infladas, cortas y altísimas; con las jarcias cruzadas y diagonales como las naves del Lacio, y ostentando en sus topes largas y lucientes banderolas en cuyas franjas brillaban las armas de Castilla y de Aragón. Con los ojos en la vasta inmensidad, recorriendo el aro circular que cierra el horizonte, he permanecido pensando por largo tiempo: cómo fué que aquellos imperfectos cascarones, semejantes a las conchas de las tortugas, pudieron salvar el océano y arrojar, sanos y salvos, sobre las tierras americanas a sus temerarios tripulantes. Alguna vez se me ha demostrado que si esas proas redondas y de formas indolentes, parecidas al pecho de los cisnes, carecían del filo angosto y cortante de la proa moderna, tenían todas las condiciones de flotación de aquellos poéticos habitantes de los lagos, de modo que las tormentas jugaban con ellas sin sumergirlas, como juegan las brisas del espacio con el globo aerostático, sujetándolo a sus corrientes, meciéndolo en sus ráfagas y haciéndolo flotar como si las ondulaciones de su cuerpo fueran efecto de la embriaguez.

La América no ha honrado bastante todavía a Colón y a su grupo. Nosotros le debemos a Solís un monumento sobre las barrancas de la costa oriental.

LUCIO V. LOPEZ



LA NUEVA VOITURETTE FORD

La adquisición de un FORD le reportará economías en diversas formas

EL REDUCIDO costo inicial del FORD es sólo una de las ventajas que ofrece este automóvil. Reviste mayor importancia aún su operación económica. El ahorro que a diario se observa mientras dura este automóvil, es considerablemente mayor que la economía realizada en su adquisición.

El nuevo FORD hace posible esta economía por su simplicidad de diseño, alta calidad de material, y exactitud en su fabricación. Cada parte se hace para durar por muchos millares de kilómetros.

Además de lo poco que usted gasta en combustible y neumáticos cuando tiene un FORD, ahorrará también en repuestos. Cualquiera de las numerosas Estaciones de Servicio FORD diseminadas en este país, mantendrá su automóvil en perfectas condiciones mediante desembolso reducido. Todas ellas usan repuestos legítimos FORD y sus mecánicos son entrenados especialmente en las Escuelas de Servicio FORD.

Usted economiza al comprar un FORD y continúa economizando en cada kilómetro que recorre. Mientras más considere la comodidad, belleza, rapidez y seguridad del nuevo FORD; mientras más impresiones cambie con los dueños de automóviles FORD y con mecánicos expertos, más se convencerá de la veracidad de esta aseveración: El FORD proporciona a usted todo lo que puede desear y esperar de un automóvil, y a un costo excepcionalmente bajo. Solicite una demostración al Concesionario más cercano y convénzase usted mismo de las apreciables ventajas del nuevo FORD. Esto no le implicará obligación alguna.

Ford

FORD MOTOR COMPANY

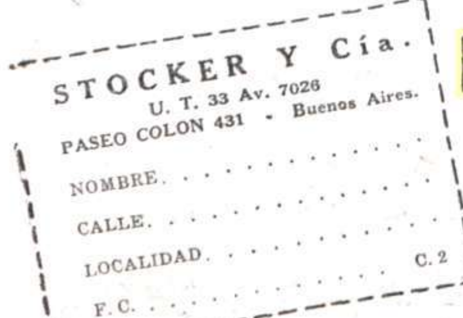




Los tiempos cambian!

STOCKER Y Cía.
PASEO COLON 431
MAQUINAS DE ESCRIBIR
"IDEAL" y "ERIKA"

Para recibir un folleto ilustrado de la NAUMANN ERIKA recorte y mande este cupón:


STOCKER Y Cía.
U. T. 33 Av. 7026
PASEO COLON 431 - Buenos Aires.
NOMBRE. . . . .
CALLE. . . . .
LOCALIDAD. . . . . C. 2
F. C. . . . .

Lo que para la dama antigua era una tarea complicada, para la mujer moderna es un entretenimiento...

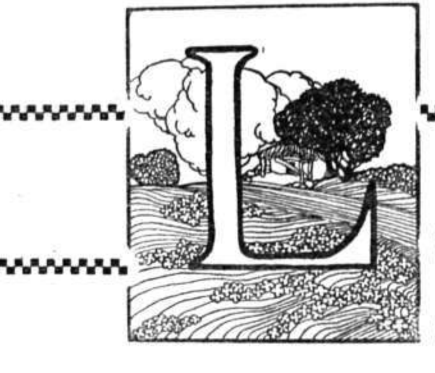
ADQUIERA UNA

Naumann Erika

en varios colores con su elegante estuche.

VENTAS A PLAZOS

Aceptamos propuestas de Agencias para localidades *donde no estemos representados.*



LOS CUENTOS DE URDIMALES

Por
Julio
Aramburu

Hubo una época en que Pedro Urdimales dedicó su tiempo a la completa holganza. Fueron los días de trabajos apremiantes en que, sin saber por qué razón, decretaba la huelga de las forzosas vacaciones. Ninguna consecuencia le afligía en salvar el honor de sus palabras. Acostumbrado a divertirse toda la vida, no se hacía mala sangre por las protestas y amenazas. Amigo constante del recreo, su experiencia era un diario ejemplo de burlas y castigos. ¡Pobres los que dieron fe a sus razonamientos estupendos, y felices los que gustaron la comedia de su acción!

Para sacar provecho de los días de ocio, hacíase buen amigo de los muchachos callejeros. Todas las mañanas se juntaban en un lugar determinado y salían a recorrer las orillas del pueblo. Les gustaba visitar las quintas solariegas y recolectar los productos del cercado ajeno. Ellos realizaban la obra sin permiso, estudiando la costumbre de los dueños y la ausencia del peligro. Saltaban las tapias, y con la agilidad asombrosa de los años, caían como una invasión en las solitarias viviendas. Provistos de hondas para voltear los frutos de las ramas altas y de menudas alforjas para la cosecha, la traviesa pandilla devastaba los cargados árboles de la tentación.

En la gratuita provisión de frutas, abundaban los duraznos, las peras y las naranjas. Tampoco faltaban los racimos de uvas ni los puñados de cerezas. El paladar de los clientes satisfacía todas las demandas. Sin embargo, una de las cosas que más despertaba la ambición de los golosos hurtadores eran los productos delicados de la higuera. Aquellos higos blancos y morados que escondían su dulzura entre las hojas brillantes merecían la mayor vigilancia de los dueños. Había que cuidarlos de las avispas, los pájaros y los chicuelos. Dado que la planta era escasa, los patrones redoblaban la defensa de los frutos forrándolos con trapos y papeles.

Entre los favorecidos del codiciado fruto, estaba una señora que poseía una huerta de múltiples higueras. Era una mujer de mal carácter, supersticiosa y que, a pesar de los años, mantenía la vejez robusta y animosa. Vivía sola en un inmenso caserón, ocupando su tiempo en el cuidado de los árboles. De la mañana a la tarde, recorría orgullosa el solar del pródigo tributo. Fué inútil que la hueste varonil pretendiera asaltar las ricas plantaciones. La vieja, experta centinela, defendía los higos como un tesoro, y por eso, todas las tentativas de los muchachos siempre fracasaban.

Sabiendo Urdimales el mal genio de la dueña y su superstición, ideó un recurso de verdadera eficacia espiritual. Era necesario que la mujer los dejase tranquilos en el robo de las frutas, alejando su presencia temeraria. El carácter de la víctima ofrecía la garantía de la empresa. Por eso resolvió un día preparar una escena de dramática emoción. Habló a los amigos y de común acuerdo dispusieron visitar la huerta en lúgubre procesión de pesadilla. Eligieron la hora de la siesta, la hora de los duendes y los espíritus, y con el amparo de un día bien nublado, evocarían los tremendos simulacros de una aparición.

Llegó el día preciso, y el pequeño séquito hizo campamento en el interior de la casa solariega. Provistos de amplias sábanas, transformaron sus personas en horrendos fantasmas de misterio. El disfraz blanco y sonante semejaba la clásica mortaja de los difuntos. Vestidos de idéntica manera, avanzaron todos en grave cortejo de ánimas en pena. Iban munidos de una larga caña y haciendo sonar un lastimero cencerro de metal. En la hora callada, el cielo obscurecido por las nubes, la treta de Urdimales iba a obtener el éxito inmediato. Estaban ya bajo de la higuera, algunos trepados en el árbol y otros comiendo las mejores pasas, cuando de pronto se apareció la dueña de la quinta gritando imprecaciones.

Traía en la mano el látigo vibrante y el rostro demudado por la ira. La resolución de su avance era fatal; los muchachos temieron el castigo, pero en esa circunstancia, quizá por un milagro de la suerte, la vieja se detuvo a la distancia. Parecía sorprenderla la visita de la blanca comitiva, y en la incertidumbre de su espíritu, resolvió prestar atención a la extraña concurrencia. Fué entonces cuando el temible Urdimales ordenó a todos una formación de ronda y con voz gangosa y fúnebre cantar:

Amigos de la tumba,
Subamos a la higuera;
Antes que éramos vivos
Comíamos pocos higos;
Ahora que somos finaos
Comamos los más rajaos.

La vieja supersticiosa no dudó que se hallaba

ante la horrible presencia de las almas condenadas, y presa de terror, dispuso alejarse del sitio impresionante. Los protagonistas de la travesura felicitaron a Urdimales por el triunfo de su ingenio y regresaron a sus casas con las sendas cosechas de los higos.

Pero la noche de aquel día memorable, Pedro Urdimales tenía forzosamente que proseguir la marcha hacia otro pueblo. Arregló su pequeño bártulo de viaje y sin temor a ninguna acechanza del destino, partió por un callejón ahumado de tinieblas.

Pedro Urdimales iba tranquilo y contento por la soledad de los lugares. Habíase olvidado de la notable lección a la dueña de los higos y sólo pensaba en realizar nuevas hazañas que aumentasen su fama. Así, continuaba la marcha y al doblar un recodo de la senda vió surgir de entre las sombras de los árboles una mujer de robusto cuerpo y vestiduras enlutadas. Avanzó en medio del camino y tomándolo de la mano, le dijo con voz helada y cavernosa:

—Soy la Muerte y vengo a llevarte.

—¿Por qué motivo? — interrogó el viajero.

—Por haberte burlado esta tarde de mi memoria.

—Fué una simple broma.

—No, señor. Mi nombre es sagrado y nadie puede utilizarlo en los juegos de la vida. Yo soy la dueña absoluta de todos los que reposan en las tumbas.

—Perdóneme. Soy inocente del delito.

—Jamás.

—Entonces, ¡piedad!

—Tampoco. No tengo corazón.

—Muy bien, señora — insistió el afligido, — pero ahora quisiera saber si a mí solo me castiga.

—Sí; me basta con tu alma.

—Pero, señora Muerte — agregó el audaz, — ¿cómo es posible que se contente con una sola vida? Usted es poderosa y necesita muchas almas para la felicidad de su ambición.

—Es cierto — murmuró halagada la pérfida, — pero no todas las noches puedo complacerme. Debo esperar los enfermos, los viejos, los mal heridos y los que se burlan de mi recuerdo.

—Pues vea, señora — insistió el valiente, — yo estoy dispuesto a acompañarla, pero no solo. El camino a nosotros dos se nos haría largo y aburrido. Además, tengo por allí cerca muchos amigos y me sería muy fácil traerlos a la emboscada.

—¿Pero demorará mucho? — preguntó la intrusa.

—No, señora; escasos minutos; el tiempo necesario para llegar hasta sus casas.

—Bueno, si es así, corre a buscarlos. Te espero en este sitio.

Pedro Urdimales se retiró temblando, y lo primero que hizo fué buscar un caballo para galopar velozmente hacia un lugar desconocido. La Muerte, entre tanto, se quedó aguardando su regreso toda la noche, volvió la subsiguiente, y su tenacidad en la espera fué tan grande, que desde entonces su existencia joven y robusta se tornó vieja y flaca, un verdadero esqueleto, tal como la vemos en las eternas alegorías del destino.

Julio Vicuña Cifuentes



EL NUEVO VERMOUTH NACIONAL



MERCEDES SIMONE

"En el vermouth Padilla he encontrado para mis cocktails el sabor y el aroma que faltaban..."

Son las palabras de Mercedes Simone, la simpática y popular artista de la Víctor.

Preparado aprovechando la experiencia de la vieja Italia y los métodos maravillosos de la ciencia moderna

TIN... tilín... golpea el hielo sobre el cristal del vaso, las burbujas de la soda suben apuradas... ¡Es la hora del vermouth! Padilla, que conoce el gusto argentino creó para mayor fruición de la gente de aquí un vermouth exquisito, algo más seco, más suave. Es de sabor riquísimo, de fino *bouquet*. Los catadores de más renombre, todos aquellos que saben beber lo aprueban con entusiasmo. Costó prolongada búsqueda la fórmula del vermouth Padilla. Un técnico traído especialmente del Piamonte eligió para que le sirviese de base, los vinos más añejos de San Juan. Luego hizo la selección de las hierbas aromáticas y estomacales, la de la corteza de quina que tiene cualidades tónicas...

Se Fabrica en Grande Escala...

En una larga hilera de cubas de estacionamiento, se deja el vermouth durante largo tiempo; allí, lentamente, se compenetra el vino de las esencias de las hierbas y cortezas, allí se "forma" el vermouth, madura y llega a adquirir con el tiempo sus espléndidas características.

¿Lo ha probado ya? Lo encontrará en los buenos almacenes y despensas... lleve una botella a su casa, hágalo gustar a los suyos, es delicioso, tomado solo aventaja a los vinos generosos. ¡Quedará tan impresionado con su sabor riquísimo y fino aroma que después, siempre, aún con los ojos cerrados, reconocerá usted siempre el Vermouth Padilla!



TODO PRODUCTO PADILLA ES DE CONFIANZA

VERMOUTH TIPO TORINO PADILLA

GUILLERMO PADILLA Ltda. • BUENOS AIRES

BRASIL ESQUINA AZOPARDO

A las Buscadoras de Belleza que están Perplejas

Por Renée de L' Enclos

Algunas chicas lamentan su falta de belleza, pero, desganadas, nada hacen para poner término a los defectos y fealdades que poseen o que se imaginan poseer. Y eso no está bien, pues toda chica cuenta con varios factores de belleza: la hermosura de un límpido cutis, el fulgor de los ojos, los dientes lindos, los labios ricos y rosados, la cabellera espléndida, la figura graciosa. También usted poseerá todos estos elementos de belleza y otros más si sigue los consejos que aquí doy. Por poco dinero y en la mayor parte de las farmacias usted hallará todas las substancias que menciono a continuación.

UN CUTIS NUEVO EN CAMBIO DEL VIEJO. — Esto quizás le cause gracia, pero, después de todo, no deja de ser así. Compre en lo de su farmacéutico cera mercolizada y aplíquesela al cutis todas las noches, antes de acostarse. La cera mercolizada disuelve todos los tejidos desgastados del cutis y hace caer las microscópicas partículas de tez muerta. Por la mañana, retire la cera mediante un poco de agua tibia y una toalla seca. Al cabo de bien pocos días tendrá usted, en cambio del viejo, un cutis literalmente nuevo, y esto porque usted habrá ayudado a eliminar la materia gastada que es la que impide la aparición del límpido y fresco cutis que toda chica posee debajo de la tez ajada y vieja.

POROS DILATADOS, BARRILLOS, PECAS, Etc. — He aquí la receta para combatir esos defectos. Disuélvase una tabieta de stymol en una taza de agua caliente. Con una pequeña esponja aplíquese el líquido a las partes afectadas. De inmediato se notan los satisfactorios resultados. Esta preparación es lo que hay de más excelente para la firmeza del cutis, para la eliminación de la grasa de los poros cutáneos, para que se cierren los poros dilatados y para impedir la formación de arrugas.

EL ASUNTO DEL ROUGE. — Si sus mejillas necesitan realmente un poco de color, permítame que la disuada del empleo del rouge. Use, en cambio, rubinol, que es mucho más refinado y mucho mejor. Con la yema de los dedos aplíquese a las mejillas un poco de ese polvo rosado y logrará un efecto completamente natural.

El Paraná

QUIEN pudiera abrazar de una mirada todo el conjunto de hermosura, majestad y grandeza del Paraná incomparable! ¡Quién tuviera las alas del cóndor para contemplar desde las nubes esa inmensa balsa de aguas serenas que reflejan el más hermoso de los cielos, con ese archipiélago prodigioso de innumerables islas de variedad indescribible! Aparecieran aquellos grupos de verdor profusamente esparcido en la planicie cerúlea de las aguas, cual colosales cestas de flores y frutas destinadas a decorar el festín del pueblo venturoso que algún día ha de gozar ¡oh patria hermosa! de tus gracias virginales.

¿A qué compararé el río espléndido? ¿A qué cosa podrá ser asimilado el sol para ponderar su majestad y brillo? Vedlo. Pues mirad también al Paraná. Su aspecto es majestuoso, dilatado su álveo, suave su corriente. Los altos buques despliegan su velamen y surcan libremente por su canal profundo y anchuroso. Extiéndese con sus afluentes caudalosos por miles de leguas, sin obstáculos, brindando a la industria y al comercio inmensas regiones, las más salubres y fértiles del globo, donde algunos pueblos nacientes abren hoy sus brazos fraternales a todos los pueblos de la tierra.

Aun el maravilloso Nilo, árbitro de la existencia del Egipto, al lado del Paraná quedaría obscurecido. Este, como aquél, cada año se espacia por extensas llanuras, aunque la fecundidad que producen sus crecientes es un lujo de la naturaleza perdido para el hombre en medio de las vastas comarcas que atraviesa, y de las dilatadas y numerosas islas que riega. Sus dichosos habitantes, tan reducidos en número, no disfrutan sino de una porción imperceptible de tantas y tan variadas producciones espontáneas.

Si se emplearan el arte y el trabajo, serían incalculables los beneficios del cultivo de más de cuatro mil leguas cuadradas, abonadas periódicamente por sus aguas.

El Paraná, como el Nilo, se divide en muchos brazos, al vaciar sus aguas, y ambos tienen su embocadura en iguales latitudes, aunque en opuestas direcciones.

¿Pero cómo se han de equiparar las aguas turbulentas y cenagosas del Nilo con las del Paraná, tan saludables y tan puras? Aquellas, antes de la creciente se ven casi agotadas e impotables, cuando los cristales del Paraná son siempre copiosos, claros y exquisitos.

¿Ni cómo puede compararse este clima benigno y sano, con el caluroso y mortífero de la región del Nilo? El simún, viento abrasador y ponzoñoso, va cada año a difundir el terror y la muerte por las llanuras del Egipto, cubriéndolas de inmensos turbiones de arenas ardientes y de miasmas perniciosos que agostan los plantíos y arrebatan la existencia a hombres y animales.

MARCOS SASTRE

BOCETOS DE LA PAMPA RANQUELINA

Por W. Jaime Molíns



La gratitud nacional acaba de evocar, con cálida emoción y en el día cincuentenario, la última etapa de aquella gran cruzada que se llamó la Conquista del Desierto la página más eminente de nuestra historia miliciana que complementó, definió y consolidó, a base de una estrategia sagaz, la obra grandiosa de nuestra organización política.

Como figura máxima en esta hora recordaticia — y a renglón seguido, sin duda, del general Roca, jefe y organizador — aparece don Conrado Villegas, poblador y soldado, que cava junto al fortín los cimientos de la hoy floreciente ciudad de Trenque Lauquen; afirma sobre la tierra virgen los fundamentos agropecuarios de la región; se bate, con gloria, en cien encuentros; sigue la ruta del ejército hasta Choele Choel; atraviesa las arenas calcinantes de la travesía de Valcheta y va a rematar su heroica cruzada, bajo la envoltura de su poncho blanco, a las márgenes del caudaloso Nahuel Huapí...

Al recordar tan marcial figura, no puedo menos que evocar un panorama pampeano que presenciaron mis ojos, hace algunos años, en Trenque Lauquen y en plena ranchería de indios, últimos retazos de la nación ranquelina enquistados en las chacras cosmopolitas de la región.

Fué para mí toda una página rediviva de la Campaña del Desierto. Regresaba yo de la Pampa Central, territorio que acababa de recorrer en toda su extensión, desde Victorica hasta las márgenes del Colorado. Una huelga ferroviaria, que paralizó por treinta días la vida del país, me obligó a detenerme en la ciudad fundada por Villegas. Allí, en un coche dormitorio del ferrocarril, escribí mi libro "La Pampa", para el cual me suministró interesante referencias geográficas un viejo indio llamado "Pallanao", nieto de Callfucurá.

Una tarde realicé, en compañía de varios amigos, una incursión por el predio de los indios, movido por la curiosidad de conocer de cerca su misérrima alquería, desperdigada como al acaso, en la llanura sin árboles y sin abrigo. Llegamos a las chacras. Era domingo. De un rancho, donde una docena de indios — sombras del pasado — se esperezaba al muriente sol de una tarde de septiembre, se desprendió un paisano de alta estatura, erguido, musculoso, recio. Traía en su mano una vieja y abollada corneta de metal. Se acercó respetuoso a nosotros y nos dijo:

— Yo sé que entre ustedes está la primera autoridad del pueblo... (Se refería al Intendente Municipal). Y voy a tener el gusto de tocar en su honor algunos toques de clarín...

Vibró el viejo instrumento entre sus labios. Largas..., agudas..., dolientes, se sucedieron las notas, ondulando en el espacio como el eco de una quejumbrosa lamentación...

Figuraos el cuadro: Moría la tarde. El Sol, hundiéndose en la llanura, serena y plácida, proyectaba sobre los verdes pastizales las sombras fantásticas de la ranchería... Al fondo, la línea del horizonte, con su infinita visión de pampa... Al nuestros pies, el médano a medio inmovilizar todavía... A nuestro lado, el foso histórico, reviviendo en sus rastros la visión de aquel gran estadista que se llamó don Adolfo Alsina... Y ante las notas del bronce, desfilando, en visión y como al conjuro de un llamado mágico, los escuadrones de la gran cruzada, movidos, marcialmente, por los toques de nuestra vieja caballería...

— ¿Cómo se llama usted?...

— "Nahuel Pan" — nos respondió el indio (1).

— ¿Fué soldado?

— Trompa de órdenes del general Dónovan.

¡Toda la pampa del pasado acababa de desfilar por los labios de aquel hombre!...

Pero para buscar la pampa trágica tenemos que trasladarnos a los campos de Junín, donde jugaron otrora, con todos los matices del amor y del odio, las más grandes pasiones de una raza. Someramente, el episodio ha tenido sus evocadores. Pero, tan grande, tan marcial, tan bello, tan lleno de intensidad dramática es el asunto, que la literatura pampeana reclama el cantor que lo exhume del olvido y el lienzo trágico que pueda eternizarlo.

El cacique Yanguelén, alto personaje de la nación ranquelina, se desprende del dominio de aquel gran príncipe pampeano que se llamó Yanquetruz y emigra con su tribu a la "tierra del cristiano". Don Juan Manuel de Rosas, que sostiene una hábil política de disgregación y de intrigas con los pueblos aborígenes, protege a Yanguelén, lo incorpora a la milicia de fronteras con el grado de teniente coronel y le entrega tierras propicias en las inmediaciones de Junín. Pero la actitud de Yanguelén no obedece a una simpatía espontánea al tirano. Su huida de los bosques de Pohitahué tiene su origen en una trama de amor.

Yanquetruz, el príncipe, achacoso y tirano, ha fijado sus ojos en Millá - Calquín, hermosa pampita de trece años, hija de Yanguelén y prometida de un cacique de las Salinas Grandes. ("Millá - Calquín" significa, en araucano, "águila de oro".)

Corría el año 1838. Los ranqueles declaran traidor a Yanguelén y le llevan la guerra. En aquel año muere Yanquetruz. Le sucede Painé. Painé encomienda a un hijo de Yanquetruz — Pichuiñ — que vaya a someter a Yanquelén. En la laguna Epú - loo — es decir, "dos médanos", — en las proximidades del aduar de Yanguelén, deja Pichuiñ las familias que habían seguido a su ejército. Los yanguelenes, que descubren a su adversario, mandan una partida al campamento de Pichuiñ y reducen a la cautividad a numerosas mujeres y niños. Entre los prisioneros se encuentran dos hijos de Pichuiñ y uno de Painé. En conocimiento de aquel revés, Pichuiñ regresa a Epú - loo y se encuentra con el campo sembrado de cadáveres y a merced de las aves de rapiña.

Enfurecido, vuelve Pichuiñ a sus bosques a pedir la formidable ayuda de Painé para ultimar a Yanguelén. Mil lanceros, jinetes en caballos bien invernados, se ponen a las órdenes del propio Painé, el emperador del Desierto. Y caen sobre Yanguelén. La masacre no es para descripta. Los rebeldes han cavado un profundo foso y levantado verdaderas barricadas. Pero es inútil toda defensa. Los indios de Painé improvisan zarzos con sus lanzas. Y cruzan por los endebles puentes. Y pasan a degüello a todos los indios sometidos.

Un hermano de Yanguelén, de un valor estupendo, se alza como una fiera, antes de rendirse y ofrece su cabeza para salvar la de sus indios, actitud de un caballero romántico del medioevo o de uno de esos capitanes hispanos que en las tierras desconocidas de América supieron mantener bien alto el penacho de los tercios de Carlos Quinto...

Pero fué en vano su gesto.

Yanguelén, que había huído en su parejero "gateado", cayó a pocas leguas del fortín Federación (hoy Junín) en manos de sus perseguidores, pagando con su vida aquella tragedia pampeana. Pero no consiguieron por esto los ranquelinos al hijo de Painé, que había sido enviado a Rosas por Yanguelén, y que, años más tarde, fué el famoso cacique Mariano Rosas, de verdadera figuración en la historia argentina y de quien ha escrito páginas admirables el general Lucio V. Mansilla en su libro "Una excursión a los indios ranqueles".

Millá - Calquín, el "águila de oro", la pampita de trece años, había sido, inconscientemente, la bella y fatal mujer de aquella gran tragedia de la nación ranquelina, que regó con su sangre aborigen los campos de Junín, en la más cruenta de las batallas indianas.

Se reproducía en las pampas de Buenos Aires la guerra de Troya, inmortalizada en el poema homérico, en donde una princesa — Helena, — inconscientemente también, inflamó en odios el corazón de Menelao y llevó el brazo vencedor sobre el pueblo de París...

W. Jaime Molins

DIBUJOS DE BATLLE

(1) Tigre con bigotes.

La patria americana

HAY una patria americana. Guerras que no son sino guerras civiles pueden contradecirla. Lo sabemos. Hay entre estos pueblos generaciones que se salen al encuentro, disputando con puñales como hermanos bastardos la herencia común. Pero todos sentimos nuestra patria americana. La sentimos cuando el recuerdo del pasado, purificando como una llama las pasiones del presente, reanima en nuestras venas la fraternidad de la sangre. La sentimos cuando nos identificamos con su grandiosa, salvaje y portentosa naturaleza, y en contacto con la tierra, con el aire, con el sol, comprendemos por el tono de las fibras, los vuelos de la mente y las abnegaciones del corazón, que no es una palabra vana: "el hombre americano". La sentimos cuando nos extraviamos por las vastas llanuras, bosquejando los pueblos de la civilización venidera que deben realizar la plenitud del destino humano, sin muchedumbres menesterosas; o cuando, confirmando con el pensamiento grave la visión gloriosa, nos sentamos por la tarde al pie de la montaña, para hablar con el alma de este mundo nuevo, descendida con el viento desde sus altas cordilleras.

Hay, sí, una patria americana y la hubo, sobre todo, cuando nacía como un nuevo día proyectando su luz sobre los obscuros horizontes.

La guerra era ya larga y todos se hallaban muy lejos del lugar de su partida. Allí estaban el "huaso" de Chile, el "cholo" de Cochabamba, el "costeño" del Perú, el "llanero" de Colombia y el "gaucho" de nuestras pampas argentinas. Estaban todos juntos, revolviendo silenciosos el fogón del campamento, cuando se levantaron de pronto y se dijeron: "Concluyamos". Para ser vistos por el mundo, subieron a las altísimas planicies de Junín, y allí pelearon.

Pelearon brazo a brazo, pecho a pecho, apartando la lanza con la espada para estrecharse más, sin que durante las horas del combate se escuchara el estampido del cañón o siquiera el disparo de un fusil.

La América guerrera tendrá otras glorias, pero ninguna alcanzará a eclipsar la luz de aquel día en que su independencia fué realmente sellada por el brazo desnudo de sus hijos. En las alturas de la historia resuena, no el trueno del cañón, como decía el cantor excelso de Junín, sino este grito: ¡Honor a la caballería americana!

N I C O L A S   A V E L L A N E D A



El calentador eléctrico es el "non plus ultra" de la comodidad y no cuesta más que cualquiera de sus similares.
El aspirador eléctrico es el instrumento de limpieza más práctico e higiénico hasta ahora ideado.
Con la plancha eléctrica ya no ensuciará su ropa y el planchado se convierte en un placer.
CIAE
Sin sacrificio alguno
puede usted adquirir los artefactos eléctricos necesarios para el perfecto confort del hogar moderno.
LA CIA. ITALO-ARGENTINA DE ELECTRICIDAD,
para favorecer a su distinguida Clientela, ha obtenido de las Casas indicadas a continuación la venta de artefactos eléctricos hasta en 24 mensualidades, haciéndose cargo la Compañía misma del cobro de las cuotas, por cuenta de las casas vendedoras, al percibir de sus clientes el importe mensual del consumo de energía eléctrica:
A. E. G. COMPAÑIA ARGENTINA DE ELECTRICIDAD (Soc. An.) Alsina 1115 Bs. Aires
AGAR CROSS y Co. Ltd. Paseo Colón y Venezuela Buenos Aires
BIORKLUND G., ing. Florida 631 Bs. Aires
BRACCINI GINO Tucumán 949 Bs. Aires
CANTALUPI MANFREDO R. y Cía. Ltda. Sarmiento 1664 Bs. Aires
COMPAÑIA PLATENSE DE ELECTRICIDAD SIEMENS SCHUCKERT (Sociedad Anónima) Avda de Mayo 869-Bs. As.
COMPAÑIA WESTINGHOUSE ELECTRIC INTERNACIONAL (Sociedad Anónima). Avenida de Mayo 1035. Buenos Aires.
D. U. O. AMERICAN COMPANY. Perú 650 y Lavalle 708. Buenos Aires.
GENERAL ELECTRIC (Soc. An.) Victoria 618 Bs. Aires.
LONGVIE Rivadavia 1423-Bs. Aires.
PRATT & Cía. Florida 333 Bs. Aires.
SAHLI A., Ing. Uruguay 975 Bs. Aires.
STORM PEDRO & Cía. Chacabuco 146-Bs. Aires.
THE ANGLO-ARGENTINE GENERAL ELECTRIC Co. Ltd. Rivadavia 1475 - Bs. As.
(Se publicarán oportunamente los nombres de otras Casas que en adelante resuelvan conceder las condiciones arriba indicadas).
Los aparatos eléctricos más necesarios en el hogar que Vd. puede adquirir en mensualidades en las Casas mencionadas, según la especialidad de cada una de ellas, son los siguientes:
Cocinas, calentadores de agua, heladeras, lava-platos, planchas, lustradores de pisos, aspiradores de polvo, lava-ropas, estufas, ventiladores, etc., etc.
Al adquirir sus artefactos eléctricos en las casas indicadas podrá Vd. comprobar su calidad de cliente de la Compañía exhibiendo el último recibo por consumo de energía eléctrica en su domicilio.
CIA. ITALO-ARGENTINA DE ELECTRICIDAD
(SOCIEDAD ANONIMA)
CORRIENTES 651-659 - Buenos Aires.
Con el lava-ropa eléctrico usted ahorrará tiempo y fatiga y obtendrá un trabajo perfecto
Los servicios del refrigerador son impagables, por su benéfica influencia en la salud y en el bienestar. El que lo ha usado no puede pasar sin él.
Las comidas preparadas con cocina eléctrica son más sabrosas y de mayor valor alimenticio. El ahorro en trabajo y combustible es enorme.

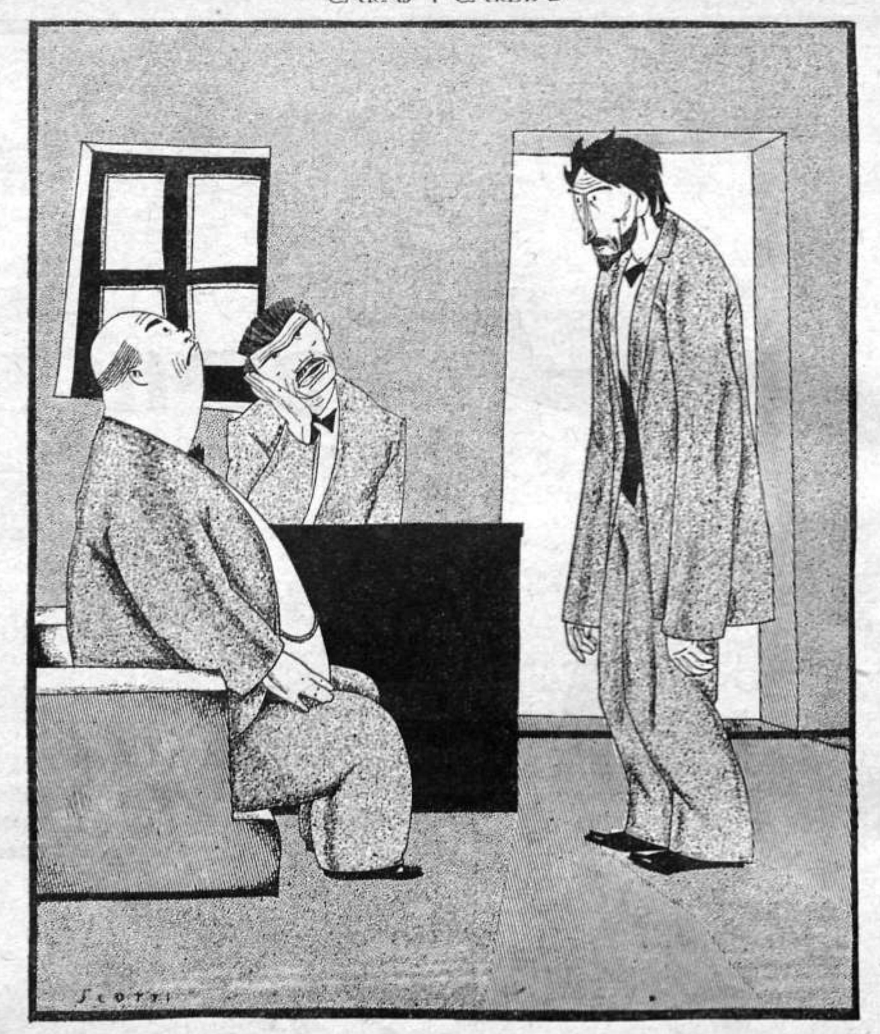
Vélez Sársfield

VELEZ Sársfield dejó el sello de su magnitud en todas las obras en que tomó parte y en los opuestos momentos en que actuó. Hombre de administración y de gobierno, nadie lo ha superado como secretario de Estado, expresándose hoy con su nombre el más elevado ejemplo de ministro nacional. Periodista, es una fuerza. Como Girardín, tenía una idea por día y escribía con esos extraños secretos que dan a los artículos mayor valor a medida que transcurre el tiempo. Conversador inimitable, daba a su palabra el color y la nota que le placían, porque era semejante a un artista por la dramaticidad, ya solemne y dilatado como sonido profundo de órgano, ya ligero y breve como un tembloroso "pizzicatto". Su fuerte, empero, estaba en el gesto irónico, del que ha quedado como un modelo singular. Maestro del aticismo, toda la gracia griega fluía de la ondulante forma de su travieso giro literario cordobés. Hermano de Balzac, entrábase en las entrañas del interlocutor con su análisis psicológico, enseñando las vísceras del adversario con un solo apóstrofe genial.

Como orador, repetimos, es una gloria del país. Su discurso combatiendo el acuerdo de San Nicolás; el que pronunciara ocho años después en favor de la unidad de la familia argentina; su notable oración ante los restos de Rivadavia, son páginas que el tiempo no debilitará jamás ni se obscurecerán por el efecto de otras arengas superiores.

Empero, la mayor gloria de este hombre de letras reside en su faz de codificador, como que el Código Civil que preparara con alientos de titán lo muestra más liberal que Bello y más enciclopedista que Freytas. Alberdi debió utilizar su residencia en Europa en el estudio de la legislación comparada y sorprender a su país con un Código Nacional diáfano y amplio como su portentoso espíritu, inspirado en las instituciones que esbozara en las "Bases" y en su proyecto de Constitución; y guiado también por ese supremo instinto de las cosas que lo adelantaba como inspirado visionario a un porvenir que es hoy completa realidad, ora se trate de las corrientes inmigratorias, del efecto del capital, de la fuerza del trabajo o del soplo de libertad. Demoróse, distrájose en la maraña del pleito de sus preocupaciones y dió a su pluma el empleo sutil de panfletos y opúsculos de fugaz repercusión, perdiendo de vista esta obra imperecedera que habría de constituírlo abogado actual de la República. Vélez utilizó, en cambio, el momento y logró completar en libros lo que hoy forma el Código Civil.

DAVID PEÑA



TIPOS PROVINCIANOS

EL VOLCAO

Por Gregorio Guzmán Saavedra

PARECE un viejo y sólo tiene veinte años. Con sus gruesos y destrozados botines, va y viene por el local del "Comité de la Juventud", diligente, nervioso, acezante. Un saco largo y excesivamente ancho le cuelga de las espaldas huesosas y estrechas, y por momentos el hombrecito se arrolla las mangas para evitar que le caigan hasta las rodillas.

Se llama Orlando Cuete, y se cree el alma del "Comité de la Juventud".

—Che, Cuete... Traé una silla.

—Silla... Aquí... aquí está.

Orlando Cuete corre balanceándose y planta la silla junto a una mesita cubierta de periódicos.

Un moreno alto, surcado de arrugas y con la frente tan exigua que apenas es una raya verdinegra sobre las cejas boscosas, se sienta ante la mesa y berrea:

—¡Cuete! La pluma.

—Pluma... plu... ma... Aquí está pluma.

El tartamudo guiña los ojillos aguachentos y frunce la nariz deforme rayada de venillas arborescentes.

—Hoy va a salir bravo "El Trabuco" — dice el moreno. — Atacaré sin contemplaciones a la sórdida caterva de advenedizos que succionan famélicos el patrimonio del pueblo.

Y se retuerce sobre la mesa desgarrando el papel con la pluma reivindicadora.

—Oiga, niño... — susurra Cuete.

—No me interrumpas el proceso de mi ideación fosforescente, insecto negativo — gruñe el redactor del órgano opositor.

—Oiga, don Alma... Almaraz... Yo quiero... que diga periódico una cosa.

Almaraz alza la pluma a un palmo de las cuartillas, mira de soslayo a Orlando Cuete y sonríe con un rincón de la bocaza amoratada.

—Hablá ligero, mediocre tartancho.

—Bueno... vea... Diga, don Alma... don Almaraz, que yo... yo m'hi volcao... ¿sabe? Ya no quiero saber nada... con dotor Casiano, ¿sabe?

Almaraz se antarquea en la silla.

—Eso lo diré mañana. Acabas de darme un brillante tema. Volcarse, no. No se vuelca así un

ciudadano consciente. Te has elevado por propia convicción. Has suplantado el error por la verdad. Ingresar al "Comité de la Juventud" es purificarse. Abrazar el apostolado de nuestro partido es glorificarse... ¡Hola, presidente! Adelante.

Gordo, paquidérmico, con un vientre monumental, el presidente del "Comité de la Juventud" obscurece el local al aparecer en la puerta.

—Ji... ji... ¿Quí tal? Lindo no más ¿ih? —dice el gordo, y su voz de murciélago recorta el aire como revoloteantes tijerillas.

—Presidente, salú... Déme la mano... ¡Viva presidente!

Orlando Cuete sacude la manaza velluda del gordo y le mira la cara circular en cuyo centro le brota una naricilla como una uva negra.

—Ji... ji... ¿Vos aquí, tartancho? ¿Ya ti has volcao, ih?



El tartamudo asiente con la cabezota desgreñada e indica a Almaraz con el dedo rígido.

—¿Qué dices? ¿Almaraz también se ha volcao? Ji... ji...

Ríe el presidente del Comité, y la boca de grueso belfo va a comerse la uva negra.

Por la calleja pavimentada con piedra bola pasan varios chiquillos. Vociferan:

—¡"La Redención"!... ¡Grandes noticias!... ¡"La Redención"!

—Traé ese diario — ordena Almaraz.

Orlando Cuete salta a la acera y compra "La Redención".

—Diario puerco. Tome, niño. Diario del dotor ladrón... dotor bandido, tramposito... no paga a mí dos pesos... Me debe dos pesos dotor ladroncito.

Se insumen entre las hojas de "La Redención" el presidente y Almaraz.

"La Redención" es el órgano del partido oficial. Según él, la provincia tiene el mejor gobierno del orbe.

—Mentira... todo mentira... Cachafaces todos... — opina Orlando Cuete. — "El Trabuco" es otra cosa... Por eso yo m'hi volcao pa'l "Trabuco"... ¡Qué embromar!

Transcurre una hora.

El presidente del Comité ha escrito dos sueltos vibrantes para "El Trabuco". Almaraz redacta el artículo de fondo. Orlando Cuete ha husmeado por todos los rincones, ha recorrido la acera y por fin, descepcionado, se sienta al fondo del local.

—Ni un pucho 'i cigarro — murmura. — Tengo ganas de pitar.

El tartamudo es capaz de fumar sin interrupción todo el santo día. Ahora no encuentra ni una colilla. El "dotor" le daba a veces para el vicio. Los del "Comité de la Juventud" lo mantienen con promesas. Orlando Cuete medita acodado en las rodillas y ya no repara en las mangas de su saco que se estiran hasta el suelo fláccidas y pringosas. Dos días hace que ingresó en el "Comité de la Juventud". Ha trabajado bastante. Distribuyó "El Trabuco", fijó carteles en los muros, barrió y plumereó el local y habló pestes contra "La Redención" del "dotor". ¿Por qué no le han pagado su trabajo? Ahí está escribiendo el gordo ese que tiene más plata que el gobierno. De Almaraz no puede quejarse. Lo botaron del puesto que tenía en la Municipalidad y anda más pobre que las ratas de San Francisco.

Un impulso de rebelión le sacude el magro cuerpo y un punto de cólera le brilla en los ojos aguachentos.

Se levanta y camina hacia la mesa.

—Este... este... Quiero pitar... Démen alguito...

—Esperá hasta el sábado, che — dice, amoscado, Almaraz. — Todavía no hemos cobrado los avisos.

—Usté, presidente, déme, po, alguito... ¿ah?

El gordo sacude una mano como quitándose una mosca de la cara y sigue escribiendo.

—¡Ahá!... bueno... — rezonga Orlando.

Y comienza a retroceder hacia la puerta con la cabeza baja y los ojos malignos. Ya en el umbral, respira con fuerza. Las clavículas le corren bajo la piel hollinosa, mal cubierta por la camiseta festoneada de prinque.

—¡Abajo Comité Juventú!... Voy con el dotor... "El Trabuco" todo macana... Me volqué pa'l dotor... ¡Piú... ju... ju!...

Orlando corre hacia atrás y sacude los brazos alargados por las mangas vacías.

En el fondo gris de la calleja se recorta como un animado y fugitivo espantapájaros.

Es un grotesco fantasma que en pleno día prolonga, agudo, el grito:

—¡Piú... ju... ju!...

Almaraz y el gordo se han mirado con elocuente sonrisa. Ellos también estuvieron con el "dotor" el año pasado. ¡Bah! Según marchen las cosas, se purificarán mañana reingresando en el partido de "La Redención".

—¡Hem!... — tose Almaraz.

—Ji... ji... — ríe el gordo, y de nuevo la bocaza va a comerse la naricilla como una uva negra.

Orlando hiende las paredes desmoronadas del pueblo con el vibrante estilete de su grito:

—¡Piú... ju... ju!...

Y el aplauso opaco de las mangas suena a compás con el taconeo de los botines.

Y "La Redención" acoge de nuevo en su seno ubérrimo a Orlando Cuete, el tartamudo ciudadano, descarriado y pitador.

Gregorio Fernández Saavedra

DIBUJOS DE SCOTTI

Monna Lisa

MELZI. — Maestro, ¿cómo era Monna Lisa?

LEONARDO. — Imposible precisar en ella los lindes de la realidad y de lo ideal, de la quimera y de lo cierto. Tenía júbilos fulgurantes que hacían pensar en espigas de oro, y otras veces sobre la frente y los ojos, espirituales crepúsculos. La burla, la ironía, la ternura, la voluptuosidad, le prestaban sus medias tintas: cada expresión equivalía a invisibles sonidos, a impalpables aromas, capaces de seducir con incorporeidad moribunda. Su acento fresco y suave en sus labios ardientes era rocío sobre flor asoleada. El mismo ser de su fisonomía cambiante cobraba con los nervios alma en la afilada palidez de sus manos. Todo su rostro de misterio acusaba potente realidad, como una voz desvanecida que de pronto se transformase en boca. Y pon aún su cabellera, su ondulante cabellera, red maravillosa en que la vida al pasar había aprisionado el semblante de ensueño.

Para enfermos de la humana inquietud nada tiene la atracción de un rostro de mujer impenetrable como el secreto de la existencia. A ese misterio añadía su extraña hermosura, y el encanto de su noble espíritu hecho de bondad consoladora. Por ella conocí la suprema dicha; abismarse en compañía de otra alma en la profundidad del alma misma. Emergió en el centro de las leyes que me levantaban a la concepción del universo.

Me habló en el mar infinito, siendo en el fondo agua y en la cresta espuma. Me miró desde los astros como luz y movimiento, y fué el hilo de las más sutiles relaciones entre las cosas. Me inspiró el calor necesario para sufrir a los hombres, al propio tiempo que, oculta, estremecíase en toda manifestación de la gracia y de la belleza. Como el matemático antiguo, no demostraba las propiedades del triángulo, sin el apoyo de Venus; llegué a perder de mi penetración, cuando no la veía, entre los dibujos de mis teoremas, surgir semejante a una estatua sobre los céspedes de un parque. Consuelo de mi amargura, eje de mis esperanzas, resorte oculto de mis esfuerzos, fué así el mar que resumía mis ríos, hasta que se hundió en la tierra llevándose toda la luz del mundo.

. . . .

¿Qué eran sus sonrisas, sus graves actitudes, sus irónicos gestos, sus alegres transporte, sus pensativos reposos?... La escritura de su alma. Yo leía en aquel rostro como nunca leí en libro alguno, con curiosidad, con sed, con apasionamiento.

ANGEL DE ESTRADA



Los mensajeros de la gloria atravesaban veloces las dilatadas y desiertas regiones del país en tiempos records, no superados en el presente.

En esta época en que el acortar distancias parece ser el afán mayor de los hombres, bien está recordar las hazañas de aquellos esforzados campeones que, a través de las llanuras desiertas y las montañas casi inaccesibles, trajeron hasta Buenos Aires la buena nueva de los triunfos de las armas patricias, así como en los albores de la República difundieron por campos y aldeas remotas la palabra única, la palabra divina que exalta los corazones y llena de lágrimas los viriles ojos: "¡Libertad, Libertad, Libertad!"

En 1767 llegó la orden de expulsar a los jesuítas de América. El gobernador Francisco de Paula Bucarelli comisionó a José Ignacio Merlo para que llevara a Charcas y Lima los pliegos destinados a la audiencia y al virreinato respectivo. El viaje lo realizó en cuarenta días, cruzando la distancia de mil leguas que separan a Buenos Aires de aquellas capitales.

La capitulación de Berresford se firmó el 12 de agosto de 1806 y llegó a Lima el 22 de septiembre del mismo año. Se ignora quién fué el veloz portador de la noticia.

Igualmente la noticia del rechazo de la segunda invasión, el 6 de julio de 1807, llegó el primero de agosto a Chuquisaca.

Cisneros, el 25 de mayo de 1810 confirió sus poderes a Liniérs, que se hallaba en Córdoba, y a este efecto envió los poderes con el joven José Melchor Lavín, quien llegó a la docta ciudad el día 28 a medianoche, salvando en tres días la distancia que hay entre ambas ciudades.

El cabildo de Salta, en Junio de 1810, se pronunció en favor de los miembros del de Buenos Aires. Sus miembros fueron apresados; pero Calixto Ruiz Gauna consiguió escapar, llegando a esta ciudad en ocho días. Para alivianarse había montado sin botas, estribando con el dedo grande del pie, el cual, por el continuo roce del metal, para evitar la gangrena, tuvieron que cortárselo.

La junta de Buenos Aires ordenó al mayor Corvalán que llevara a Mendoza las comunicaciones de su instalación. Llegó el 13 de junio con la jubilosa nueva. De allí pasó al fuerte San Carlos, y el 29 del mismo mes, como se enterara de que el gobernador Ansay obraba en combinación con el general Concha, de Córdoba, tomó la posta y en cinco días estuvo en Buenos Aires. Esta le ordenó que regresara y, con algunas fuerzas patriotas que estaban en Río Cuarto, atacara a Ansay. Corvalán obedeció y el 16 de julio derrocaba al gobernador.

El parte de la victoria de Tucumán, el 24 de septiembre de 1812, lo trajo a Buenos Aires, en seis días, el teniente primero Jerónimo Helguera.

La batalla de Chacabuco tuvo lugar el 12 de febrero de 1817. San Martín honró al sargento mayor Manuel de Escalada encargándole la conducción de la noticia a Mendoza, donde llegó el 14 de febrero a las tres de la tarde, portador, también, de dos trofeos tomados a los realistas.

El mismo parte de la victoria obtenida por San Martín fué leído en Buenos Aires, por el Director Supremo, doscientas ochenta horas más tarde.

El desastre de Cancha Rayada se produjo en la noche del 19 de marzo de 1818. El teniente José Samaniego llegó a Santiago la noche del 20, recorriendo en veintisiete horas las ochenta leguas que había entre ambos puntos.

Después del desastre, la victoria de Maipo, el 5 de abril. Escalada, al frente de su escuadrón, había sableado denodadamente al enemigo aguerrido. San Martín no reparó en ello: la honra bien se valía el sacrificio y le puso en marcha, rumbo a Buenos Aires, a las once y media de la noche. El día 8 llegó a Mendoza, a la caída de la tarde, y el 17 entregó los pliegos a don Juan Martín de Pueyrredón.

San Martín llegó a Lima el 9 de julio de 1821. La noticia estuvo en Santiago de Chile el 13 de agosto y en Buenos Aires el 2 de septiembre. Su portador fué un tal F. Gómez, quien percibió 150 pesos en pago de sus servicios.


GENIOL

PAGINAS ARGENTINAS

El hombre del siglo XIX

La vida, ese hecho múltiple y variadísimo que nos rodea por todas partes y que se siente en cada uno de nosotros como si cada uno fuera el centro a que convergen todo lo que vive sobre la tierra; ese hecho se ve, se toca, se siente, y, sin embargo, es inaccesible a la inteligencia y a las fuerzas humanas. La vida es un misterio que nos lleva como por la mano al reconocimiento y adoración del gran misterio, del Ser por excelencia, de Aquél que dijo en sus inefables comunicaciones con el hombre: "Yo soy quien soy"; de Aquél que es la misma eternidad y toda perfección infinita, y causa y razón de todo cuanto existe fuera de El. Según el Apóstol, la tierra ha sido dada en habitación a los hombres para que busquen a Dios y puedan llegar como a tocarlo; y en efecto, Linneo, aplicándose a la consideración de una hoja de hierba, exclama atónito: "He quedado mudo, herido de espanto: he visto a Dios, como otro Moisés, por las espaldas".

Sí, el misterio de la vida desafía a todo el orgullo humano. En nuestro siglo se ha dicho que "por la ciencia llegará el hombre a la omnipotencia, y que así vendrá a ser Dios"; exactamente como en el principio de la historia humana había dicho el padre de la mentira "eritis sicut Diis, scientes bonum et malum". Yo no conozco, señores, los dominios de ese imperio de sabiduría que se dice haber conquistado nuestro siglo; no sabré deciros lo que hay de positivamente ganado en el terreno de verdades filosóficas y sociales; pero sí quiero tributar el homenaje de mi asombro a la poderosísima actividad que despliega su ingenio, suscribo la valiente frase de que "el hombre del siglo XIX ha arrebatado de las manos de Júpiter sus temibles rayos"; reconozco lleno de admiración, que ante él desaparecen las distancias; que su palabra recorre la tierra con la prontitud que se recibe una orden del amo de la casa; que él dispone y se sirve de mares, de flúidos impalpables e invisibles, con la precisión que yo muevo mi mano, que ha hallado ser el globo de la tierra un libro de inefables caracteres; que va ya deletreando, que, en fin, se ha aproximado a los planetas, los ha medido y pesado, y descubre que no sólo el planeta que habitamos tiene condiciones para la vida; y aun más que todo eso, ha llegado a sorprender la formación de estrellas todavía en embrión. Esta gloria no puede ser materia de envidia para nosotros, sencillos hombres de la fe antigua, sino de viva y sincera felicitación al hallar en el hombre del siglo XIX el perpetuo cumplimiento de aquella palabra del Señor en el principio de los tiempos: "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza; y tenga dominio sobre los peces del mar y sobre las aves del cielo y sobre las bestias y sobre toda la tierra". ¡Oh, hombre! Aunque te hayas declarado enemigo de aquel Dios que adora mi fe, aun te saludo, imagen de la eterna sabiduría, rey del mundo, y el más noble y digno adelantado de toda la creación en presencia de su autor.

FRAY MAMERTO ESQUIU



Deje que durante su sueño la Crema Hinds le beneficie el cutis

Levántese cada mañana con su cutis fulgurante de nuevo encanto juvenil . . .

Para ésto póngase al acostarse toda la Crema Hinds que la piel absorba. Mientras usted duerme, su cutis—como tocado por Hada bondadosa — irá recobrando la blancura y lozanía que le robaran el sol, el aire, la humedad; irá readquiriendo esa delicada suavidad que señala a la mujer refinada . . . Aplíquese Crema Hinds cada noche. Y cada mañana vuelva a usar la Crema Hinds como base para el polvo. Así se protege el cutis; así se aumenta su hermosura y se conserva juvenil.

. . . y con usar Crema Hinds para las manos, se les da exquisita suavidad y blancura.




ACEITE PURO DE OLIVA
YBARRA
EL UNICO IMPORTADO POR SUS PRODUCTORES



Chismografía provinciana
El regreso de Pedro Luis

Por Juan Oscar Ponferrada

LLEGÓ en un día de abril, el puro abril de su provincia, en que el cielo es más cielo y la luz se azula un poco antes de alcanzar un tono lácteo.

Todo el barrio sabía que Pedro Luis llegaba aquel sábado.

La casa brillaba como un espejo, de limpia; y para los familiares del viajero, las campanas que anunciaban la salida de misa podían muy bien repicar en honor de Pedro Luis.

La servidumbre calzó zapatos de taco alto como en los grandes acontecimientos; y en el segundo patio, entre el fresco respirar de las plantas regadas, un olorcillo de pasteles era tan fuerte tentación, que los chicos llegaban a la cocina en los descuidos de la Paula, y le arrancaban las puntitas al más próximo, para tragárselas con facilidad devoradora.

De par en par abierta, la puerta de la calle dibujaba una acogida triunfal. Una gran nerviosidad de suceso hacía que don Pedro caminara a través del patio y de la galería con las manos enlazadas atrás y los dedos en incesante movimiento.

—¿Está arreglada ya la cuestión del coche? — preguntaba de rato en rato a su señora y a sus hijas.

—Han ido a la plaza a buscarlo — le respondían. — Es demasiado temprano. No hay por qué apurarse.

Y él seguía paseándose a lo largo de la galería.

CON el anuncio del regreso de Pedro Luis, una prima entrada en años, La Tusca, sintió renacer lejanas ilusiones, y aquel día habló con los pájaros que ella educaba en jaulas de colores pendientes de los arcos de medio punto del zaguán y de los pasadizos. Les preguntó casi en secreto si acaso en el tren de ese día llegaba su felicidad *"lerdita, pero segura"*. Los pájaros no le dijeron nada, pero ella creyó escuchar en el gorjeo de la Reina Mora un raro mensaje de buenaventura.

La tarde anterior esta noticia se había propalado en la plaza durante la retreta, con aspavientos amordazados de las muchachas casaderas.

Sentada en un banco del Paseo de Moda, mientras la banda de música hacía oir "Los Millones de Arlequín", la Pula le dijo a la Chata:

—¿Has sabido que viene mañana Pedro Luis?...

—¿Quién?

—Pedro Luis Cáceres. ¿No lo conocés?

—Ni pintado...

—El hermano de la Chula y de la Encarnación.

—¡Ah!...

—Es un candidatazo. Figurate vos: médico y con dos cátedras en Azul, cerquita de Buenos Aires... ¡Cómo estará la Tusca Martínez! Dicen que la afilaba cuando estudiaba en la Normal...

Y la Chata le dijo a la Pula:

—¡Bah! No me hablés de esos muchachos que se van a Buenos Aires. Se reciben, vienen aquí a pavonearse un poco con el título fresquito, luego se van de nuevo, y si te he visto, no me acuerdo...

Esto y cosas más se habían dicho aquella tarde todas las muchachas de la sociedad, entre la música de "Los Millones de Arlequín" y la brisa que internaba sus dedos ya fríos en la fronda desmelenada de los terebintos de la plaza.

Y el anciano señor vicario había trasmitido su timidez a la devota señora de Cáceres, respecto de las creencias religiosas de su hijo. Sospechaban ambos, terrible sospecha, que pudiera venir ensoberbecido con las ideas del socialismo y otras pamplinas que estaban de moda en Buenos Aires. Y les asaltaba el temor de que se negara a comulgar en la misa que habían de oficiar en acción de gracias por su llegada.

Por fin el reloj dió las doce en el corazón de don Pedro. Un carruaje se paró en la puerta, montó media familia en él y se fueron camino a la estación.

El andén resultó linda pista de entrenamiento para la nerviosidad de don Pedro. ¡Oh, inquietud milagrosa! El tren atrasó veinte minutos. Sólo estuvo satisfecho en su gloria de padre cuando estrechó en sus brazos el cuerpo legítimo de Pedro Luis, hijo único, doctor en cirugía.

El rodar del carruaje sobre el empedrado daba a los pasajeros un movimiento continuo de baile de San Vito, cuando no los sorprendía el sacudón de un barquinazo al cruzar el puente dudoso de las acequias.

Allí, dentro del coche en marcha, don Pedro se apresuró a preguntar a su hijo:

—¿Y cómo anda la política por allá? ¿Hay muchos juaristas todavía?

—Cada vez menos, viejo — respondió Pedro Luis, que se había vuelto radical.

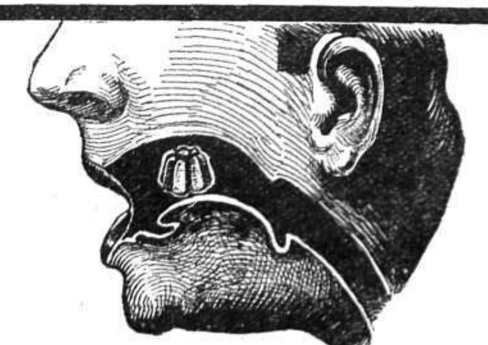
—¡Pero será zopenca la gente! — murmuró con refrendada indignación. — Bien dicen que el mundo va como el cangrejo...

En la casa, el llanto fué vino de alegría. Hasta la criada Paula hizo pucheros al saludar al niño Pedrito Luis.

Y esa noche la prima esperanzada encendió una vela ante la imagen de la Virgen y puso a San Antonio con los pies para arriba.

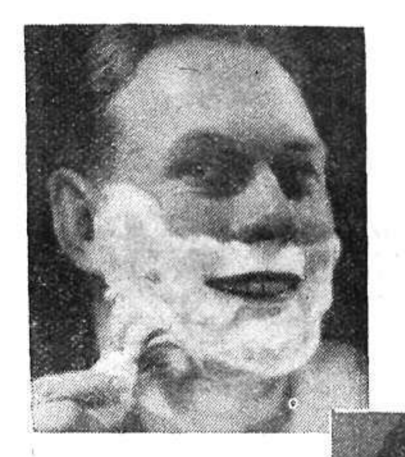
Juan Oscar Ponferrada

DIBUJO DE LÓPEZ NAGUIL



Guárdese el dinero

hasta que haya hecho este ensayo



Pruebe primero esta crema de afeitar, por nuestra cuenta. Si sus méritos no le conquistan a usted... la pérdida no es suya, sinó nuestra.

Crema de Afeitar PALMOLIVE MARCA REGISTRADA

$ 1.40 el tubo en la Capital

CABALLEROS: Las notables cualidades que hallan quienes usan esta crema de afeitar resultarían casi increíbles si las dijésemos nosotros aquí. Nos limitamos a esto: "Solicite una muestra gratis y juzgue después. No conocemos mejor forma de comprobación".

Millares de personas han hecho esta prueba. De cada cien, 86 se hicieron consumidores habituales. Así es cómo en corto tiempo la Crema de Afeitar Palmolive se ha convertido en la de mayor venta.

Hemos consultado a 1000 personas.

Hace pocos años nos preguntamos por qué nosotros, fabricantes de un jabón sobresaliente, nunca habíamos hecho una crema de afeitar. Mil hombres nos expresaron dónde fallaban otras preparaciones. Nos impusieron una difícil tarea, pero nuestros laboratorios respondieron. Tras ellos estaban 68 anos de experiencia en jabonería. Mas no fué tan fácil.

Las primeras 129 fórmulas fueron rechazadas... Finalmente se alcanzó el éxito con una crema de afeitar basada en el principio de aceite de oliva, que reúne cinco características importantes y exclusivas: tal es la Crema de Afeitar Palmolive.

Pruébela ahora.

Solicitámosle probarla ahora. Procuramos complacer a Vd. y nos comprometemos a ello a expensas nuestras. No arriesga Vd. más que una estampilla; unas pocas afeitadas harán lo demás. ¿Tendría Vd. la gentileza de enviarnos el cupón?



5 Superioridades

1. Su espuma se multiplica por sí misma 250 veces.
2. Ablanda la barba más dura en un minuto.
3. Su untuosa espuma se conserva fresca en la cara por 10 minutos.
4. Sus fuertes burbujas soportan los pelos para cortarlos.
5. La mezcla de sus aceites de palma y oliva obra como una loción despues de afeitarse.

RADIO

Hora PALMOLIVE Sintonice L. R. 4. (Radio Splendid) todos los lunes, miércoles, y viernes, de 22 a 23 horas.

GRATIS Colgate-Palmolive-Peet Ltda. 1997, Sgo. del Estero, Bs. As.

Sirvanse enviarme 1 muestra gratis de Crema de Afeitar Palmolive. Incluyo 5 centavos para franqueo.

....

....

.... C. C.

CREMA DE AFEITAR PALMOLIVE

La multitud

DEL esfuerzo aislado y anónimo, va a surgir por suave evolución, durante el virreinato, la multitud, entidad colectiva, y de ella los ejércitos de la Independencia y el pueblo de la futura república; como del reptil salió el pájaro altivo en las edades remotas de la vida; el noble caballo, del hipparion de tres dedos, y éste, a su vez, del deforme arquiterium.

Habría que hacer, y sería sugestiva, una historia de los encadenamientos políticos y sociales, como hay ya de los encadenamientos animales, que Albert Gaudry ha demostrado entre los mamíferos de los tiempos geológicos y los de nuestros días; por ese mismo procedimiento veríamos cómo surgen las grandes ideas, a veces de un sencillo sentimiento que en el principio de la vida apenas si es simple superstición en la conciencia del pueblo primitivo.

La idea de la independencia no vino a la mente como una inspiración o una sorpresa; esas cosas no "caen" inesperadamente como un aerolito. Un período más o menos largo de "acomodación" orgánica precede a la completa evolución de eso que, como era lógico, fué un sentimiento más que una idea, si se tiene presente el bajo nivel de cultura de los pueblos. Hasta que la multitud no toma cuerpo, no tiene conciencia de lo que la agita: es un simple prurito de moverse sin orientación fija, de ir contra alguien, de gritar, de hablar, de protestar como si la empujaran de adentro.

Mientras la inteligencia duerme, los centros motores parecen irritados. Para pintar su situación moral, me viene el recuerdo de algo parecido a los primeros tiempos de la concepción de una primípara: conciencia confusa de lo que pasa en su ser, ausencia de un sentimiento claro de los fenómenos profundos que se operan en las entrañas, acompañados del vago malestar que anuncia cambios, aspiraciones y deseos exóticos en su índole.

De cuando en cuando estalla, y un levantamiento aislado interrumpe el silencio del virreinato. ¿Qué quiere?... ¿Independencia? No. Apenas fustigar a los alcaldes y corregidores, estirar esa musculatura que va engrosando demasiado y luego retirarse tranquilamente a su escondite a continuar la obscura labor, el trabajo anónimo y monótono con que enriquece las cajas del estado y satisface a medias la voracidad de los "encomenderos". La "multitud", en un principio, no hace sino perfilarse, moviendo sus miembros dispersos, ensayando sus fuerzas en la inocencia de todos esos tumultos, asonadas locales sin trascendencia, y por los motivos fútiles que la inducen.

JOSE M. RAMOS MEJIA



Los médicos lo recomiendan desde hace 28 años.

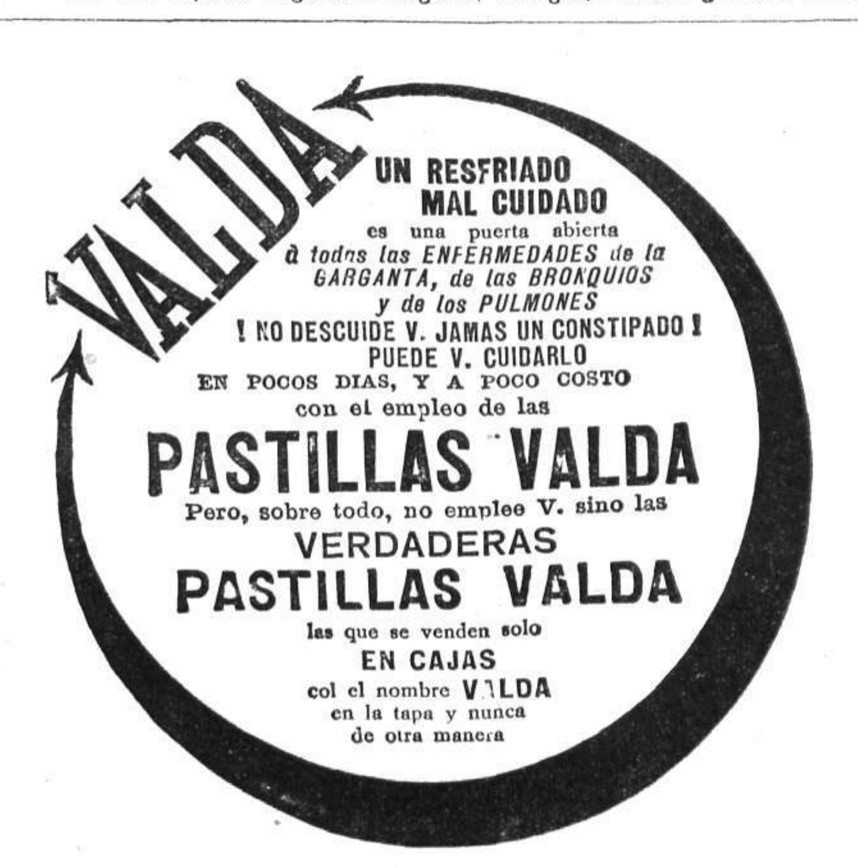


Estando preparado a base de Kalisaya, la mejor quina del mundo, el más positivo tónico que Vd. pueda tomar es

KALISAY

Lagorio & Cía. Ltda. S. A. - Buenos Aires

Guarde las etiquetas para tomar parte en el **Gran Concurso** combinado con Oporto Argentino Lagorio, Vinagre, Pickles y Salsa Omega.





Aquél, ciertamente, era un día a propósito para los que van mal vestidos y están tristes.

Voy a contar por qué absurda cuestión aquel día rompí la única amistad que me quedaba.

Lo contaré a mi manera, ya que tan sólo pretendo demostrar que la razón estaba de mi parte.

Fué casualmente en uno de los más aburridos días de mi existencia. Tengo por costumbre soñar o, si ustedes quieren, divagar un rato, al anochecer, mientras el gris plomo del cielo va obscureciendo y aparecen las primeras estrellas. Pongo mi frente contra el vidrio de la ventana de mi cuarto; miro los techos vecinos; miro pasar las gentes por las calles empedradas; miro cómo refulgen los escaparates de las tiendas; miro las misteriosas ventanas de mis vecinos y, a veces, lo confieso, aplasto mi nariz contra el vidrio y me quedo inmóvil, mientras mi pensamiento no deja escondrijo por visitar.

De esta inofensiva afición me queda un poco de tristeza y algún dolor en la nariz.

De chico he sido un poco meterete y entremetido. He encontrado placer en imaginar si el cochero que iba tan tieso en el pescante del carro fúnebre era casado, si el conductor del tranvía estaría o no de novio, si el recolector de la basura sabría que tenemos un teatro Colón y otras muchas cosas insignificantes.

En fin, no todos podemos ser iguales, y hasta en las nimiedades más grandes cada cual tiene su gusto. Yo, por ejemplo, nunca he podido entrar en una peluquería. El desagradable olor a perfume barato, la melosidad de los oficiales, la operación larga y terrible de cortarse el pelo y rasurarse, y la idea inaguantable de que está uno lleno de pelilles que se han metido por el cuello, me han decidido, desde un principio, a afeitarme y cortarme el cabello por mi cuenta.

Ahora creo que lo hago mucho mejor. La operación es de lo más sencilla. He dispuesto una combinación de espejos; mejor dicho: pongo un espejo sobre mis rodillas y suspendo sobre mi cabeza un espejuelo de tres faces. Lo terriblemente difícil fué aprender a manejar la tijera mirando al revés. Al principio, cuando quería llevar la tijera hacia la oreja derecha, por ejemplo, la sentía en la izquierda. La práctica me ha allanado esta terrible dificultad, tanto, que cuando debo hacer alguna cosa, tengo que pensar si estoy guiándome por el espejo o por la realidad.

De resultas de todo esto, cuando voy a las exposiciones de cuadros, he notado que hay, sobre todo entre las mujeres, una notable inclinación a confundirme con el pintor. Otras veces... pero no es esto lo que quería relatarles.

Al atardecer, cuando estaba en aquello tan aburrido de que "para que un producto de factores imaginarios sea cero, es necesario y suficiente que uno de esos factores lo sea", dieron tres golpes en la puerta de mi cuarto. Tres golpes alternados, con los nudillos, sobre la parte superior del tablero de la puerta. El que así golpeaba no podía ser otro que mi amigo Oscar, mi único, mi querido amigo Oscar Martos.

Martos, para golpear en esa parte de la puerta, levantaba el brazo. No sé si el derecho o el izquierdo, aunque tengo muy fundadas sospechas de que golpeaba con la mano izquierda. Nunca me atreví a preguntárselo. Preferí suponerlo. Siempre he vivido más cerca de la fantasía que de la realidad, así que espero que nadie se asombrará si confieso que en más de una ocasión tanta certeza había en mi suposición, tan clara la imagen de mi amigo con la mano en alto del otro lado de la puerta, que si se hubiese tratado de un odioso enemigo, sin temor a errar hubiese perforado de un balazo a través de la madera su corazón.

Me dije: "Es Martos. ¿Qué diablos querrá a estas horas? El viene siempre después de comer. Ahora tiene el brazo en alto. ¿Por qué ha de golpear siempre a la altura de la cabeza? ¿Por qué alguna vez no se le ocurre golpear, por ejemplo, a la altura del zócalo?"

Abrí la puerta violentamente y me hallé de manos a boca, creo que se dice así, con la señorita Adelaida.

Me creo en la obligación de advertir que la señorita Adelaida es hija del encargado de la casa. Es bonita; sí, es bonita; pero sonríe en una forma insultante y agresiva. Sonríe y se le forman dos hoyuelos junto a la comisura de los labios y los pómulos brillantes se le engruesan. Y a mí su sonrisa me daña. Siento primero un pequeño calofrío, luego una sensación de calor que me abrasa la frente, por último quedo impávido, a la espera de una segunda sonrisa.

La señorita Adelaida sonrió. Sentí que mis músculos se aflojaban. Con una voz cantarina dijo:

—Señor Federico, vengo a pedirle a usted una pluma, si me hace el favor.

Yo la miré con perplejidad. La muchacha sonrió — ¡Dios de Dios! — y enrojeció como una remolacha.

—Como es usted estudiante, pensé que no le faltaría una pluma.

En ese instante me acordé súbitamente que había dejado el mate sobre la mesa. Me di vuelta para ocultarlo y dije, con una voz bronca por el despecho:

— No lo crea usted, he comido y he comido bien. El mate es una vieja costumbre. Lo tomo a toda hora. Pero esté segura de que he comido.

La señorita Adelaida insistió, aun más confusa:

—¿Tiene usted la pluma que le pido?

—¿Una pluma? ¿Una pluma? Ciertamente, debo tener una.

Busqué sobre la mesa, revolviendo los libros y papeles, y en esto aparecieron tres carozos de durazno y uno de ellos cayó al suelo.

Me volví rápidamente para ver la expresión que ponía la señorita Adelaida, y me pareció que su sonrisa se ensanchaba. No pude contenerme y le dije:

— No sea necia. ¿Por qué supone usted que chupo estos carozos para matarme el hambre? Se equivoca de medio a medio.

Una expresión de terror le ensombreció entonces el semblante:

— Una pluma... — tartajeó.

Volví a revisar la mesa, palpando los papeles, retirando los libros, moviendo los cuadernos; pero la maldita pluma no parecía.

Me agaché para mirar debajo de la mesa, en el asiento de mi única silla, revisé uno por uno los libros, los cuadernos, los papeles sueltos. ¡Nada! Finalmente me puse de rodillas y miré debajo de la cama. Cuando me incorporé, sacudiéndome los pantalones, la señorita Adelaida — ¡Dios mío! — sonreía...

— Señor Federico, ¿qué busca usted?

—¿Qué busco? Mi lapicera.

—¡Pero si la tiene usted en la oreja!

Entonces fué cuando advertí por primera vez que la maldad de la señorita Adelaida era intencionada. Le di la lapicera y apenas pude murmurar:

— Así que...

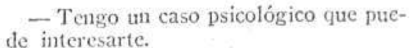
— Se la traeré en seguida. Muchas gracias.

Sonrió y se echó a correr, escaleras arriba, con gran revuelo de faldas.

Cerré con un portazo de esos que hacen saltar en su asiento a mi vecino, y no había transcurrido un minuto, cuando volví a oír los tres golpes sobre el tablero superior.

"¿Qué querrá ahora?", me dije. "Lo que esta muchacha busca es meter las narices en mi cuarto para luego andar murmurando con los inquilinos. Le diré con franqueza que se deje de fastidiar. Abrí la puerta y me encontré frente a Martos. No sé por qué pensé que Martos, por no dejar de dar esos tres golpes lentos que me crispaban los nervios, esperó a que yo cerrase la puerta.

Lo observé detenidamente. Era Martos, sí, pero no Martos el rubio, el pacífico Martos a quien se le podían contar las pecas alrededor de la nariz; no, este Martos estaba agitado, febril casi. No dijo "Buenas tardes"; no dijo "¡Hola, Federico"!; no dijo "¿Qué tal, qué tal?"; dijo:



— Tengo un caso psicológico que puede interesarte.

— Hoy no he comido — dije a mi vez, y en un arrebato de ternura hacia mi mismo, se me saltaron las lágrimas.

—¿Y el giro, el giro que esperabas?

—¿Qué puedo saber?

— Bueno; seamos prácticos. Tengo dos pesos. Si quieres ver un caso extraordinario, te aguantarás otro día sin comer, si no, aquí están los pesos y come.

—¿Un caso extraordinario?... ¿Sabes?, estoy débil... tengo hambre...

— Iremos a ver representar a una actriz cómica a quien anoche se le murió un hijo.

Salimos. Llovía monótonamente. Llovía con una desesperante insistencia. Me colgué del brazo de Oscar. El teatro quedaba encajado entre un mercado y un corralón de maderas. En el barrio se le conoce con el nombre de "teatro del mercado", porque el pueblo tiene algún buen gusto y se resiste a llamarlo "American Star".

Le dije a Martos:

—¿Cómo te has enterado?

— Vive en el barrio. Esta mañana enterraron al hijo. Esta tarde tiene que trabajar...

Martos compró las localidades. Nos ubicamos en la platea. Yo pensaba: "A Martos le quedan cuarenta centavos. Me puede dar veinte y compro un pan y diez de queso".

Y de repente me asaltó esta idea:

"¿Cómo hará esta mujer para reír?"

Y sentí un gozo innoble reconstruyendo aquel rostro, que durante toda una noche había llorado junto al cuerpecito inerte de su niño, contraerse en una mueca espasmódica y reír.

La sala estaba llena de un público de pañuelo al cuello que ronroneaba excitando mis nervios. Yo no podía apartar mis ojos del telón. Y la curiosidad y la expectativa pesaban sobre mí de tal modo que me sentía extenuado.

Cuando alzaron el telón corrió por mi cuerpo un hondo estremecimiento. Miré a Martos, que estaba pálido y frenético. Las narices se le dilataban al contener una respiración sofocada. La cara de mi amigo me causó repulsión. Volví a pensar en esa pobre mujer que dentro de unos minutos...

— Me voy... — le dije roncamente a Martos.

Ya en la calle, respiré aliviado. Mi pecho se libertó de un enorme peso. La angustia fué cediendo y empecé a tener hambre.

Volví a mi cuarto y me puse a chupar uno de los carozos de durazno que tenía, hasta que oí los tres golpes lentos que Martos acostumbraba a dar sobre la puerta.

Así perdí a mi único amigo. Ya no vivo más en la casa de la calle Salguero. Estoy en el manicomio. Tengo casa y comida. Pero estoy muy aburrido. A Martos, mi único amigo, lo encontraron muerto de un balazo en el corazón frente a mi puerta. Yo disparé el balazo; pero nunca supuse que pudiese ver a través de la puerta. Dos veces por semana me corto el cabello ante un grupo de veinte o treinta locos que me miran con la boca abierta. Los domingos viene, no siempre, la señorita Adelaida, y con el pretexto de obsequiarme con unas naranjas, me clava en el alma una de sus terribles sonrisas.

Leonidas Barletta

DIBUJOS DE BATLLE

PAGINAS ARGENTINAS

Humanidad en la guerra



E aquí, entre otros, un ejemplo de que la sensibilidad no se embota, ni empedernizan el corazón los golpes del combate. No tenemos que recurrir a tradiciones en el pasado para extraer esas semillas de virtud que, sin salir de casa, dentro la amplia casa americana, encontrarse suelen, si bien tan recónditas por la modestia que hermosea a cuantos las cultivan, que trabajo cuesta sacarlas a luz.

.. ..

Y con perdón de quien criticó con frecuencia encontrar reminiscencias de un hogar, en tradiciones que tienen su origen en cuentos del mismo, séame permitido recordar que entre mis hijos tengo un soldado — lo que no es una novedad en esta tierra de soldados. Aun bien joven, tuvo ya ocasión de releer a César, sus "Comentarios", sobre las ruinas de su imperio, y también los de Napoleón, dentro la fábrica de Krupp, estudiando el perfeccionamiento del cañón, que venció su táctica. Como joven hijo del Nuevo Mundo, prefiere en sus lecturas la de proezas americanas, que no siempre hemos de vivir entre griegos y romanos.

Hojeaba la otra noche una de esas revistas militares que, si en otro tiempo sólo llegaban al Club Militar, frecuentes son hoy bajo la carpa del oficial argentino.

"Mirad, papá, qué bella acción recuerda este grabado", dijo, señalando la reproducción del célebre cuadro de "Blonweid". En él, lanza el Emperador su guardia sobre los escoceses grises, perseguidos, hasta que dragones ingleses cargan a su turno, deteniendo aquéllos, para dar tiempo a la reorganización de los primeros. El coronel Herbey, que mandaba esa caballería, había perdido el brazo derecdo en la batalla de Oporto, al lado de Berresford, quien, si no perdió los dos en nuestras calles, sí, algo parecido a su honor y fama, al sorprender esta ciudad.

Entre las peripecias de la carga, el intrépido manco se encontró frente a un coronel francés, que ya, al chocar, alzaba su espada para herirle. Sorprendido que no se defienda, apercíbese recién que le falta un brazo; entonces levanta su arma, haciendo el saludo militar. No queriendo herir a un adversario indefenso, avanza, y sigue en busca de enemigos que tengan con qué defenderse.

¡Bello acto de hidalguía! Más plausible por la reflexión instantánea, en momentos que el fragor de las armas, y la exaltación del combate parecen detener todo noble sentimiento. Fué pesar de toda su vida para el coronel inglés no encontrar en toda ella su noble y caballeresco enemigo, cuyo nombre nunca llegó a saber.

Tornemos a los nuestros, que grato nos fué en todas circunstancias presentar de más cerca esos raptos palpitantes donde la humanidad resplandece, descubriendo nobles sentimientos. Ejemplo propio, pues que más hondamente toca lo que de más cerca nos atañe recordamos en seguida a nuestro joven artillero.

PASTOR OBLIGADO

PAGINAS ARGENTINAS

Los caimanes

INMOVILES, como si se hubieran desprendido de la cornisa de un templo egipcio, mantienen la boca abierta cuan grande es, hacia arriba.

En esa posición, la boca forma un ángulo cuyos lados no tienen menos de medio metro.

Los he visto permanecer así durante horas enteras; el olor nauseabundo de su aliento atrae a los mosquitos que se aglomeran por millones sobre la lengua; cuando una "fournée" está completa, el caimán cierra las fauces con rapidez, absorbe los inocentes visitantes y de nuevo presenta al espacio el temible e inmundo ángulo.

El caimán es la plaga del Magdalena; cuando algún desgraciado boga, bañándose o cayendo de su canoa, ha permitido a uno de esos monstruos probar el perfume de la carne humana, la comarca entera tiembla ante el caimán cebado; anfibio como es, salta a la playa, se desliza por las arenas, con la que confunde su piel escamosa y pasa horas enteras acechando un niño o una mujer.

¡Cuántas historias terribles me contaban en el Magdalena de las luchas feroces contra el caimán; del valor salvaje de los bogas que, semejantes a nuestros indios correntinos, se arrojan al río con un puñal y cuerpo a cuerpo vencen al saurio!

A su vez, el caimán suele ser sorprendido en sus siestas de la playa por los tigres y pumas de los bosques vecinos.

Entonces se traba una lucha admirable, como aquellas que los romanos, los hombres que han gozado más sobre la tierra, contemplaban en sus circos.

El caimán es generalmente vencedor, pues su piel paquidérmica lo hace invulnerable a la garra y al diente del agresor.

Pero lo que un tigre no puede lo consigue una vaca o un novillo; cuando éstos atraviesan a nado el río, pasando, en el bajo del Magdalena, del estado de Bolívar al que lleva el nombre del río y ore ocupa la margen derecha, o vice versa, si el caimán los ataca levantan un poco la parte anterior del cuerpo y hacen llover sobre el agresor una lluvia de "puñetazos" con sus córneas pezuñas, que lo detiene, lo atonta y acaba por ponerlo en fuga.

Se ha hecho el cálculo que si todos los huevos de bacalao que anualmente ponen las hembras de esos antipáticos animales se consiguieran, la sección entera del Atlántico comprendido entre la América del Norte y Europa se convertiría en una masa sólida.

Otro tanto podía suceder en el Magdalena con los caimanes.

El caimán es ovíparo; la hembra pone una inmensa cantidad de huevos, grandes y duros como piedra, que entierra entre la arena.

Llegada la época conveniente, la sensible madre se coloca con la enorme boca abierta al lado del sitio que empieza a escarbar; los pequeñuelos, que ya han abandonado la cáscara, saltan a medida que se despeja la arena que los cubre.

MIGUEL CANE



Versículos del poeta que cantó noblemente

Por

ARTURO CAPDEVILA

1. Nadie dirá que no canté noblemente. Nadie dirá que palabra alguna fuese por mí rebajada de su divina esencia.

2. Levantaos, palabras, y decid si yo no fuí con vosotras así como un buen cuidador de palomas.

3. Levantaos a contar todas las danzas y mudanzas que hacíais en el aire de las tardes hermosas, por la virtud de mi reclamo.

4. Levantaos a decir qué dibujos y conjuros no trazasteis en el aire feliz para alegría de las almas.

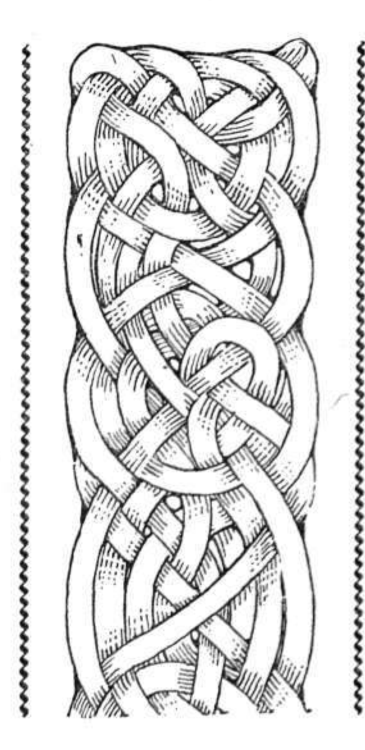
5. Yo quería que mi canto fuese lo mejor de mi alma y sólo esto. A la imaginación enloquecida le dije: No. A los tufos del instinto les dije: No y no hasta mil veces.

6. Me alegro de cada una de mis mañanas y de cada una de mis tardes y de mis noches. Ni banda de música a mi puerta, ni empresa de platillos detrás de mis pasos por las calles.

7. Y como yo quería que mi canto fuese lo mejor de mí mismo, y como yo era orden y desorden a la vez — todo bueno, — busqué el amor del verso para amar así la lógica y la libertad juntamente.

8. Pasaban entre tanto los nuevos Bacos bailando y gritando: ¡Buena nueva! ¡Buena nueva! (¿Y a tales escobajos como les coronaban las sienes les llamaríamos racimos?)

9. Al principio, entre el tumulto de las imágenes, parecía que íbamos a desaparecer en el torbellino de las visiones del mundo. Pero nos salvamos del vendaval de las fantasmagorías por la gracia de la emoción que no nos dejó cortarnos de nosotros mismos.



10. Nos salvamos por la gracia de la emoción que nos mantuvo siempre unidos a nosotros mismos, sin separarnos el ojo del alma; y por la virtud de las ideas, esos únicos puentes que pasan entre lo que fué y lo que será.

11. Yo fuí de los que salvaron el azul del cielo de entre los mentirosos telones pintados.

12. Así pasamos sobre el caos de las locas imágenes; así nos libramos de la borrachera del caos.

13. La mañana está de oro, pero hasta ayer todo era humo. El incendio de los templos había pasado, mas rodeaban por todas partes todavía los flotantes espectros de las humaredas.

14. Lo esencial no era cantar, sino zaherir al adversario. Pero yo me dije: Palabras enherboladas... ¡y para qué!... Palabras mensajeras... ¡esto sí!... ¡Yo he sido como un buen cuidador de palomas!

15. ¡Bendito sea Dios! Por el don de la música venían como de suyo las palabras convenientes del verso; por el don del amor y el entusiasmo venían solas a la danza de los ritmos.

16. Ningún nombre dirá que fué forzado a cantar o a bailar. ¡Los nombres de las cosas cantaban y bailaban porque estaban ansiosos de baile y de canto!

Arturo Capdevila



El arte de empolvarse

reclama un tipo especial de polvos, a tono con el tocador moderno. Ya no se estila esconder el cutis bajo los polvos. La piel debe estar limpia y la borla limitarse a perfeccionar el conjunto.

Los Polvos Trini son transparentes de puro impalpables. Hay un tono para cada color de piel. Matizan con naturalidad los cutis delicados. Son polvos modernos, perfumados deliciosamente, creados con arreglo a los últimos tratamientos de belleza.

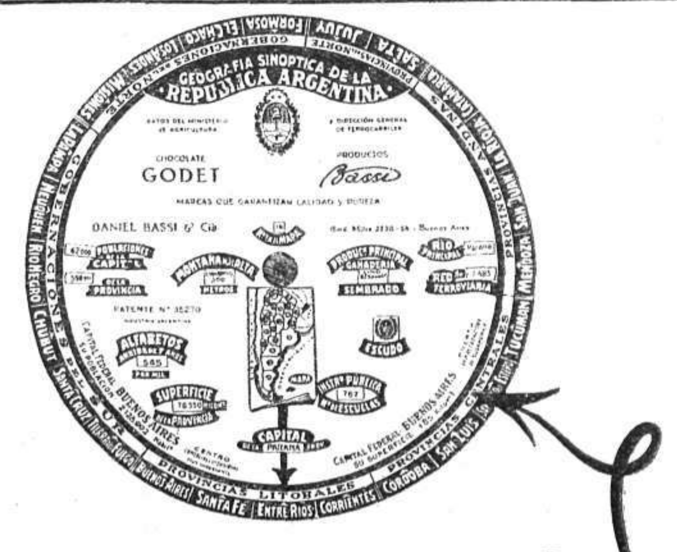


PERFUMERÍA
GAL
MADRID
BUENOS-AIRES
LONDON
NEW-YORK

Lamartine

SUS "Meditaciones" cayeron sobre la frente dolorida de Francia como una guirnalda de flores venida del Olimpo. Todos se apresuraron a aspirar aquellos perfumes nuevos y agrestes que al día siguiente de las pavorosas refriegas hacían soñar con las delicias de la Arcadia. Aquellos versos llenos de luz y de rocío refrescaban el alma. Las armonías de la radiante juventud se desprendían de aquella lira de oro como de un manantial guardado por el ángel de los dulces recuerdos y de las lágrimas espontáneas y puras. El Parnaso francés no conocía esos acordes. Ronsard, coronado en los juegos florales, que, a pesar de su pedantesca erudición y de sus extravagantes neologismos, tuvo en la oda titulada "De la elección de mi sepulcro" acentos de verdadera ternura. Du Bellay, ensalzando a Venus en sus "Juegos rústicos" con ligereza y gracia inimitables; Bertaut, cantando en ondulantes estrofas, que un siglo entero ha repetido, el recuerdo de la felicidad pasada; Malherbe, el severo y cadencioso depurador de la lengua; Juan Bautista Rousseau, en sus odas solemnes y sus angélicas cantatas; Lefranc de Pompignan, en los raptos líricos de sus poesías místicas tomadas de los salmos y de las profecías; los enamorados caballeros Bertin, y de Parny, comparado por sus contemporáneos a Tibulo; Millevoye, el conmovido cantor de "El poeta moribundo" y de "La caída de las hojas"; Andrés Chenier, bañado en los esplendores inmortales de la musa antigua, todos ellos representantes del lirismo francés en su más alta expresión, no dan una idea de la nueva poesía que se presentaba llena de unción patética, de elegante molicie, de voluptuosa morbidez, de incensado misticismo, de melancolía arrobadora y estática. Circulaba en esos versos radiosos el soplo virginal de la aurora y brillaba en ellos como un reflejo del alma tierna de Petrarca. Tenían la transparencia, la melodía que se admira en las composiciones de Racine, y a veces la vigorosa entonación y la sublimidad de Corneille. El poeta había bebido en todas las fuentes de la inspiración: Dios, la naturaleza, el arte y el amor. Empero, lo que dominaba en sus cuadros era principalmente el colorido, la frescura, la luz. El numen de Lamartine flotaba en el éter como en su elemento natural. El conocía las altas cumbres donde tronaba el genio volcánico de Byron, y donde más tarde debía remontarse el genio de Hugo, para recorrer los espacios como el profeta Elías en su carro de fuego; pero amaba más los valles nativos, llenos de recuerdos y de apacibles sombras — la gruta musgosa donde la Náyade murmura a las violetas pálidas sus más dulces secretos, — el penacho de humo de la cabaña del pastor perdiéndose entre los celajes de una tarde de otoño.

CARLOS GUIDO Y SPANO



Una golosina..! Un alimento..! Un obsequio..!

CHOCOLATE

GODET

ofrece a los consumidores de sus exquisitos productos un utilísimo e instructivo **REGALO** de gran interés para MAESTROS, NIÑOS y para todo el mundo.

Una original **Geografía Sinóptica de la República Argentina** con los datos estadísticos más recientes y precisos suministrados por el Ministerio de Agricultura y Dirección General de Ferrocarriles.

Para obtenerla sólo es necesario guardar las etiquetas de nuestros chocolates, hasta sumar 80 puntos, y canjearlas en nuestros escritorios o por correo, acompañando 20 ctvs. en estampillas para franqueo.

VALOR DE LAS ETIQUETAS:

1 etiqueta de Chocolate Godet Extra (Papel bronce) 16 puntos.

1 „ „ Chocolate Godet fino (Papel Amarillo) 8 puntos.

1 „ „ Chocolatines con leche, Godet de 5 centavos, 1 punto.

PRODUCTOS

Bassi

marca que garantiza calidad y pureza.

DANIEL BASSI & Cía.

Bartolomé Mitre, 2528 - 54 — Buenos Aires.

La doma

Los domadores primitivos hacían repuntes de hacienda yeguariza alzada, la cual nunca se ponía a tiro de lazo, y era necesario usar las boleadoras, que se formaban de tres piedras retobadas, dos iguales a bola de billar y una más pequeña que llamaban manija, unidas por cuerdas de cuero que tendrían dos varas y media de largo. Arrojadas estas boleadoras al montón, desde larga distancia, el animal designado quedaba preso de las patas y, a poco andar, yacía tendido en el suelo impotente para huir. Esto sucedía en pleno campo, y se practicaba entre dos gauchos. Tan pronto como el bagual se postraba dando bufidos y relinchos, uno de ellos le ponía el lazo en el pescuezo y lo obligaba a tenderse, mientras el otro, gritándolo para atemorizarlo, se aproximaba dándole palmadas en el lomo. El bruto saltaba como impulsado por un resorte, pero volvía a caer imposibilitado por las boleadoras y por el lazo.

Dominado así, se dejaba cortar las crines del testuz, poner el bozal y las riendas que se sujetaban a la mandíbula inferior por una correa de cuero. Doblábale el domador una oreja hacia adentro y la ligaba con una mecha de cerda. Esta sola precaución dejaba al potro atontado como si le hubieran inferido un golpe de martillo en la cabeza. En seguida, le quitaba las boleadoras y lo hacía levantar asegurándole previamente, con el cabestro, las patas delanteras; le colocaba el apero pieza por pieza, no sin graves dificultades, que se aumentaban al apretarle la cincha. Conservándole atada la oreja, el domador montaba de un salto y lo mismo hacía su acompañante, que se ponía al costado y arrancaba la cerda de la oreja. Libre el potro de aquella tortura, al sentir las espuelas en los ijares sacudía la cabeza y dando botes y corcovos formidables se lanzaba bramando hacia un punto cualquiera del campo. Metida la cabeza entre las manos, saltando enfurecido, tendiéndose a la derecha o a la izquierda con sacudidas brutales, trataba de arrojar al jinete sin que consiguiera descomponerlo en su montura. Fatigado por aquel supremo esfuerzo sin resultado, el bagual sudoroso erguía la cabeza y emprendía una carrera desesperada en la que se veía siempre acompañado del caballo manso del padrino. Después de este primer galope, ya se le llevaba con cautela hasta el palenque de la estancia, sujetándolo día por día a cierta enseñanza arreglada a su complexión. Si se destinaba para carrera, no lo dejaban trotar, obligándole a marchar al tranco; si se quería para paseo, entonces el trote era la principal condición.

MARIANO A. PELLIZA



PERLAS



SOMOS LOS UNICOS CONCESIONARIOS DE LAS



















Invitamos a usted

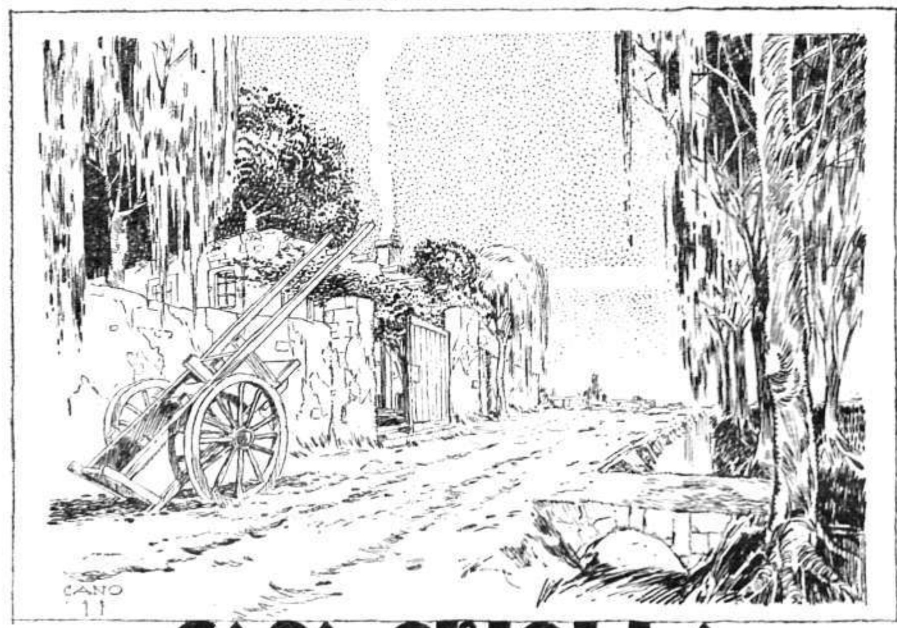
a que observe nuestras vidrieras y visite nuestros salones, en la seguridad de que en el variado conjunto de alhajas que exponemos Vd. tendrá oportunidad de encontrar aquella joya que por su diseño original, perfecta terminación y precio moderado satisfaga ampliamente sus deseos.

AL INTERIOR ENVIAMOS CATALOGO GRATIS.



CENTRAL
CORRIENTES 789
ANEXO
GALERIA GUEMES

ROSARIO
CORDOBA 1124
MAR DEL PLATA
SAN MARTIN 2334/46



CASA CRIOLLA

Por FAUSTO BURGOS

La voz del dueño:

—Casa criolla, apuntalada con recuerdos...

La palabra del peregrino:

—Como para apearse a tomar mate a la sombra del parral...

La casa, a la vera de un camino de carros, con dos huellas hondas en cada banda y al medio un chilcal que el viento horada y en donde el polvo se enfonda.

Adobones antiguos; gordos y viejos tirantes de álamo; revoques tutados de peste; patios con frutales; canal, a pocos pasos, con el puente de troncos. Una hilada de sauces llorones a una de las orillas del canal de aguas bermejas. Por primavera, en tales sauces se arrullan las palomas monteses en una intimidad de campo soledoso, palomas monteses que al iniciar el vuelo en derechura de los blancos chalares y de las azulencas playas del río, restallan las alas.

Patio con rosales y guindos y almendros y granados; al medio un nogal antiguo, aromoso, un nogal de generosa sombra ancha; nogal que plantó el dueño de casa; nogal que por estío paga su pedazo de tierra con bolsadas de nueces.

El dueño de casa dice:

—El nogal es bueno como un pangaré, bueno como un sueño...

El peregrino que pasa a la siesta:

—Si estuviera a tu sombra...

Porque de lejos ha visto la copa alta, tupida. El aroma vino en el aire. Adobones antiguos cuya frente pardusca asoma en las tapias comidas de las chaparradas.

Dice el dueño:

—De la misma tierra del lote se cortaron los adobes. Un criollo viejo, un sancarlino del tiempo de Matusalén, los cortó, con sus manos.

¡De la misma tierra del lote!

Y torna a hablar:

—De los álamos de la orilla del canal saqué los palos del techo. La madera también es criada en el lote.

A la umbría de los almendros, de guindos, perales, manzanos y durazneros, el rumor lleno de las colmenas. Aroma melado; zumbidos constantes. Fragancia de polen amarillo. Tibio ambiente de siesta. Lozanía de ramajes nuevos.

Al pie de una madreselva, en el corredor de suelos terrizos, la tinaja húmeda, rojiza, en la que cae, gota a gota, el agua del filtro de piedra, agua bermeja del canal, agua trabajadora que corrió por surcos de viñas y por surcos de maíz, por acequias orilladas de bergamotas y chipicas. La piedra filtradora rezuma una agua clara, dulce, fresquita, como agua de vertiente cumbrana. El dueño de la casa, cuando la bebe, dice:

—No hay nada mejor que el agua...

Las abejas también la catan, a la vera del canal orillado de sauces llorones.

¡Agua trabajadora! ¡La bebida!

Y tras de las piezas, de la galería, del patio, del galpón de techo de torta en donde el sulky y el carro se adueñan del silencio, la viña y un cuartel de frutales podados de manos gringas, manos en cuyos dedos mogotudos el amarillo de oro es dogal...

La casa y la viña. Casa criolla; cepas criollas que dan por otoño enormes racimos morados. Viñas de hace años, años; la casa es más antigua, tiene la misma edad que el olivo que plantó el dueño, el amo; el olivo no envejece; la casa sólo a la oración parece vieja y triste, como si la negra silueta de los árboles del patio, del huerto, a quedo penetrara en sus galerías, en sus cuartos.

El dueño de la casa es remesero; va y viene con ganado. A veces no está ni para los higos pasas ni para las brevas maduras, ni en el tiempo de la chicha y la pichanga. La esposa y los hijos le echan de menos... El, que es todo en la casa, se acuerda de lo que ha dejado en ella: la mujer, los hijos. Cuando se siente solo, dice:

—Mi casa...

Echa a vagar la mirada y, consolándose, dice:

—Agarrarse de un cariño es como agarrarse de un palo...

Fausto Burgos

DIBUJO DE CANO

Literatura argentina

NINGUNA literatura americana pudo haber mientras duró la dominación de la España; colonia ninguna puede tener una literatura propia; porque no es propia la existencia de que goza, y la literatura no es más que la expresión de las condiciones y elementos de la existencia social. El pensamiento del colono, lo mismo que sus brazos y su suelo, produce sólo para la metrópoli de quien recibe hábitos y leyes, preocupaciones y creencias. Si alguna luz intelectual la alumbra, es apenas el reflejo — pálido por muy brillante que sea — del grande luminar a quien sirve de satélite. ¿Qué escuchábamos en las márgentes de nuestro Plata, antes de 1810? Ecos desfallecidos de los cantos que se alzaban en las orillas del Manzanares. Las liras que llamábamos americanas se pulsaban sólo para llorar "oficialmente" sobre la tumba del monarca que cerraba los ojos, o para cantar a la coronación del que lo sucedía sobre el trono. Nuestros pueblos arrancaban al extranjero triunfos espléndidos en las calles de nuestras ciudades, adornaban la techumbre de nuestros templos con los pendones arrebatadores al vencido, y el genio apocado de los hijos de la lira no encontraba para tan altas hazañas motivo más noble que el amor a Carlos y a María Luisa.

Mengua grande, a la verdad, borrada después por días de gloria perennal. Alumbró la llama de la libertad, alzóse el pueblo de la condición de colono a la de soberano, y en el gran sacudimiento nació también la poesía nacional, hermana gemela de la independencia. Su carácter no podía ser otro que el de la época en que nacía. La inteligencia y los brazos del pueblo nuevo no tenían otra ocupación que meditar empresas de guerra, ganar batallas y reparar los descalabros de las derrotas. Ninguna otra podría ser la entonación de las liras americanas: cantos de guerra, himnos de victoria, lamentos de dolor iracundo sobre la tumba del guerrero caído bajo la enseña del Sol, maldiciones contra sus verdugos; esto, y nada más podía pedirse a los que no tenían fuego en la mente, patriotismo en el corazón. Y ése y ningún otro es el acerado temple de los materiales que forman el honrosísimo monumento de nuestra primera poesía nacional.

Pero la lucha de la independencia terminó y con ella los odios que la guerra enciende. Intervalos de paz, breves por desgracia, como el relámpago, dieron treguas al pensamiento para elevarse a la contemplación de las grandes verdades filosóficas y morales, y permitieron mirar en derredor con ojos que no nublaba la pólvora de las batallas: empezaron los pueblos a meditar en su destino, a buscar el fin porque habían derramado su sangre, a correr tras de las mejoras y del progreso social.

FLORENCIO VARELA

Monólogo en el mar

ETERNOS como la mirada que los ilumina, esos astros verán alguna vez sobre estas olas la realización de los bellos ensueños de mi mente! Sí. El porvenir de la América está escrito sobre las obras de Dios mismo: es en una magnífica y espléndida alegoría, en que ha revelado los destinos del nuevo mundo el gran poeta de la creación universal.

Esas inmensas praderas donde brota una flor de cada gota de rocío que cae en ellas.

Estos ríos inmensos como el mar, que se cruzan como arterias del cuerpo gigantesco de la América, y refrescan por todas partes sus entrañas, abrasadas con el fuego de sus metales.

Esos espesos bosques donde la salvaje orquesta de la naturaleza está convidando a la armonía del arte y de la voz humana.

Esta brisa suave y perfumada que pasa por la frente de estas regiones como el suspiro enamorado del genio protector que las vigila.

Estas nubes matizadas siempre con los colores más risueños y suaves de la naturaleza.

Sí; todos esos magníficos espectáculos son palabras elocuentes del lenguaje figurado de Dios, con que revela el porvenir de estas regiones.

Las generaciones se suceden en la humanidad como las olas de este río, inmenso como el mar.

Cada siglo cae sobre la frente de la humanidad como un torrente aniquilador que se desprende de las manos del tiempo, sentado entre los límites del principio y el fin de la eternidad: se desprende, arrasa, arrebata en su cauce las generaciones, las ideas, los vicios, las grandezas y las virtudes de los hombres, y desciende con ellas al caos eterno de la nada. Pero la creación, esa otra potencia que vive y lucha con el tiempo, va sembrando la vida donde el tiempo acaba de sembrar la muerte.

Ese torrente indestructible arrebatará de las riberas de este río esta generación amasada con el polvo, la sangre y las lágrimas de ella misma. Vendrá otra, y otra, como las olas que se van sucediendo y desapareciendo a mis ojos.

Vendrán.

Cada pueblo tiene su siglo, su destino y su imperio sobre la tierra. Y los pueblos del Plata tendrán al fin su siglo, su destino y su imperio, cuando las promesas de Dios, fijas y escritas en la naturaleza que nos rodea, brillen sobre la frente de esas generaciones futuras, que verterán una lágrima de compasión por los errores y las lágrimas de la mía.

Sí, tengo fe en el porvenir de mi patria. Pero se necesita que la mano del tiempo haya nivelado con el polvo de donde hemos salido la frente de los que hoy viven.

Sí, tengo fe; pero fe en tiempos muy lejanos de los nuestros. ¡Patria! ¡Patria! ¡La generación presente no tiene sino el nombre de sus padres!

J O S E M A R M O L




BREYER

Vida de soldado

CUANDO sonó el golpe de retreta, trepidando las notas del trompa como un quejido extraño y gutural sobre las mismas cabezas de los hombres, desorientados y casi aplastados por la inerte opacidad de la angustiada tarde, el movimiento comenzó a agitar las filas desarmadas; y de todas partes surgieron sombras perfiladas por el paso firme y vivo de los clases y de los viejos veteranos que se cruzaban en silencio, mientras que los reclutas cortados en montones se guarecían unos con otros, enmudecidos y achirlados como si presintiesen vagos y desconocidos peligros. En plena vida libre, la pampa sin reparo, las peladas cuchillas, la solitaria inclemencia de los cerros y las cumbres, los siniestros montes vírgenes, no habrían amedrentado a aquellos hombres durante los rudos contrastes de la naturaleza brava, pero allí, en un rincón de campo arado al que podrían llegar cercanos los rumores y las claridades de la gran ciudad, sentían el soberano influjo de las filas, un acobardamiento repentino e inesperado de tropillas sorprendidas por el silbido del tren, con misteriosos dominios flotando sobre sus cabezas, mientras que las órdenes breves y rígidas de la oficialidad, el vaivén de las armas, los toques clamorosos de la banda lisa y el velo ceniciento de la niebla, acababan de apamparlos, enfriándoles su coraje de gauchos guapos, algunos de ellos bien mentados por sus famosas "disgracias"...

Sonaban siempre los clarines con una altanería temeraria en el gran desnudo silencio de la vida, clamoreando en las entrañas de las tinieblas, partiendo las alturas con notas afiladas como dagas, azotando el firmamento con alaridos potentes que turbaban el espíritu en aquella mustia soledad y sembraban infinita pesadumbre al extenuarse en una sola y temblorosa nota dolorida, moribunda, ahogada al fin en el violento redoble de los tambores. El redoble amagaba hasta las distancias apartadas, donde de nuevo los clarines de otras bandas lisas subían al cielo con voces entreperdidas y vacilantes que el viento cenagoso arrastraba a las turbias lejanías desbordadas atrás de las tinieblas. Y del lado de aquel arroyo adivinado por la tropa, sobre la orilla, flanqueando el campamento, las caballadas relinchaban de miedo, removiéndose en tropel, alzándose en puntas resabiadas que no lograban disparar y escarbando el suelo humedecido por la neblina hasta levantar tenues remolinos de polvareda que, blanqueando un momento entre las sombras, se desvanecía en el espacio. Oíanse silbidos agudos y penetrantes, gritos guturales, "¡Pingo!... ¡maula!...", galopes de jinetes que se agigantaban en la obscuridad como centauros, cascados sonidos de cencerros y sordos rumores de pisadas de animales, de pataleo de vasos, de masas de carne viva, estremecida por el pavor de la noche y el bochorno del viento pantanoso, que enfriando bruscamente el sudor de los caballos les arrancaba temblores propagados, sacudidas musculares, rudos espasmos y un desasosiego, una inquietud, un resoplar que aguantaban los sufridos caballerizos clavados en sus recados, galopando y ronceando alrededor de la potrada, hostigada por el hambre y por el viento.

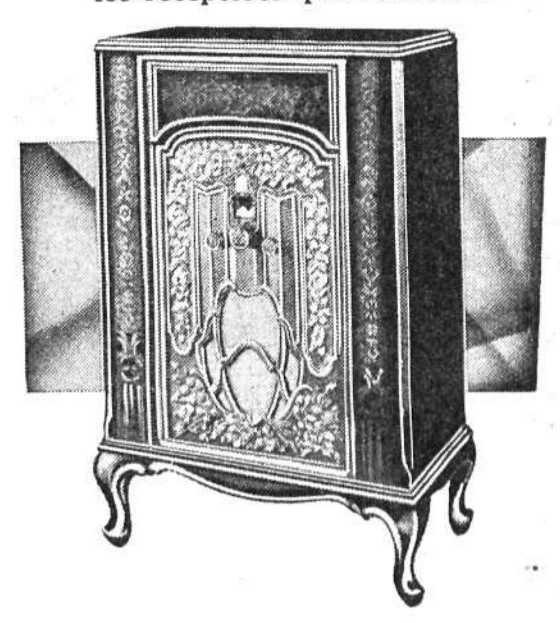
F. P. SUNICO

CROSLEY

• RADIO •

NUEVA LINEA PARA 1931

Presentamos los nuevos modelos de los famosos receptores "CROSLEY" para 1931 con los últimos adelantos de la radiotécnica. No deseamos convencer con palabras de la bondad de estos aparatos ampliamente conocidos en todo el país; es nuestro mayor interés que Ud. los escuche y compare con otros para que se convenza de su selectividad, alcance y potencia; tonalidad agradable y natural; belleza y solidez de sus hermosos muebles, y pueda tener la certeza de que sus precios son reducidos en relación con la alta calidad de los receptores que ofrecemos.



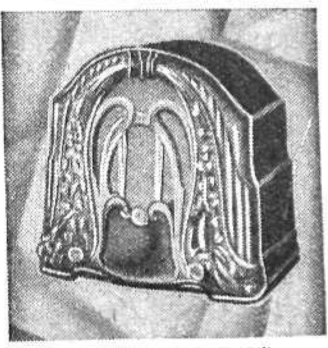
COMBINADO RADIO Y FONOGRAFO. — Crosley R. F. 5. para corriente alternada con sus lámparas y parlante electrodinámico, completo . . . . $ **795.-**

Algo sorprendente: radiofonógrafo de tamaño reducido para los que quieren lo mejor.



CROSLEY "WIGIT", para corriente alternada, con sus lámparas, completo $ **225.-**

La sensación de 1931. Un receptor terminado como una joya. Potente y selectivo, de un tamaño pequeño y formato elegantísimo.



CROSLEY "BUDDY BOY" para corriente alternada con sus lámparas, completo, a pesos **325.-**

CROSLEY "BUDDY BOY" para corriente continua con sus lámparas, completo, a pesos **325.-**

Un modelo extraordinariamente atrayente. Chassis neutrodino de 5 tubos con los últimos adelantos.



CROSLEY "MATE" para corriente alternada con sus lámparas, completo $ **365.-**

CROSLEY "MATE" para corriente continua con sus lámparas, completo $ **365.-**

Un receptor excelente en un mueble encantador. Escúchelo y podrá apreciar su nitidez, volumen y selectividad.

UNICOS IMPORTADORES:

H. y C. CHILIBROSTE & Cía.

Av. de Mayo 1361 Buenos Aires

Distribuidor en Uruguay: **Claudio Sapelli** ANDES 1490, MONTEVIDEO

Distribuidor en Paraguay: **Artaza Hnos.** PALMA 386, ASUNCION



Ilusión

La ilusión, sin ser verdad,
Es madre de altas verdades,
Que enciende la voluntad,
Y en las tristes realidades
Vislumbres de eternidad.

Todo lo alienta y fecunda:
Al héroe en su gran jornada,
Del amor la fe profunda;
El alma, de ella encantada,
De un real júbilo inunda.

Bien que "sueños, sueños son",
Si encumbran la humana acción,
Y el vivir sólo es soñar,
¿Por qué insensatos rasgar
El velo de la ilusión?

No soñar, es llevar muerta
El alma en el cuerpo vivo;
Dormir tendido a la puerta
De la deidad que liberta
Al espíritu cautivo.

Si las trombas de la vida
Deshacen la áurea visión,
Su esencia en la mente anida,
Y la fragancia vertida
Nos perfuma el corazón.

Jamás las dichas reales
Tan alto goce engendraron,
Vencedor de nuestros males,
Ni en vuelo el alma llevaron
Por los campos siderales.

Disipado, aun su memoria
El grande encanto renueva,
Y ajeno a terrena escoria,
Como en una onda de gloria
El espíritu se abreva.

¿Qué fuera el mundo, ilusiones,
Sin vuestros róseos palacios?
¡Masa de extintos carbones,
Sin aromas, sin canciones,
Rodando por los espacios!

Calixto Oyuela

Composición caligráfica D E B. Luna y Simón

COQUETA

LA LIGA PERFECTA (INVISIBLE)

QUE SOSTIENE SIN APRETAR Y NUNCA ROMPE LAS MEDIAS

Ligas "Coqueta"

Para Damas

Las únicas Ligas en el mundo que se colocan sobre la piel DEBAJO DE LAS MEDIAS Provistas de broches de seguridad contra rotura de hilos y de muy fácil manejo.

Livianas — Lavables Cómodas y Seguras.

Las Ligas "COQUETA" son las más baratas: solo cuestan

$ 2. EL PAR

EN CUALQUIER MEDIDA y duran fácilmente dos años.

Las piernas calzadas con Ligas "Coqueta" evitan estos defectos habituales en otras ligas:

Apretadas

Chingadas

Caidas

Se venden en las principales tiendas y mercerías del país.

Si su proveedor no las tiene, mándenos el cupón inserto al pie.

(Hay 6 medidas: 36-39-42-45-48 y 51 ctms. — Use su medida justa pero no apretada).

Sres.
DELANNOY & Cía.
Uruguay 948
Buenos Aires.

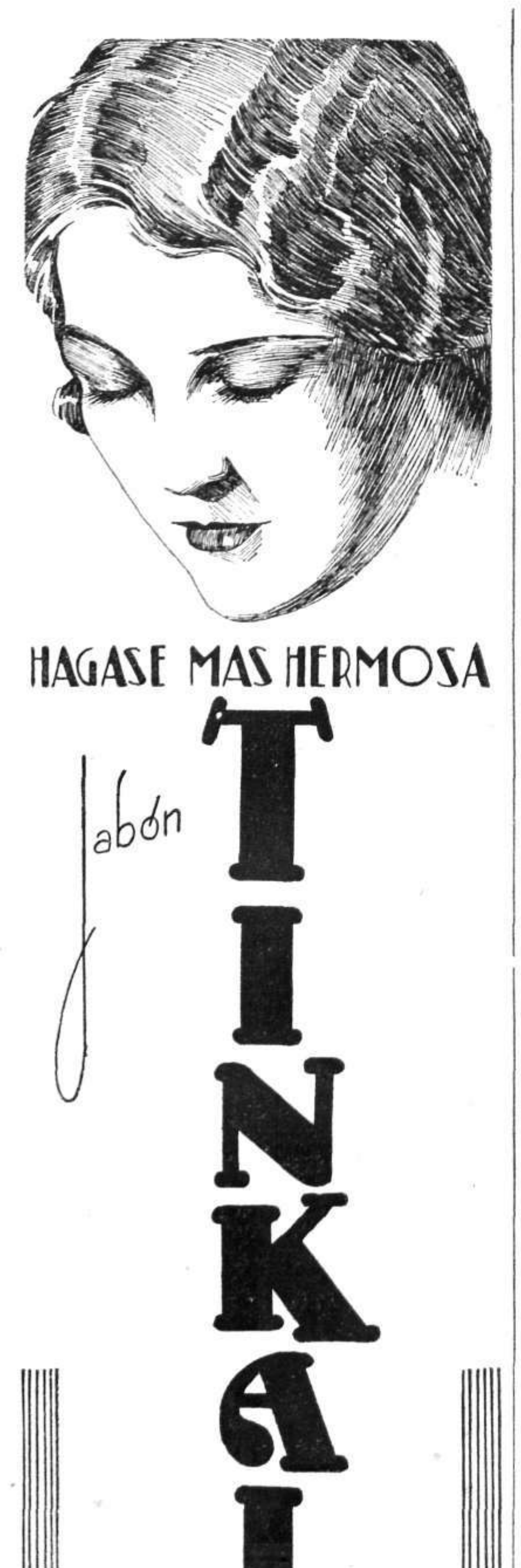
Incluyo $ 2.— para que me envíen un par de ligas "Coqueta" de ..... centímetros de circunferencia.

NOMBRE ....

DIRECCION ....

Distribuidores en Sud América:

DELANNOY & Cía.
Uruguay 948
U. T. 44, Juncal 1786 — Bs. Aires



De un diario

El juicio por jurados fué siempre un objeto de interés para mí, estudiándolo en teoría; ese interés ha sido mayor cuando lo he visto practicado; cuando he palpado los medios que suministra para llegar al conocimiento de la verdad, base de la justicia en toda sentencia. El examen contradictorio de los testigos es, sin disputa, uno de los más interesantes procedimientos en estos juicios.

Quiero registrar una observación del "Recorder" (juez de derecho) en uno de los juicios que hoy presencié. Se trataba de un mozo de 20 años, acusado de haber sacado varios géneros de diversas tiendas, con pretextos falsos; los acusadores reconocían que lo había hecho siempre a nombre y por orden de su padre: así constaba también en las pruebas; pero añadía la acusación que el joven no podía ignorar que su padre estaba robando aquellos géneros; y aun creo yo que había motivo bastante para creer que lo sospechaba. El juez, al dirigirse a los jurados para reasumir el caso, les hizo notar que, aun cuando la acusación observaba que el joven debía sospechar la ilegal naturaleza de las comisiones que de su padre recibía, debía tenerse presente que "el último que debe sospechar de un padre es su hijo; y que no puede adoptarse como principio de justicia que el hijo deba sospechar de su padre". Ha'lo en estas palabras verdad, moral, justicia, orden doméstico y social.

El joven quedó absuelto.

. . . .

Tuve que retirarme del tribunal, cerca de las dos, porque debía ir a las tres a la conferencia con lord Aberdeen. Su resultado, que consta en mi correspondencia con el gobierno, no me ha dejado satisfecho. Temo no conseguir cosa alguna. El gobierno inglés desearía, me parece, poner paz en aquellos países, pero teme que Rosas haya triunfado antes que pueda la Inglaterra proteger al Estado Oriental.

Enero 1º de 1844. — Es la primera vez que hallo este día distinto a los demás. La separación de la familia y de la patria cría, tal vez, preocupaciones aun en espíritus poco dispuestos a recibirlas. Al lado de mi familia, este día me habría parecido igual a todos; sólo habría visto en él la vuelta de la tierra a la posición astronómica en que se hallaba hace doce meses. Pero hoy, ausente de los míos, y en la situación en que se halla el país en que los míos viven, no puedo apartar la idea de que un nuevo año puede ser conductor de sucesos nuevos que afecten bien o mal a la suerte de los míos. Es una debilidad de mi espíritu, que reconozco.

Marzo 25. — Hoy es el día de mi madre: de mi madre, que es para mí un objeto de culto sobre la tierra. Mucho he pensado en ella, y cierto estoy de que ella habrá hablado mucho de mí, porque me ama con extrema ternura. Confío en que mi Justa, y mis hijos que la veneran como yo, la habrán visitado en mi nombre, y le habrán presentado las demostraciones de amor y de respeto que acostumbramos. Cada uno cree que no hay madre mejor que la suya. Yo, en realidad, estoy cierto de que no es posible una mejor que la que el cielo me ha dado; al paso que nuestro país ofrece pocos ejemplos de una elevación y fuerza de espíritu, como se hallan en esta porteña respetable...

FLORENCIO VARELA


El frío en el campo
616
602
590
Un abrigado poncho — o saco de cuero — para los fríos días de invierno... y una tibia manta para las crudas noches invernales... Con cualquiera de estas prendas, ríase usted del frío y sus consecuencias!
Para ropa de abrigo véalo a "Roveda"
590. — PONCHO en paño gris fino, de gran abrigo y duración, a $ 75.—
591. — Regia MANTA gruesa, muy fuerte y resistente, a pesos. . . . . 7.—
616. — SACO de CUERO en badana flexible, forrado en tartán de lana a . . $ 39.—
602. — SACO de ABRIGO en paño gris, forro tartán algodón a . . $ 29.—
591
"Nuestra Ropa No Se Descose"
Los pedidos del interior se despachan con prontitud.
Roveda
CALLAO esq. CANGALLO
U. T. 38, Mayo 2050-2058-2059 — Buenos Aires

La simulación

TODO individuo de la especie humana es, en cierto modo y cantidad, simulador; en determinadas circunstancias necesita serlo forzosamente. En los amorfos la simulación no llega a ser intensa ni compleja, por la sencilla razón de que nada lo es en ellos; cuando la afirmación de la personalidad no lo exige, los medios de lucha no se desenvuelven o lo hacen escasamente. Con una simulación débil coexisten otras condiciones adaptativas, débiles también, que no imprimen carácter determinado al individuo; el hombre larvadamente simulador puede ser, a la vez, larvadamente modesto, hipócrita, generoso, embustero, ambicioso, delincuente o servil. Esos elementos se combinan sin formar un carácter, lo mismo que la sobreposición o combinación de todos los colores determina su negación, según se demuestra en el conocido aparato de física. Un hombre equilibrado, sin nada suficiente para afirmar su individualidad, no tiene carácter; la simulación será en su mente uno de los tantos resortes necesarios para adaptar la conducta a la vida social.

Cuando la lucha es más intensa, todos los medios se intensifican: la simulación entre otros. En este sentido general, los característicos simulan más que los indiferentes, puesto que luchan por la vida con más energía y tienen más ocasiones útiles para simular. Lo mismo que los demás rasgos psicológicos especiales, la simulación puede ser predominante o secundaria en la personalidad del hombre de carácter.

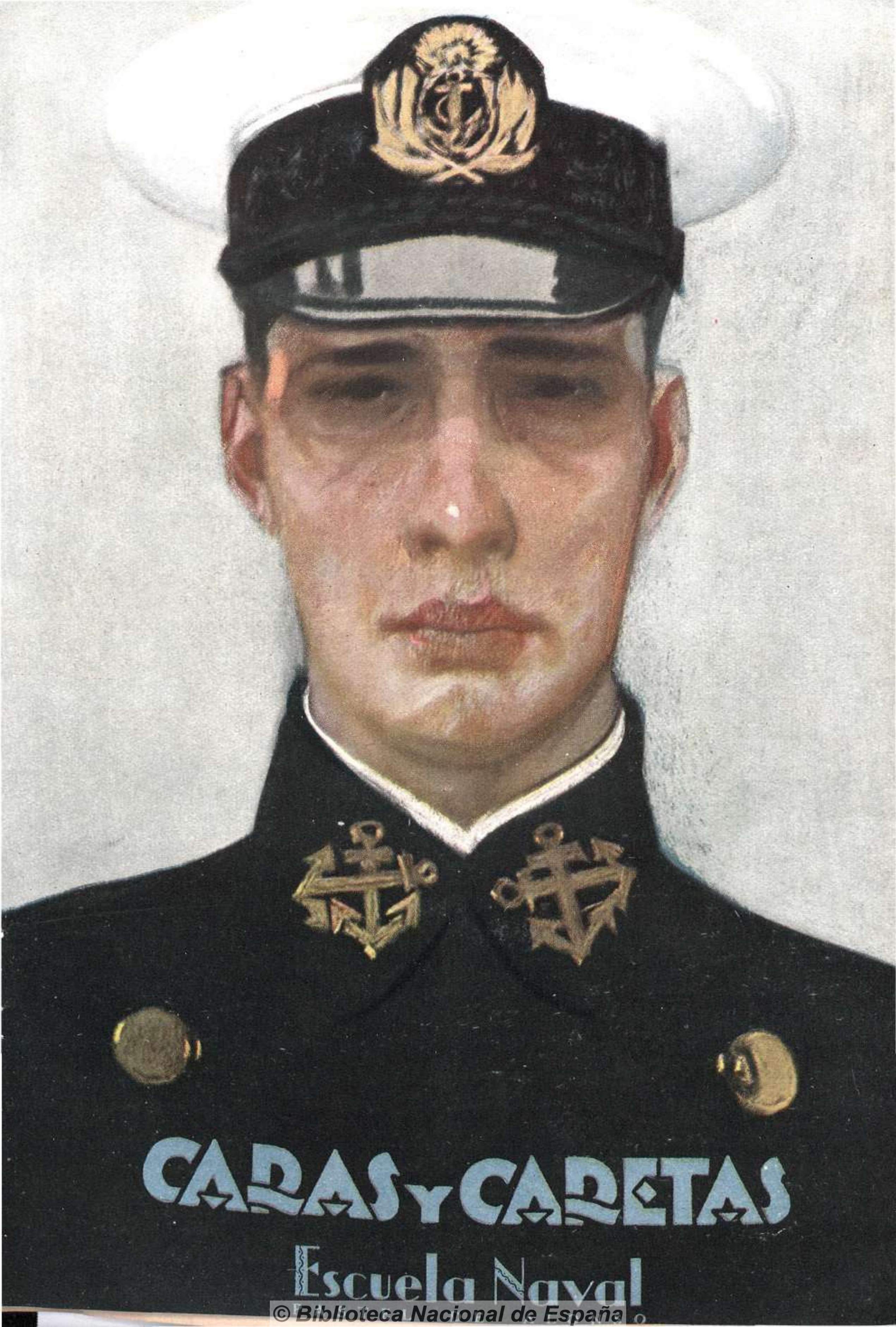
En el primer caso tendremos un tipo psicológico caracterizado por la simulación; en el segundo, un tipo mixto, sobre cuya conducta la simulación ejerce influencia subalterna.

La aptitud o la tendencia a simular culmina en determinados individuos, en quienes la simulación alcanza la misma intensidad que el individualismo en el Stockmann ibseniano, y el valor en el Moreira criollo. Esos constituyen el tipo psicológico especial, cuyas diversas manifestaciones analizaremos: el "simulador característico".

Cada uno de estos caracteres especiales desempeña en el conjunto social una función útil, equilibrando la acción de su antagonista. El simulador tiene su antítesis en el ingenuo — pariente del "Cándido", de Voltaire — que representa el otro extremo de la inadaptación a las condiciones de la lucha por la vida; Bianchi ha definido ese tipo como característico del "sincerismo", y Mantegazza lo estudia bajo la clasificación de "ingenuo". Ambos pueden perjudicarse por su propia exageración, pero del contraste entre las dos funciones nace el justo medio útil, enseñando al amorfo a no simular menos de lo que necesita y a no ser más sincero de lo que conviene.

J O S E   I N G E N I E R O S


¡Rapidez!*
*"Rapidez" = velocidad, prontitud, efecto inmediato.
RÁPIDO como el vuelo de las águilas mecánicas que pasan por los aires como una exhalación, el efecto de la
CAFIASPIRINA
el producto de confianza
es inmediato y alivia infaliblemente cualquier dolor—de muelas, cabeza y oído; neuralgias, jaquecas, cólicos en la mujer, etc.,—con la ventaja de que produce bienestar general y tiene la virtud característica de ser absolutamente inofensiva.
Exíjase el envase original: tubos de veinte tabletas o sobres de dos.
SOBRE BAYER
CAFIASPIRINA
CAFIASPIRINA
BAYER


CARAS Y CARETAS
Escuela Naval



Marinería

PASTEL DE ALONSO

MUJERES DE NUESTRA HISTORIA



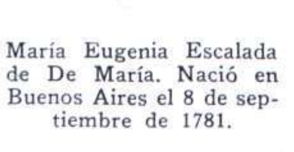
Juana Pueyrredón de Sáenz Valiente, nacida en Buenos Aires en 1773. Facilitó, en 1809, la fuga de su hermano, preso en el cuartel de Patricios.

Mariquita Sánchez de Mendeville. Nació en Buenos Aires el 1º de noviembre de 1786, y fué la más famosa de las argentinas de su época.

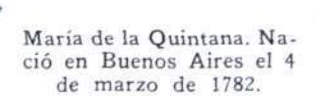
Carmen Quintanilla de Alvear. Nació en 1793. Esposa del general Alvear y una de las damas más distinguidas de aquella sociedad.



María Eugenia Escalada de De María. Nació en Buenos Aires el 8 de septiembre de 1781.



María de la Quintana. Nació en Buenos Aires el 4 de marzo de 1782.





Magdalena Güemes de Tejada. Nació en la ciudad de Salta el 12 de diciembre de 1787.

Isabel Calvimontes de Agrelo. Nació en Charcas el 19 de ...

Rufina Orma de Rebollo. Nació en Buenos Aires el 11 de junio de ...



Agustina Lemos de Recuero, esposa del coronel Recuero, del glorioso ejército de los Andes.

Rosalía de la Gacha de Las Heras, esposa del general Las Heras, compañero de San Martín.

María Elena San Martín de Menchaca, una de las hermanas del Libertador.

Ana Riglos de Pirán. Nació en Buenos Aires el 3 de agosto de 1788.

Dominga Buchardo de Balcarce, esposa del general Gonzá-

Petronila Menchaca y San Martín, sobrina del general don José de San Martín.



Doña Mercedes San Martín de Balcarce, hija única del Gran Capitán de los Andes y libertador de naciones.

Josefa Balcarce y San Martín de Gutiérrez Estrada, nieta del más ilustre de los militares argentinos.

En las primer[illegible] artículo

Tertulia celebrada en lo de doña Mariquita Sánchez de Thompson, Florida 273 (numeración antigua) en el año 1813, con motivo de la primera audición del Himno Nacional.

LAS TERTULIAS HISTORICAS DE ANTAÑO

La moda femenina en Buenos Aires. — Los bailes. — Sencillez de las costumbres. — Los peinetones y los miriñaques. — La belleza de las criollas. — La patria y el baile. — El amor en danza. — El mate en las tertulias. — El salón de misia Mariquita. — Los miércoles de Manuelita Rozas. — Tertulia científica.

Por JUAN JOSE DE SOIZA REILLY

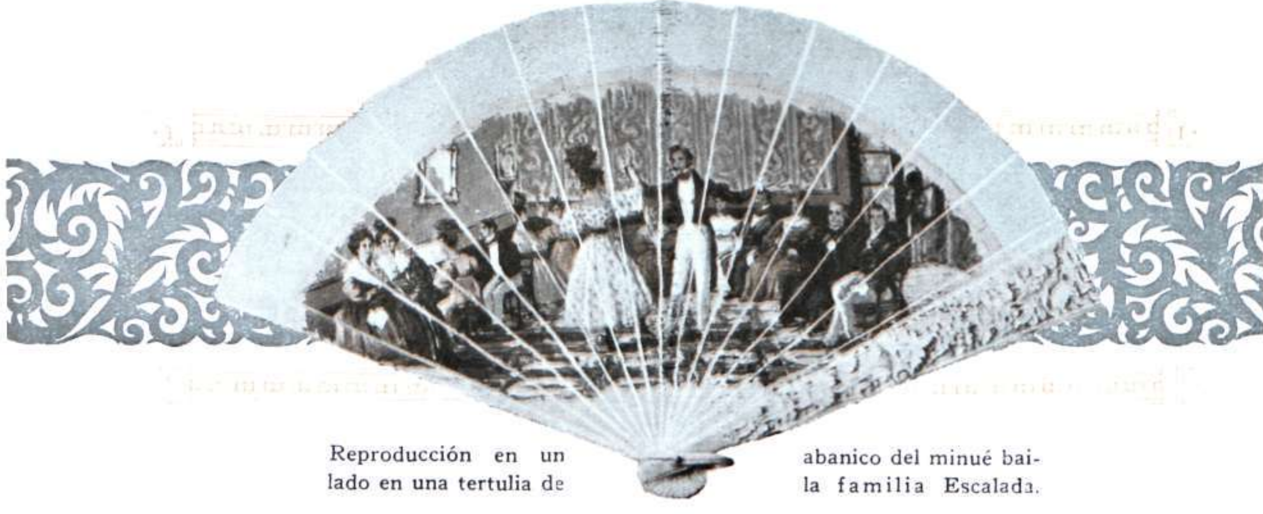


Peinetón de 1834 para "toilette" de baile.



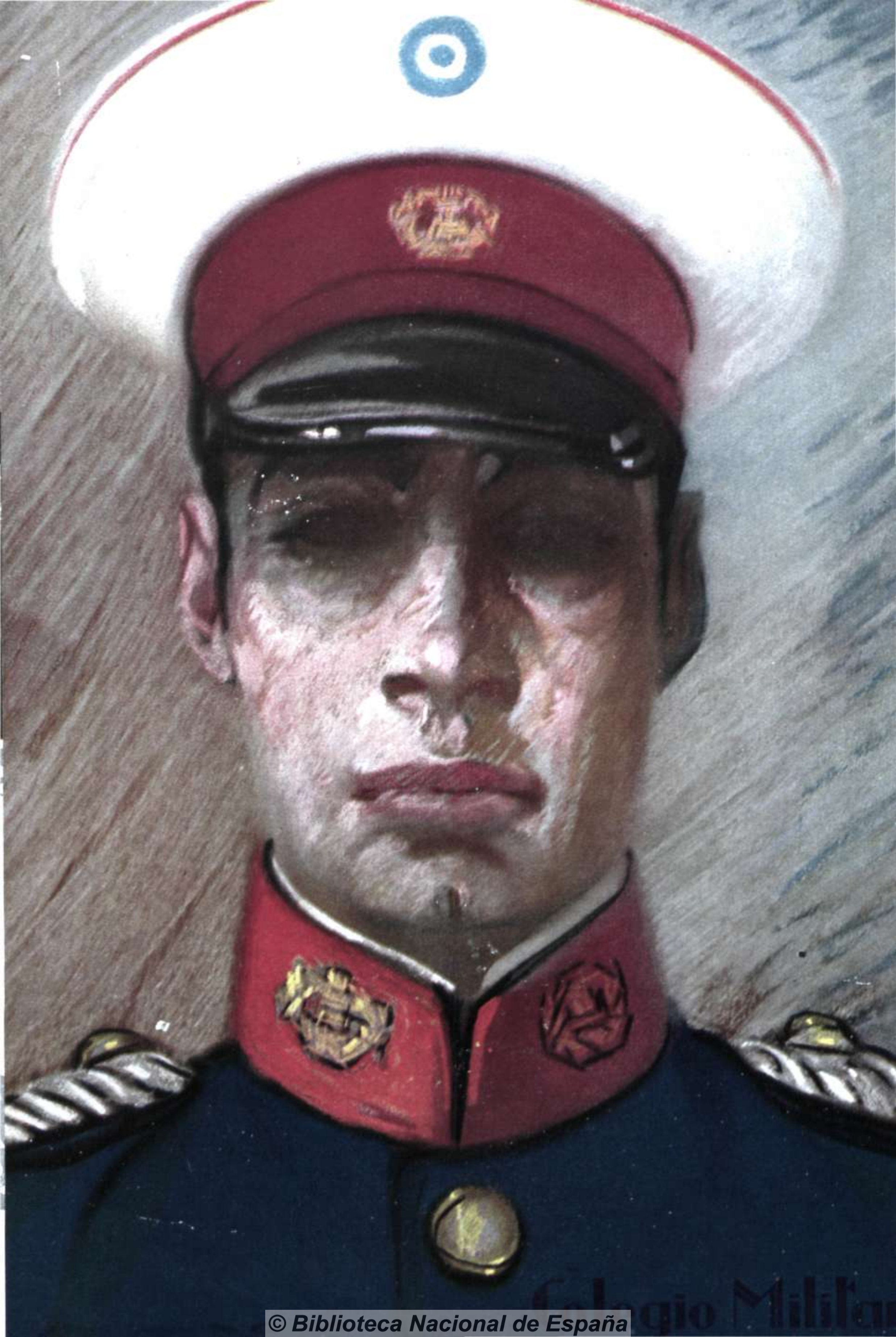
En el Museo Colonial de Luján puede admirarse esta aristocrática tertulia, reconstruída con muñecos de cera que llevan trajes y alhajas auténticos del año 1810. La sencillez de las costumbres se revela en esta reunión donde no falta ni la negrita cebadora de mate.

Reconstrucción en figuras de cera de una tertulia porteña de antaño, donde se destacan, con trajes auténticos, las ilustres señoras Josefa Aguirre de Anchorena, Petrona Demaría de Arana, Agustina Molina de Carmelino, Benigna Lanús de Cano y Julia Nóbrega de Huergo.



Reproducción en un abanico del minué bailado en una tertulia de la familia Escalada.


Artillería
PASTEL DE ALONSO


Colegio Militar

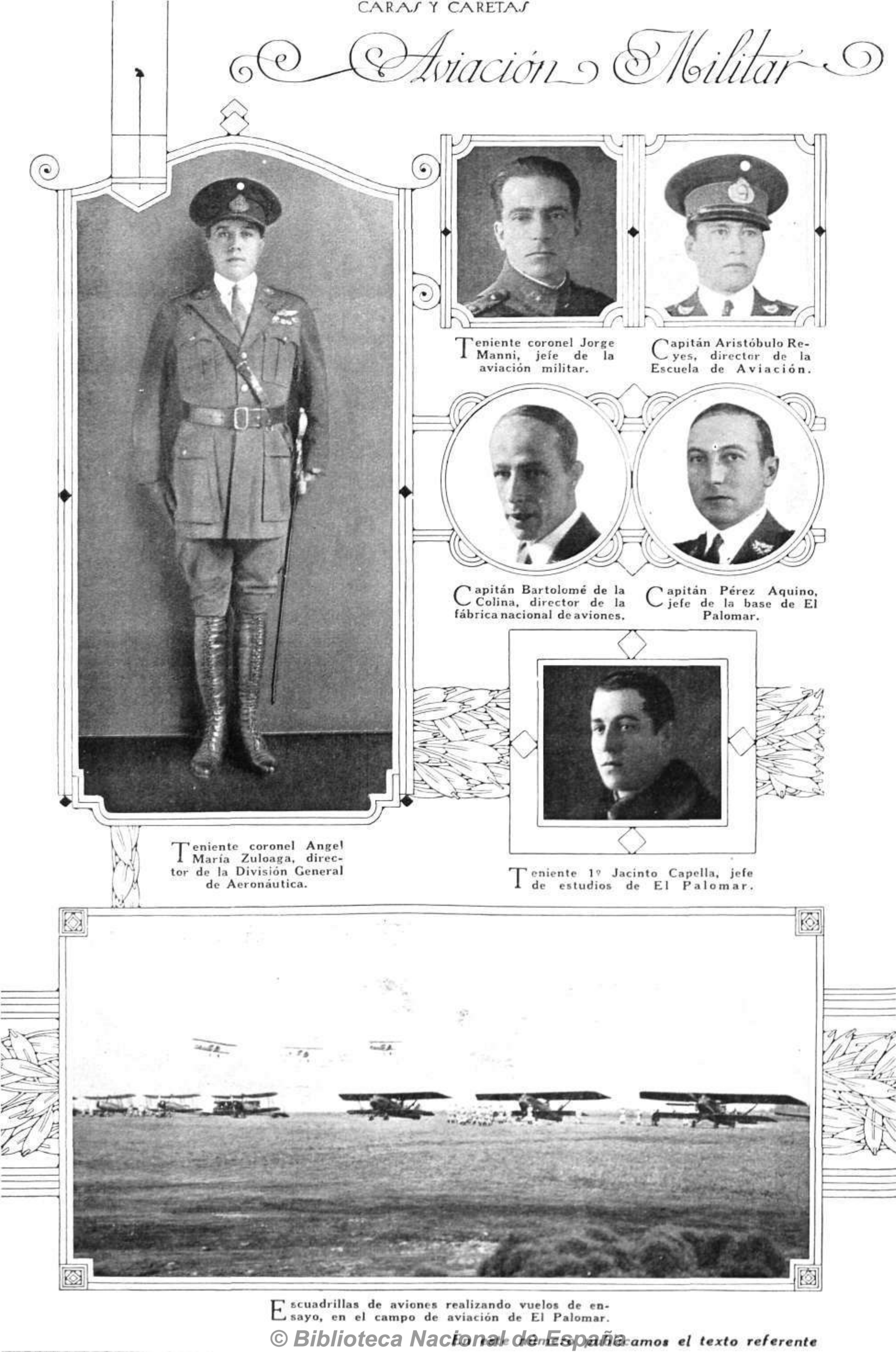
Enlaces aristocráticos en el mes de Mayo



Mercedes Nazar Anchorena - Nicolás Mihanowich Guerrero

María Carlota Gowland Peralta Alvear - Caseros Urquiza Anchorena

Aviación Militar



Teniente coronel Angel María Zuloaga, director de la División General de Aeronáutica.

Teniente coronel Jorge Manni, jefe de la aviación militar.

Capitán Aristóbulo Reyes, director de la Escuela de Aviación.

Capitán Bartolomé de la Colina, director de la fábrica nacional de aviones.

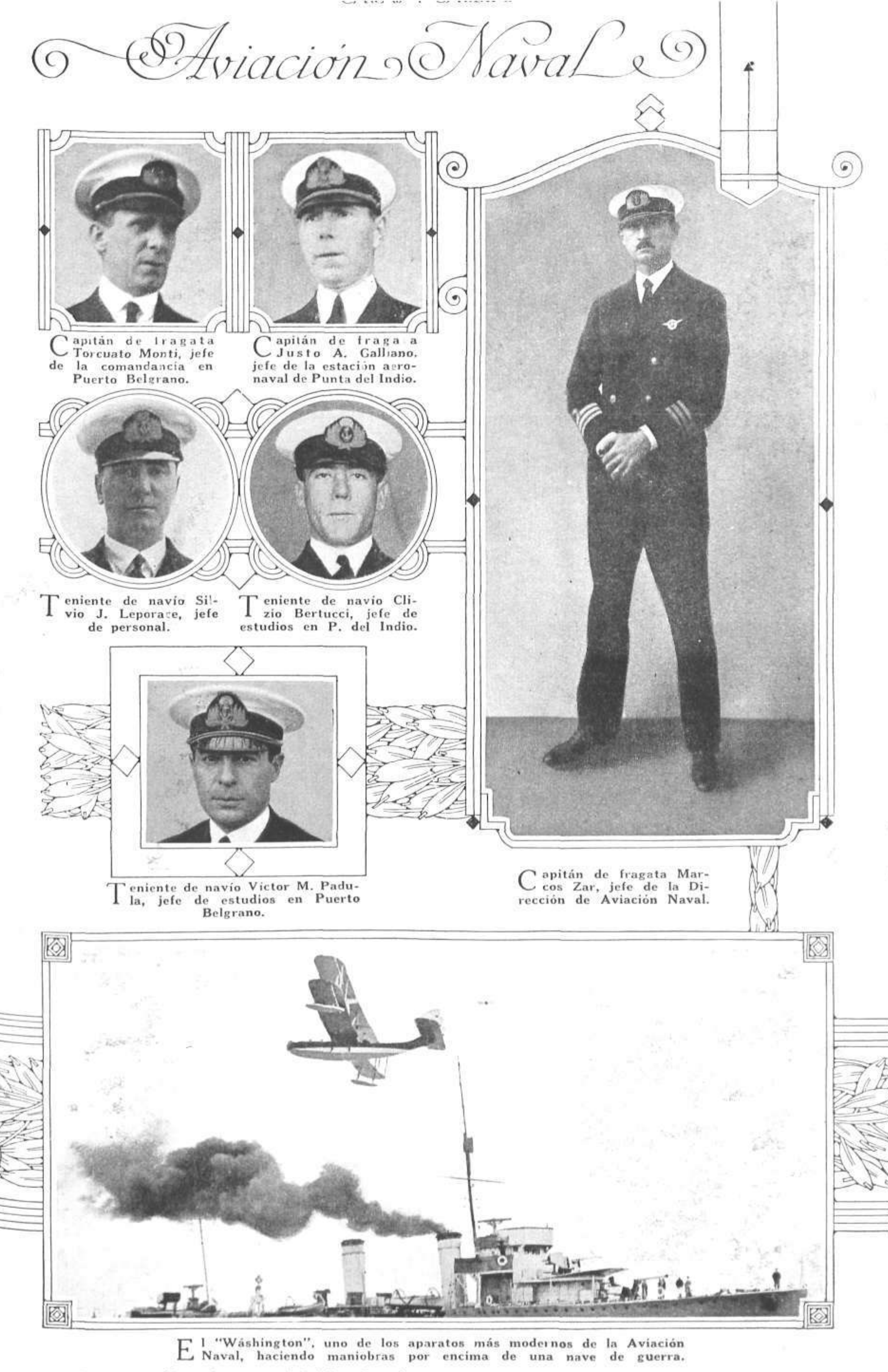
Capitán Pérez Aquino, jefe de la base de El Palomar.

Teniente 1º Jacinto Capella, jefe de estudios de El Palomar.

Escuadrillas de aviones realizando vuelos de ensayo, en el campo de aviación de El Palomar.

En este número publicamos el texto referente

Aviación Naval



Capitán de fragata Torcuato Monti, jefe de la comandancia en Puerto Belgrano.

Capitán de fragata Justo A. Galliano, jefe de la estación aeronaval de Punta del Indio.

Teniente de navío Silvio J. Leporace, jefe de personal.

Teniente de navío Clizio Bertucci, jefe de estudios en P. del Indio.

Teniente de navío Víctor M. Padula, jefe de estudios en Puerto Belgrano.

Capitán de fragata Marcos Zar, jefe de la Dirección de Aviación Naval.

El "Wáshington", uno de los aparatos más modernos de la Aviación Naval, haciendo maniobras por encima de una nave de guerra.

a esta nota, firmado por Adolfo Lanús.



La nueva generación

Esperanzas de la patria, madres futuras, ciudadanos del porvenir, depositarios juveniles del mañana hoy en las aulas de la escuela, después en el hogar, en el taller o en la cátedra forjaréis la grandeza pujante de la nueva nacionalidad.



Ante las autoridades de Ushuaia y las oficialidades y tripulaciones de los buques de la Armada surtos en la bahía, se realiza la solemne ceremonia de izar el pabellón nacional. En la foto se ven fondeados la fragata "Sarmiento" y los transportes "América", "Patagonia" y "Río Negro".

LA · SARMIENTO

mares

En una original fiesta realizada a bordo de la "Sarmiento", un grupo de conscriptos alegres y bulliciosos puso una nota exótica representando una parodia bataclánica.

La gloriosa y vieja fragata escuela, fondeada en las lejanías de los mares australes donde es todo un símbolo que nos habla de la

El buque escuela se acerca a Ushuaia, la cual se aparece descansando al pie de las altas estribaciones de la cordillera austral coronadas por las nieves eternas. Desde lejos la capital más austral de la República presenta a los ojos del viajero un aspecto pintoresco y risueño.

En los AUSTRALES



El comandante, capitán de fragata Francisco Lajous, da instrucciones a sus originales "embajadores" en Miramar antes de que éstos se lanzaran al océano para retribuir en la playa el saludo recibido.



Un conscripto de la Armada demostrando que el criollo es tan buen domador y hombre de campo como experto y arriesgado lobo

La mujer



¿Ansia de libertad total? Así como el espíritu, desprovisto de mucho vano prejuicio, el cuerpo tiende a un desenvolvimiento sin trabas; de ahí que en el deporte y la danza la mujer haya encontrado el secreto del ritmo bello y en consonancia con la época.

moderna



En todo pone el encanto de una independencia con gracia, y lo que fué hasta ayer privilegio masculino, el hoy llamado copetín, el mareador producto frívolo de la civilización contemporánea, es para la mujer delicado pretexto para la charla, la risa y la más sutil coquetería.



Coronel Nicolás Accame, comandante en jefe de las fuerzas.

El desfile militar del 25 de Mayo

Fuerzas de la 1ª División del Ejército y de la Armada Nacional desfilarán en homenaje a la gloriosa efemérides patria. "Caras y Caretas" publica las fotografías de los jefes del Estado Mayor que comandará las tropas, cuya marcialidad ha de recibir el justo premio en el aplauso caluroso del público.

Teniente coronel Horacio Crespo, jefe del Estado Mayor de la 1ª División.

Coronel Julio C. Costa, comandante de Infantería de la 1ª División.

Coronel Ovidio Ricchieri, comandante de Artillería de la 1ª División.

Coronel Francisco Reynolds, comandante de la brigada de Escuelas e Institutos.

Vista aérea de los distintos cuerpos de edificios que forman la escuela, obra del arquitecto Raúl J. Alvarez.



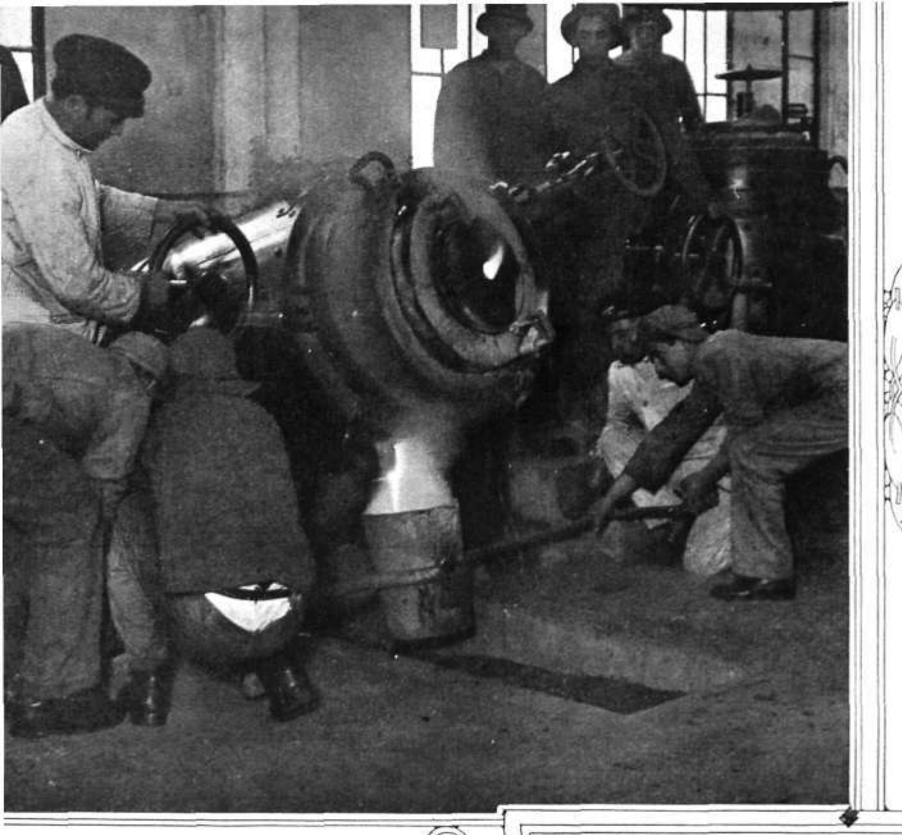
Plana mayor de la Escuela: Director, capitán de fragata Francisco A. Bengolea; subdirector, capitán de fragata Alberto Grielen; jefe del cuerpo, Tte. de navío Mario Cassari; jefe de estudios y talleres, Ing. mayor principal Miguel A. Arenillas; cirujano subinspector Juan C. Achard; Ing. electricista principal Francisco Gastaldi; contador principal Laureano E. Velazco; Ttes. de fragata M. E. Pardal, F. A. Colodrero, J. A. Alonso, C. Macchiavelli; alférez de navío D. Santángelo; Ings. 1º R. Marino, B. Mc Gough, A. M. Rodríguez, E. M. Farinati; Ing. de 2º R. M. Pourrain; Ing. electricista de 1º R. Vergnaud; capellán Ricardo Dillon.

Escuela de Mecánica de la Armada



609 aprendices mecánicos siguen los cursos de este instituto cuyo funcionamiento hace honor a la armada nacional. 75 de esos aprendices continúan los estudios embarcados. 26 profesores civiles, 12 profesores militares y 29 maestros de taller componen el cuerpo docente.





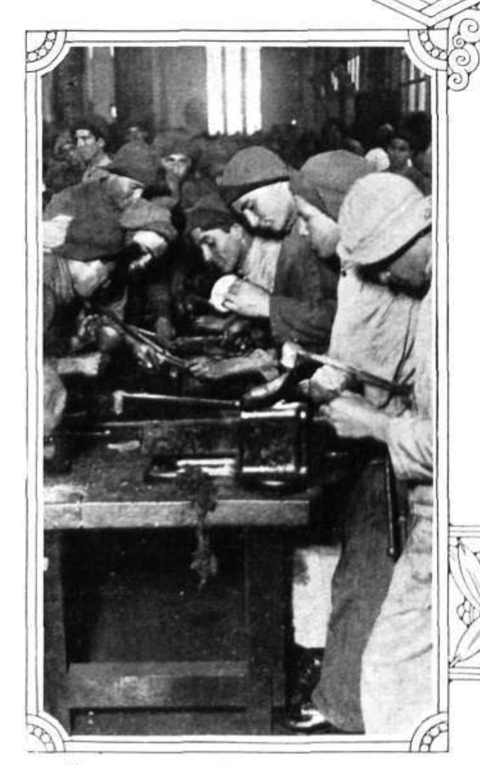


Alumnos de primer año moldeando cajas de grifos.

Extrayendo el bronce fundido de los hornos a petróleo.



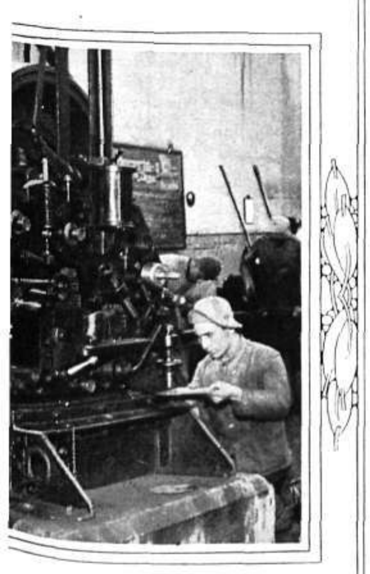
Fundiendo diversas cajas en bronce.



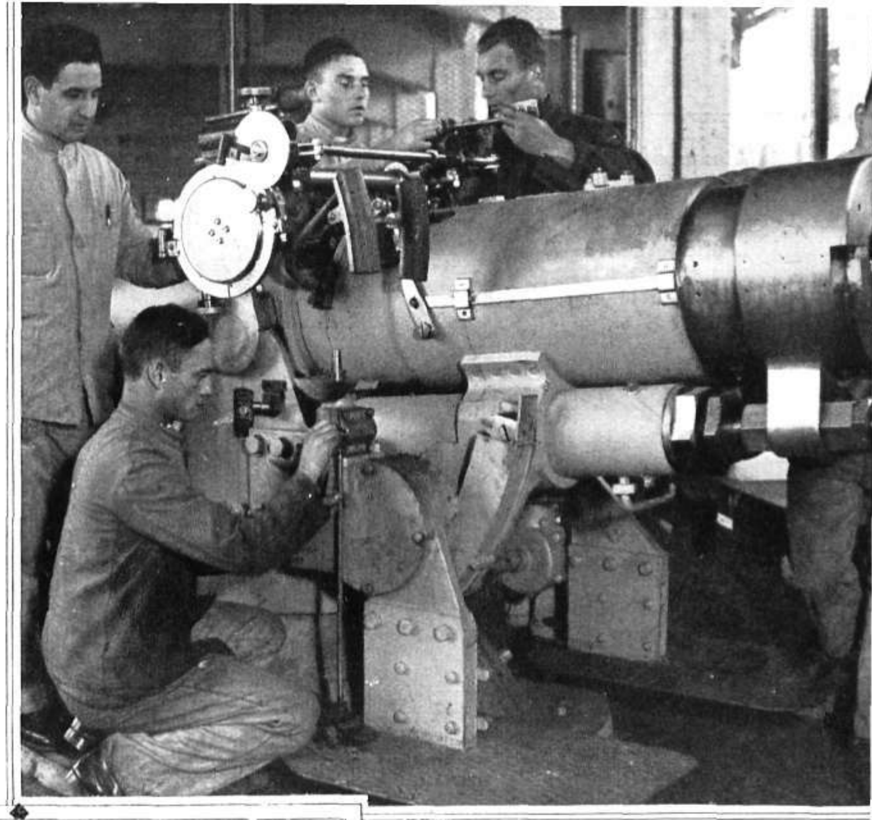
Alumnos de primer año haciendo trabajos de hojalatería.



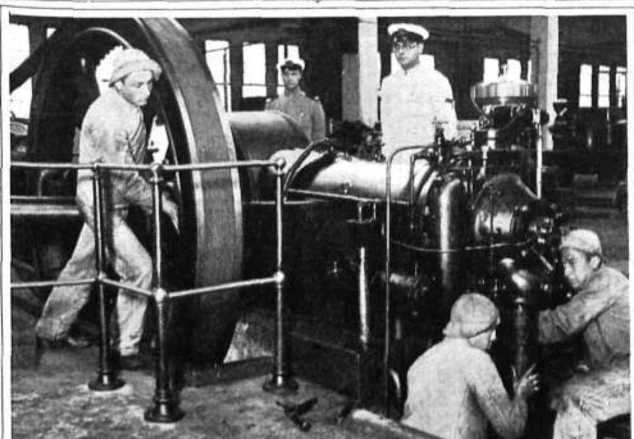
Aprendices en práctica para tomar características y curvas de motores y dínamos.



Aprendices en una punzonadora y tijera mecánica en calderería.



Grupo de alumnos bajo la dirección del maestro haciendo práctica de artillería.



En el curso práctico de motores a combustión.

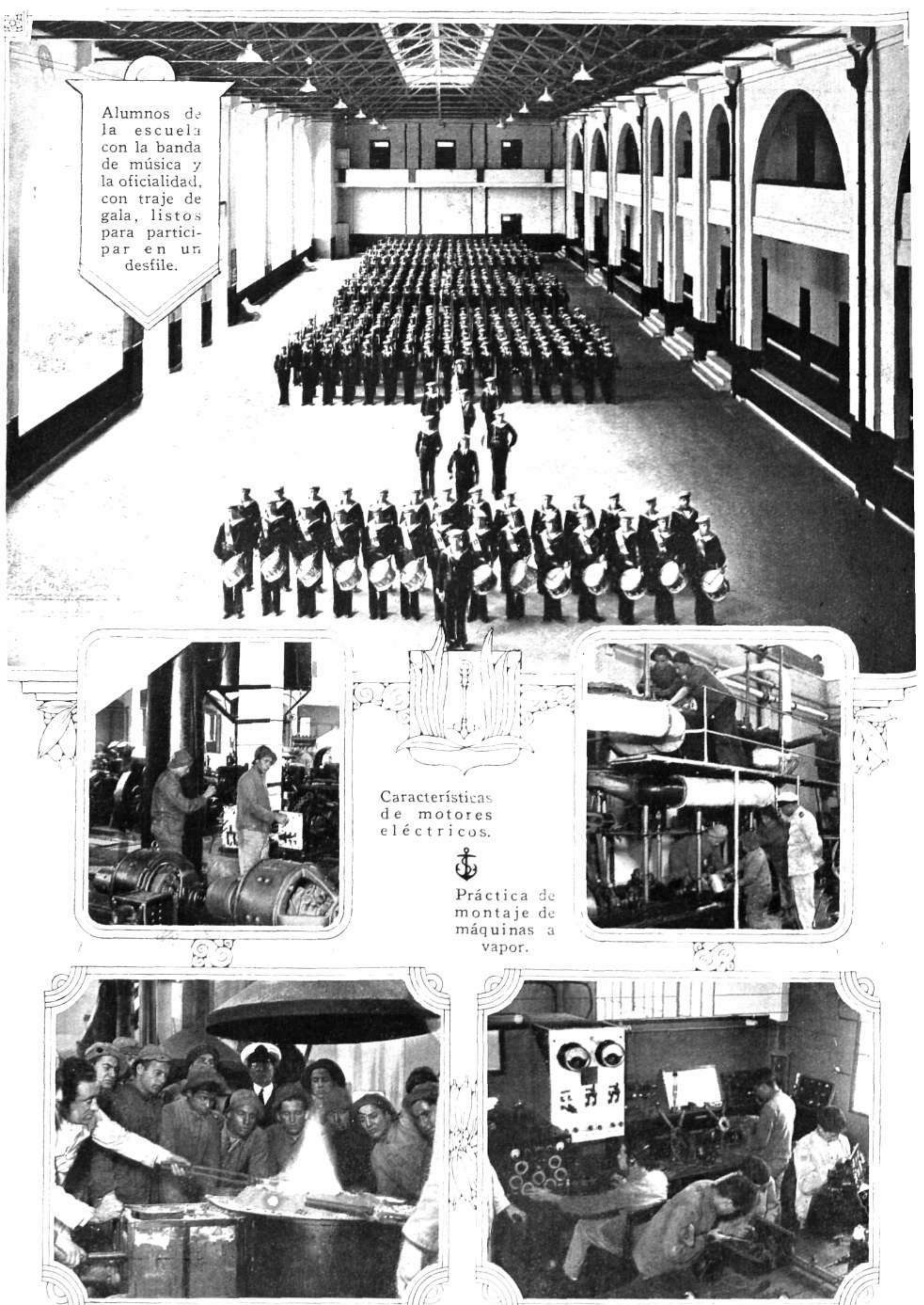




Alumnos de años superiores en el manejo y práctica de proyectores.



Montaje de motores de aviación.



Alumnos de la escuela con la banda de música y la oficialidad, con traje de gala, listos para participar en un desfile.

Características de motores eléctricos.

Práctica de montaje de máquinas a vapor.

En el taller de cobrería. Práctica de soldadura a fuerte.

Ejercitándose en los secretos de la radiotelefonía



Notable fotografía obtenida durante uno de los cursos de gimnasia en los que participan los alumnos de la escuela.

Manejo y práctica de girocompás.

Característica de dínamos.

Alumno de cuarto año en ejercicios de torno.

Trabajando en el montaje de torpedos.

Inauguración del monumento a los cadetes caídos el 6 de Septiembre

Instante en que el coronel Reynolds pronuncia su discurso en el acto inaugural del monumento elevado a la memoria de los cadetes caídos el 6 de Septiembre.



El presidente del Gobierno Provisional, teniente general Uriburu pronunciando su vibrante alocución patriótica, que fué vivamente aplaudida.



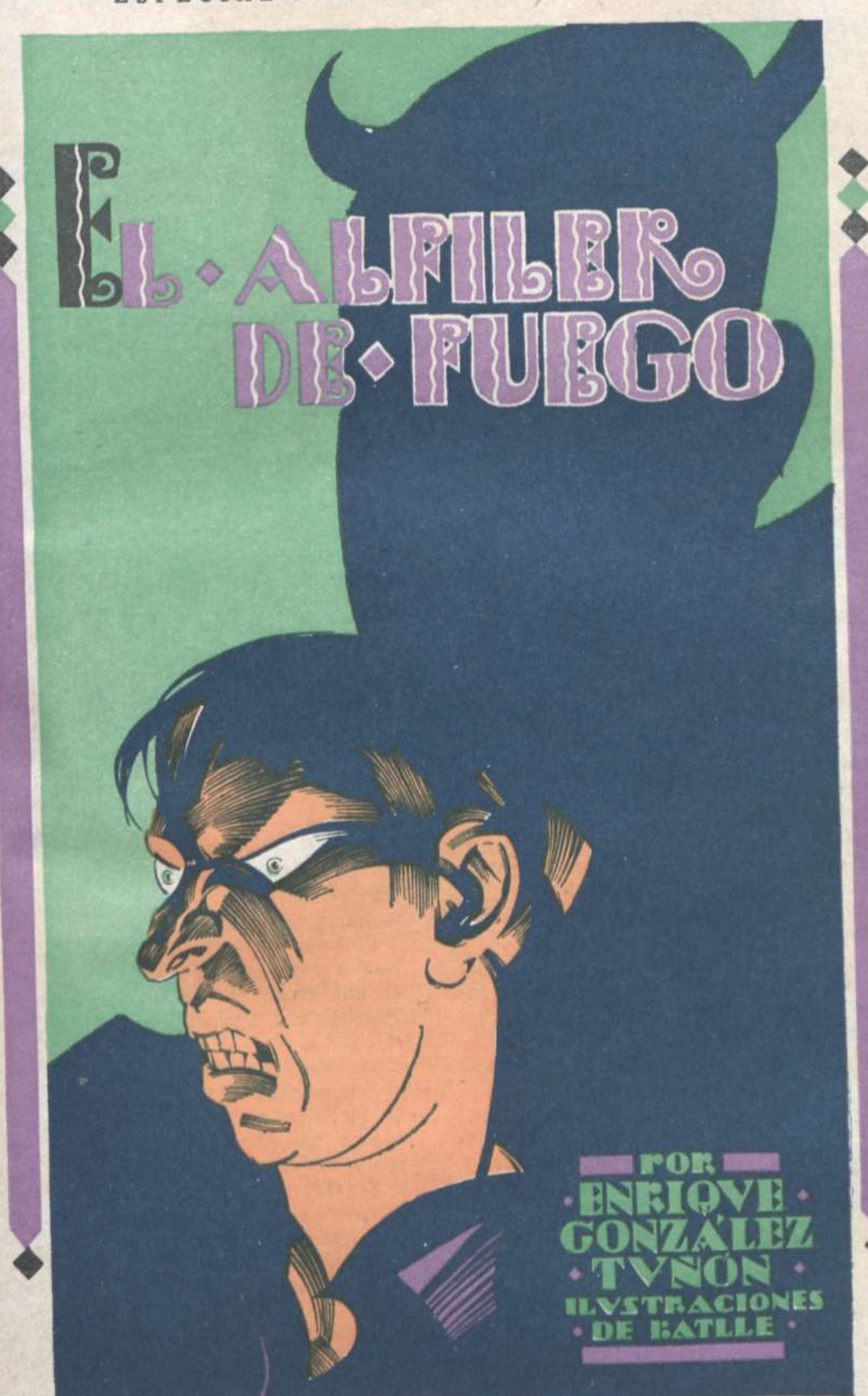
El monumento erigido en la plaza de la ciudad de San Martín, austero monolito que perpetuará los nombres de los heroicos cadetes caídos en la patriótica jornada de septiembre.



Ante los bustos de los cadetes Güemes Torino y Larguía, el cadete Alzogaray evoca la muerte de quienes sacrificaron su juventud en aras de la patria.

LA NOVELA DEL JUEVES

ESPECIAL PARA "CARAS Y CARETAS"



EL ALFILER

Mi patrón es una mula. Una mula hecha y derecha. No soy injusto. Por el contrario, creo que mi calificativo le queda holgado todavía. Mi patrón es una acémila en estado de continua irritación. Arma trifulcas sin motivo, aplica patadas a tontas y a locas, enójase groseramente con su mujer descubriendo a cada instante su cuna de lodo, vocifera por una nimiedad y tan sólo el cansancio lo abate. Entonces se deja caer jadeante sobre su sillón y, enjugándose el sudor que moja su cara boyuna, clama al cielo:

—Me van a matar a disgustos. No hay piedad para un hombre que trabaja. Tengo que estar en todo. Vamos a ver ¿qué sería de esta casa si faltara yo?

Estoy seguro de que, si faltara él, viviríamos más tranquilos.

Mi patrón es una pobre bestezuela predestinada a morir de apoplejía fulminante. Desconfía de todo el mundo; de mí, de su mujer, de su hija, de la criada. Lleva en el bolsillo de su saco viejo una libreta de notas con la contabilidad doméstica. Centavo sobre centavo, suma y resta, y luego hace minucioso recuento del dinero que le sobra. Y como todas las noches, invariablemente, la cuenta le sale mal, arma un batuque de todos los diablos, congestionándose en violentas interjecciones y protestas como víctima de asalto en despoblado. Después recapacita, se apacigua, vuelve a sumar y encuentra que es él quien está equivocado.

Un día resolvió asegurarse la vida. Trató primeramente el negocio con un famélico corredor, perfil de rata, y luego recorrió distintas compañías para convencerse por las suyas de que el tal hambriento no lo estafaba.

Regateando la comisión, decidióse por fin a firmar la póliza a favor de su cónyuge, e inmediatamente de estampar la rúbrica sufrió un conato de arrepentimiento.

Esa misma noche, al acostarse, observó el rostro de su mujer, que dormía a su lado, y le pareció que sonreía con burlona y perversa sonrisa.

—Al cabo de veinte años, aprendo a deletrear. Esta tiene un sueño feliz, no lo dudo. Cuando uno sonríe mientras duerme es señal de sueño inefable. Ahora recién comprendo que esta mujer me quiere mal. Sonríe con el pensamiento en la póliza y la esperanza en mi muerte.

El hombre desvistióse, se introdujo entre las sábanas y oprimió el botón de la luz. Casi siempre, a los pocos instantes de acostarse, escuchábanse sus ronquidos serruchando el silencio de la alcoba. Esa noche le costaba cerrar los ojos. Ya no era una vaca mansa la mujer que dormía a su lado. Era la enemiga en acecho y quizás estuviera esperando el momento propicio para darle quién sabe qué muerte.

En la obscuridad de la habitación la mole de sombra comenzó a moverse fingiendo extraños garabatos negros. De pronto, iluminábase una cabeza de alfiler que al par que se acercaba a sus pupilas con fiebre iba agrandándose y adquiriendo un tinte de fuego. Detrás, la pared abría boca tamaña, boca de infierno que deglutía incansablemente míseras figurillas humanas.

Intentó pedir socorro, y el grito fué débil quejido anudado a su garganta. Extendió el brazo buscando la perilla de la luz, pero ésta se fué alejando hasta llegar al techo.

El alfiler de fuego se apagó. Las sombras fueron diluyéndose lentamente y el hombre obeso vióse solo caminando por una senda supraterrenal cuyo horizonte clausuraba antiguo portón de hierro.

Pero el camino era una cinta que daba vueltas interminablemente y el hombre hacía jugar sus pies como un autómata y siempre hallábase a igual distancia de la inalcanzable puerta.

El sendero quedóse inmóvil y el infeliz pudo aproximarse al fin. Sobre el muro, en una decoración de ángeles, alcanzó a descifrar una leyenda y pensó: "Esto es el cielo".

Sin animarse a llamar, sentóse junto al umbral aguardando la presencia de alguien. Ya se disponía a aliviarse de los zapatos, cuando un viejo de oleografía cristiana apareció y le dijo:

—¿Qué quieres aquí, hombre obeso?

No atinaba a contestar. Sin saber por qué, recordó que poseía una póliza de seguro:

—Me aseguré la vida, señor, y el miedo de perderla me espanta.

—Vuelve por donde has venido — díjole el anciano, y agregó: — Más te valiera asegurarte la dulce muerte...

El hombre abeso apretó el botón de la

DE FVEGO

luz. Escudriñó el rostro de su mujer profundamente dormida, y al ver que no sonreía se tranquilizó.

Las sombras volvieron a adueñarse de la alcoba. El ronquido del hombre obeso comenzó a serruchar el silencio.

A la mañana siguiente mi patrón se levantó con malos pájaros. Reprendió a la criada por supuesta sisa, examinó las provisiones y hasta a la hora del almuerzo no dejó de frecuentar la cocina. Cuando tropezaba con su mujer, monologaba enigmáticamente:

— Mala pécora. Estoy en tus intenciones. De memoria sé que la idea del crimen brota siempre del interés...

La mujer apenas si lo oía, empeñada como estaba en los quehaceres de la casa.

En la sobremesa fué más explícito. Refirióse al seguro de vida y a la inutilidad de legarlo a la esposa.

— La pobrecita no podrá disfrutarlo. Si yo muero, ¿qué será de ella?... No en vano hemos vivido juntos tantos años... Si yo muero, ella vendrá detrás de mí. Quizás no tenga tiempo para traspasar la póliza y sucederán los engorros. A la postre, todo se va en trapisondas de picapleitos... ¿No es verdad?

Y sin esperar respuesta, agregaba:

— Modificaré el legado. Por lo menos, que lo usufructúe nuestra hija.

Al atardecer volvió con un fajo de papeles que guardó en la caja de fierro. Díjole a su mujer:

— Esta noche podré dormir. Y tú, sonríe, que ya no me asustas.

— ¿Qué quieres decir, Simón?

— Quiero decir, mujer, que el anciano aclaró mi espíritu y mi entendimiento. No me importa tu sonrisa, puesto que he asegurado ya la dulce muerte...

La luna rió del estrafalario hombre obeso, con su blanco camisón de dormir y su palmatoria, deslizándose sigilosamente por el corredor, deteniéndose con el oído atento junto a la alcoba de la hija, el pulso tembloroso, la respiración anhelante.

La hija era muchacha en sazón, corta de caletre, educada en la escuela ahorrativa de sus progenitores. Más que por el corazón, guiábase por el interés; de ahí que todavía permaneciera soltera y sin miras de atrapar mozo adinerado. Llamábase Elisa y su voz producía la impresión irritante de que hablaba masticando vidrio. Cuando la conocí, su nombre, el sonido de su nombre me resultó antipático. Desde entonces me imagino a todas las Elisas tal como es la hija de mi patrón. Sin embargo, reconozco que una muchacha bien puede llamarse Elisa y ser buena y agradable de rostro y de voz. La madre habíale enseñado el arte mezquino de pedir y no dar nunca nada, ni siquiera una palabra cordial. Del padre heredó la actitud desdeñosa y huraña para sus semejantes.

El hombre en camisón permaneció quieto con su palmatoria en alto, estremecido de inquietudes, con la oreja pegada a la puerta. Elisa dormía su sueño burgués, con absoluta seguridad de máquina.

Volvió la luna a reír del grotesco espectáculo, mientras con paso de sonámbulo retornaba a su pieza, friolento y miedoso, asustado quizás de la propia sombra, que adquiría contornos ridículos, ya en la pared, ya en el pavimento.

Bajo el peso brutal de un bloque de sombras, el hombre hacía esfuerzos desesperados por incorporarse en el lecho y apenas lograba moverse, como si lo sujetaran garfios de hierro. Junto a él, plantada como un ciprés, una figura espectral de color amarillo. La figura se arqueó en un escalofriante signo de interrogación.

El hombre, que nunca había sido corajudo, tembló. El ciprés le dijo:

— Tu hija heredó tu alma y heredará tus bienes más pronto de lo que supones. Te ofrezco mis servicios. Yo fuí en mi período de ser viviente el falsario más grande del mundo. Conozco todos los recovecos de la debilidad de los hombres y sé explotarlos con beneficio. No hubo litigio interesado donde yo no actuara como testigo falso, y la única verdad que me sorprendió fué la verdad de la muerte. Ahora, libre de mi envoltura carnal, cerradas están para mí todas las puertas. Las puertas del paraíso y del infierno. Dios no me acoge y el diablo teme más a mis intrigas que a la señal de la Santa Cruz. De manera que tengo que ganarme la muerte en el punto

EL ALFILER DE FUEGO

donde se bifurca el camino de la eternidad. Tú serás pasajero en breve y te urge mi consejo. Estoy en la ciencia de mentir y en la letra de los códigos del otro mundo. Tengo amigos en las regiones incognoscibles y te prometo una cómoda ubicación. Si rechazas la oferta, es probable que te toque marchar por la senda ardiendo. Habla pronto, porque hay otros clientes que me esperan con impaciencia trágica de extremaunción.

El hombre obeso emitió grito de fiera aterrorizada. La mujer, que dormía a su lado, lo arrancó de la pesadilla y luego de amonestarlo por la falta de consideración para con ella, retornó al sueño.

El hombre le tomó una mano bajo las cobijas y pudo aliviar sus nervios porque sentíase acompañado en el peligro.





mal, de la existencia de Dios y del castigo eterno. Sus familiares escuchábanlo con asombro. ¿Era posible que un hombre ubicado en una escala zoológica inferior, que además poseía el dinero necesario para saciar sus apetitos y la posición equivalente para humillar al prójimo con asperezas de toda índole, cambiara fundamentalmente hasta el punto de aconsejar la bondad para salvar el alma?

De una mula que era, de una mula irritable, mi patrón se convirtió por extraño sortilegio en un sapo filosófico.

Cuando la puerta misteriosa se abrió de par en par, adelantóse hasta el lecho del adiposo prisionero un grupo de figuras de aguafuerte.

El galeoto Simón las reconoció una por una. Eran aquellos que habían sido morosos deudores en vida y en la muerte, acreedores con atributos de jueces.

De entre el tumulto de sombras, levantóse una voz de tonalidad monótona y severa:

—Nos has hecho sufrir, Simón, durante años de miseria y de dolor. El mundo tenía para nosotros, por tu maldita culpa, un color opaco. Ignoramos el sol, ignoramos el amor, ignoramos la vida. Tuvimos que morirnos para degustar la inexpresable impresión que tú, lejos de procurarnos, nos quitaste. ¡Infeliz de ti, mísero mortal, gusanillo deleznable, simple inquilino en la Tierra, que te creíste propietario, señor feudal de tu albedrío! Tus deudores de ayer

El carácter del hombre obeso fué sufriendo sucesivas transformaciones. Ya no era el vociferador habitual, el caño maestro de la casa. Trataba a todo el mundo con distinta desconfianza, con oculta, reconcentrada desconfianza. No gastaba palabras con la gente que le obedecía. Conmigo hablaba a ratos. Una vez me dijo:

—Yo nunca acostumbro a dar nada a nadie. Ni el aguinaldo, ni los buenos días. A usted, que es joven sin experiencia, le daré un consejo: No comprometa jamás su vida valorizando su muerte.

Dicho esto, el tacaño experimentó la satisfacción de haber cumplido con un semejante.

Después de cenar, el chaleco sucio de ceniza y la colilla encendida entre los dedos, engolfábase en sus cuentas domésticas y, a pesar suyo, no dejaba de protestar. Si se habían excedido en cuatro cobres, lamentábase:

—Esto es la ruina... ¡La familia!... ¡La familia!... ¡Bonita carga! Cuando no lo llevan a uno a la bancarrota, le apresuran la muerte con el deseo de heredar...

Y sus ojos hinchados fijaban una mirada escrutadora en los rostros inexpresivos de su mujer y de su hija.

En la actitud meditativa del sapo mi patrón pasábase los más de los instantes. Demoraba premeditadamente la hora de retirarse a descansar, y al encaminarse a su alcoba lo hacía con lento y dolorido paso de galeoto. Iba a su lecho con el sufrimiento interior del condenado que va a ocupar la silla eléctrica. Sabía de antemano que trasgos y murciélagos poblarían sus sueños y que algún extraño personaje lo visitaría para hablarle de cosas en las cuales nunca había pensado.

Cuando reflexionaba sobre su martirio, cargaba la culpa a la póliza o a su estómago. Inútil fué el sacrificio de su glotonería. Ni el engaño pueril para alejar los malos espíritus, ni el dormir con luz toda la noche, le quitaban las pesadillas. La noche, con inexorable puntualidad, lo torturaba.

Fué así que mi patrón dióse a lucubrar razonamientos a propósito del bien y del

EL ALFILER

somos hoy tus acreedores. Venimos a desalojarte como nos desalojaste tú cuando éramos desdichados mortales. Venimos a cobrar la deuda que no se paga con dinero — vil metal, — sino con el vil metal de tu alma.

Borróse la voz y alejáronse los acusadores. En lugar de ellos, plantábase junto al lecho el ciprés falsario.

— He escuchado, Simón, las recriminaciones de tus deudores. Tu pleito con el otro mundo está a punto de echarse a perder. Si te dejas dormir te condenarán al infierno y lenguas de fuego lamerán tu cuerpo. Con una chicana puedes salvarte. ¿Quieres que sea tu consejero?... En el punto donde se bifurca el camino de la eternidad me encontrarás.

El ave negra arqueóse sobre el lecho y su curvado pico rozó la cara alelada de Simón.

Al despertarse, su mujer le descubrió en el rostro una mancha verdosa. El hombre obeso recordó la pesadilla y se estremeció.

El sapo filosófico se dijo:

"Si tuviera una amiga, a ella le haría el regalo póstumo. Me faltó esa precaución y sólo tengo a mi mujer y mi hija. He acumulado dinero para las dos y llego a la conclusión de la esterilidad de mi existencia. ¡Y todavía caigo en la torpeza de cederles una oportunidad efectiva con mi muerte!

"He obrado mal. Debí asegurar la vida de mi mujer y de mi hija con póliza a mi favor. ¡Creo que poseo derechos, qué diablos! En esta forma, el único que podría alimentar un mal pensamiento sería yo.

"En los detalles insignificantes descubro que quieren apresurar mi fin. La comida es mala, el trato peor. Las corrientes de aire andan a la pesca de mis pulmones para herirlos. ¿Dirán que soy un mal esposo y un mal padre si las desheredo del seguro?

"¡Oh, si hubiera conquistado, por previsión tan sólo, el afecto de cualquier persona extraña a mi hogar!...

Pensó en inscribir el nombre de la criada e inmediatamente rechazó la idea.

"Es una desconocida. ¿Qué vínculos me unen a ella para que le importe un pito que continúe viviendo?... Sería capaz de envenenarme".

En seguida olvidóse de la póliza para plantearse esta pregunta:

"¿Estaré por volverme loco?... Nunca he vivido un estado de ánimo así. Soy un hombre perfectamente normal. He cuidado mi salud tanto como mi dinero".

Recordó la locura alcohólica de su abuelo paterno y sonrióse sin darse cuenta imaginando las extravagancias que cometió su antepasado hasta terminar con su vida desnucándose desde el campanario de la iglesia de su pueblo.

"Sería verdaderamente triste que me volviera loco. ¡Qué ridículo el cuadro de una persona que provocaba respetuoso temor entre sus sirvientes haciendo reír a la criada con sus excentricidades!"

¿Y qué ocurriría después con su dinero? ¿Quién lo malgastaría al final?

"Las mujeres no saben asignar valor al dinero. En cuanto abandone la casa dejarán entrar, boquiabiertas, a un pelma intruso que las engatusará con bonito fraseo. Son interesadas, pero dejarán de serlo en cuanto me ausente. ¿Para qué se casará y tendrá hijos, uno?..."

El recuerdo de sus privaciones en el principio de su fortuna y de las privaciones a que sometió a los demás le hizo decir:

"En verdad, no valía la pena perder el alma por tan poca cosa..."

Una mujer desgreñada, de ojos saltones y rostro lívido, se inclinó ante el tacaño alucinado con maligno sonreír.

— Todos los espíritus que te visitaron en estas noches han mentido con descaro. Lo mismo el falsario que los deudores. Déjalos chillar y reanímate, porque tu facha mueve a lástima. Si te debían dinero, justo era que trataras de cobrárselo.

— Eso es hablar — asintió Simón. — ¿Acaso iba a dejarme tajear la bolsa porque sí?...

— Faltan jueces para condenar a los hombres que han pecado como tú. Yo te digo que puedes estar sereno. La vida depara muchas sorpresas y tú serás feliz. Tendrás una felicidad infinita e incomparable. Bastaría que tocara tu cerebro con mi alfiler de fuego.

"Escúchame, Simón: pronto dará la hora de reír el reloj de tu existencia y entonces comprenderás cuál es el estado divino del hombre. Indulgente y bondadosa fué contigo la Providencia. Has sido siempre un

DE FVEGO

ser inferior, dichoso en tu cercanía espiritual con la mula. Y aunque no lo merezcas, tendrás la luz que sólo alumbra a los elegidos: la luz de la locura.

El sapo agitóse entre las sábanas y su mujer, abandonando el sueño, lo reprendió furiosa:

—¿Acaso no tengo derecho a descansar? ¿Por qué no me dejas dormir? ¿Te has vuelto loco?

El la miró y no la reconoció. No era su mujer. No era el rostro abultado y grasoso de su mujer. Era una cara lívida, con ojos saltones que lo lastimaban como si fueran puñales.

—¿Te has vuelto loco? — repitió la mujer soñolienta.

Tuvo que hacer un esfuerzo tremendo para reconocerla. Lentamente volvió en si mismo y acarició a su compañera.

—Déjame dormir — dijo ella, y le dió la espalda.

El hombre obeso sentíase dolorido, fatigado, exhausto, como si retornara de un viaje por un mundo escabroso y desconocido.

En una estufilla a petróleo quemaba incienso la vieja curandera.

—Tarea simple es leer tu porvenir, buen hombre. Bastaría mirarte a los ojos para estar al tanto de lo que te preocupa.

La bruja aproximó su corva nariz y el cliente mantuvo su gesto bobalicón.

—¿Qué terrible daño hiciste para que así se ensañaran los espíritus contigo? Te veo maniatado. Gente siniestra, almas de infierno, preparan al rojo vivo las tenazas que harán algo más que chamuscar tus carnes.

—¡Madre mía! ¡Virgen de los Dolores!

—¡Talismán! ¡Talismán! Verás qué pronto toman las de Villadiego. Llave de oro guarda la palabra maravillosa. Palabra que sirve al prójimo antes que a esta santa. ¡Ay, desdichada de mí!

Baja la cabeza en un disimulo de lágrimas, la bruja volvió a su sitio.

—¡Ay, miseria de mortales que así me haces padecer!

Simón quiere compadecerse, mas es de tal arraigo su avaricia que no quita la mano del bolsillo.

Insiste la bruja en su cantinela lacrimosa y el hombre se resigna a desprenderse de algún dinero.

—¡Billetes de banco! En esta estufilla los quemaré para espantar espantos. Sospecho que el dinero es escaso y el trasgo no se alejará.

Reedita el hombre su actitud y la mujer empaca los billetes entre pecho y corpiño.

—¡Ay! ¡Ay!... He devuelto la fidelidad a la mujer; he curado mal de amores; he hecho olvidar olvidos, traiciones, rencillas y enemistades. ¿Andan de mal en peor sus negocios? ¿Corre jarana el marido? ¿Sufre contrariedades? ¿Purga penas que no merece?... Guardo las reliquias más poderosas del orbe. Trabajo con absoluta seriedad y reserva, y mis métodos son rápidos y de positivos resultados.

—¿Estoy libre de tormentos?

—Si los inquisidores te cercan esta noche, quemaremos más dinero y te daré brebaje o ungüento. Vete con Dios.

El hombre obeso sesgó el umbral.

Clama la madre el lío marital.

¡Ay, hija del alma mía! No sé qué me da en el corazón y me dice que tu padre está de remate.

—Calle, madre. Padre fué hombre siempre de mil iniciativas, y lo que tiene es cansancio.

—¡Dios te oiga!

Simón traspuso el dintel y las mujeres pusieron candado a la boca. El hombre observólas con marcado recelo.

—Ya sé que hablan de mí y mejor sería que me evitaran siempre. ¿Por ventura no alcanzan mi esfuerzo y mi dinero?

—Nadie pretende más. Acuéstate, Simón, que ya es hora.

—¿Hay algún interés de por medio para que vaya a la cama?

—No, Simón, no. Es que a esta hora te recoges todos los días.

Pesadamente, el tacaño enfiló a su cuarto. Iba a disgusto, sabiendo de antemano con quién se las tendría que ver en cuanto cerrara los ojos.

Ni bien ocurrió esto, apareció un pupitre en un ángulo y junto al pupitre un clérigo octogeniario que, a falta de esponja, humedecía sus dedos en los labios para ir pasando las hojas descoloridas de un infolio.

—¿Eres tú Simón?

—Uno de los tantos, padre.

—Tú eres el Simón que busco. Estás en trance y

«EL ALFILER DE FUEGO»

debes limpiar tu conciencia para que no te sea negada la extraunción. Habla.

—Padre: he pecado. He sido usurero al más alto tanto por ciento. Acogoté a media humanidad; no sé lo que es una emoción, ni un ademán piadoso. Dios me negará el perdón.

—El arrepentimiento trae el perdón.

—Me doy por enterado, pero mis vicios están en mi naturaleza. Quizás otras malas acciones anulen mi arrepentimiento.

—¡Aléjate, Satanás! ¡Simón, santíguate, porque tienes los demonios en el cuerpo!

Simón hizo ademán de santiguarse, pero una mano de hierro lo sujetó.

La mano de hierro que lo imposibilitaba era la mano de su mujer.

—¡Simón! ¡Simón!

—¡No me muerdas, serpiente!

¡Simón, que soy tu mujer!

Simón, la cara abotagada, el mirar con resplandor inconsciente, el labio caído, no pronunciaba palabra.

Tiróse de la cama la señora y fué en busca de un paño de agua fría. Refrescó la frente del hombre y luego pegó en sus sienes dos rebanadas de papa. Simón, sumido en silencio, permanecía atontado, como si lo hubieran molido a garrotazos.

La mujer llamó a gritos a la hija y ésta a la criada para que fuera a llamar al médico. Pero el médico había salido de juerga y le dijeron en el consultorio que estaba atendiendo un caso grave.

Madre e hija resolvieron esperar la mañana en vela. Mas, como no tenían costumbre de obligado trasnocheo, quedáronse dormidas en molesto encogimiento sobre el mismo lecho.

En la alcoba sólo escuchábase el asmático respirar del tacaño atormentado.

Un brillante punto rojo taladró la obscuridad. La luz, en tirabuzón, fué acercándose al rostro del hombre obeso. Detrás, la pared abría boca tamaña, boca de infierno que deglutía incansablemente míseras figurillas humanas. La mujer pelambrosa y lívida de faz dobló su cuerpo en andrajos y le ofreció desdentada sonrisa.

—En vano la bruja quemará tu dinero en su estufilla. Con el humo de toda tu fortuna no espantaría el tumulto de espíritus malignos. Deja tu dinero en paz y ríete de los consejos untosos de la curandera. Tu tormento toca a su fin.

La vieja de las greñas le acarició la frente y el tacaño sintió como un consuelo.

El alfiler de fuego lo enfocó con rojizo resplandor. El hombre sonreía con beatífica sonrisa de niño.

—Ilumina tu vida luz de locura. Vas a transponer la frontera gris de la tierra, donde has vegetado anónimamente, para ser elegido de la Providencia. Recién en este instante aprenderás a reír.

El hombre obeso experimentaba la sensación de hallarse en estado de absoluta felicidad. Hasta sus oídos llegaba un eco de fanfarrias. Borráronse las sombras y entonces vió encenderse el telón de foro de un mundo multicolor. Su alegría estalló en un grito estentóreo. Las dos mujeres encogidas en el sueño despertaron y, arrojándose del lecho, huyeron despavoridas clamando auxilio.

Simón ya no gritaba. Reía mansamente, con risa infantil.



E. González Tuñón

DIBUJOS DE BATLLE

UD. PUEDE COMER BIEN

ACEITE BAU

"FIRENZE, EXP. UNIV. 1905"
PURO DE OLIVA
REFINERIA DE ACEITE
PURO DE OLIVA
BAU
EXTRA-FINA

FREIXAS Y Cía

TODA
materia prima está supeditada al aceite que la condimenta.



La dedicación con que Vd. selecciona las materias primas con que elabora sus comidas, debe hacerla extensiva al aceite de oliva que ha de sazonarlas; pues bien sabido es que toda materia prima está supeditada al aceite que la condimenta. El aceite BAU representa y ha representado siempre la más alta calidad; exíjalo a su proveedor; una sola lata la convencerá.

SIN QUE LE CUESTE MAS

L a t a b a

EL talus romano era la taba? Seguramente, y a pesar de la creencia generalizada de que ha sido en todo tiempo juego de gente vulgar, puede afirmarse lo contrario. Así se refiere que Sócrates, el célebre filósofo, se entretenía en jugar a la taba por las calles de Atenas. Y el poeta Luciano dice en "Los amores" que, tirando sobre una mesa cuatro pequeñas tabas de gacela, de su disposición al caer dependía la buena o siniestra fortuna para el amor. En las excavaciones de las tumbas grecorromanas los arqueólogos han descubierto pequeñas tabas de carnero y de cabra o imitaciones del mismo hueso hechas en marfil, bronce, vidrio o ágata, lo que comprueba que el utensilio perteneció a gente pudiente.

Como se ve, la afición a tentar fortuna con el consabido huesito no es una invención de nuestros criollos, no es fruto de la holgazanería gaucha, como se ha repetido tantas veces; sino herencia legada por el conquistador y conservada por la tradición secular y hasta perfeccionada, como vamos a verlo, y este dato me parece interesante para el estudio de las costumbres populares en el Río de la Plata.

Pero lo que es indudablemente más curioso aún es que las mujeres de la antigüedad y hasta los niños eran grandes aficionados a parar la taba. Se conoce un grupo antiguo en bronce llamado de los "Astragalizontes", que representa a dos hermosos niños desnudos jugando a la taba...

Entre las curiosidades del British Muséum se conservan unas preciosas figulinas de terracota procedentes de Tanagra, pequeñas, de diez o doce centímetros, pero de una perfección y delicadeza exquisitas. Miguel Cané es quien nos ha contado el descubrimiento con su prosa fácil y elegante: "Unas encogidas, otras en marcha, y aquéllas jugando a la taba. Sí, encorvada una deliciosa estatuita sigue con avidez los giros del pequeño hueso, mientras su partner espera paciente el turno. Miramos con atención y pudimos constatar que la taba había echado... lo contrario de suerte".

El origen de este juego tan popular entre nuestros campesinos tiene, pues, rancio y hasta noble abolengo, y es de notar que los descubrimientos grecorromanos, si bien prueban acabadamente su antigüedad, se refieren siempre a un hueso pequeño de carnero o de cabra o a su imitación en bronce, piedra o cristal, pero nunca se han encontrado, que yo sepa, tabas auténticas de vaca o de buey ni imitaciones de éstas, que es cabalmente la única usada por los criollos rioplatenses.

M. LEGUIZAMON


Antiséptico
LYSOFORM
2 a 4 cucharaditas de Lysoform por cada litro de agua hervida tibia del lavaje diario, impiden a casadas y solteras muchas enfermedades y complicaciones.
Lysoform desinfecta y cierra heridas y purifica el aire de cuartos de enfermos. No huele, no mancha, no irrita.
Antiseptico, Desinfectante
Lysoform
Marca Registrada
LYSOFORM
Productos Lysoform
Pomada Lysoform
La nueva Pomada Lysoform es eficacísima para tratar heridas infectadas, irritaciones e inflamaciones de la piel en niños y mayores, eczemas, urticaria, quemaduras del sol, etc. Calma en seguida picazón y dolores. Compre hoy una cajita.
Lysoform
POMADA LYSOFORM
Jabón de tocador LYSOFORM
Un jabón de tocador de perfume delicioso y al mismo tiempo antiséptico.
LYSOFORM
JABON DE TOCADOR
Cada vez que Ud. se afeita con Jabón al Lysoform para la barba, se desinfecta la cara. Uselo.
Pida productos Lysoform en todas las farmacias de la Argentina, Uruguay y Paraguay.

La poesía gauchesca

ANTES que la nación existiera políticamente, durante la época colonial, el criollo de la campaña y de los suburbios de las ciudades, el gaucho, sin saberlo, cantaba a la patria, amaba la libertad y preparaba la independencia.

Obraron de consuno, para formar la antigua poesía gauchesca, el temperamento étnico del gaucho y el ambiente de su vida. Descendiente de españoles y árabes, a menudo de andaluces, el gaucho poseía un genio eminentemente contemplativo y poético. En sus venas se agitaba la sangre de antepasados guerreros y artistas, nómades y cantores. La poca sangre indígena que se sumara a su ascendencia europea y asiática, sólo venía a agregar a su idiosincrasia cierta salvaje pasión de libertad. El infinito desierto de las pampas le invitaba a la contemplación; sus continuas luchas con la indiada vecina templaban la fibra de su coraje. Así, por herencia, por adaptación, por la fatalidad, el gaucho resultó un interesante tipo cuyos dos cultos principales eran el valor personal y su guitarra.

Habiendo importado este instrumento de España, la vihuela era su inseparable amigo, el confidente de sus horas tristes, el compañero de sus horas alegres. No concebía otra bella arte que la poesía acompañada de la música. Poesía y música formaban para él, como en las primitivas civilizaciones, una sola arte, el arte único, el arte por excelencia. Los mejores cantores y guitarristas se llamaban "payadores". No todos los gauchos eran tales; muchos había, quizá la mayor parte, que no poseían la doble habilidad sino harto mediocremente; pero, sea cual fuere en cada uno la capacidad de ejecutar y cantar, todos amaban el arte de la poesía y música como su mejor distracción.

Tan íntima ha sido en la poesía popular la unión de la palabra y de la música, que las coplas o géneros sólo se distinguen por la música que les acompaña. Los "tristes" y "vidalitas" son generalmente en tonalidad menor; los "cielitos", en mayor. La melodía de esos cantos populares tiene algo de oriental. Sus notas alargadas recuerdan antiguas melopeas. Es que, en realidad, el gaucho ha venido a transportar a las pampas ciertas maneras típicas de la música religiosa, de las interminables salutaciones al sol en lo alto de la mezquita que los árabes aportaron a España. Curioso es que en la Península se perdieran o se desfigurasen mayormente formas orientales, que tanto persisten en la música popular de América. La melancolía de los cantes del desierto asiático persiste en la melancolía de los cantes de las llanuras americanas.

CARLOS O. BUNGE






Los bronquios también...
Los microbios infecciosos invadirán sus vías respiratorias a despecho de todas las precauciones exteriores que pueda Vd. tomar, si no cuida Vd. de garantizar su organismo contra su terrible ofensiva. La única seguridad posible es la que le procurará un protector interno que obre directamente sobre los bronquios y es el
GOUDRON-GUYOT
Obtenido por destilacion del pino marítimo de Noruega, goza de propriedades balsámicas y antisépticas incomparables. Su acción en los casos recientes o antiguos de resfriados, bronquitis, tisis, tuberculosis, es de una constancia absoluta. Se toma líquido o en cápsulas y, fuera de casa, en pastillas pectorales.
Exigir el verdadero GOUDRON-GUYOT (licor, cápsulas, pasta pectoral). Todos estos productos llevan el marbete en tres colores : violeta, verde, rojo y la dirección de la Maison FRERE, 19, Rue Jacob, PARIS 6º. Prevenir la confusión que crean ciertos productos similares.
EN TODAS LAS FARMACIAS

Apostillas sobre el inocente afán de contemplar antiguallas.

Por

E. M. S. Danero

Las palabras del viejo periodista



DON Guillermo Suffern es una reliquia. No tanto por su edad sino por su memoria. Todo lo recuerda, para cada pregunta tiene una explicación. Es el anciano al cual quisiéramos escuchar con un estenógrafo diligente e incansable a nuestra vera. Fué periodista y, como tal, su anecdotario, abundante, refiérese a hombres y cosas de lo más destacado en nuestra vida política. Hay en su sangre abundantes gotas irlandesas, y esto no es poco si se considera la punta de humorismo que, mezclada con su criolla campechanería, pone en cada uno de sus relatos, relatos que le venimos escuchando desde años atrás, ya en un intervalo de esos tan raros como deseados, ante una mesa de redacción; ya en un paseo, acompasado y lento, por las calles de nuestros viejos barrios del sur; ya en el sosiego hogareño que ahora no abandona porque le flaquea el corazón. Fué amigo de Cambaceres y compañero inseparable del doctor Pacífico Díaz. Cuando la muerte estaba en las puertas de Buenos Aires, con otros porteños animosos e inconscientes se estableció en el lazareto de Martín García y luchó contra la muerte, la ignorancia de las gentes y la necedad de algunos que dió pábulo a la más torpe de las leyendas. Guillermo Suffern es el anciano cuyas palabras constituyen una crónica viva y cuyas palabras, una a una, quisiéramos atesorar.

La que fué escuela de las hermanas Rodríguez

Calle Defensa, al 500... Avanzamos hasta mitad de cuadra. Buscamos el número 553. Lo encontramos. Pero hay ahora una enorme residencia sobre el solar de la que fué escuela de niños y niñas de las hermanas Inés, Margarita y Eulogia Rodríguez. Desde 1840 a 1860, sobre el pintarrajeado frente verde cotorra, con un tablero color de sangre, así se anunció. Hoy ni una simple placa de esas que, en abundante homenaje, distribuídas hay por toda la ciudad. Nombres respetables y famosos en nuestra vida social, política y artística figuraron en los registros de aquella escuela que funcionaba en el pequeño edificio, con un piso alto y en cuyo tejado, como lo recordaba Pastor S. Obligado, crecían el duraznillo y el palán-palán.

Libreros y librerías

Aquella librería llegaba al centenario; pero de sus libros, de sus archivos, nada quedaba ya. Esta otra tiene aún un nombre prestigioso y a su frente figuran hombres ilustrados; mas, igualmente, en sus anaqueles no se encuentra una sola obra antigua, un solo volumen, un insignificante folleto de esos que, más que por sus méritos literarios, se buscan por el interés documental que ellos tienen en sí.

Una quinta grata al poeta Mármol

En la avenida Montes de Oca se ha levantado un mercado sobre una quinta viejísima que fué la predilecta de Mármol y cuya glorieta está mencionada en su famosa novela "Amalia". Rincones curiosos, una distribución de las habitaciones original y digna de memoria. De todo ello nada queda ya. Fué demolida en contados días.

Miradores

Quedan aún algunos en Buenos Aires. Están como sepultados bajo las moles de los rascacielos. Hay que descubrirlos. Hay que volver a contemplar desde ellos el panorama ideal de Buenos Aires, gran aldea, aunque sea tropezando con las enormes murallas de cincuenta metros de altura. Hay que hacerlo por última vez.

Viejos almanaques

Viejos almanaques... Ya no quedan más. Nadie los conserva, ni aun los que fueron sus editores. Páginas amenas, espontáneas, transitorias. Reseñas curiosas que no han llegado a la posteridad. Anécdotas, chistes y chascarrillos que, perdida su inocente jovialidad, nos hubieran presentado hoy una imagen vívida de los hombres del pasado.

Callejón romántico y olvidado

Calle solitaria. Aun permanece empedrada y ha querido la fortuna del cronista que la diligencia municipal no llegara hasta ella con una lámpara de arco. Los murallones de un templo la limitan por un lado. En la otra vereda, caserones viejos que, por fortuna, sirven como depósitos y no han sido remozados. Callejón solitario y romántico al cual, para darle más carácter, hemos llegado en un destartalado fiacre, haciéndole entonar la canción de sus toscas y mal asentadas piedras.

La quena

UN escritor peruano dice que la música y el canto de la quena son gemelos del "Super flumina Babilonis" del pueblo hebreo. Es hijo de América; a semejanza de los hijos de Sión, ha cantado y ha llevado su cautiverio en sentidas estancias mezclando sus lágrimas con las aguas del lago Titicaca y con las del río Apurimac.

Es imponderable la sensación que produce el diálogo de las flautas cuando se le escucha en la montaña, áspera como el camino de la vida, y en una noche nebulosa como el destino del músico desdichado. Pero aun mayor y más imponderable efecto produce el monólogo de la flauta americana.

El dúo nos inclina a pensar en el dolor compartido; el monólogo es la querella del solitario sin consuelo. Estos monólogos suelen partir del corazón del indio errante o del alma del amante traicionado. El primero llora su libertad y su esposa, dos ilusiones perdidas; el segundo suplica a Pachacamac, "el que da vida y anima el universo", o a la Luna, púdica amada del padre de los incas, que le devuelva el corazón de la mujer, a quien pretende levantar en la montaña un altar, adornado con flores de amancai y perfumado con resinas de sus selvas.

La música de la quena no encuentra atmósfera propicia ejecutada a la luz del día; es música de la noche, del misterio y de la soledad.

Yo la escuché por primera vez al pie del nevado Tacora.

El agua de una acequia murmuraba no sé qué historia de la lejana vertiente, y los insectos formaban con sus zumbidos una especie de vibración de cuerdas formadas con hilos de luz. Se aspiraba un aroma tan leve, tan delicado, como el perfume que dejan tras sí las vírgenes que pasan adornadas para la fiesta. En el azul firmamento brillaba la Luna, muestra transparente del reloj de los amantes, despojada por las hadas buenas del horario que señala las divisiones del tiempo, pero que siempre marca el momento de la cita.

Era uno de esos instantes en que la memoria recuerda, detalle por detalle, la historia de largos y melancólicos días; instantes que nos dejan el alma herida o la frente cubierta de nieve. En las alturas del recuerdo cae nieve incesantemente, y el hombre pierde en ellas la voz, como al tocar la cima de la encumbrada montaña, después de una ascensión fatigosa. Mudo, cual todos los que en la noche, a la luz de la luna, con los ojos puestos en los Andes, y el pensamiento fijo en el amor de la patria, recuerdan y se lamentan en silencio, comprendí entonces que la voz de la quena es la voz de los dolores íntimos, la única voz capaz de expresar fielmente las amarguras de la ausencia, del peregrinaje y del olvido.

SANTIAGO ESTRADA

Un rasgo de Liniérs

LA siguiente anécdota referida por el oficial que fué objeto de ella sirva para ilustrar al mismo tiempo la debilidad lamentable y bondad natural que se admiraban en el general Liniérs. El teniente González se había distinguido en la defensa de Buenos Aires contra los ingleses, y, en consecuencia, acudió al general Liniérs para reclamarle su ascenso. Se le concedió inmediatamente y se dieron órdenes en presencia del teniente de ascenderlo a capitán.

— Señor — dijo el oficial, — habéis colmado mis esperanzas más osadas e impuéstome una obligación hacia vos, de que confío tendré grato recuerdo. Pero, ¡ay! no estoy en condición de aceptar el grado que me habéis conferido.

— ¿Cómo es eso? — preguntó el virrey, algo sorprendido.

— En verdad, señor — replicó González, para seros franco, no tengo dinero para comprar las dos charreteras y el cordón necesario para vestirme de capitán.

— Bien — dijo Liniérs, — es lástima, especialmente porque estoy muy pobre para ayudaros. ¿Pero creéis que podríais adquirir un uniforme de teniente coronel?

— ¡Oh! eso sí, excelencia — replicó el hombre entre vacilante y asombrado.

— Bien; entonces — dijo el virrey, — seréis teniente coronel en vez de capitán.

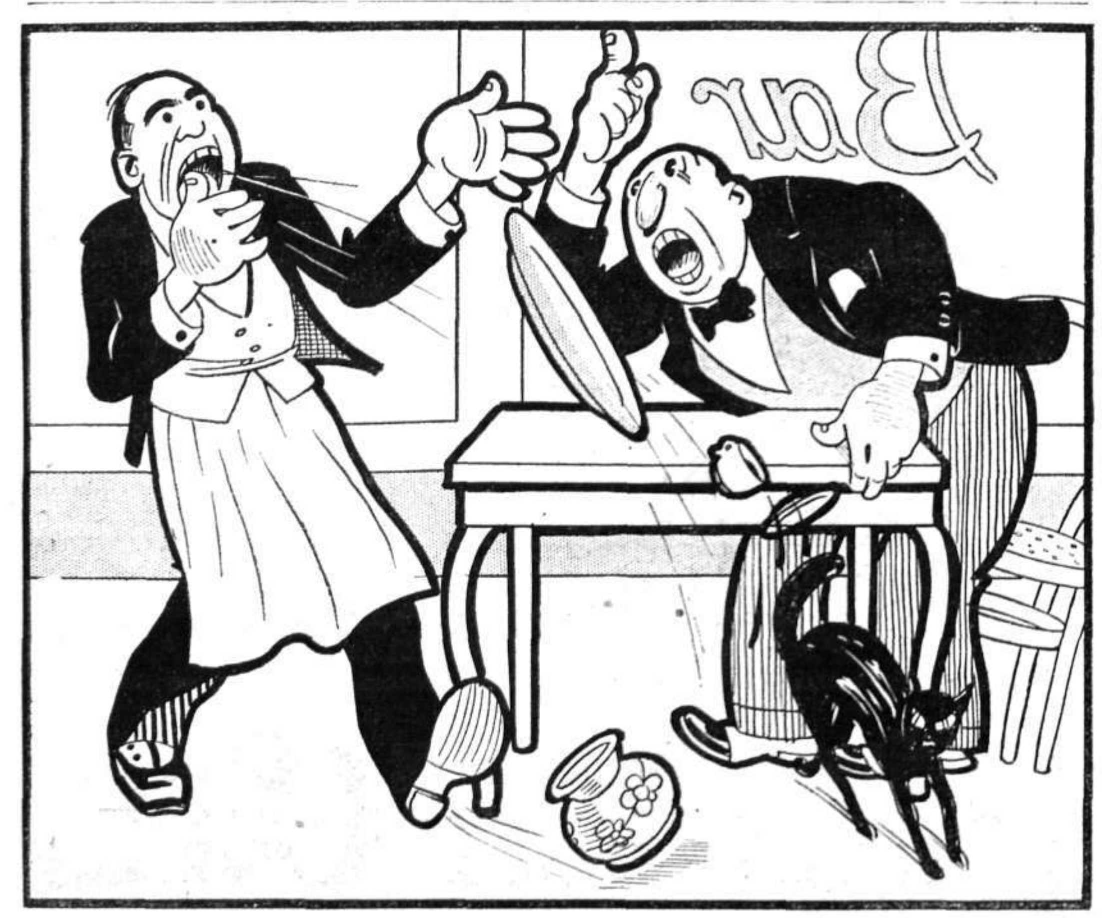
Quizá sea necesario observar que el uniforme en el servicio español es más sencillo y menos costoso a medida que el oficial avanza en grado; y mientras un capitán tiene dos charreteras magníficas y gran profusión de cordones en su casaca, la única insignia que distingue a un teniente coronel consiste en un par de estrechísimos vivos de galón de oro en las mangas. Esto explicará la manera en que el general Liniérs salvaba la pobreza y aumentaba el rango de un oficial indigente pero meritorio.

La misma popularidad y amabilidad de Liniérs lo condujeron a la muerte. En las mismas circunstancias, habrían salvado al hombre que gozase menos de las afecciones del pueblo.

Una expedición semejante a la despachada contra Córdoba se envió luego al Paraguay, al mando del general Belgrano.

Dos jefes paraguayos, Yegros y Caballero, que actuaban bajo la dirección del general español Velazco, entonces gobernador del Paraguay, derrotaron al ejército de Belgrano. Pero, aun cuando Belgrano fué derrotado, muy poco tiempo después el poder español fué derribado; pues los generales paraguayos antes nombrados, al mando de los soldados victoriosos, se volvieron contra la autoridad de Velazco, y establecieron, sin derramamiento de sangre, una junta independiente. El célebre doctor Francia fué, primero, secretario de ella, y después, vocal.

J. P. y G. P. ROBERTSON



—¡Tomá Seneguina, y dejate de toser!



minutos del fuego a la mesa

EFECTIVAMENTE, el Quaker Oats se cuece ahora en 1/5 parte del tiempo que antes. Está listo para comerse en 2 ½ minutos desde que el agua empieza a hervir, aunque puede cocerse más tiempo, si se desea.

No es Quaker si no tiene la palabra Quaker en la lata

QUAKER

DE COCIMIENTO RAPIDO

WHITE OATS

The Quaker Oats Company

Ahorra tiempo, trabajo y combustible.

Ahora el Quaker Oats resulta un alimento aún más económico que nunca, habiéndose reducido un 80 % el tiempo necesario para cocerlo. Se ahorra tiempo, trabajo y combustible.
La calidad es la misma de siempre — superior — pero el nuevo procedimiento de hornearlo en la fábrica evita la necesidad de cocerlo largo tiempo, y queda aún más suave y sabroso.

Sumamente saludable.

Las autoridades en materia de sanidad recomiendan el Quaker Oats porque da salud, fuerza y vigor. Es ideal para el desayuno. Se presta también para preparar ricas sopas de Quaker Oats y espesar sopas de cualquier otra clase, lo mismo que salsas, y para hacer frituras, panecitos y bizcochos. Exija el legítimo Quaker Oats "de Cocimiento Rápido". Busque en la etiqueta la palabra "Quaker" y la frase "de Cocimiento Rápido".

El Quaker Oats conocido hasta ahora (de cocimiento lento) sigue vendiéndose en todos los almacenes.

DE COCIMIENTO
RAPIDO

Quaker Oats

Se cuece en 2½ minutos—aunque puede cocerse más



Mi amigo thiago aipoburen, indio

Por

Folco Testena

THIAGO quiere decir Santiago. Lo que quiere decir Aipoburen no lo sé, ni lo sabe tampoco el sabio indio que lleva este apellido, que tiene algo de griego y algo de vasco. El nombre se lo impusieron los padres salesianos, el día en que le cristianaron; el apellido, en cambio, le viene desde muy lejos, tal vez de algún rey de la floresta, domeñador de algún tramo del Matto brasileño, antes de la llegada de portugueses y holandeses.

Thiago Aipoburen es salvaje de nacimiento y persona civilizada por educación; pero de tarde en tarde, a pesar de su voluntad, en él el salvaje se sobrepone al hombre civilizado; entonces el bosque le atrae, y desaparece, se queda una temporadita en el interior del Matto, boga en la canoa que él mismo talló en el tronco de un árbol, gozando de la soledad de los ríos misteriosos; come pescado crudo o frutas del bosque, lucha con serpientes y animales feroces, usa las flechas de su carcaj improvisado, se casa — sin casarse — con una que otra mujer repudiada por su esposo y por su tribu, o viuda que no ha resistido al estado de viuda sin fin. Luego Thiago Aipoburen vuelve a la toldería de Barreiro, pide perdón a los padres de la misión, cumple resignado la penitencia que le dan y recobra su autoridad moral entre los indios, que lo consideran, muy justamente, hombre de excepcional valía.

Thiago Aipoburen tiene una historia.

INTELIGENTE como todos los niños de la indiada, desde chiquillo conquistó la simpatía de los padres. Lo aprendía todo rápidamente, lo discutía todo; manso, de buen corazón, parecía hecho adrede para ser apóstol de la fe cristiana.

Poco a poco lo consideraron como un hermano. El catecúmeno de la infancia, el neófito de los años mozos, prometía ser el perfecto misionero del mañana. Hablaba y escribía correctamente el portugués y el italiano; entendía a las mil maravillas las matemáticas; era maestro de música y tocaba a la perfección unos cuantos instrumentos. Carácter leal, hacía algún reparo en materia de fe, pero sin alejarse de la doctrina.

Cuando los misioneros le hubieron enseñado todas las materias equivalentes a los cursos secundarios — y él sabía cuanto y más que un bachiller, — quisieron que conociese el mundo. Lo llevaron a Cuyabá, y fué para él lo mismo que si viese Nueva York; lo llevaron a San Pablo y luego a Río de Janeiro. En un principio, el muchacho quería enfermarse de asombro; pero en seguida sus facultades raciocinantes despertaban, y se daba cuenta cabal de todos los milagros de la civilización. Era, sin duda alguna, un individuo de excepción.

Lo llevaron a Italia, para que cursara la Universidad Eclesiástica y tomara los hábitos de la orden. En Tuírn primero, en Roma después, Thiago Aipoburen fué objeto de la general admiración, y en muchas oportunidades tuvo que improvisar discursos, naturalmente en idioma italiano.

Hombre de bien, católico fervoroso, dijo sin ambages que no podía ser cura, pues no estaba seguro de poder cumplir a conciencia con todas las obligaciones del sacerdote. Respetaron sus es-

crúpulos. Thiago retornó a su tierra, a Barreiro; y fué algo así como un salesiano laico, más abnegado, más esclavo de la disciplina, si es posible, que los mismos misioneros.

Un día desapareció.

Los padres salesianos lloraron mucho. Sin imaginar siquiera lo que pudo haber pasado, creyeron en alguna muerte traicionera: tal vez a manos de algún receloso de la autoridad moral de Thiago; o de algún idólatra fanático que consideraba a Thiago traidor de la religión de los bororós. Con el tiempo el recuerdo de Thiago Aipoburen fué borrándose. La vida continúa su ritmo cuando faltan los hombres, por más grandes y bienhechores que hayan sido; y nadie es indispensable.

A los tres meses, más o menos, Thiago reapareció. Desnudo, como los de su tribu, que no habían oído la palabra de los padres, con un aro de metal colgando del labio inferior, con la epidermis labrada por tatuajes extravagantes.

Los bororós convertidos, los de las tolderías surgidas con los años alrededor del convento, lo recibieron con estruendosas manifestaciones de regocijo. Con los padres no pasó lo mismo. Asombro, reconvenciones, arrepentimientos, penitencia, perdón; Thiago Aipoburen volvió a cubrir su desnudez, quitóse el aro, empezó de nuevo su tarea de labrador, de maestro, de jefe de la banda musical, de consejero, de juez de paz; volvió a ser, como antes, la autoridad civil de la comunidad de los indios convertidos al Cristianismo. Pero al año y medio volvió a desaparecer. Y desde entonces no se cuentan las veces que desapareció, para luego arrepentirse y volver a vivir la vida ejemplar del hombre activo y justo, del creyente sincero y culto.

Por qué lo hace?

—¿Usted no sueña nunca?

—Sí, alguna vez. ¿Qué tiene que ver eso?

—Bueno, es como la añoranza de una vida vivida en sueño. Yo no conocía la vida de la floresta. Cuando me ampararon los padres, yo era un chiquillo. Tampoco conocí nunca la religión de los indios. Ya hombre, me parecieron despreciables los dioses de mi raza; los dioses buenos me hacían sonreír, como nos sonreímos de las ilusiones de los nenes que esperan a los Reyes con sus dádivas; los dioses malos, los demonios en que creen y temen los bororós, me inspiraban asco, lo mismo que todas las supersticiones de la idolatría.

Sin embargo, una voz me decía que la vida verdadera es la del Matto, la del monte, la de la floresta, la de los caminos encontrados al acaso, la de las sorpresas en el medio del bosque. Yo hacía callar la voz aquella, rezando. De haberme quedado aquí en la misión, no habría pasado nada; yo hubiera vencido la tentación del bosque, como las mil tentaciones que el demonio nos ofrece, agudizando nuestros deseos y exasperando nuestros sentidos.

Hicieron mal en llevarme a Europa. Aunque los padres no me dejasen nunca solo, vi y oí muchas cosas, muchas pequeñas cosas: gestos, palabras, reticencias perturbadoras. No quise más ser cura: no pude. En Turín, en Roma, en Lisboa, lo mismo que en Río de Janeiro y San Pablo, tuve la sensación de que los hombres fuesen más idólatras que mis indios, más esclavos de sus superticiones, más alejados de la fe y de la religión. Una cosa me llenó de espanto: el suicidio. Todos los días los diarios relataban casos de muerte voluntaria; mis indios no se suicidan nunca; los más pobres, los más desdichados, los que ya no pueden ni cazar, ni pelear, aguardan resignados a que Dios los llame. Fué en Europa donde yo sentí que mi sangre hervía añorando el peligro, la lucha, la libertad frente a la vida, la facultad de hacer o no hacer una cosa, buena o mala, por la cual asumimos nuestra responsabilidad frente a Dios y afirmamos nuestro libre albedrío. En todo esto influye mucho el demonio, que despierta y agranda nuestra vanidad y nuestro orgullo; yo lo sé y hago lo que puedo para sustraerme al embrujo.

Pero, al volver aquí, no pude resistir a la llamada del Matto. Me fuí de tardecita. Entré en el bosque. Nunca había trepado a una planta. Para vencer la amargura de mi corazón, para acallar las voces interiores que me reprochaban la traición que les hacía a los padres y el abandono en que dejaba a mi tribu, de la que era el consejero y el apaciguador, quise trepar a un árbol, ilusionándome de que allá arriba, aislado de la tierra, me olvidaría de todo, hasta de mí mismo. No sin asombro me di cuenta de mi agilidad trepadora. Era indio. Los primeros arreboles me encontraron llorando y rezando. Estaba decidido a volver a la misión, a confesárselo todo a mi padre espiritual.

En cambio, al bajar de la planta, ya no pensé más en nada que pudiese hablarme de mi pasado; fué como si alguien pasara una esponja en mi memoria y borrara de ella los veinte años de vida que tenía vividos.

Marché muchos días, hasta encontrar otro río. En la cima de un collado conocí a la mujer por primera vez. Era una viuda, que encontré llorando sobre la fosa de su marido. Mi hábito, en el bosque, se había hecho jirones. La mujer me sacó lo que quedaba, y yo pude verme desnudo, sin experimentar pudor ni vergüenza. Nos descubrieron. La viuda que conoce a otro hombre peca y tiene que morir, para que la venganza de los dioses no caiga sobre la tribu. Huimos. Tuve que enfrentarme con alimañas ponzoñosas, construirme una canoa, y pelear con los que nos perseguían; por fin, dimos en una tribu desconocida y nos aceptaron; y viví la vida de todos.

Luego, una noche... Mi compañera pescaba a la lumbre de la luna; yo dormía. Me despertó un grito agudo. Acudí. Una "sucurí" había mordido a mi compañera. Acudieron otros. Nadie pudo hacer nada. La pobre hinchóse poco a poco y se murió entre gemidos de dolor. Dijo una vieja: "Esta mujer estaba en pecado." Entonces tiraron el cuerpo al río. Cuando estuve solo, lloré. El llanto fué como un baño de embrujo. Volví a acordarme de mi pasado, de mi vida anterior, de mi religión.

Guiándome por las estrellas, me encaminé hacia Barreiro. En mí ya no quedaba nada del salvaje de los últimos meses de mi vida. Fuí otra vez el hombre civilizado, el cristiano, pecador como todos, pero con sinceros deseos de vivir en la ley del Dios verdadero.

Pero hay veces en que la voz de la floresta apaga todas las voces de mi conciencia; y entonces me vuelvo salvaje.

Nos habíamos acercado al convento. Thiago Aipoburen me preguntó:

—¿Quiere que haga tocar por los muchachos el "Himno al Sol", de Mascagni?

Folco Testena

DIBUJO DE LUNA Y SIMÓN

El bien-te-veo y la comadreja

EL zorro, muy ocupado en cazar perdices, iba deslizándose en un surco, tan despacio y con tanto disimulo, que ni un terrón se movía a su paso. Pero por bien que se confundiese con el color del suelo el color de su pelaje, el bien-te-veo desde su nido lo vió y no pudo contener las ganas de hacerlo saber a todos.

—¡Bien te veo, bien te veo! — gritó a voz en cuello.

El zorro se paró y renegando a media voz:

—¡Imbécil — dijo, — que se quiere hacer el vivo!

Y se arrasó en una depresión del terreno, esperando que pasase la tormenta.

Mientras tanto, una comadreja overa había oído los gritos del bien-te-veo, fijándose inmediatamente en el sitio de donde salían.

El bien-te-veo dejó el nido y se vino a reír del zorro.

—¡Bien te veo, y bien te veo, y bien te veo!

Y la comadreja, haciéndose la zonza, le preguntó con aire inocente a quién gritaba así. El pájaro le enseñó al zorro escondido; pero la comadreja se hacía la ciega y buscaba al zorro sin quererlo ver, persiguiendo a preguntas al bien-te-veo, pidiéndole que se lo señalase mejor; y el bien-te-veo se lo enseñaba, entreteniéndose en burlarse de la comadreja, tan corta de vista o tan tonta, decía.

Hasta que se acordó de los pichones que había dejado abandonados en el nido, y volvió allá con su vuelo de relámpago amarillo, en tres enviones de armoniosas curvas.

No encontró ya a los pichones; se los había llevado la compañera de la comadreja overa, temible trepadora de árboles, mientras su consorte la entretenía con mil preguntas.

¡Pobre del zonzo que se quiere hacer el vivo, en vez de cuidarse del vivo que se está haciendo el zonzo!

LA PERDIZ Y LA GAVIOTA

LA gaviota, un día se burlaba de la perdiz, de su traje color de tierra, de su timidez absurda, y parangonándose con ella, hacía valer a gritos su hermoso traje blanco y su vuelo audaz, acabando por decir que de veras, en este mundo, había gente que para bien poco servía. Hasta que la perdiz, a pesar de su genio pacífico, le contestó, medio enfadada, que menos aun servía cierta otra, pura pluma y puro pico.

G O D O F R E D O   D A I R E A U X

El anciano y la lluvia

Y la lluvia batiendo su compás comienza de nuevo, fuerte, calmada, violenta, bulliciosa, alternativamente, acompañando con sus tonos dulcísimos las vibraciones de dos corazones henchidos de amor y de zozobra.

La lluvia lenta y suave canta en tono menor sus tiernas declaraciones, formula esperanzas, prodiga consuelos y adormece los cuerpos con sus secretas voces misteriosas.

La lluvia furiosa, torrencial, vertiginosa, relata batallas, catástrofes, aparta la esperanza, despedaza el corazón y hace brotar en los ojos esferas de cristal que balanceándose en las pestañas parece que vacilan antes de soltarse para regar la tierra maldita.

En el patio del convento crecen los árboles sobre las tumbas de los religiosos y la lluvia que cae revuelve el olor a sepulcro de la tierra abandonada.

La mente del padre, huida de su cerebro, vaga por no sé dónde, mientras él, sordo de puro viejo, no oye los salmos que canta el agua desplomándose de los campanarios y azotando los claustros.

Las pasiones han abandonado su corazón, los años han secado su cuerpo, han obscurecido sus sentidos y lo han arrojado ahí sobre esa silla, para que vegete en vida sin más instigador que el tañido de la campana que extremece su cerebro, habituado a conmoverse a hora dada por la costumbre cotidiana que lo obliga a cumplir sus deberes maquinales.

¡Dulce vejez sin dolores y sin enfermedades, premio de la vida austera, tú que marchitas los sentimientos y despojas de aguijones el corazón del hombre, ¿por qué no dejas siquiera los oídos abiertos para escuchar la lluvia que dice tantas dulzuras al desfalleciente y al moribundo?

Y mientras el viejo duerme su vida, en la ausencia de todos los excitantes de los sentidos, abandonado de sí mismo en su celda helada, la lluvia saltando sobre los tejados, apurada por las calles, chorreando por las rendijas, mandando su agua por los albañales o formando arco iris en los horizontes, refresca, anima y vigoriza la naturaleza, o enferma y destruye los gérmenes de la existencia humana.

Y mientras el viejo reposa sus órganos faltos de acción en su silla fósil, la lluvia, deslizándose por los muros grises, serpentea lentamente por las hendiduras, buscando su tumba al pie del edificio, o chocando con los obstáculos, produce con sus gotas desarticuladas un sonido de péndula que convida a morir.

La lluvia redobla en las bóvedas; en la iglesia desierta resuena la voz del religioso que dice sus rezos con murmullos nasales, teniendo la soledad por testigo; las naves están frías, el piso yerto, los altares extáticos.

EDUARDO WILDE



Defiéndase

con

PECTORAL FUCUS

El arma mas eficaz para combatir rapidamente

TOS CATARRO RESFRIO

$ 3.– el frasco — **En las farmacias.**

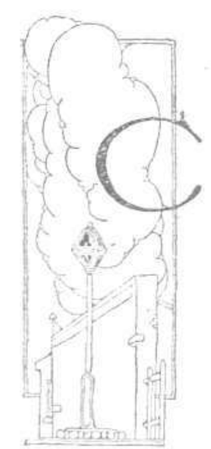
GRATIS

Su Farmacéutico le obsequiará con un frasquito de INHALANTE FUCUS, al comprar el Pectoral Fucus. Siga las instrucciones y comprobará que es un gran desinfectante de las vias respiratorias.



PUEBLO

Por B. GONZALEZ ARRILI



La casa

Cuatro piezas grandes, las paredes coloreadas con dos manos de cal, el techo con las vigas y alfajías al aire. Cada cuarto tiene una puerta al corredor y una ventana a la calle. Las puertas, de esas cuya llave es un adorno inútil y que para asegurarlas hay que estaquearlas, clavándoles los cuatro pasadores que la herrumbre endurece y hace chillar. Las ventanas, con reja, clásicas, con bisagras, pasadores y cerrojos de hierro trabajado a martillo. No las hay más viejas en nuestros museos.

La casa tiene, además, un corredor, ancho, bueno para el sol y para el agua, como un poncho. Y un patio cuadrado, de piso enladrillado. En el centro, como es tan grande, lo achica y hermosea un paraíso. Sigue, después, un jardín, sin jardinero. A un lado, la cocina y demás Al otro lado, la bomba de agua, para hacer ejercicio cuando hay que llenar el tanque. Una bomba que chilla en dos tonos diversos, según suba o baje el brazo que arranca de su izquierda. A la derecha abrígala de los vientos una vieja pared cuyos ladrillos se destripan con una lentitud de años.

Más allá — treinta metros, — bajo dos sauces llorones — árbol bellamente holgazán — una tranquerita que cierra el potrero del fondo y el de al lado, donde entre yuyos — bisnaga, abrojo chico, cardos floridos — cinco perales ofrecen buena cosecha para dentro de unos meses, si es que alguna vez alcanzan a madurar estas peritas insignificantes y empedernidas...

Pero el fondo de la casa no tiene interés más que para los caballos y las gallinas. Lo lindo está en la calle, que, como corre de este a oeste, el sol raja durante catorce horas cada jornada, con una terquedad que ya quisieran todos los "solariums" del mundo...

La calle

De tierra, la huella y cincuenta centímetros a cada lado. Lo demás, el verde de los yuyos chaparros que se pegan al suelo con una mezquindad de humanos. La huella no serpentea, como dicen todos los escritores de relatos camperos que viven en la ciudad. Frente a casa, la huella pasa recta, como los hombres políticos de un futuro remoto.

Un solo lado tiene vereda: el lado de la casa. Vereda de ladrillos, rojinegra, con unos dibujitos verdosos en las junturas. Al caminar por esta vereda, los pies aprenden a usar de su memoria. La tercera vez que las humanas plantas pisan un ladrillo desnivelado más de la cuenta, o se encuentran con la ausencia de un cuarto de ladrillo, ya saben que hay que esquivar el inconveniente. Los pies, así, pierden sus costumbres urbanas — asfalto, mosaicos, tablas enceradas — y al ruralizarse se dan un baño de naturaleza que les hace mucho bien. Los pies que aprenden a caminar por veredas de ladrillo y por huellas de fuertes relieves de barro duro, adquieren una segunda educación de utilidad indudable. Y cuando aprenden a caminar por el barro, y a conocer la "edad del barro" — barro de la mañana, barro del día, barro de tres días, barro de una semana — ya quedan convertidos en pies verdaderamente humanos...

Un solo lado de la calle tiene vereda, y edificios a trechos. La vereda de enfrente no existe. Es ésa una de las más encantadoras virtudes de esta calle con nombre de santo y de batalla. La vereda de enfrente ha sido siempre la hostilidad. Acéptanse como verdaderos vecinos los que habitan a los lados, los que tienen casas cuyos muros se dan de codos con los muros nuestros. Los vecinos que habitan enfrente, calle por medio, enfrentan su presencia con un dejo de agriedad que no les permite ser verdaderamente amigos. La vereda de enfrente es, permanentemente, el inconveniente que no se salva, el vigilante y el espía. Aquí no hay vereda de enfrente. Está, apenas diseñado, para más adelante, el lugar que ocupará. Su rectitud futura se advierte en el irse de los postes y de los cinco hilos de alambre de púas con que el propietario defiende de los animales vagacaminos su buena hectárea de alfalfa. Una alfalfa que ha sido cortada dos semanas atrás y ya está otra vez crecida a punto de poder ocultar, entre su verde parejo, unas pavas que andan por ahí luciendo la desgarbada cría del mes pasado. Una alfalfa que encanta los ojos y hace pensar en el placer animal de echarse en ella.

A la cuadra, después de esta mancha de verdor, otro verde más obscuro se alza en árboles ocultando una casita blanca con sus ventanas como ojos que restregaran también sus pupilas en el verde del alfalfar. Paraísos de copas rechonchas, sauces esquineros como mojones llorosos porque señalan el fin de una propiedad maravillosamente sencilla y alegre, pinos derechos, tres pinos iguales, clavados a distancias parejas, crecidos con una exactitud fraternal. Tres pinos gentiles, que olvidó cantar Darío cuando habló de los pinos de Francia y de todos los pinos de por ahí que aristocratizan su especie en las colecciones de tarjetas postales editadas por los países que rebuscan por el mundo el fastidio de los "turistas" para que escurran su mal humor hipocondríaco por los más bellos paisajes.

La calle viene del este y se marcha hacia el oeste, como el Sol. Es derecha y sencilla. De tierra. De una mansedumbre humana. Se camina bien por ella. A caballo, se ablanda, muelle bajo los cascos. Para autos no sirve mucho. Se presta a ello, pero levanta un polvo excesivo. Es, como se ve, una calle un poco anticuada. Derecha, sencilla, limpia.

B. González Arrili

El orador verboso

ESE orador verboso, pero estéril, de todos tan conocido, es el tipo del "defensivo" superior; mezcla curiosa de tintorero astigmate, por la abundancia de colores chillones que maneja; de pirotécnico, por el ruido inútil que produce; de cómico, por el gesto abusivo; la "pose" sugeridora, el ademán del atleta y del augur, confundidos fraternalmente, con que sugiere la sensación de plenitud en el vacío. Nadie, como él, más feliz cuando despliega sus trapos abundantes de serpentina, dominando la atención de la simplicidad de espíritu, con aquella verbosidad venturosa que pone láminas a su inútil facundia. Es el espíritu más consumado de la prestidigitación psicológica, el mentiroso emotivo por excelencia. Su charla no es jamás vehículo de ideas, o si a veces existe alguna, lo que parece bien raro, es sólo en un estado tal de dilución, que no sería posible pescarla en aquel mar de papelitos de todos colores.

Algunos, más alados que otros, suelen en ocasiones suspenderse un poco arriba de la tierra; porque con la maravillosa inflexión de la voz y algunas otras raras cualidades puramente externas, o encantan el oído o sorprenden la sensibilidad tocándola con mansedumbre. Por ese medio acaban por dominar el corrillo, desterrar el aburrimiento de la expectativa y conquistar el privilegio de la atención en los cerebros dóciles al engaño. Su habilidad protectiva está principalmente en detenerse cuando ya asoma dentro de su incoercible verborrea la vaga silueta de aquel delicioso "macaneador", cuyo espíritu, tan ingenuamente expansivo, vela siempre experto dentro del alma del orador.

Hay que reconocer, con todo, que tiene la facultad de hacerse oír siempre en los más graves problemas, por la audacia en el abordaje, la felicidad envidiable en la cita y aquella rara habilidad con que pone al servicio de todas las inteligencias la chispeante vulgarización de las arduas cuestiones.

Todo lo allana su incierto y débil raciocinio; la verbosidad, que alternativamente tiene algo de la ducha y de la lluvia menuda, simula la total destrucción de las dificultades; todos los problemas hallan una solución fácil que al fin no se encuentra, pero cuya sensación falaz sugiere con su mímica de convención, solemne o alegre, según los casos, y con su flor flexible con reminiscencias de la lira y del cascabel.

JOSE Mª RAMOS MEJIA

La *Nueva*

PISTOLA AUTOMATICA

Colt Super-38.

Especificaciones:

Capacidad del cargador: 9 cartuchos.
Largo del cañón: 127 m/m. (5").
Largo total: 216 m/m. (8 y ½").
Peso: 1100 gramos.
Acabado: Empavonado. Mango de nogal cuadriculado. Gatillo cuadriculado. Mango curvo.

¿Qué adelanto más lógico podían haber realizado los ingenieros de la casa Colt que el de haber producido una pistola calibre 38, con todas las ventajas de este poderoso cartucho, y con líneas, rasgos y mecanismo iguales a los de la famosa Colt 45, Modelo Gobierno? Todas las ventajas sobresalientes de esta arma de fama mundial las tiene la Nueva Super 38; todas sus cualidades de seguridad; la curva del mango, que hace que la empuñadura sea más firme y más segura; su exactitud a toda prueba; su infalible eficacia. Habiendo heredado tales cualidades no es de maravillarse que la Nueva Colt Super-38 sobresalga como el arma de campo más popular de cuantas se han producido hasta hoy.



BALISTICA

Peso de la bala: 130 gramos.
Velocidad inicial: 362 metros por segundo.
Penetración: 12 tablas de madera de pino, de 327 milímetros de espesor.

COLT

COLT'S PATENT FIRE ARMS MFG. Co.
Hartford, Connecticut, E. U. de N. A.

RECUERDE: Su mano está más firme con una COLT.

Las aventuras

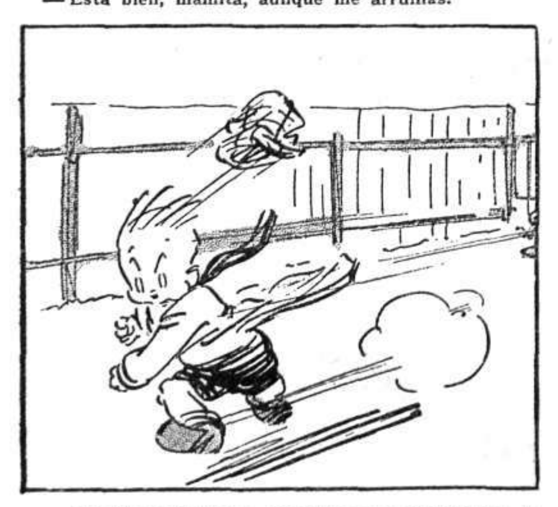
Por PERCY



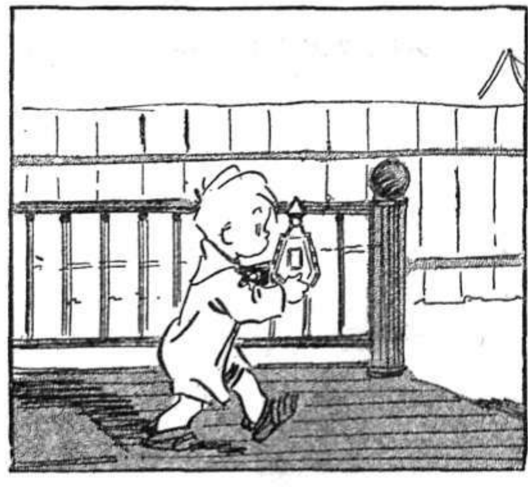
—Ya te he dicho, Chingolo, que no quiero que juegues con él. Tiene un olor feroz.
—Está bien, mamita, aunque me arruinás.



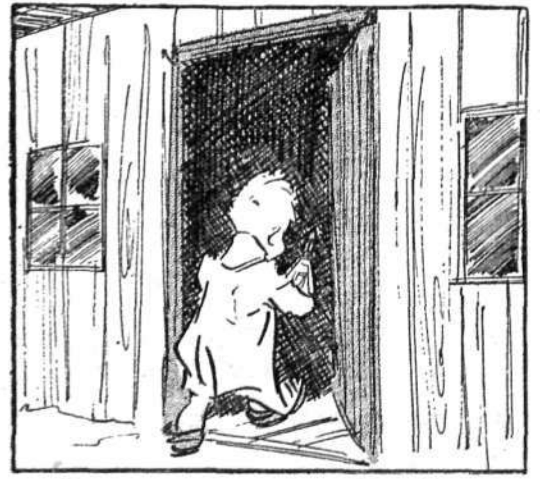
—¡Qué cosa bárbara! Es muy fácil ser madre: con decir a todo *no*, ya está del otro lado.



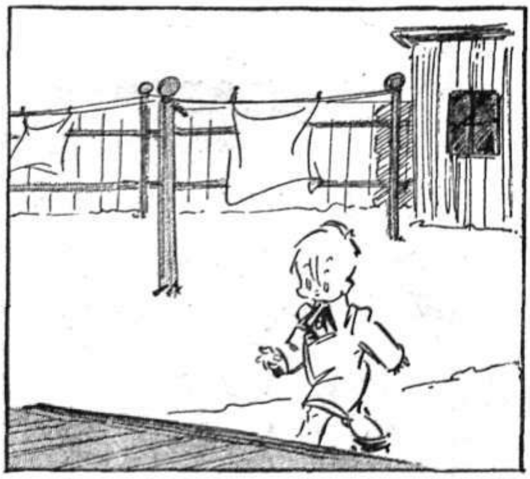
—¡Zambomba! Tengo una idea para hacer que la vieja diga *sí* en vez de *no*.



—Artículo primero: un frasco de perfume... y del mejor...



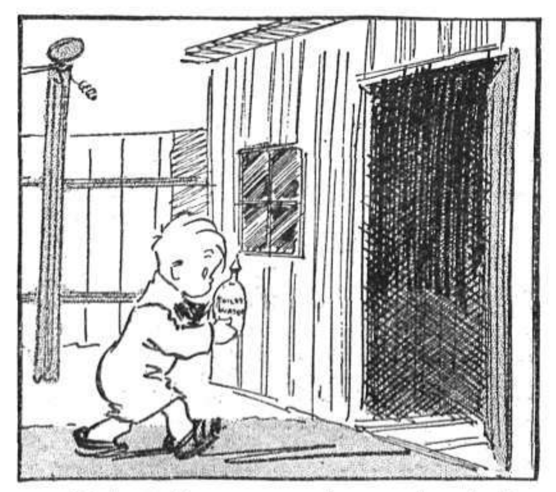
—No te vayas a asustar, compañero. Esto no es un purgante ni es para lavarse los dientes...



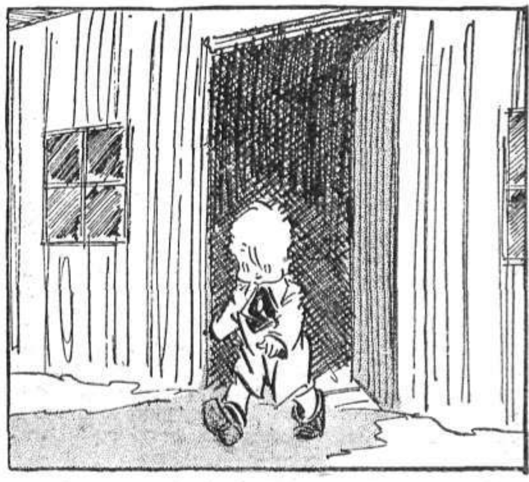
—¡Macanudo! El tipo quedó conforme. ¡También! Había que oírme el discurso que le fajé...

de Chingolo

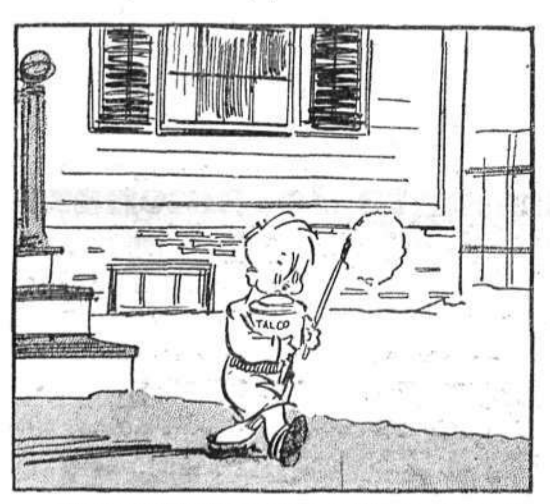
CROSBY



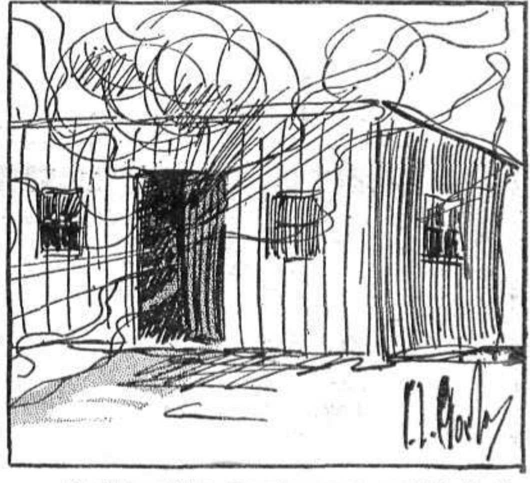
—Estaba escrito que con un frasco no bastaba. Vamos a ensayar este otro, que es más fuerte.



—Bueno... Ahora sí: el perfume dominguero de la gaita fué contundente. ¡No podía fallar! ¡También, hay que ver cómo es la gaita!



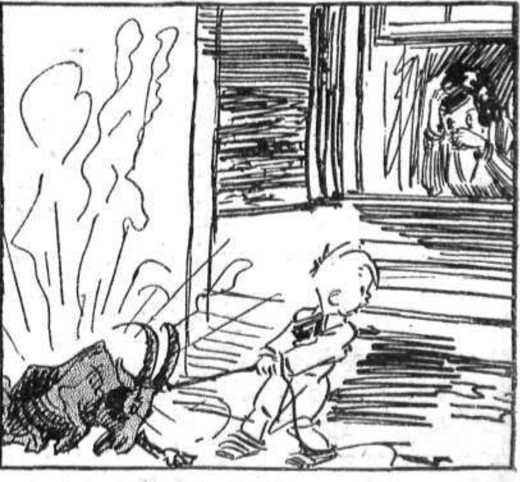
—Estoy metido en un asunto peligroso, porque ¿si al tipo le diera por perfumarme? ¿Qué le contestaría yo?



—¡Quedate quieto, que estamos ya en el final! ¡So, quieto, he dicho!... Ni tu mama te va a conocer...



—¡Tira p'alante, Ramón! ¡Qué tipo porfiado! No parecés amigo mío...



—Mamita, aquí te traigo al señor chivo. Ahora está como nuevo. ¿Puedo jugar adentro con él?

El sarandí de Belgrano

EN el pueblo y departamento de la Candelaria, territorio de Misiones, fundado el año 1665 en la época de los jesuítas, se encuentra un árbol secular que tradicionalmente se le conoce por "el árbol de Belgrano".

El ilustre prócer, a raíz de proclamada la revolución de Mayo, el año 1810, fué investido con el mando de un ejército compuesto de ochocientos hombres, con el objeto de llevar la bandera redentora hacia la provincia del Paraguay. Antes de efectuar el pasaje del caudaloso río Paraná, estableció su cuartel general en la Candelaria, y al pie de un hermoso sarandí hizo atar su caballo y plantar su tienda de campaña, a fines de diciembre, para resguardarse de los fuertes soles de la estación. Por allí se decidió a vadear el río, y mientras exploraba el territorio enemigo y hacía construir botes de cuero y balsas de madera del bosque, para efectuar el pasaje, permaneció acampado en el sitio mencionado por espacio de quince días.

De este ejemplar no poseemos fotografía, pero se han reunido los siguientes antecedentes por el señor Alcoba, quien se expresa así, de acuerdo con un pedido de datos sobre el árbol formulado por el presidente de la Sociedad Forestal Argentina, doctor Felipe Senillosa: Que de las averiguaciones practicadas entre los más antiguos moradores del lugar, resulta que los vecinos le asignan al árbol más de un siglo y repiten la conocida circunstancia de que el general don Manuel Belgrano ató a él su corcel.

En cuanto al nombre de la planta es "Repruchtia Salicifolia N." o Sarandí amarillo. Este árbol tiene su tronco bastante carcomido y ha sido muy maltratado por las podas que le han hecho en otros tiempos, dejándolo sin ramas, pero ahora los retoños han formado una nueva ramazón que sale de la parte superior del tronco.

Es sabido que el general Belgrano fué un propagandista entusiasta del árbol sobre el cual escribió en los periódicos de la época, y siendo secretario del Consulado de Comercio hizo introducir el lino, el cáñamo y otras plantas y publicó una memoria que lleva por título "Medios generales de fomentar la agricultura, animar la industria, proteger el comercio en un país agricultor", el año de 1796. Propuso también que se fundara una escuela práctica de agricultura y que se dictara un curso de la materia y el notable consejo de que se poblaran de bosques nuestras dilatadas pampas.

Muchos de sus proyectos y consejos fueron convertidos en realidades, pero su actuación de economista es poco conocida por ser uno de los campeones de la libertad de su patria.

ENRIQUE UDAONDO

Para las personas de edad, Malta Palermo es un valioso factor de bienestar...

Hay ancianos cuyo organismo sobrelleva el peso de los años con admirable airosidad, sin experimentar mayormente los achaques propios de la vejez. En muchos casos el secreto estriba en una alimentación adecuada; y es por ello tan importante la influencia de la Malta Palermo en esas circunstancias, pues unas copas diarias de esta excelente bebida, facilitan la digestión y asimilación, aparte de reconfortar al organismo por sus estimables virtudes tónicas.

CERVECERIA PALERMO S. A.
Buenos Aires.

EXITUS



Los españoles

Yo, como la inmensa mayoría de los viajeros que han residido en la Península, creo encontrar algunas propiedades inmanentes en los españoles. No hablemos de los extremadamente cultos ni de los extremadamente ignorantes, sino del pueblo, de ese pueblo cuya entidad conocemos sin poderla definir.

Los españoles son francos, leales, altivos, generosos, alegres y hospitalarios. Tienen por consiguiente los defectos equilibrados de estas cualidades; nadie posee una cualidad en su justa medida, y en la falta o en el exceso está el defecto correspondiente; nadie es perfecto ni aun en un detalle.

La franqueza española a veces se convierte en descortesía, la lealtad en imposición, la altivez en desdén, la generosidad en imperio, la alegría en falta de respeto y la hospitalidad en exigencia.

Pero aun esto mismo es más bien aparente que real. Un español no se deshará en cortesías, pero le prestará el servicio que usted le pida, si puede, con toda buena voluntad y sin hacérselo valer; se comprometerá con usted en cualquier sentido, pero usted deberá guardarse muy bien de manifestar o dejar traslucir la menor duda acerca de la lealtad del compromiso; exigirá ser tratado como él cree merecerlo, y si usted no lo trata así aun cuando deba adivinarlo, el español, igual a usted, en su conciencia y a otro mejor que usted, sentirá erguirse su altivez; le ofrecerá un cigarro o un vaso de vino, quizá sin conocerlo, y como se lo ofrece con la intención formal de dárselo, si usted lo rehusa, él se ofende, se lastima o se enfada; llevado de su buen humor, su conversación será jaranista, y quedará desconcertado si usted no responde en el mismo tono; lo hospedará en su casa, pero si usted intenta corresponder a esta hospitalidad pagándola en dinero, sus avances serán mal recibidos, si bien cualquier demostración que no tenga ese significado será debidamente estimada.

Estos caracteres, predominantes aun entre la gente pobre, vanse perdiendo o debilitando a lo menos, no tanto por las necesidades de la vida, cuanto por el roce con el egoísmo extranjero. La franqueza, la hospitalidad y la confianza de este pueblo ha sido en mil ocasiones pagada por los viajeros con la más amarga e injusta censura y a veces con la denigración y el insulto.

Yo entré en España creyendo que todo era allí malo, y no he tenido el menor contratiempo ni el más leve desagrado; he sido obsequiado y atendido cordial y generosamente y no se me ha presentado una sola vez la ocasión de extrañar comodidad alguna de cuantas procura la vida civilizada.

E D U A R D O W I L D E

BRONQUIALINA DE RUXELL

REGENERADOR DE LOS PULMONES



Su salvación es debida a la BRONQUIALINA DE RUXELL.

En todos los casos

de enfermedades en las vías respiratorias la BRONQUIALINA DE RUXELL (elixir o pastillas) constituye el medicamento más eficaz y rápido para su curación definitiva.

La BRONQUIALINA DE RUXELL no adormece la tos, sino la combate. Donde otras preparaciones han fracasado, la BRONQUIALINA DE RUXELL se impondrá y si aquélla no cura, debe acudir inmediatamente a un especialista, porque el caso requiere un tratamiento especial.

La BRONQUIALINA DE RUXELL es un medicamento que desde muchos años sigue siendo recetada, en todo el mundo, por los Especialistas en las vías respiratorias y su acción eficaz e inmediata ha sido certificada por las más grandes celebridades médicas.

NO PERMITA QUE LA TOS LO VENZA, COMBATALA DESDE UN PRINCIPIO Y EVITARA SERIAS CONSECUENCIAS

La BRONQUIALINA DE RUXELL puede suministrarse a niños de pecho ancianos y débiles. Su acción es completamente inofensiva.

PIDA HOY MISMO A SU FARMACEUTICO

Bronquialina

(ELIXIR O PASTILLAS) **RUXELL**

¡ES SU SALVACION!

Unico Depósito: INSTITUTO BIOQUIMICO MODELO S. A.
(Antiguos Laboratorios Biológicos Gárgamo)
1645 - Perú - 1655 Buenos Aires

Ya en los días de la Independencia las damas porteñas sobresalían por su elegancia y distinción

ME he divertido muchas veces contemplando la pequeña procesión de una familia, compuesta de la madre, de la hija y de una criada, de camino a misa. Un paso adelante marchaba sola la muchacha, puesta de veinticinco alfileres, como si quisiera demostrar que la vereda estaba embaldosada con un material tan frágil que sufría por el peso de su delicado y primoroso pie, inclinada la cabeza como en actitud de devoción, mientras escudriñaba maliciosamente con la traviesa mirada, que deslizaba por debajo de los sedosos flecos que ocultaban sus ojos negros y chispeantes. Después, siguiendo su huella, venía la madre, con la cabeza y el cuerpo erguido, y el paso picado de su melindrosa afectación echaba a perder su dignidad; marchaba detrás para poder tener una observación más libre y general de lo que pasaba y una superintendencia más directa de la actitud y del porte de su hija, y cualquiera infracción a las severas reglas, que aquella suponía incorrectas, era de seguro que la corregía allí mismo y se volvía después, cuando regresaban de nuevo a la casa, objeto de un grave sermón. A la cola seguía la criada, que llevaba plegada al brazo la limpia alfombra, lujosamente bordada, y así marchaba el trío, tranquilamente "a la fila", sin otro movimiento que los pequeños y cortos pasos que se adaptaban a las necesidades de la locomoción, hasta que llegaba a la iglesia. Allí la criada desplegaba la alfombra sobre el piso, y la madre y la hija arrodillábanse encima, una al lado de la otra, para rezar, y la sirvienta se hincaba detrás.

(J. ANTONIO KING)

LOS vestidos comunes de las damas eran de seda liviana y algodón fino, con profusión de puntillas que más bien exhibían que ocultaban el contorno del pecho. Ni sombreros ni adornos aprisionaban su larga y flotante cabellera. A la pollera, que muy pocas veces pasaba de la rodilla, se le agregaban vuelos de puntillas que casi nunca ocultaban a la vista ni la franja dorada de sus ligas adornadas. En sus tertulias usaban unas polleras de tafetán de diversos colores, ricamente ornamentadas con franjas o puntillas doradas, las cuales, aun cuando llegaban hasta los pies, estaban calculadas para que dejaran ver y ocultaran, a intervalos, la forma de la pierna, ceñida por media de seda, también bordada en oro. Los pies los llevaban ocultos en unas zapatillas de seda bordada o brocado de oro, con hebillas de diamantes y tacos muy altos, que algunas veces eran de plata maciza. El busto estaba completamente ceñido en una especie de saco de rico terciopelo, muy ajustado, que se ataba o abotonaba por delante, y terminaba en un gran número de puntas adornadas con perlas, que caían sobre la pollera. Una capa de gasa o de algodón muy ligera, que llegaba dasta el suelo, y que algunas veces se ajustaba a un costado con un broche de pedrería, caía sobre sus hombros que, de no ser por ella, se ofrecerían completamente descubiertos. La exuberancia del busto iba cubierta solamente por los innumerables dijes, alhajas, gargantillas y cruces. El principal de estos adornos lo formaba siempre una gran placa de oro de forma ovalada o redonda, en el pecho, de la cual salían unas cintas anchas que pasaban sobre los hombros, descendían por bajo los brazos y formaban una especie de cíngulo en la cintura. El adorno de la cabeza consistía, bien en un pañuelillo de gasa dorada, con cordoncillos de diamantes, o bien unas cadenitas de oro entrelazadas por el renegrido pelo, que completaban el vestido de las damas de calidad.

(E. E. VIDAL)

LOS vestidos de recepción de las damas son de muchísimo gusto, y creo que las modas francesas son preferidas. En los bailes y reuniones públicas se adornan con los artículos más finos que Inglaterra, Francia o el "oriente fastuoso" produzcan. Hay en Buenos Aires sastres ingleses y franceses, modistas y tiendas que siguen de cerca las mejores modas europeas; y no hay duda que es ciudad mucho más adelantada que la vieja España en lo tocante a moda y progreso moderno; las maneras de los habitantes se asemejan más a las de los de las dos grandes capitales, Londres y París.

(SAMUEL HAIG)

EN tiempo de don Juan Manuel de Rosas no se consentían gorras, por ser moda antiamericana. Las señoras, pues, se veían obligadas a lucir sus bellas cabelleras, si bien a costa de usar el distintivo federal — un enorme moño punzó, al lado izquierdo de la cabeza. El vestido blanco se usaba mucho antiguamente; el traje para la iglesia era siempre negro; a ninguna se le ocurría presentarse en el templo de color.

(JOSE ANTONIO WILDE)



Siempre tuvo fama de bella y elegante la mujer argentina. Lo evidencian las nutridas páginas a ellas dedicadas por los más prestigiosos cronistas de antaño. Esta característica suya, por otra parte, no escapó a la observación de los viajeros extranjeros que, en los primeros tiempos de nuestra vida independiente, nos visitaron y escribieron interesantes reseñas que, hoy más que nunca, conviene exhumar.



Reglamento de estancias

AYUDANTES, RECORREDORES Y CAPATACES

Lo primero que debe hacer a su llegada a una estancia todo ayudante recorredor es ver en persona el estado de las haciendas bajo todo respecto; si ellas están cuidadas y ordenadas bajo las formas que saben tengo prevenidas y que, sin embargo, ahora se detallarán, para su más exacto cumplimiento, cuidando escrupulosamente de no fiarse de lo que le digan ni de lo que oiga a los capataces, pues él, en persona, debe verlo todo con sus ojos y desengañarse a su entera satisfacción.

Los capataces de las daciendas deben ser madrugadores y no dormilones; un capataz que no sea madrugador no sirve por esta razón. Es preciso observar si madrugan y si cumplen con mis encargos. Deben levantarse en verano, otoño y primavera un poco antes de venir el día, para tener tiempo de despertar a su gente, hacer ensillar a todos y luego tomar su mate y estar listos para salir al campo al aclarar.

En invierno deben levantarse mucho antes del día, pero no saldrán al campo hasta que aclare bien. En cuanto aclare ya deben salir. Si hay niebla no saldrán hasta que se quite, y en el acto de irse quitando ya saldrán. En tanto no se quite la niebla los entretendrán a los peones en lo que haya que hacer en las casas, si es que hay, y si no, les harán repasar las huascas y defectos que tengan los recados.

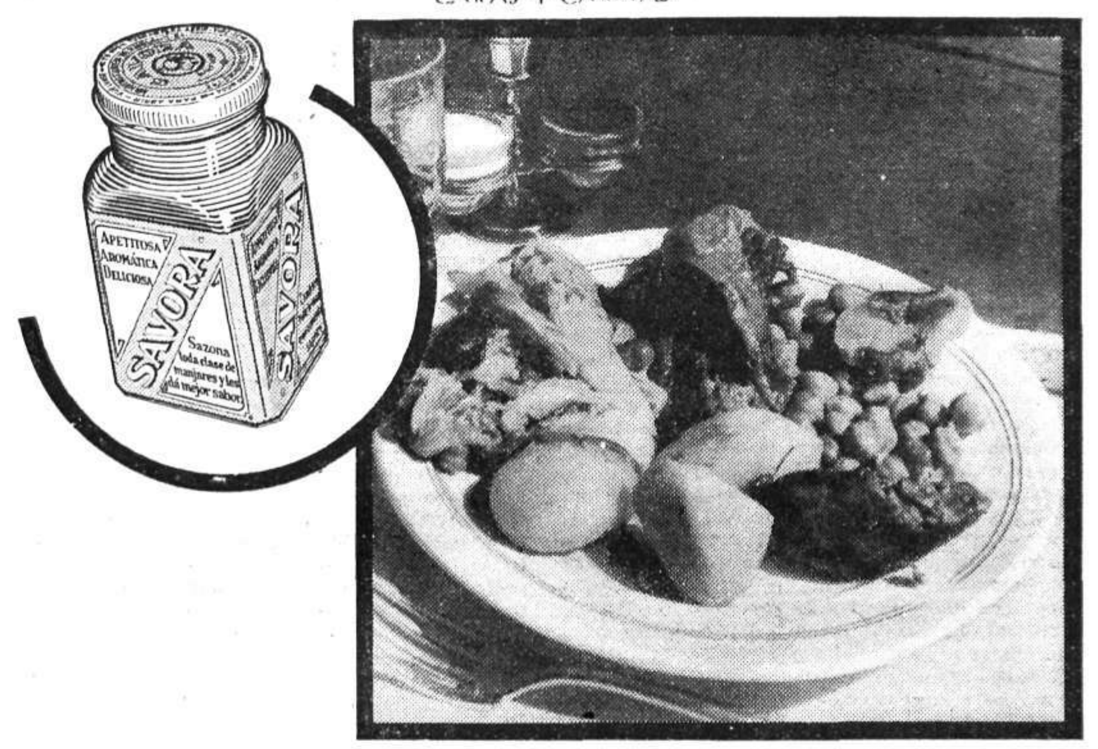
Los capataces deben llevar cuenta de los días que falten en cada mes los peones, para descontarles al tiempo del pagamento.

Los ayudantes, para ver si se ha cumplido cuanto contienen estas intrucciones y verlo por sus mismos ojos, deben emplear los días que se necesiten, y no venirse antes, a no ser que lleven tiempo limitado; pero no siendo así, de ningún modo se vendrán sin haber acabado de revisarlo todo hasta llenar lo más mínimo.

SEÑALES DE HACIENDAS VACUNAS Y LANARES

Son tan importantes que es por demás decirlo. Al efecto, debe cuidarse de que no haya animales sin señales, a no ser que se pase por cuenta del tiempo por ser estación de gusanera; pero cuando esta plaga no lo impida, las haciendas deben estar señaladas. Los terneros se señalarán cortándoles la oreja del lado de enlazar a la mitad, y volteándoles la del lado de montar. La volteada de la oreja debe ser con mucho cuidado, a fin de que no quede pendiente de poco, porque en quedando, después se cortan al rascarse los animales. Las campanillas se dejan para echarlos al quemarlos. Debe llevárseme tarja de todo lo que se señale, aparte de las hembras; esto es en cuanto a los terneros, que en cuanto a los corderos todo irá en un cuerpo o en una sola tarja.

JUAN MANUEL DE ROSAS



pruebe hoy el puchero con SAVORA ... y su paladar, deleitado por un gusto tan fino, bien pronto encontrará otros platos que se pueden realzar con ella. Pídala hoy a su almacenero . . .

SAVORA

enriquece el gusto de los platos caseros

ATLANTIS Ltda. — Avda. de Mayo, 1370 — Buenos Aires.

¡GRATIS! *Mándenos hoy este cupón y recibirá por correo certificado, un frasquito de* SAVORA *y 6 interesantes recetas.*

NOMBRE ________________ DIRECCION ________________ C. C. 067 - 5 - 21

Belgrano y Tristán

POR la tarde de ese mismo día, nuestros soldados fraternizaban en la tabernas con los vencidos, y hubiera llegado a mucho más su cordialidad si las circunstancias no hubiesen obligado a tomar algunas precauciones. Quien más perdía con esta intimidad era la causa real; pues es fuera de duda que los sentimientos patrióticos y las ideas de independencia penetraban en los americanos del ejército español, y que en unos cuantos días más, el contagio hubiera sido general. Quizá por esto se apresuró Tristán a sacar sus tropas cuanto antes, para tomar el camino del Perú. Desde el día siguiente empezaron a salir, y antes de tres días ya no había uno en Salta, fuera de los heridos, y de Tristán, que permaneció unos cuantos días más.

El general Belgrano había conocido a Tristán en Europa, y acaso había cultivado con él relaciones amistosas; casi puedo asegurar que se tuteaban. Fuera de esto, quiso el primero abundar en pruebas de confianza, y he aquí lo que he presenciado: A los dos o tres días se celebró en la Catedral una misa y tedéum en acción de gracias por nuestra victoria. La función fué deslucida, porque una gran parte del clero estaba ausente, y todas las cosas, aun las de la iglesia, se habían resentido del trastorno universal. Esto no impidió que asistiese el general Belgrano y que lo acompañásemos muchos oficiales. Lo que se acabó la misa, salió el general, y lo seguíamos pensando dejarlo en su casa; mas con sorpresa nuestra, y sin detener el paso acelerado que siempre llevaba, al pasar por la casa de Tristán, se entró en ella, sin decirnos una palabra. La comitiva se dividió, yéndose los más a sus casas, y siguiéndolo otros, para no dejarlo solo; yo fuí de los últimos. Como no se había hecho anunciar, nadie lo esperaba, y encontró la sala sola. Es regular que le hubiese hecho otras visitas, pues conocía muy bien la casa, así es que, sin detenerse, atravesó la sala y entró en otra pieza, que supongo era el escritorio, o acaso el dormitorio de Tristán. Oímos hablar algunas palabras, y saliendo inmediatamente éste a la sala, llamó a su mayordomo para encargarle hiciese traer una taza de caldo y una botella de vino generoso. Después supimos allí mismo que nuestro general se había sentido algo indispuesto y había querido tomar un confortante. Entonces pensé, y pienso hasta ahora, que fué un pretexto para dar confianza a Tristán. En cuanto a los que habíamos hecho hasta allí parte de la comitiva nos aburrimos y nos retiramos, quedando solamente los ayudantes; de consiguiente, ignoro cuánto duró la visita.

Nuestras pérdidas en la acción de Salta no fueron grandes, y, sin embargo, fueron mayores que en la acción de Tucumán. Murió un capitán Pardo, y un teniente Cabral, si no me engaño.

JOSE M. PAZ

CASA GIL - B. de Irigoyen, 430 BUENOS AIRES

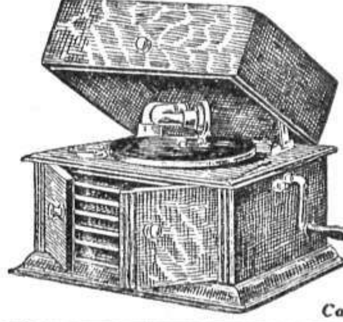
OFERTAS ESPECIALES POR TODO EL MES DE MAYO



Esta hermosa portátil. Modelo exclusivo de esta casa. Con **12 piezas y 200 púas.**

$ 49.50

Para flete postal, $ 3.15



Aparato de mesa. Terminado en roble macizo. Máquina y diafragma de primer orden. **Con 12 piezas y 200 púas, a**

$ 40.—

A doble cuerda, 2 tambores, $ 46.-

Para flete postal $ 3.20

Catálogos Gratis.

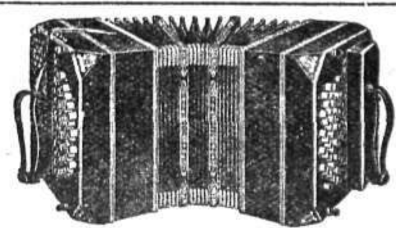
SIN PRECEDENTES



Valija "RECLAME" modelo 5021 —El "Record" del año. Forrada en imit. cuero, formato grande, m. de 37 × 29½ × 19 centímetros. Buen motor a cuerda de 20 × 65 m/m., brazo niquelado y membrana muy sonora. Sobre porta-discos. Aspecto y presentación de lujo. Con dos piezas y 200 púas, a

$ 20.—

Para flete postal, $ 2.55



BANDONEON alemán de 71 teclas, 142 voces acero, caja enchapada en jacarandá como el modelo, con estuche, método para aprender sin maestro y banquito para los pies, de la afamada marca TIPICO, a. . . . . $ **100.—**

Otras marcas, a. . . . . $ 95.—

PARA FLETE POSTAL, $ 3.15

¡OJO!

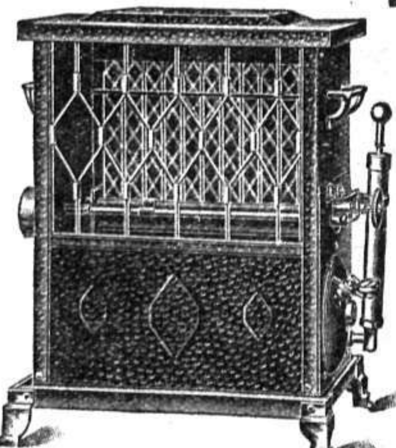
20 ESTUFAS ELECTRICAS

con un gasto de $ 5.— por hora

REEMPLAZADAS POR UNA

"KRONDIAMANT"

que sólo gasta 5 centavos por hora dando ésta más calor que las 20!



Las maravillosas estufas "KRONDIAMANT" (fabricación alemana), son las únicas que funcionan a BASE DE KEROSENE o nafta y presión de aire.

¡Sin mecha, y, por lo tanto, absolutamente sin olor! La característica de esta estufa es el gran calor que desarrolla, y el hermoso efecto de su incandescencia. Manejo muy fácil, porque no tiene tantas llaves como es el caso en sus similares.

El nuevo tipo "KRONDIAMANT" fué la sensación más grande de la última feria de Lipsia (Alemania), y no ha sido superado por ninguna de las demás similares expuestas.

Miles de estas estufas funcionan a entera satisfacción de mis clientes.

Hay varios modelos de $ 45.— hasta $ 115.—

Pida prospectos a su único introductor:

Ingeniero JUAN SCHMALLAND

CHACABUCO, 388-390 — Buenos Aires.

Como asimismo de las maravillosas y conocidas lámparas y linternas marca "AIDA" y de los nuevos envases y heladeras para hielo seco, producto del porvenir.

Escuche mis avisos por Radio Buenos Aires L. R. 7 en los días pares, de 11.30 a 12, y días impares, de 19.15 a 19.45.



La musa de Adán Quiroga

Por César Carrizo

ADÁN Quiroga, poeta... ¿Quién es Adán Quiroga? — preguntarán las jóvenes "tropas líricas", y por cierto los muchachos de la nueva sensibilidad.

En verdad, el bardo catamarqueño, que además fuera jurisconsulto, historiador, arqueólogo, etnólogo y, sobre todo, poeta, ha sido olvidado, o mejor dicho, relegado a segundo plano por las nuevas generaciones.

Las composiciones líricas y épicas del aedo catamarqueño no figuran en las antologías. Tampoco en los libros de lectura que se destinan a nuestros institutos de enseñanza. ¿Por qué? Precisamente por esa precipitación y por esa falta de concepto de los valores con que se hacen muchas antologías. En estos menesteres de acopio y selección están de por medio, más de una vez, la prisa, la poca información y la simpatía o antipatía de círculo.

Y conste que de Adán Quiroga, desaparecido hace apenas una veintena de años, se han ocupado, estudiando su personalidad, hombres como Mitre, Samuel Lafone Quevedo, Emilio Castelar, Ricardo Palma, Rafael Obligado, Enrique E. Rivarola, Guido y Spano, Joaquín V. González, Angel de Estrada, hijo, Estanislao S. Zeballos, Juan de la Cruz Puig y varios otros.

Hoy, que es tan difícil encontrar fuego lírico, sangre del alma en los versos que andan el camino y no lo desandan, porque se van al vacío; hoy que la poesía épica duerme en viejos arcones de oxidados cerrojos y bajo siete llaves, porque lo industrial y mecánico de la vida ha menguado en el mundo la emoción mística y la propensión heroica, ¿por qué no hemos de dedicar una glosa a Adán Quiroga, que, con todo su añejo estilo, sus recursos ingenuos y sus ímpetus, es un poeta de verdad? Ciertamente, uno de esos poetas que no miden ni esconden su espíritu. Poeta por instinto, por mandato de quién sabe qué vieja herencia; poeta de emoción innumerable, de vena caudalosa.

Enamorado de su terruño; de la poesía triste y de la leyenda heroica de las razas abolidas; de las costumbres, del paisaje, de las cosas buenas y malas de su pueblo, Adán Quiroga cambia, sin embargo, a veces su manta de vicuña por la clámide griega o la lacticlavia romana. Entonces su musa — porque éste es un poeta que tiene musa — se aleja de Catamarca, vuela más allá de la patria y de estos tiempos. Y en un viaje retrospectivo gusta pasearse por entre las colinas del Lacio o bajo los plátanos de Atenas.

Hasta que, transido de nostalgia, vuelve a su terrón nativo, se adentra en el alma de su raza, se empapa en el contenido moral de nuestra historia. Es aquí donde el poeta se encuentra a sí mismo, y logra darnos las notas tónicas de su personalidad.

Si poeta épico en su famoso "Canto al Ejército de los Andes", es también un poeta colorista si evoca las danzas, las costumbres de su pueblo, y poeta elegíaco, de endechas y ayes, cuando vuelca sus cuitas, el rocío y la sangre de sus heridas íntimas, en la estrofa romántica. Entonces uno cree que en él se han hecho carne y temperamento las palabras de Garcilaso: "No me podrán quitar el dolorido sentir..."

Aun se cantan sus versos al ritmo de la guitarra en la noche calma, perfumada de violetas y junquillos si es invierno; de diamelas y jazmines, si es verano, allá, junto a la reja, bajo el plenilunio de provincia. He aquí una serenata desolada:

Yo soy un eco que hora tras hora
nace en las ruinas de la pasión;
yo soy un ave que triste llora,
cuando en la aurora
sonríe el sol.

Vago en el mundo, como el Errante,
sin saber cómo, ni a dónde voy;
marcho al impulso del pecho amante,
voy, como el Dante,
de una alma en pos.

Busco el infierno, después el cielo;
las rojas llamas, la suave luz;
de mundo en mundo, de vuelo en vuelo,
vaya mi anhelo
donde vas tú...

Ahora leamos este soneto donde magistralmente pinta la danza de la cueca. En catorce versos nos dice lo que otros en largos capítulos:

Un olor de albahacas llena la estancia;
en contrapunto lidian coplas de amores,
y loca muchachuela, ramo de flores,
se para frente al mozo, con arrogancia.

El bravo guitarrero su tinto escancia,
y hace volar su letra, que da rubores,
y pañuelito al aire los amadores,
y cimbreos de talle con elegancia.

Y "pasa al otro lado" — flor de la loma,
que de asolearte tanto te has vuelto seca,
y has perdido, queriendo, todo tu aroma;

Y dé vuelta la moza como una rueca,
y "¡barato!" — y chispee picante broma,
que una cueca se muere sin otra cueca.

¿Y "Calchaquina"? Es una composición maestra, hecha con ritmo de vidalita. Digna de Teócrito por el aire pastoril que la acaricia, y de Anacreonte por el soplo báquico que la anima. Tomamos al azar estas estrofas:

Corre por los capilares
del racimo
tornasol
la sangre de los lagares:
¡alégrate, corazón!

Muñequean los maizales,
y en el rancho
ya se habló
de humitas y de tamales,
hasta la puesta del Sol.

Las tuscas brindan aromas,
y ya el corpus
floreció
en los tarcos de las lomas:
¡alégrate, corazón!

Pero Adán Quiroga no tan sólo ha dejado endechas, sonetos, elegías, evocaciones griegas y romanas, madrigales y vidalitas, sino que ha forjado y cincelado en bronce y oro un gran poema de gesta donde canta al Ejército de los Andes.

Comparado con "El nido de cóndores", de Andrade, y con "Los héroes", de Leopoldo Lugones — si posible fuera la comparación, — no diremos que es más ni menos hermoso, sino que es más humano, menos alegórico, está más al alcance de nuestros ojos y de nuestro corazón. Por su acento, por la savia que circula en el verso, por las imágenes tomadas de la vida y de la historia, por las almas y las cosas que asumen vida poética en el canto, sin perder su realidad tangible, este poema se ve, se lo palpa con las manos.

San Martín prepara en Mendoza sus huestes para cruzar los Andes. Va a superar las hazañas de Aníbal y Napoleón. Su campamento del Plumerillo es un campo de Marte donde resopla la fragua, golpea el martillo sobre el yunque, suenan los batanes tejiendo los recios ponchos; cantan los hombres, henchidos de alegría épica, y relinchan los caballos de guerra pidiendo rienda.

A laborar a prisa, y sin sosiego,
en el callado invierno sin alarmas;
al fúsil hierro someter al fuego,
y convertirlo en vengadoras armas;
a no dar tregua en la ciudad patricia,
ni en el parque y taller del Plumerillo,
a la fragua, al batán, al yunque, al molde,
a la aguja, a la lezna y al martillo.
Y a maniobrar de sol a sol. Mendoza,
con pie seguro en sus movibles valles,
es un gran campamento; vivaquean
cambujos y libertos en sus calles;
los cholos de rebeldes alardean;
cantan contra su rey, y de las viñas
en odres beben los cuadrienios jugos,
y en las dulces miradas de los niñas
uncen de nuevo los odiados yugos...

Pero San Martín no podrá pasar los Andes sino cuando en su campamento estén los contingentes que ha pedido a las provincias. Y otra vez dejemos la palabra al poeta que nos pinta a los hombres que dejan sus lares para seguir al Gran Capitán:

Los de Salta y Jujuy bajan del Norte
montados en los briosos redomones
del gaucho Güemes, con airoso porte,
a un quejumbroso yaraví arreglando
el metro de la bélicas canciones.

—

A la mitad de su camino alcanzan
al tucumano, que con firme empeño
abandona su obraje en los laureles
y sus sulcos de caña; al santiagueño,
que no lleva otro avío que sus ojos,
atisbadores de la huyente abeja
que labra en troncos de simbol sus mieles.
Tras ellos van los criollos del Ambato,
gastando el lujo de sus ponchos rojos,
y encomendando, al clarear el día,
el multíplico semestral del hato,
la suerte de sus hijos a María.
Y luego sigue el perspicaz riojano,
que al tranco salva las llanuras secas,
al desamparo de su cielo glauco,
silbando gatos, tarareando cuecas
de las vendimias de su dulce Arauco.
Y el cordobés audaz, que en su tonada,
alardeadora de sus doctas luces,
se pinta con sus mañas de paisano,
viaja a la par del corredor puntano,
insigne en las batidas de avestruces.

He aquí uno de los pasajes más pintorescos, más humanos de este gran poema épico. Los salteños y jujeños, moldeados y adiestrados en la montonera de Güemes y Alvarez Prado; los tucumanos, que dejan sus cañadulzales; los santiagueños, de pupila zahorí; los catamarqueños, que

al partir encomiendan sus hijos y rebaños a la Virgen del Valle; los riojanos, que se van a pie; los cordobeses con su golpeada tonada, y los ágiles puntanos; todos han sido retratados por el poeta en una pincelada.

Mas el que escribe estas líneas es riojano, y no puede callar su admiración al ver cómo Adán Quiroga, en cinco endecasílabos, nos evoca al soldado anónimo que atraviesa los campos de a pie, bajo un cielo triste, sin preanuncios de lluvia. Y se va sin miedo, silbando gatos, tarareando cuecas; se va hacia la muerte, a incorporarse a la gran romería libertadora.

En cinco versos el aedo catamarqueño nos habla de los héroes humildes, de los paladines abuelos que no regresaron más, y que realizaron con San Martín la epopeya formidable de libertar medio continente.

Ha pasado un siglo. Y todavía allá van mis comprovincianos, estoicamente, "bajo el desamparo de su cielo glauco"; allá andan cantando, como quien olvida su drama íntimo. Y es sabido que sólo los pueblos predestinados para obra de belleza y heroísmo visten de armonía sus dolores y se juegan cantando en las pruebas duras de la vida.



César Carrizo

DIBUJOS DE CABALLÉ

Adán Quiroga, en suma, no merece ese olvido al que lo han condenado las nuevas modas literarias. Tampoco la sonrisa de los traviesos jóvenes poetas de esta hora caótica...

Cuando se haga la revisión de valores; cuando cada uno ocupe su verdadero pedestal — su pedestal bien tallado y bien plantado — y no el tablado del momento, entonces creemos que Adán Quiroga ha de tener un lugar, aunque más no sea un callado refugio, pleno de sedancia provinciana, en la república de las letras.

Ud. señora que usa faja...

¿Se siente cómoda con ella?... ¿Le hace el cuerpo que usted esperaba?... ¿Puede sentarse o ejecutar cualquier movimiento sin que la oprima y sofoque? ¿El precio pagado está de acuerdo con el servicio que le presta?



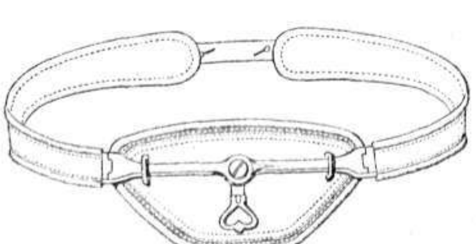
No exponga Ud. su estética, su salud y su dinero en fajas o corsés de dudoso corte y calidad, fiada solamente en su aparatosa exhibición o su bajo precio. Use un buen corsé o una buena faja que sea adecuada a su cuerpo que reúna todas las condiciones de comodidad, calidad y corte proporcionado; estas cualidades las reúnen en grado sumo las que confecciona la Casa Porta.

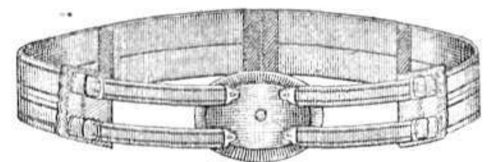
La Casa Porta posee el renglón más extenso y variado de modelos de corsés y fajas para satisfacer cualquier necesidad o exigencia, tanto si son para embellecer el cuerpo, sostenerlo, ajustarlo o bien para cualquier afección abdominal (riñón móvil, vientre caído, hernia, operados, etc.) y para maternidad.



Las fajas de la Casa Porta son conocidas desde muchos años en todo el país como un símbolo de calidad y perfección, pues son cortadas sobre medida mediante su sistema exclusivo de exacta adaptación anatómica y se confeccionan únicamente con materiales de superior calidad importados directamente, lo que explica su prolongada duración y sus precios tan moderados.

ENCARGUE USTED SU PROXIMA FAJA EN LA CASA PORTA





Fajas y soportes hipogástricos, cinturones umbilicales, bragueros, espalderas y todo artículo del ramo.

SOLICITE CATALOGO "F".

Antigua CASA PORTA

LA CASA DE LAS FAJAS DE CALIDAD A PRECIOS MODERADOS

Calle VICTORIA 755 (SIN SUCURSAL) Buenos Aires.

La imprenta

HASTA que se inventó el papel y la tinta, pasaron siglos, porque el hombre es más activo para destruir que para inventar. La manus-cripcion con tinta colmó las aspiraciones del género humano, que creyó que ya no se podía ir más adelante que dar, en una corteza de árbol, o pergamino, que este fué el mayor lujo de su época, un discurso escrito en caracteres que todos podían comprender, si sabían leer.

Cuando el hombre llegó a este apogeo de su saber en materia de trasmitir el pensamiento, se hizo levantar estatuas, en las que aparecía con el rollo manuscrito en la mano, rollo que indicaba que había pronunciado discursos que habían merecido el honor de ser fijados en un pergamino, tan largo cuanto había sido un discurso.

Allá por el año de 1436, un tal Guttenberg de Mayenza, un pobre hombre del codo a la mano, tuvo la ocurrencia de venir a proponer a un tal Juan Faust, platero, el establecimiento de un taller de tipografía, en donde se imprimió la Biblia llamada de las cuarenta y dos líneas; dos columnas "in folio" que costaron seis años de trabajo el imprimirlas.

Desde entonces, siendo como es tan fácil multiplicar ejemplares, todo el mundo se ha metido a imprimir y todo el mundo imprime que imprime, sin que haya ley ni rigor que ataje este gran mal, según unos, este gran bien, según otros.

Al principio, los reyes y los príncipes europeos protegieron con entusiasmo esta invención, y todos se apresuraron a tener en sus estados una imprenta; mas luego, los que no habían sido capaces de inventarla, se pusieron a reglamentarla, y a dar látigo duro y parejo a todo el que imprimía, como nuestros pedantes a todo el que se proponía aprender a leer.

Desde entonces acá ha habido millares de víctimas de esta diabólica invención, de la que tienen que servirse hasta los mismos que la abominan, porque tan malicioso es el Diablo, que hace que se escriba por la imprenta contra la imprenta misma, y que ésta sirva, como todas las demás cosas en manos de los hombres, para toda clase de exigencias.

La imprenta es, pues, el vehículo del pensamiento humano más expeditivo, más cómodo y más barato hasta ahora conocido. Es muy probable que con el tiempo sea considerada como un medio grosero de comunicación, así como el vapor de locomoción, y que se hable de ella como hablamos antes del "estilo", la "penca" y el "pergamino", y del vapor como hablamos de las carretas tiradas por bueyes.

Por medio de la imprenta, el cañoncito de la pluma de un escritor alcanza más que los cañones de grueso calibre, de que disponen los mayores potentados de la tierra.

JUAN ESPINOSA

DOLOR DE CINTURA, LUMBAGO,
REUMATISMO
¿Es Vd. Víctima de estos Males?



Si Vd. es víctima del reumatismo crónico, de terribles dolores de cintura, si está abatido, sin disposición para el trabajo o las distracciones, si duerme mal, es muy probable que los desórdenes de los riñones sean la causa de sus males. Los riñones sanos obran como filtros y purificadores de cada gota de sangre que recorre el cuerpo. Deben expulsar del organismo todo exceso de ácido úrico u otros venenos. Cuando fallan en sus funciones, sobrevienen los dolores y padecimientos.



Este grabado muestra el exceso de cristales de ácido úrico que se forman en la sangre. Cuando aquéllos se alojan en los músculos y coyunturas crean un estado de inflamación que causa los terribles dolores frecuentemente denominados reumatismo, lumbago, dolores de cintura y de las coyunturas.

Menudos y afilados cristales formados por ácido úrico son arrastrados por la circulación de la sangre hasta depositarse en diversas regiones del cuerpo, lacerando los nervios sensitivos. Esto provoca en consecuencia agudísimos dolores. Nótase el entorpecimiento de las coyunturas y rigidez de los músculos. Siendo así, el medio razonable para combatir sus males, es estimular los riñones para que desempeñen su misión natural de mantener la sangre libre de impurezas que causan dolores.

Su médico dará a Vd. su opinión sincera sobre el valor de las Píldoras De Witt para los Riñones y la Vejiga. Otros pacientes que han sufrido tanto como Vd., han hallado alivio a sus dolencias gracias a este tratamiento con cuarenta años de existencia.

Las Píldoras De Witt para los Riñones y la Vejiga, tomadas con regularidad, pueden dar término a estos trastornos, pues son elaboradas especialmente para desórdenes de los riñones y debilidad de la vejiga. La fórmula está impresa en cada caja con toda claridad. Tómese una píldora antes de cada comida y dos antes de acostarse.

GRATIS **— SUMINISTRO PARA ENSAYO DE PILDORAS DE WITT PARA LOS RIÑONES Y LA VEJIGA**

PILDORAS DE WITT
PARA LOS RIÑONES Y LA VEJIGA

Pueden ensayarse en casos de:

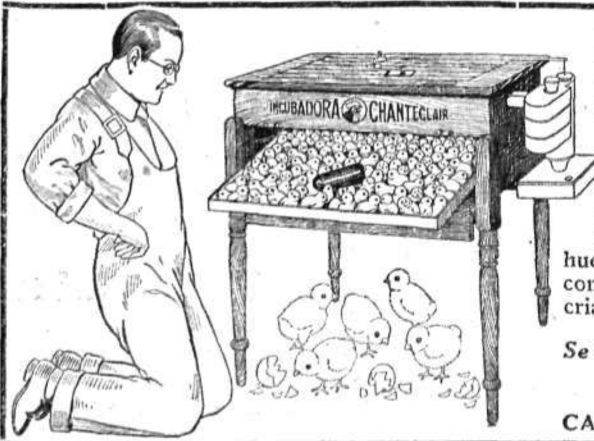
REUMATISMO, CIATICA, DOLOR DE CINTURA, LUMBAGO, DEBILIDAD DE LA VEJIGA, MOLESTIAS DE LOS RIÑONES, CISTITIS

y todas las enfermedades de los Riñones y la Vejiga

B. A. 13 SU MEDICO SABE CUAN BUENAS SON



Envíe el cupón en sobre abierto, estampilla 3 ctvs.



Qué Satisfacción Experimentará Vd.

SI EMPLEA LAS INCUBADORAS Y CRIADORAS "CHANTECLAIR"

son Industria ARGENTINA y fabricadas expresamente para nuestro clima. No atente contra la riqueza nacional comprando mercadería extranjera o inferior. Incubadora For - Ever para 200 huevos, $ 90. Aves, huevos para incubar, conejos y todo lo necesario para instalar un criadero productivo.

Se acuerdan créditos. Solicite Catálogo Nº 8

MANUEL ALONSO

CANGALLO, 731 - Buenos Aires

Weelwright, en 1860, ya pensaba en el ferrocarril trasandino

Una breve reseña sobre las actividades de este norteamericano ilustre cuya vida verdaderamente ejemplar estuvo consagrada al establecimiento de las primeras y más necesarias vías de comunicación marítimas y ferroviarias, del continente sudamericano.



WILLIAM Weelwright nació en Newbury-Port, pequeña ciudad marítima del estado de Massachussets, en los Estados Unidos de América, en 1798. Más feliz que Franklin, recibió educación en el Andove College, la más célebre escuela teológica de la Unión, a lo cual, tal vez, se debió que su vida no tuviera necesidad de ninguna fe de erratas.

Weelwright no inventó el pararrayos, como Franklin, pero aplicó e introdujo en Sud América las invenciones de sus compatriotas Fulton y Morey, que son más útiles que el primero, eclipsado por el seguro contra incendios, según dice Alberdi en una admirable biografía del gran civilizador. Dedicado a la marina a los doce años de edad, al cabo de diez años de navegación llegó a capitán mercante, adquiriendo gran conocimiento de los países del sur del continente.

Algo providencial influyó en la suerte de Weelwright, pues vino a naufragar en el Plata, en 1823, en los días de Rivadavia. Recibió en aquella circunstancia ayuda de los habitantes de la entonces mísera población de Quilmes, y quiso el destino que él mismo, cincuenta años después, fuera quien inauguraba el ferrocarril entre aquélla y la ciudad de Buenos Aires.

No permaneció, empero, en Buenos Aires. Pasó a Chile y actuó en las costas del Pacífico durante unos años, haciendo la navegación entre Valparaíso y Panamá. En este intervalo de tiempo realizó nuevos estudios de las necesidades y recursos de aquellos países, preparando sus futuras empresas. Llegó a fijar su residencia en Guayaquil, donde fué cónsul de su patria, y en 1829, regresando a Valparíso, estableció una línea de paquetes a vela entre ese puerto y Cobija, acreditándola bien pronto por la puntualidad, rapidez y seriedad de sus servicios. En esta época comenzaron realmente las actividades de Weelwright, pues fué el que organizó el servicio de aguas corrientes de Valparaíso e introdujo el alumbrado de gas en Copiapó. Lo mismo hizo en Valparaíso y El Callao, en cuyos puertos implantó los sistemas de boyas y balizas.

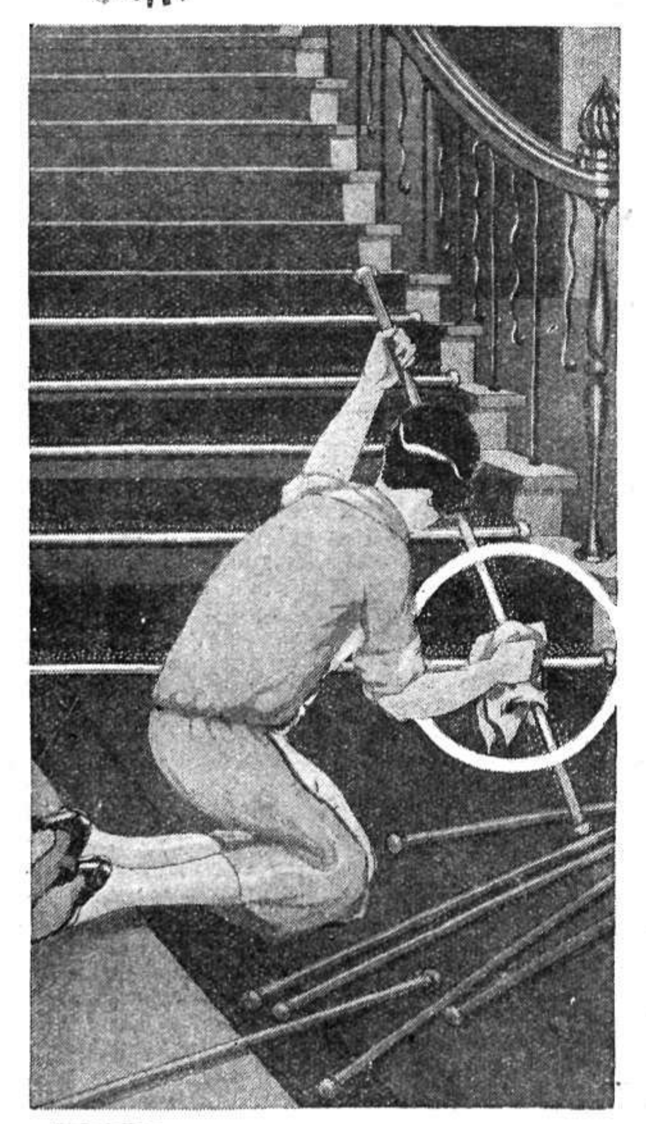
Conciente de los enormes recursos de Chile y las dificultades que para su desenvolvimiento significaba el alejamiento en que, por su situación geográfica, estaba de Europa, fué el primero en pensar en las posibilidades de establecer una línea de vapores entre este país y Panamá. Se le tildó de loco y más de un estadista se negó a recibirlo para escuchar sus descabellados proyectos. Empero, a fuerza de gestiones y dificultades mil, las concesiones de los diversos gobiernos de la costa del Pacífico fueron obtenidas y Weelwright se trasladó a Londres para obtener los capitales necesarios. Y triunfó, pues se formó la compañía, recibió las patentes del gobierno y en octubre de 1840, fecha memorable, atravesó con su flota de vapores mercantes el estrecho de Magallanes.

En 1855, se desprendió de sus compromisos con las empresas anteriores y se radicó en el que era su cuartel general: Valparaíso, comenzando a preparar su proyecto de ferrocarril entre esta ciudad y Santiago. El gobierno lo desechó por... fantástico; pero, a su creador, años más tarde, cúpole la satisfacción de constatar que el mismo gobierno de Chile era el que, con provecho para su querida ciudad de Valparaíso, lo llevaba a cabo.

Ligar al Pacífico con Europa fué siempre la idea capital de este hombre único en la historia del Continente. La vía del Panamá era más corta que la del Cabo y la de Magallanes más cómoda que la de Panamá. Pero había aún otra más corta, y era la del Plata. Desde entonces, todos los trabajos y gestiones de Weelwright en Chile y nuestro país fueron tendientes a la construcción de una línea trasandina entre Santiago de Chile y Mendoza.

WALTER OLDSON

Esto es lo que busca? un brillo así?...

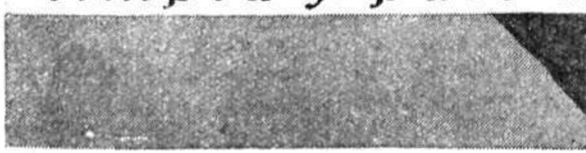


pues, el "elemento" para hacer relucir los bronces puede tenerlo por unas monedas... ¡pierda cuidado, señora!... esa "mucama" que Vd. obtiene por unas monedas le trabajará mucho... téngala en su hogar, es de confianza... llámela siempre Brasso.

Use Brasso, el pulidor científicamente elaborado, que elimina el esfuerzo. Además de su fama, Brasso tiene las tres condiciones modernas, indispensables para ser un buen pulidor: limpia rápido, cuesta poco y dura mucho. Su acción es notable, enérgica. "Busca" la suciedad incrustada en el bronce y la extrae dándole un brillo profundo, hermoso. Use Brasso: el "sistema" que más rinde.

Brasso

limpia y pule metales



Con Brasso, el bronce siempre brilla.



PAGINAS ARGENTINAS

El puma

(DEL LIBRO DE G. CH. MUSTERS "VIDA ENTRE LOS PATAGONES")

Los indios aseguran que el puma ataca a un hombre solo y a pie, y la verdad es que después llegó a mi conocimiento un caso de esos; pero cuando una persona se pierde o la sorprende la noche, lo único que tiene que hacer es encender fuego, al que esos animales nunca se acercan. Son más feroces en los primeros tiempos de la primavera o estación de cría, cuando, según he podido verlo, se les encuentra vagando por los campos agitadamente; entonces son también más delgados que en otra época, pero, como el caballo, salvaje, están por lo general bastante gordos en cualquier período del año. Las hembras que vi iban acompañadas a veces por dos cachorros, pero no más. La carne de puma se parece a la de chancho, y es buena para comer, aunque es mejor cocerla que asarla; pero más de un indio conocido mío no quería ni tocarla. La piel es útil para mandiles o para hacer mantas con ella; y, a causa de su naturaleza grasienta, se la puede ablandar con menos trabajo que la de guanaco. En Santa Cruz uno de los hombres tenía un par de pantalones hechos con piel de león, que usados con el pelo para afuera eran impermeables. Del corvejón y de la parte inferior de las patas pueden hacerse botas iguales a las que se fabrican con cuero de caballo y que usan corrientemente los indios y también los gauchos del Plata. Pero sólo se hacen cuando el puma es de gran tamaño, porque se gastan muy rápidamente. Matar a un puma con un fusil es una cuestión más bien difícil; porque, a menos que la bala le atraviese el cráneo o lo hiera en la región del corazón, ese animal tiene tantas vidas como su pariente el gato. Una vez le metí a uno tres balas de revólver, y al fin tuve que recurrir a las bolas como arma más eficaz. Cuando se les hiere se hacen muy feroces, pero en todo momento son malos parroquianos para los perros, a quienes magullan de una manera horrible. A los perros indios se les adiestra para que les ladren de lejos, manteniéndose fuera del alcance de sus zarpas; sin embargo, no es raro que el puma mate a alguno. La manera más sencilla tal vez de tomar al puma es enlazarlo, porque, en cuanto siente el nudo corredizo, se echa como muerto y entonces se le despacha fácilmente. Me llamaron particularmente la atención, como a todos los cazadores, sus ojos grandes y obscuros y de muy lindo brillo, pero dotados de una mirada feróz que no excita el menor sentimiento de compasión. Nunca olvidaré la expresión de los ojos de un puma, muy bien descripta por la observación que hizo uno de los indios al refrenar su caballo por temor de un asalto: "¡Miren qué ojos de diablo!"


Dos Razones de la Primacía de los Neumáticos Goodyear
1 La banda de rodamiento Goodyear da *tracción* superior. Los fuertes y gruesos diamantes de goma que se aferran a los caminos están colocados en el centro de la banda de rodamiento, donde más necesarios son. Presione con la palma de su mano esta banda de rodamiento y notará que los diamantes la pellizcan y se agarran a ella. De este modo tendrá una noción de su adherencia a los caminos.
2 El armazón Supertwist tiene *elasticidad* y larga vida superiores. Estando en continua flexión y recibiendo golpes en los caminos, cuando las cuerdas comunes ceden o se rompen, las Supertwist extra elásticas aún siguen estirándose y recobrando su forma. Pida al agente Goodyear que le demuestre en las máquinas testificadoras el estiramiento excepcional de las cuerdas Supertwist.
Goodyear es ahora una industria argentina. Su nueva fábrica en Hurlingham, FCP, fué inaugurada el 24 de enero del corriente año.
2-31-21
GOODYEAR

FIRMAS CHILENAS



PERDIDO EN EL FONDO DEL MAR

Por MARIO VERGARA

Especial para "Caras y Caretas"



QUEL día, muy de madrugada, se preparó todo para salir a la mar a hacer una última prueba de navegación submarina en el "H 3".

Llevábamos a bordo a Mr. Hood, el ingeniero de garantía que, en representación de la casa constructora, debia de presenciar las pruebas.

Era una de aquellas hermosas mañanas en que la mar, tersa como un cristal, refleja en sus ondas las nubes del cielo. El crucero "Chacabuco", buque madre de nuestra flotilla de submarinos, quedó fondeado en la rada de New London, y el humo de sus chimeneas subía al cielo en línea recta, acusando una absoluta calma en la atmósfera.

Llevábamos instrucciones de alejarnos de la costa para efectuar descensos hasta cuarenta pies de profundidad.

Una vez levada y trincada el ancla, el oficial de servicio recorrió la cubierta del submarino para cerciorarse de que todo estaba en perfecto orden. Se sacó de su sitio el asta con la bandera nacional y se procedió a cerrar las escotillas, quedando nosotros adentro sin más campo visible que el que nos ofrecía el periscopio.

Durante unos veinte minutos navegamos en estas condiciones a flor de agua. Una vez seguros de que a bordo todo iba bien, ordenamos al timonel hacer trabajar el timón de profundidad para bajar a diez pies de la superficie. Cuando la aguja marcó la profundidad deseada, mandamos mantener la profundidad indicada y así seguimos por más de media hora.

De pronto el timonel nos hizo observar que el buque seguía descendiendo lentamente. La aguja principiaba a marcar once pies y luego doce... Entonces ordenamos levantar el timón de profundidad para mantenernos a la altura ordenada. Pero, el timonel, al hacer trabajar el timón nos dijo: "Señor: el timón va muy pesado"...

El ingeniero Mr. Hood, que iba mirando la aguja del timón, nos dijo: "Hay que levantar más el timón"... Dimos la orden y el timonel levantó el timón hasta el máximo de su elevación. Por un momento el buque obedeció y levantó un poco la proa; pero muy pronto principió a descender nuevamente.

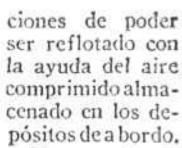
Cuando Mr. Hood vió que el buque con todo su timón levantado volvía a descender lentamente, perdió su control y nos dijo: "Es necesario soplar los estanques"...

Nosotros comprendimos inmediatamente la gravedad del accidente que se nos presentaba y nuestro primer impulso fué mantener la presencia de ánimo a fin de no relajar la disciplina de la tripulación.

En el departamento de comando íbamos sólo los dos oficiales, el timonel y Mr. Hood. El ingeniero iba en el compartimiento de máquinas con su gente y el resto del personal estaba en el compartimiento de proa, todos ignorantes del peligro que corríamos.

Había que tomar una resolución inmediata. El buque se notaba pesado porque los estanques de flotabilidad estaban inundados por una mayor cantidad de agua que la necesaria; seguramente se había malogrado una de las válvulas. Si soplábamos el estanque nos exponíamos a agotar nuestra provisión de aire comprimido sin saber si ella nos pondría a flote, pues si la vía de agua era grande, nos iríamos a pique irremediablemente. Por lo tanto, lo más urgente era conocer la calidad de la avería.

Mr. Hood principiaba a sentirse invadido por el pánico y nos inducía a



"soplar los estanques". Entonces le dijimos: "Usted, Mr. Hood, es pasajero en este momento y nada tiene que mandar; vamos a bajar al fondo del mar para buscar camarones"...

Y ordenamos al timonel ayudar al buque con el timón para descender lentamente al fondo del mar. Examinamos la carta y vimos que en aquella situación marcaba 60 pies de fondo.

La aguja a cada instante marcaba mayor fondo, hasta que, de pronto, sentimos que el buque se deslizaba lentamente sobre la arena. Entonces ordené parar las máquinas y llamé al ingeniero para estudiar la avería.

Cuidadosamente examinamos todos los compartimientos del buque hasta descubrir la avería: una válvula que no trabajaba de acuerdo con su mecanismo controlador.

Conocida la avería, calculamos el tiempo que demoraríamos en repararla y dimos aviso al "Chacabuco", por medio de nuestra campana submarina, de que estábamos en 60 pies de profundidad y que teníamos una avería que muy pronto dejaríamos reparada.

En el primer momento nuestro aviso produjo gran alarma en el crucero y por medio de las campanas submarinas se entabló una conversación en la cual el almirante nos pedía detalles de la avería. Nosotros contestamos que a bordo del submarino estábamos todos bien y que se repararía convenientemente el desperfecto de la válvula.

Con el revólver en el bolsillo y con una calma aparente capaz de engañar a cualquiera principiamos nuestra labor, después de tomar nuestro almuerzo y hacer que todos los tripulantes hicieran otro tanto.

Con gran precaución hubo que proceder a desarmar la válvula averiada. Se tomaron todas las medidas del caso para evitar una inundación del buque y con la ayuda de un cautín eléctrico y soldadura de estaño, se cegó completamente aquella válvula de admisión de agua, dejando el buque en condiciones de poder ser reflotado con la ayuda del aire comprimido almacenado en los depósitos de a bordo.

Una vez terminada la reparación de la avería procedimos a soplar lentamente los estanques, y con gran alegría vimos que la aguja del manómetro de profundidad principiaba a levantarse. Entonces mandamos poner en marcha las máquinas, poco a poco, y con la ayuda del timón de profundidades, fuimos ganando altura gradualmente.

A cada momento el manómetro nos acusaba mayor altura. Dentro del submarino no se sentía más ruido que el de los motores y el roce del agua que se deslizaba por el casco. De pronto en el cristal del periscopio brilló un rayo de luz... aquella luz fué aumentando gradualmente hasta que pudimos observar una ola que quebraba sobre el lente... después de varias olas sucesivas pudimos ensanchar nuestro horizonte y mirar la costa. Ya las olas chapoteaban en la torre de mando y la luz del atardecer nos entraba por los cristales de las claraboyas...

¡Estábamos salvados!... ¡Navegábamos a flor de agua!...

Una hora más tarde fondeábamos cerca del "Chacabuco" y recibíamos la visita del almirante y de todos nuestros compañeros que venían a felicitarnos por tan feliz escapada.

Fuimos muy festejados por esta maniobra que nos permitió salvar, para la patria un buque y para la armada una treintena de tripulantes.

Este accidente desgraciado, que en el fondo fué feliz, nos ha dejado una curiosa experiencia, una enseñanza magnífica: jamás hay que proceder a impulsos del pánico en un caso de avería; es necesario reflexionar siquiera un minuto y medir las consecuencias de lo que se va a hacer. Si aquel día hubiésemos principiado por soplar los estanques, hubiésemos agotado inútilmente todo nuestro aire comprimido y a estas horas estaríamos sepultados en el fondo del mar, frente a New London, en las costas de los Estados Unidos...

Mario Vergara

DIBUJOS DE PARFAGNOLI

Aquel hombre de negocios

HA sido sin embargo hombre como los demás. Tuvo pasiones y flaquezas que no fueron las del dinero. Soñó en su juventud con ser un literato de fama, un estadista notable, un militar prestigioso. La observación del mundo, los diferentes acontecimientos de que fué testigo, apagaron paulatinamente el fuego de sus deseos más nobles. Llegó a dudar de todo. Penetró en el fondo amargo de las cosas. Tocó y deshizo las apariencias para encontrarse desencantado con la falacia y la vaciedad. Su rabia y su desesperación le arrancaron un voto solemne. Juró vengarse de su desengaño infantil destrozando y repudiando todo cuanto le había seducido por su falso brillo, por sus formas mentirosas, e hizo el firme propósito de dirigirse directamente a la consecución de lo único real y positivo que sus ojos creyeron hallar y que bastaría en su concepto, ya que no a endulzar, por lo menos a hacer pasadera la vida, llevando con menos fatiga su pesada cruz. Se hizo hombre de negocios, buscador de oro, ardiente cortesano de la diosa fortuna, y encegueció para todo lo que no era su ideal fascinador y honda preocupación.

Este profundo cambio de su ser moral afectó su juicio y sus maneras. Su mirar tornóse duro e irónico, cuando no abiertamente desdeñoso y sarcástico. Su voz adquirió un timbre metálico, su ademán se hizo brusco, atrevido y hasta despótico. Los músculos de todo su cuerpo parecieron adquirir la dureza del acero, y sus pies, al andar, se asentaron en el suelo con fuerza, marcando distintamente las pisadas.

Ya no abandonó más la preocupación su frente contraída y sombría. Su risa ya no fué risa.

El tiempo fué para él una ganga apreciable cuyos intereses se propuso cobrar con usura. Desde entonces ama a los desengañados porque son su espejo. Admira la violencia con un sentimiento de crueldad que lo hace llorar de emoción. La fuerza bruta y desnuda, el hecho imponiéndose descarnado y frío, surgido de súbito o producido paulatinamente es su credo. El éxito es su culto. Ha perdido la noción del bien y del mal, o por lo menos gran parte de ella. No conoce sino la conveniencia o la inconveniencia. Las facultades de reflexión y conciencia han sido sustituídas completamente por la de observación. No produce; no crea. Imita. Una operación efectuada por un especulador de fama le merece completa fe en cuanto a su éxito, y si puede lo imita, comprando lo que él compró sin saber absolutamente por qué, vendiendo lo que él vendió con igual fundamento. Y así se hacen y así se han hecho fortunas colosales.

J U A N A. P I A G G I O

Cruzando la pampa en 1825

CUANDO crucé primero las pampas iba con un carruaje, y aunque acostumbrado a cabalgar toda mi vida, no podía seguir a los peones, y después de galopar cinco o seis horas, me veía obligado a entrar en el carruaje; pero después de andar montado tres o cuatro meses, y alimentándome de carne y agua, me encontré en un estado que sólo puedo describir diciendo que sentía que ningún esfuerzo me mataría. Aunque siempre llegaba completamente cansado de no poder hablar, pocas horas de sueño en el recado me reponían tanto, que, por una semana, podía diariamente andar a caballo desde antes de salir el Sol hasta dos o tres horas después de ponerse, y cansar efectivamente diez o doce caballos por día. Esto explicaría las distancias inmensas que se dice cabalgan los sudamericanos, y afirmo que pueden hacerse solamente con carne y agua.

Al principio el galope constante abomba la cabeza y, con frecuencia, he estado tan aturdido al desmontar, que apenas me tenía en pie; pero el organismo se acostumbra por grados y luego se convierte en la vida más deliciosa posible que se pueda disfrutar. Es deliciosa por su variedad y por la manera natural de reflexionar que fomenta; pues, en el gris matinal, cuando el aire está todavía helado y tónico, cuando los ganados parecen salvajes y amedrentados, y cuando la naturaleza entera tiene aspecto de juventud e inocencia, uno se permite aquellos sentimientos y meditaciones que, con razón o sin ella, es tan agradable acariciar; pero el calor diurno y la fatiga corporal traen a la mente la razón.

Cabalgando por las pampas con una constante sucesión de gauchos, solía observar que los muchachos y los viejos andan más rápido que los jóvenes. Los muchachos carecen de discernimiento, pero son tan livianos y atrevidos, que se deslizan por el campo muy ligeros. El gaucho anciano canoso es un buen jinete con gran juicio, y aunque su paso no es tan rápido como el del muchacho, sin embargo, por ser constante y uniforme, llega a la meta casi en igual tiempo. Cabalgando con un mocetón, encontraba su paso inevitablemente influenciado por sus pasiones, y el tema sobre que sucedía conversáramos; y cuando llegábamos a la posta, constantemente hallaba que, de un modo u otro, se había perdido tiempo.

El peligro mayor de viajar por las pampas son las constantes rodadas de caballo en las vizcacheras. Calculé que mi caballo, término medio, rodaba conmigo al galope una vez cada tres millas; y aunque por la blandura del suelo nunca me herí gravemente, sin embargo, antes de partir no se puede prescindir de sentir cuán desesperada situación sería quebrarse un miembro o dislocarse una coyuntura a tantos cientos de millas de cualquier clase de asistencia.

F. B. HEAD

LA CASA MENDEZ

ofrece en venta modelos maravillosos de receptores eléctricos PHILIPS que representan toda una garantía de perfección y duración. Todo lo que pueda interesar en un hogar: programas musicales, obras teatrales, narraciones, deportes, cotizaciones de los mercados, etc., podrá ser oído con nitidez perfecta.

PHILIPS Midget 2637.—Modelo de reciente construcción con altoparlante autodinámico y el único que usa válvulas pentodo . . . . $ 275

Midget 2639. — para corriente continua . . . . $ 285

con "pentodos"

4 años hace que PHILIPS equipa sus receptores con válvulas pentodos

creación PHILIPS

PHILIPS 09-07 para baterías • pilas. Especial para el interior por ser de largo alcance. Combinación compuesta por el receptor 2509 y el altoparlante 2007 . . . . $ 290

PHILIPS 10-07. — Combinación formada por un receptor 2510 (nuevo modelo) y el altoparlante 2007 de voz potente y natural . . . . $ 345

PHILIPS "Baby" 21-16. - Combinación compuesta por un receptor 2421 para corriente alternada de 220 volts y un altoparlante 2016. De pequeño tamaño pero de excelente calidad . . . $ 195

«Baby» 23-16. — Combinación igual a la anterior, pero para corriente continua. . . . . $ 135

Un radiorreceptor PHILIPS equivale a un asiento cómodo de "primera" fila en el teatro Colón de Buenos Aires. Reproduce exactamente las notas musicales y los tonos de voz como si se hallase frente a los mismos artistas. Somos distribuidores autorizados de PHILIPS RADIO y podemos ofrecerle condiciones inmejorables de venta.

PHILIPS RADIO

Visítenos y pida una demostración.

EMBALAJE GRATIS - SOLICITE CATALOGO

Casa Mendez

La más surtida de plaza y la que más barato vende.

72 - LIBERTAD - 78 — U. T. 38 - Mayo 3983

Dirección Postal: Ramón Mendez

—

Dirección Telegráfica: Radiomendez

J. Antonio King tomó parte en las luchas de nuestra organización política





la edad de catorce años y sin un dólar en el bolsillo abandonó J. Antonio King Nueva York, su ciudad natal. Vagabundeó por el estado de Virginia hasta que, casi por casualidad, llegó a Baltimore. Allí fué presentado al comandante de un navío, el "Wycoona", en el cual fué enrolado recibiendo la paga por adelantado. Para dónde iba el buque ni lo sabía ni se tomó mayor empeño en preguntarlo. Sólo al hacerse a la vela y por los cambios que en la disciplina y roles se operaron llegó a enterarse de que se trataba de una nave corsaria. Sesenta días duró la navegación. En las faenas de a bordo poco fué lo que debió hacer el atrevido grumete porque, en cuanto llegó el bergantín a Buenos Aires, por inapto, lo abandonaron sobre la playa de nuestra capital.

No era King hombre capaz de perder ánimo. Era vagabundo de alma y, así, encaró la nueva situación con una admirable y ejemplar filosofía. Sin conocer ni el idioma ni el lugar donde se le había desembarcado, comenzó a recorrer las calles, eso sí, bastante sorprendido de que ni guardias ni aduaneros le cortaran el paso. La casualidad, cuando ya el hambre le acuciaba, colocólo frente a la fonda de un tal Flusk, donde, por algunos días, halló alojamiento. Un francés, de apellido Coquelet, a instancia de algunas personas que se dolieron de su situación, dióle trabajo en su tienda de fantasías y perfumes; pero tampoco aquello pudo prosperar.

Un alto oficial del ejército hizo ingresar a King con carácter de abanderado, siendo despachado para Santa Fe, donde debía ponerse a las órdenes de López. King, entusiasmado, realizó aquel viaje soñando con verdaderas aventuras bélicas más en concordancia con sus aptitudes y carácter que las actividades mercantiles en que debió emplear sus primeros días de residencia en el país.

De Santa Fe pasó a Entre Ríos, y allí, en la Bajada, encontró a Ramírez, para cuyo cuerpo iba destinado.

Artigas había levantado su ejército y tomado posición en la ribera occidental de la Banda Oriental. Las tropas de Ramírez, en busca de aquel objetivo, atravesaron la provincia y, cuando llegaron a las riberas del Uruguay, King fué nombrado ayudante del jefe del ejército.

Llegados a Paso del Agua, acamparon. Al siguiente día a eso de las cuatro de la tarde se pusieron en contacto las tropas que comandaba King con una avanzada del enemigo. Esta desapareció, pero, al día siguiente, en la margen opuesta del río se les presentó todo el ejército de Artigas. Era éste como de unos cinco mil hombres mientras las fuerzas de Ramírez sólo alcanzaban a los cuatro mil. "No obstante — declara King, — el general Ramírez manifestó inmediatamente la intención de asumir inmediatamente la ofensiva y despachó una pequeña fuerza con el objeto de que buscase un vado; encontrado éste, cerca de cuatro millas más abajo, toda nuestra fuerza lo atravesó sin oposición alguna."

Era la primera acción de King. La lucha fué terriblemente encarnizada y la carga de caballería duró casi tres cuartos de hora hasta que el clarín del enemigo tocó retirada.

La retirada se efectuó en el más grande desorden. Se ordenó la persecución y, según confiesa, en el espacio de cinco leguas fué tan encarnizada en su género y relación al número de los combatientes como la de Napoleón en Waterloo.

J. Antonio King permaneció en nuestro país por espacio de un cuarto de siglo. Se convirtió en un gaucho que, a veces, por calzado sólo tenía la clásica bota de cuero de potro. Más tarde se trasladó a Inglaterra, donde publicó, en 1846, su libro "Veinticuatro años en la República Argentina".

¶ Abundan en las viejas bibliotecas europeas las publicaciones de viajeros que pasaron en el siglo anterior por nuestro país. Interesantes y curiosas, algunas, recién ahora, aparecen traducidas a nuestra lengua, significando un valioso aporte para el estudio de las costumbres, hombres y luchas políticas. Entre esas publicaciones se encuentra la que con el título de "Veinticuatro años en la República Argentina" publicó el norteamericano J. Antonio King, de cuya iniciación en la vida guerrera sudamericana damos a continuación un sucinto relato.



El gato blanco

EN los primeros meses que siguieron a la caída de Rosas, un grupo de jóvenes organizó algo semejante a una masonería política.

Adolfo Alsina formaba parte de aquella falange juramentada.

Amaba entonces, con ese cariño ardoroso de los veinte años, a una mujer humilde.

Vivía en la calle Potosí, a la altura de la de Lorea, barrios que, por esa época, eran solitarios y sombríos.

Una noche Alsina se retiraba del Club del Progreso, recientemente inaugurado.

Eran las doce. La luz opaca de los faroles de aceite alumbraba apenas las calles envueltas en las sombras de una borrasca que se desataba en lluvias y en relámpagos.

Al llegar a la esquina de San José se percató de que un bulto negro, que avanzaba en dirección opuesta a la que él llevaba, se agazapaba en una puerta, como si tratara de ocultarse.

Alsina era valiente. Crecía en frente del peligro, y no hay memoria de que una sola vez retrocediese para evitarlo.

Con su mano derecha puesta sobre una pistola, oculta en el bolsillo, y embozado en su capa tradicional, siguió adelante.

De pronto se detuvo. Acababan de llegar a sus oídos, entre los rumores agitados de la tormenta, voces inarticuladas que le parecieron ayes, estertores de agonía.

El hombre piadoso dominó al hombre bravo.

Saltó de la acera al medio de la calle y, olvidando al bulto negro agazapado en el portal, o creyéndolo autor del crimen que iba a descubrir, se dirigió hacia donde partían los lamentos.

Llegó en alas de su caridad cristiana, persuadido de que debía proteger a un desvalido... y la más burlona de las sonrisas apareció en sus labios al darse cuenta de su error.

El herido que se quejaba era un gato blanco, que tenía una pata quebrada.

Alsina se burló de sí mismo; pero cuando iba a retirarse de allí, volvió donde se hallaba el gato, lo levantó, y envolviéndolo en su pañuelo, siguió su camino, diciendo:

—¡He sido tu Providencia! Justo es que te lleve para que la pobre Sofía te cure.

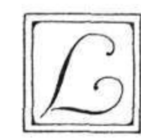
En ese momento volvía la esquina el sereno, y el bulto negro, saliendo de su escondite, seguía hacia las calles centrales.

Al día siguiente la logia política "tenía las pruebas" de que en la noche anterior Adolfo Alsina debía haber sido asesinado. El bulto negro era el matador.

¡El gato blanco lo había salvado!

L U I S V. V A R E L A

Conscientes de la grandeza de América, los jesuítas crearon un sistema de colonización aun no superado

OS jesuítas, que en la América del Sur habían aprendido las costumbres de los colonos, habían llegado, efectivamente, a la convicción de que los llamados salvajes de las selvas vírgenes eran mucho más apropiados que los blancos para la creación de un Estado de Dios. Así surgió en los misioneros la idea de mantener a los indios completamente separados de los blancos y protegerlos así de su mando y también del contagio por el ejemplo; pues se probaba constantemente que el trato de los indios con aquél'os solía destruir en pocas semanas lo que los misioneros habían construído en una dura labor de largos años.

¶ Cuando los jesuítas entraron, a lo largo del río, en las selvas vírgenes del Paraguay, pareció por de pronto toda obra misionera imposible, porque los indios huían, huraños, ante ellos. Pero pronto advirtieron los padres que cuando en sus chalupas cantaban tiernas canciones surgían aquí y allá indígenas por entre la espesura, los escuchaban y mostraban gusto muy particu'ar por aquellos cantos. Con esta observación encontraron los misioneros el medio apropiado para atraer y sacar a los indios de los bosques. Los misioneros se llevaban instrumentos de música en sus viajes y tocaban y cantaban todo lo que podían.

¶ Luego los misioneros explicaban a los indios guaraníes y chiquitos, en su mismo idioma, lo que habían cantado. Los indígenas se maravillaban de que se les hablara en su lengua materna. De esta manera les inspiraron verdadera confianza, arrastrándolos hacia las misiones en formación.

¶ Primero se reunió cierto número de familias guaraníes en una población a la que los jesuítas dieron el nombre de Loreto; poco después nacieron las demás comunidades indias cristianas, San Ignacio, Itapua y Santa Ana, todas situadas en el Paraná medio. En la época del florecimiento misionero había, en total, treinta y una reducciones, de las cuales cada cual contaba de tres a seis mil almas. La población llegó a cuarenta mil indígenas civilizados.

¶ Los indios eran por naturaleza muy refractarios al trabajo; pero también con la música supieron los padres vencer la innata pereza. Cuando los hombres por la mañana iban al campo, marchaba delante una banda de música; con acompañamiento de música trabajaban los campos, derribaban árboles y levantaban edificios; con música comían a mediodía, y con música regresaban por la noche del trabajo a sus hogares.

¶ Corriendo el tiempo, los padres descubrieron en sus protegidos talento asombroso para la imitación exacta de las cosas europeas. Si se enseñaba a un indio una cruz, un ve'ador o un objeto parecido, invitándolo a ejecutar otro igual, hacían instantáneamente una copia, que apenas se podía distinguir del original. Las mujeres imitaban de la manera más fiel los ricos encajes de Brabante, y un grupo de obreros indios construyó hasta un órgano excelente, con arreglo al modelo europeo. Esculpían figuras y copiaban libros de misa, de suerte que nadie podía decir cuál era el ejemplar impreso y cuál el copiado. Las trompetas construídas por los indios igualaban a los productos de la industria de música de Nuremberg, y sus relojes no cedían a los fabricados en los talleres de Augsburgo.



¶ Al fin hubo por todas partes carpinteros, herreros, tejedores, sastres, zapateros, curtidores, torneros, artesanos de los más especializados. Cada reducción estaba especializada en un oficio; así, en Loreto se fabricaban estatuas y tallas en madera; en San Juan Bautista estaban los mejores constructores de instrumentos, mientras que en otras reducciones la elaboración de cueros era la preferida.

¶ Llegados a cierta edad los niños, los padres jesuítas les enseñaban los talleres y podían elegir el oficio por el que mostraban especial inclinación. De esta manera trataban los misioneros de conseguir que el oficio fuera determinado por la capacidad natural.

¶ El terreno pertenecía en parte a los indios, particularmente; pero en su mayoría era del común. En su terreno particular, en la llamada "abamba" (el campo del hombre), podía plantar cada uno lo que quisiera; el cultivo del campo común (campo de Dios) se hacía, en cambio, bajo la dirección de los padres, y el producto se almacenaba en los graneros. La propiedad particular de terreno no podía ser

vendida; tampoco las casas eran enajenables. No existía derecho de herencia de ninguna especie; pero, en cambio, todos los niños eran mantenidos por los medios de la comunidad, y recibían, llegados a la mayoría de edad, su correspondiente "abamba".

¶ De los productos de los campos comunes eran mantenidos también los enfermos, viejos e inválidos; salían los gastos de la construcción de las casas, iglesias y edificios públicos; y también se pagaban las contribuciones a la corona de España. Los misioneros no tenían de por sí parte alguna, y vivían de una pequeña renta que el rey les había asignado.

¶ No sólo cuidaban del reparto organizado de los víveres almacenados en los graneros, sino que organizaban también el vestido de los indios. Las viudas, alojadas en casas apropiadas, y sus hijas, recibían regularmente algodón, que habían de hilar; del hilo se fabricaban después telas en las fábricas de tejidos. Todos los hombres y mujeres recibían una vez al año, y todos los niños dos, vestidos nuevos; y así ocurría que los indios de las misiones jesuíticas andaban mejor vestidos que la mayoría de los españoles de los terrenos coloniales adyacentes.

¶ A todos los habitantes de la misión alcanzaba por igual la obligación de trabajar; pero los padres cuidaban de que nadie trabajara con exceso, sino que le quedara tiempo suficiente para el reposo y la enseñanza.

¶ Las necesidades del país quedaban satisfechas con un trabajo diario de ocho horas, bien organizado. Tres días de la semana habían los indios de trabajar en el campo de la comunidad, mientras que los restantes podían emplearlos en sus terrenos particulares. Sólo quien descuidaba su terreno particular tenía que dedicar al bien común una mayor parte de su tiempo de trabajo.

¶ La pura economía natural que dominaba en este país hacía el dinero completamente superfluo como medio de pago. Todo negocio se realizaba por cambios en especie.

¶ También el comercio exterior de la república misionera se efectuaba sin dinero. Las mercancías destinadas a la venta se traían a Buenos Aires o a Santa Fe, donde los jesuítas regulaban por sí mismos el intercambio. Los ingresos que resultaban servían para la creación de nuevas instalaciones de índole industrial o agrícola.

¶ No sólo estaban los indios protegidos por la pura economía natural contra todas las tentaciones del dinero, sino que tampoco los directores de este singular estado podían nunca llegar a acumular riquezas. Por su iniciativa habían obtenido del gobierno español un decreto según el cual de la fortuna de las reducciones nada podían tomar para sí los padres, sino que el producto completo del comercio había de ser para el provecho de los indios. Los directores de las reducciones tenían, por tanto, también que rendir cuentas exactas con regularidad de sus pagos y cobros al provincial.

¶ Cada reducción formaba una comunidad por sí; dos padres la dirigían y ejercían al mismo tiempo de sacerdotes, médicos, maestros e inspectores de trabajos. La administración civil estaba en manos de un corregidor elegido por la comunidad de varios regidores y alcaldes y de un consejo. Todos estos funcionarios eran indios, porque los jesuítas trataban de mantener, en la medida más alta posible, la autonomía nacional. Fuera de esta organización política, existían también gremios reguladores, con sus funcionarios indígenas; así tenían los tejedores, los herreros, los carpinteros y otros oficios sus propios alcaldes.

¶ Una policía india cuidaba de la tranquilidad y del orden, poniendo en ello la mayor suavidad y consideración. La pena de muerte estaba suprimida por principio, y a los malhechores incorregibles se les castigaba tan sólo con destierro a reducciones más lejanas. Las mujeres podían ser condenadas a una estancia prolongada en las casas de viudas.

¶ Las misiones estaban sujetas directamente a la corona, y tenían escriturada completa autonomía por los reales decretos, y tribunales y servicio militar propios. Estaban tan sólo obligadas a la entrega de una contribución anual, y en caso de guerra, a ayudar con las armas dentro del territorio de la América del Sur.

EN una de las obras más interesantes que se han publicado en estos tiempos — "El poder y los secretos de los jesuitas", — René Fulop Miller ha trazado un cuadro de lo que fueron aquellas maravillosas misiones establecidas en el Paraguay por los discípulos de Íñigo de Loyola. Con extraordinaria documentación se expone en ella hasta qué extremos insospechados de cultura moral, política y artística llegaron los indígenas de aquellos selváticos lugares de nuestra América. En sus artes e industrias fueron ejemplo de progreso y laboriosidad; en su organización política y económica, hay que reconocerlo, se anticiparon con éxito en varios siglos a las naciones de Europa y América. En todo dejaron una huella indeleble y magnífica, ejemplar y perdurable en medio de las transformaciones ideológicas de los siglos y la acción destructora de la naturaleza.



La Revolución

LA América española no podía substraerse al influjo de las leyes generales que trazaban la marcha que deben seguir todos los cuerpos políticos, puestos en iguales circunstancias. La memorable revolución en que nos hallamos fué un suceso en que no tuvo parte la casualidad: la opresión había perdido el carácter sagrado que la hacía soportable y las fuerzas de un gobierno que se halla a dos mil leguas de distancia, envuelto en las agitaciones de la Europa, no podían servir de barrera a un pueblo que había hecho ensayos de su poder.

Pero tal es la economía de la naturaleza en todas las cosas, que es imposible separar los males de los bienes, ni obtener grandes ventajas sin grandes sacrificios. En los diez años de revolución que llevamos, hemos experimentado calamidades y disfrutado bienes que antes no conocíamos: el patriotismo ha desarrollado el germen de las virtudes cívicas, pero al mismo tiempo ha creado el espíritu de partido, origen de crímenes osados y de antipatías funestas: nuestras necesidades se han aumentado considerablemente, aunque nuestros recursos sean inferiores a ellas, como lo son en todas partes; en fin, todo prueba que hemos mudado de actitud en el orden social, y que no podemos permanecer en ella, ni volver a tomar la antigua sin un trastorno moral, de que no hay ejemplo sobre la tierra.

A nadie es dado predecir con certeza la forma estable de nuestras futuras instituciones, pero sí se puede asegurar sin perplejidad que la América no volverá jamás a la dependencia del trono español. El creer que algunos contrastes en la guerra, o bien sean las vicisitudes inherentes al egoísmo o a la cobardía, y los defectos de nuestros actuales gobiernos, produzcan a la larga el restablecimiento del sistema colonial es una superstición política que sólo puede nacer de un miedo fanático o de una ignorancia extrema. Sean cuales fueren los presentimientos de la ambición o de la venganza, nosotros quedaremos independientes, tendremos leyes propias que protejan nuestros derechos, gozaremos de una constitución moderadamente liberal, que traiga al industrioso extranjero y fije sus esperanzas en este suelo. No pretendemos librar nuestra felicidad exclusivamente a una forma determinada de gobierno y prescindimos de la que sea; pero estamos resueltos a seguir el espíritu del siglo y el orden de la naturaleza que nos llama a establecer un gobierno liberal y justo. Conocemos por experiencia los males del despotismo y los peligros de la democracia; ya hemos salido del período en que podíamos soportar el poder absoluto, y bien a costa nuestra hemos aprendido a temer la tiranía del pueblo, cuando llega a infatuarse con los delirios democráticos.

Los que observan el curso de nuestra revolución, así en América como en Europa, han juzgado casi siempre nuestra conducta con simpatía o con odio, con exageración o con mengua; algunas veces con un fuerte interés de averiguar la verdad, pero muy pocas con la idea de analizar el origen, tendencias y progresos de la Revolución.

BERNARDO MONTEAGUDO

De un viaje a Córdoba

LLEGAMOS felizmente a Córdoba, y paramos allí como cuatro días, cuando trajeron al general Bustos la información de que Carrera concentraba su fuerza en el valle del Río Cuarto para salirle al encuentro. El general envió de nuevo por mí, e informándome de lo que sabía, renovó su oferta de un puesto como ayudante. Mi salud habíase ya mejorado mucho, aunque todavía estaba débil e incapaz para el servicio. Mi herida del pecho era dolorosa y hasta peligrosa; sin embargo, mi anhelo de actividad y, más especialmente, el deseo de verme otra vez al frente de Carrera, me decidieron a aceptar el ofrecimiento. Nuestro general, que estaba también ansioso de medir sus fuerzas con el hombre que había derrotado a Ramírez, y vuéltose un enemigo de la República, resolvió, tan pronto como supo dónde estaba Carrera, salir a encontrarlo en iguales condiciones; y, en efecto, nuestro ejército se puso en marcha a través del país, en dirección sudoeste, con el menor retardo posible.

Por causa de mi mala salud, fuí colocado con un pequeño cuerpo a la retaguardia, que tenía, además, a su cargo, los carros de la caravana y algunas cargas de provisiones. Se contaban en nuestro número, mi nueva relación, Crasey y, además, un muchacho como de 16 años, llamado Walker, y el que nos contó que era sobrino del por entonces cónsul británico en Filadelfia, en los Estados Unidos. El total de nuestro pelotón llegaba casi a cincuenta hombres, todo comprendido, y como andábamos más despacio que la caballería, con frecuencia quedábamos a distancia de una y hasta de dos leguas del cuerpo principal. Nuestra ruta quedaba así marcada y sólo teníamos que seguirla tan ligero como podíamos.

A la segunda noche de nuestra marcha, pasamos la última cadena de montañas que hay entre Córdoba y la llana comarca del valle de Río Cuarto. El ejército hizo alto como a una legua más allá y acampamos por la noche cerca de una granja, sin haber descubierto aún huella alguna del ejército de Carrera, pero con la certeza de encontrarlo al día siguiente. Después de guisar y de comer nuestra cena, apostamos una guardia, y nuestra partida (de los que varios que la formaban eran como yo, inválidos) se echó sobre la tierra o en los carros para descansar. La noche pasó con tranquilidad perfecta, pero al alba de la mañana siguiente, nuestro campamento fué sorprendido por una avanzada del enemigo, como de cien hombres bien montados. Nuestros centinelas dieron la alarma, pero aquellos estaban cerca y con temible superioridad. Como a cien yardas de nuestra retaguardia, estaba situado el corral de la granja, o redil del ganado, al que acudimos para evitar que nos matasen con las patas de sus caballos, pues nosotros no disponíamos de un instante para montar en los nuestros, ni para prepararnos a una arrojada y abierta defensa. En este paraje ocurrió otra de aquellas feroces y sangrientas escenas que han marcado continuamente el progreso de la guerra en las repúblicas del sur.

J. ANTONIO KING

Entre dos postas

EN el trayecto de las dos postas siguientes, entre Salto y Tegua, el país es accidentado y árido. Puesto el Sol, ya de noche, y cuando estábamos a cuatro leguas del camino principal, sufrió un accidente mi mula carguera; se aflojaron las cinchas y el animal, enfurecido al sentir la carga mal equilibrada, comenzó a cocear furioso y concluyó con que cantina y muleta casi se deshicieran. La mula, desenredándose por fin, huyó y desapareció en la bruma nocturna. Mi dragón había desmontado para apaciguar la mula; pero, tan pronto como lo hizo, su caballo se apercibió de la desaparición de la mula y siguió su ejemplo, supongo que por amor de la compañía; así quedamos en medio de la pampa sin otra alternativa que vivaquear esa noche en la llanura, lo que en esta estación es nada agradable por el aire frío de la noche y el rocío. Habían corrido diez minutos desde este desastre cuando, en medio de nuestra perplejidad, súbitamente oímos cerca un tropel rápido de caballos, aunque estaba tan obscuro que no distinguíamos ningún objeto. Saludamos en voz alta cuando pasaban de largo, lo que produjo el efecto deseado, pues al momento dos jinetes vinieron a galope junto a nosotros. Ambos eran gauchos jóvenes, a las claras de clase superior por la belleza de sus ponchos, botones de filigrana, grandes espuelas de plata y estribos del mismo metal y por los cojinillos de sus caballos. Les hice saber el dilema en que nos encontrábamos y les indiqué el rumbo tomado por los fugitivos; sin decir palabra, ambos se lanzaron en el rumbo indicado, y no permanecimos en duda mucho tiempo, pues en diez minutos más tuvimos la satisfacción de verlos regresar, cada uno con un desertor enlazado. Solamente pude darles las gracias, pues ofrecerles dinero habría sido ofenderlos, pero aceptaron algunos cigarros habanos. Me dijeron que iban a un baile a once leguas de distancia, pero que estarían de regreso al salir el sol. Por tanto, una vez que encendieron sus cigarros nos dijeron adiós, metieron espuela a los caballos y se perdieron de vista en un momento.

Refiero esta anécdota para demostrar la clase de vida en apariencia salvaje que decide a los gauchos a galopar veinte leguas, que para ellos solamente es distancia de hacer una visita nocturna. La gentileza mencionada en este caso es la que el extranjero encontrará en casi todo el país, de toda la gente.

La misma noche llegamos a Tambo, que está en el camino principal: aquí encontré un arriero que antes conocí en Mendoza, adonde se dirigía con su carga. Como me hallaba cordialmente fastidiado por la demora que el equipaje me había ocasionado, decidí seguir solo. El resto del viaje se hizo con gran rapidez.

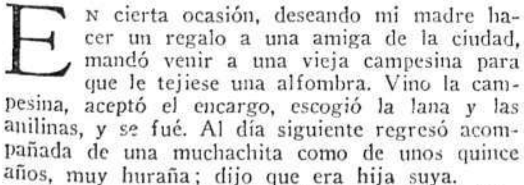
S A M U E L H A I G H



La hilanderita

Por JORGE FARIAS GOMEZ





En cierta ocasión, deseando mi madre hacer un regalo a una amiga de la ciudad, mandó venir a una vieja campesina para que le tejiese una alfombra. Vino la campesina, aceptó el encargo, escogió la lana y las anilinas, y se fué. Al día siguiente regresó acompañada de una muchachita como de unos quince años, muy huraña; dijo que era hija suya.

Madre e hija trabajaron todo el dia, si bien aquélla no paró un momento de hablar en quichua con ese acento áspero y regañón tan peculiar de nuestras campesinas; al paso que la muchacha guardaba obstinado silencio, abstraída por completo en la tarea de hilar. Sus movimientos, llenos de espontánea gracia, dibujaban por instantes una antigua actitud de deidad doméstica; sentada en una silla baja, mantenía en vilo la mano izquierda, con la cual reducía los copos de lana, mientras con la derecha manejaba el huso, al que hacía girar con gran celeridad entre sus dedos morenos.

Llegada la oración, la *Champi* (1) (como llamaban a la vieja) consintió en dejar a su hija, y ella se marchó a pie a su rancho, distante dos leguas, no sin llevarse un atado de provisiones que le diera mi madre.

La chica se sentó bajo los paraísos del patio y se dejó estar allí, quietecita, en el anochecer. Compadecido de su aislamiento, me aproximé a decirle que podía ir a la cocina para no estar tan sola, pero no conseguí sino que se recogiera más en sí misma.

— ¿Estás triste? — le pregunté.

Por toda respuesta, movió la cabeza negativamente. En ese momento baló un cabrito en el corral. Ella se estremeció y levantó la frente en ademán de escuchar; sus negros ojos escudriñaron la sombra hacia el lugar de donde partiera el balido.

— Cabras... — balbuceó. — ¿Hay cabras?

— Es un cabrito... Es mío.

Me miró y sonrió.

— No me has dicho todavía cómo te llamas.

— María — repuso suavemente.

Después de esta breve conversación, me siguió a la cocina. Josefa, la cocinera, se creyó en el deber de censurar mi oficiosidad, cosa que hizo desde todos los puntos de vista, apenas hubo puesto a María a lavar unos platos.

....

La Champi continuó el trabajo con su hija hasta que tuvo listas las madejas. Instaló entonces el telar bajo los paraísos y comenzó a tejer, sin tomar en cuenta para nada las indicaciones de mi madre relativas al dibujo y sí sólo su personal y libre inspiración. La muchacha dejó de serle necesaria, pero no se la llevó, en razón de que su otra hija, expuso, se bastaba para cuidar las cabras.

María quedó, así, agregada a la servidumbre en calidad de niñera y bajo la potestad de todo el mundo, sujeción que sobrellevó desde el principio con docilidad conmovedora. Al poco tiempo desaparecieronle de la cara los granos que la afeaban, y desapareció también su timidez para dar paso a un carácter precozmente serio, activo, sobrio. Su gratitud hacia mí se manifestaba por las más delicadas preferencias, las cuales, antes que conmoverme por la ingenua abnegación que las inspiraba, ofendían muy a menudo mi amor propio de chico campesino, criado como la mayoría de éstos en un gran desprecio por las mujeres. Rehuíala, pues, con lo cual la pobre se veía huérfana de todo afecto en la casa, porque, aunque parezca raro, nadie la quería. Josefa y las otras sirvientas la trataban duramente y la acusaban de raterías: un día desaparecía una peineta de la cocinera, al día siguiente faltaba una randa del ama u otra cosa culquiera. Las sospechas recaían invariablemente en María, de cuya inocencia yo era el único que no abrigaba dudas, bien que no disponía de autoridad ni de otros medios para protegerla. Luego que, una noche, Josefa se atrevió a deslizarme esta pregunta:

— ¿No es cierto que la María lo besa en la boca, niño Luis? No niegue... Total, yo les he visto con mis ojos, y no voy a decir nada.

Mi confusión debió advertirle que había ido demasiado lejos.

— ¡Hum! Si llega a saber su mamá... — añadió cazurramente.

Desde entonces, mis acciones ni mis pensamientos dirigidos a María fueron libres. Iban y venían sobre la obsesionante idea que envolvían aquellas palabras, semejantes a cuervos encarnizados con una carroña.

La desaparición de cosas tuvo al cabo su explicación el día que la Champi terminó la alfombra. Ya tenía todo el importe de su trabajo cobrado en pequeños adelantos y, no obstante, mi madre aun le dió algún dinero y la despidió. La Champi no se mostró satisfecha. Se plantó en el patio a murmurar en quichua contra todo el mundo, inventó las mentiras más extravagantes y profetizó desgracias sin cuento, sólo que, como nadie le hacía el menor caso, tomó sus cosas y mandó a su hija que la siguiese.

Yo estaba apostado en el camino. La Champi pasó a mi lado, erguida, ceñuda, sin mirarme. María, al llegar a mí, alzó los ojos del suelo, y vi que lloraba.

— María — exclamé.

Se paró y comenzó a sollozar. La madre la llamaba a gritos desde la distancia. Ella no se movía de su sitio y yo estaba de espaldas para ocultarle mi emoción.

— ¡Niño Luis!... ¡Niño Luis! — gemía. — ¿No ve que me voy?

Luego echó a andar: Yo oía, sin volverme, sus primeros pasos quedos sobre el camino polvoroso. Al fin me di cuenta que hacía largo rato permanecía allí, parado tontamente, y me dirigí a casa, sin prisa, penetrado de una tristeza que hacía más hondo aún el espectáculo circundante del campo silencioso y abrasado por el sol.

En medio de mi desazón ese día escuché, con extrañeza, que todas las sirvientas, sin excluir a Josefa, sólo elogios y compasión tenían por María.

Recuerdo, asimismo, que uno de los peones carreros dijo en la cocina: "¡Linda era!" con un acento muy íntimo.

Cierto, pensé: era linda. Y ésta fué la primera vez que se me ocurrió semejante idea, de la que me avergoncé en el acto.

Un día (el de Reyes) me levanté seguro de que María vendría de un momento a otro, y por la noche la soñé, la soñé cruzando el patio cubierto de tordos y cardenales que alzaron el vuelo a su paso. Iba muy bonita con su vestido de percal floreado y la vincha verde sujetándole el largo cabello... Luego, ¿cómo es que se hizo repentina noche y entonces María se acercó a mi cama, sonriente, me tapó los ojos con las manos y me besó en la obscuridad?

....

Amaneció un día de mucho calor. A la tarde, poco después de la siesta, se nubló el sol y por todas partes comenzaron a saltar langostas.

—¡Langosta! ¡La langosta! — se oyeron gritos.

Los criados, los chicos y hasta mi madre, corrimos a la quinta provistos de latas para espantar a la langosta, que ya ennegrecía los árboles. Hacíamos gran estruendo de latas y gritos todos juntos; sacudíamos las ramas, quemábamos fogatas para producir humo... La plaga llegaba en espesa nube rosada, devastaba las plantas, las hierbas y cubría los senderos. Se oía el run-run de su vuelo. Andábamos todos de una parte a la otra, entre los ladridos de los perros que, excitados por el olor de la langosta, se abalanzaban enfurecidos a los árboles. Al rodear un grupo de ciruelos, vi, con enorme sorpresa, a María que llevaba un hacho humeante. Corrí y la abracé por la cintura, transportado de júbilo. Ella se reía a carcajadas por no poder evitarme.

Casi a la oración, la *manga* (2) se disipó. Las últimas langostas saltaban entre los yuyos, o levantaba el vuelo una que otra, batiendo las alas transparentes en un moribundo rayo de sol.

—¡Qué peladas han quedado las plantas! — dijo María, al ver que éstas habían perdido la mitad de sus frondas, por lo cual se hubiese podido pensar que empezaban a echar hoja como en los primeros y alegres días de la primavera.

Nos sentamos en el suelo.

—¿Cómo has vuelto? — le pregunté.

— He huído — dijo.

Vino un *coyuyo* (3) y se pegó al tronco de un árbol a cantar su ardorosa y estridente canción.

Yo miraba el cielo, donde se hundía el sol en un abismo fulgurente, rodeado de nubes de nácar; otras, más altas, semejaban islas moradas en mares verdes; y otras, en el cenit, tomaban los contornos de enormes monstruos sombríos.

Recordé mi sueño de la víspera y me volví para decirle a María:

—Anoche te he soñado.

Pero no pude decir más. El coyuyo había cesado en su canto, y, en el silencio que sobrevino, mis palabras, dichas en voz alta, me llenaron de confusión inexplicable y desvié la cabeza.

—¿Así que me ha soñado? — murmuró ella. — ¿Y cómo me ha soñado? — volvió en seguida a preguntarme.

Yo estaba tembloroso, acosado por un deseo vehemente, que en vano quería desechar, y repetíame para mis adentros: "No, no, no debo hacer eso..."

María me susurraba al oído: "¡Hable, niño Luis!... ¡Hable!" hasta que, incapaz ya de dominarme, me arrojé sobre ella, y tomándole la cabeza con ambas manos, la besé febrilmente en la boca.

Lanzó un grito, sorprendida, y se levantó.

—¿Qué ha hecho, niño Luis? — exclamó con expresión dolorosa. Y sonrió, turbada.

Regresamos a casa en silencio. Yo la seguía un poco rezagado, cuidadoso de hacer el menor ruido con mis pisadas...

....

María se quedó definitivamente con nosotros. En la cocina ya no la hostilizaban como en otro tiempo, salvo una criada tuerta encargada de llevar la comida al peonaje. Esta mujer la llamaba *Champila*, (4) y eso la ofendía muchísimo.

El suceso que he referido antes puso fin a nuestras buenas relaciones, pues, transcurridos los primeros días que fueron de remordimientos para mí, el orgullo no me permitió dirigirle más la palabra y ni siquiera mirarla a la cara.

En otro lugar he aludido a un peón carrero que habitaba en casa. Este carrero, de nombre Domingo Herrera, era un mozo de no más de veinte años, moreno y fuerte como un mimbre. Solía traer de continuo un azar silvestre detrás de la oreja y se anudaba al cuello un airoso pañuelo punzó. Domingo silbaba mejor que un mirlo, se requintaba el sombrero con inimitable gracia sobre la caediza melena lacia y, por añadidura, tocaba la guitarra e improvisaba letras, siguiendo el rastro de alguna tonada indígena.

Una tarde de pascuas, Herrera cantaba en el galpón. Agachado sobre la guitarra como para percibir los más íntimos sones, dejaba que la melena le cubriese la frente, y luego, en un arranque, levantaba el rostro, con los ojos perdidos en la vaguedad de la música.

Al cruzar el patio, sorprendí a María, detrás del granero, en actitud de escuchar las canciones. En el pelo tenía un azar del aire. Me vió y corrió a la cocina, tanto como se lo permitían sus flamantes zapatos de taco alto. ¿Por qué de repente me sentí presa de una angustia mortal? Después, veinte veces, pasé cerca de ella, en las habitaciones, en las puertas, en el patio: la perseguía, en la creencia de que mi sola presencia la haría sufrir. Sirvió esa noche, como de costumbre, en el comedor, y me alcanzó los platos. Mas, apenas levantado de la mesa, corrí a refugiarme en mi pieza. Allí estaba María, con un candelero en la mano, ocupada en sacar una ropa de mi cómoda. Quizá no me sintió llegar. De un manotón le arrebaté el candelero y lo arrojé al suelo. Quedamos a obscuras y en un gran silencio, interrumpido solamente por mi respiración jadeante.

—Vete — exclamé, cuando al fin pude hablar, — vete. No te quiero ni ver.

—María — gritó mi madre.

—¡Vete! — insistía yo, mientras ella permanecía callada.

Encontrados sentimientos luchaban tumultuosamente en mi interior. ¿Qué hacer?

Pero de nuevo la llamó mi madre, y se fué.

Me tendí en la cama, vestido. Sentíame, de pronto, exhausto, cansado. En la habitación contigua, María comenzó a cantar para adormecer a mi hermanito:

Arrorró, mi niño;
arrorró, mi sol...

....

Jugaban a las adivinanzas en la cocina.

—¿Qué será, qué será: largo como lazo y redondo como guaso?

—El pozo — repuso la tuerta Juana, quien conocía todas las cuestiones.

—¿Qué será, qué será: son estrellas pero no del cielo, son negras pero resplandecen y queman aunque no arden?

Tal fué la adivinanza que propuso en quichua Domingo y que nadie pudo resolver, ni siquiera la tuerta.

Ante este resultado, Domingo confesó ladinamente que la solución había que escucharla al oído. Esto dicho, comenzó por Josefa, la cual con el secreto explotó en carcajadas. A Juana, en cambio, se le alborotó el humor y, en el acto, le largó un manotazo al carrero, al tiempo que exclamaba:

—Por atre. (5).

Le tocaba, ahora, el turno a María, por el orden de colocación, pero desde el comienzo de esta escena, cuyo verdadero objeto no podía escapar a mi celosa suspicacia, se me había ocurrido, no sé por qué, que Domingo dejaría a María para lo último. Yo tenía la certidumbre de que eso iba a ocurrir, y sin embargo, lo mismo que esos jugadores que una vez arruinados en el tapete, hacen la última puesta para perder, aposté mentalmente contra mis convicciones. "Si la saltea... entonces será cierto que ella lo quiere" — eso pensaba yo y ocurrió tal como me lo temía, pues Domingo, con fingida precipitación, pasó al ama, carnuda y babieca. Acerté y sonreí. Sonreí, sin duda, como un jugador arruinado, al fin, pero que ha previsto su ruina. Estaba tranquilo. Miré luego a María con gran serenidad. Sabía que ella, únicamente ella, me comprendía y que sufría en ese momento por mí.

María salió huyendo de la cocina, antes que Domingo se le acercara.

—¿Eh, Domingo? — dije y le guiñé un ojo.

Josefa largó una risotada, a la que siguieron toda suerte de bromas, algunas de ellas expresadas en quichua para encubrir su cachonda crudeza.

Domingo mismo contribuyó en seguida a comentar festivamente el caso.

Pero nadie estaba más contento que yo. Nadie rió más, y con menos motivo, puesto que mi superstición me había proporcionado la más triste de las evidencias: María quería a Domingo.

Para colmo, al siguiente día ocurrió un vergonzoso incidente. Juana, en uno de sus arrebatos de cólera, quiso pegar a María por unos platos rotos. Mi madre intervino a tiempo de librar a ésta de los golpes, mas no así de la acusación de mantener relaciones ocultas con Domingo. Y Juana se atrevió a decir cuáles eran esas relaciones.

Viví no sé cuántos días con la muerte en el alma. "La muerte en el alma" es justamente la única expresión capaz de dar idea de mis padecimientos. Porque empecé a pensar en la muerte de María como en un hecho inminente. La odiaba con un odio frío e implacable que se exacerbaba tanto con su presencia como con su esquivez.

Odiaba también a Domingo, pero preferí buscar su amistad y me entregué a imitar todos sus gestos y actitudes. Le pedí que me enseñara a tocar la guitarra, y pasé tardes enteras en el galpón, rasgueando las cuerdas, de las que hubiese querido arrancar, en un solo torrente, la secreta e infinita pena que me torturaba.

Poco después hubo una fiesta en la escuela del pueblo. Trajeado de general, salí a escena a desempeñar un papel heroico y sangriento que a todos gustó sobremanera. Al descender del entarimado, por la parte de atrás, tuve que rodear el local donde se realizaba la fiesta y entrar abriéndome paso por entre la muchedumbre agolpada a la puerta. Llevaba todavía puesto mi brillante uniforme militar, con el quepis derribado, y la guerrera desabotonada sobre el corazón para mostrar la camisa tinta en sangre. Iba a pasar de largo, a través del gentío, cuando alguien me sujetó por la espalda. Era María, que me oprimía contra su pecho agitado, me besaba los cabellos y me susurraba:

—¿No se ha hecho nada, niño? ¿No se ha lastimado, eso?...

....

Sentada bajo los paraísos, María asentaba chalas con una tijera para después liar el tabaco picado menudamente. Unas veces usaba hilo azul para atar los cabos; otras, hilo rojo. No todos aquellos cigarrillos estarían destinados a mi padre. Amargábame este pensamiento y, a pesar de ello, no me sentía ya con fuerzas para odiarla: lo sabía todo, lo perdonaba todo. Lo único que ambicionaba era poder estar junto a ella, como ahora, verla así, de cerca: atenta a su trabajo; de tanto en tanto, se llevaba el hilo a la boca y lo cortaba con los dientes, graciosamente.

Era casi cerrada la oración. La tierra estaba encharcada por la lluvia reciente. Una fina niebla se difundía por el campo y velaba las postreras luces del día, al que ya comenzaban a despedir los gallos, subidos a los techos húmedos de los ranchos.

En el silencio de la oración resonó, de repente, un largo toque de clarín, el clarín de la *tropa*.

María levantó la cabeza, dejó de canturrear. Pude entonces verla transfigurada por una emoción incontenible; dilatósele la nariz traslúcida y quedó pálida, con la vista fija en lontananza. Duraría un instante y no más tampoco duró mi anonadamiento. Loco de dolor, desatentado, tomé los cigarrillos, los desparramé por el suelo y los pisoteé. Quise gritarle algo injurioso y no pude más que balbucir entre lágrimas:

—¡Ichi! (6) ¡Qué vergüenza! ¡Mujer de Domingo! ¡Qué vergüenza!

Al paso lento de las mulas, llegaron los carros vacíos, chirriantes, ennegrecidas las maderas por la lluvia. Los hombres venían calados.

Esa noche caí enfermo. Tenía una fiebre muy alta. Deliraba, sufría alucinaciones horrorosas. Cosa curiosa: soñé varias veces con los carros, tal como los había visto la última tarde, desfilando por entre los altos álamos del callejón. ¿Pero, dónde estaba María? ¿Por qué se ocultaba de mí y nadie pronunciaba siquiera su nombre, ahora?

Supe más tarde que la llamaba a gritos, durante mis delirios.

María se había fugado con Domingo la misma noche que enfermé. "Ya no la veré nunca más" — me repetía constantemente, mientras convalecía.

"Nunca", hermosa palabra que un día ensombreció mi niñez.

Una mañana salí a dar mi primer paseo por el campo. ¡Qué cambiado hallé todo! Los árboles, mustios, parecían friolentos; amarilleaban las hierbas; unos pocos pájaros volaban desorientados bajo un cielo celeste, lejano, indiferente...

---

(1) *Champí*: Nombre quichua de un insecto.
(2) *Manga*: Plaga.
(3) *Coyuyo*: Nombre quichua de la cigarra.
(4) *Champila*: Despectivo de champi.
(5) *Atre*: Apócope de atrevido.
(6) *Ichi*: Interjección de burla.

JORGE FARIAS GOMEZ

Finanzas argentinas

EL presupuesto de gastos en los últimos años del siglo pasado ascendía a 800.000 pesos fuertes, término medio, invertidos con toda honradez y dedicados exclusivamente a llenar las partidas previstas por la junta de hacienda.

Parece que el déficit hizo su aparición por primera vez en esta parte de América en el año 1809.

Las invasiones inglesas habían vaciado las arcas fiscales; la administración de Liniérs necesitó echar mano de los últimos recursos, porque era prudente mantener algunos cuerpos, en previsión de nuevas invasiones. Las entradas calculadas apenas alcanzaban a 1.200.000 pesos fuertes, mientras que los gastos previstos pasaban de 3.000.000 de pesos fuertes. Déficit: 1.800.000 pesos fuertes. El virrey Cisneros, después de diversas tentativas fracasadas, adoptó, con gran descontento del comercio español y del Consulado, la única medida que desde tiempo atrás se imponía, y decretó el comercio libre con los ingleses, o más bien dicho, para los numerosos buques de esta nacionalidad que se encontraban en la rada exterior, y que habían salido de Inglaterra creyendo dirigirse a una colonia inglesa en el Río de la Plata.

A fines del siglo XVIII, lo que es hoy la República Argentina tendría de 120.000 a 150.000 habitantes diseminados en su dilatado territorio. Propiamente no había estancias, sino masas de ganados alzados, y la población rural, que era la más numerosa, dividía su tiempo entre guerrear con los indios y hacer contrabando por las costas del Uruguay y del Atlántico.

Nuestros historiadores aseguran que el contrabando iniciado desde principios del siglo XVII fué la escuela del caudillaje de lanza y cuchillo, que antes de poco lucharía contra los instintos civilizadores de las ciudades, y especialmente de la ciudad de Buenos Aires, asiento del gobierno colonial y capital obligada de la República naciente en 1810.

Buenos Aires tenía entonces de 60.000 a 70.000 habitantes calculados (debido a los rápidos adelantos de los últimos años, según se expresa en una memoria de Moreno), de los cuales, una parte españoles monopolizadores del comercio y de los empleos públicos, muchos negros, e inmensa mayoría de criollos o americanos, que desde siglos antes odiaban cordialmente todo lo que fuera metropolitano. Cuentan las crónicas y lo atestiguan los documentos públicos del siglo XVI, que la antipatía recíproca entre peninsulares y criollos surgió desde el momento en que hubo hijos de españoles nacidos en América, y esta antipatía se hacía sentir aún dentro de la misma familia, entre padres e hijos.

Se explica. El español de la colonia no era el español de nuestros días.

J O S E   A .   T E R R Y

Popularizando dos maravillas por sólo $ 1.40



1.° Compre un tubo de crema de afeitar "Williams" para 80 afeitadas, valor $ 1.40 y recibirá:

2.° GRATIS: un frasco "Aqua Velva", el delicioso tonificante del cutis para usar después del afeite.

No pierda un minuto. Aproveche ahora mismo esta limitada oferta para usted y sus amigos. No olvide que al comprar en cualquier armería, casa de artículos para hombre o farmacia, un tubo de crema de afeitar "Williams", valor de $ 1.40, usted recibirá GRATIS un frasco de "Aqua Velva".

Si usted ya tiene la suya, haga feliz a un hermano, pariente o amigo. El desembolso es pequeño y el placer que proporciona este práctico obsequio es inmenso.

Si su proveedor no los tuviese, envíenos $ 1.40 más $ 0.50 para el franqueo y a vuelta de correo recibirá la crema y el "Aqua Velva"

La crema

produce abundante y cremosa espuma, tan cargada de humedad que no se seca en la cara. Ablanda rápidamente la barba facilitando el corte de la navaja sin irritar el cutis, al que deja suave, fresco y deliciosamente perfumado. La crema "Williams" es tan indicada para la barba como para el cutis.

La crema "Williams", suave como la verdadera crema de leche, no contiene ningún colorante perjudicial. Note Ud. qué cutis delicado tienen los hombres que usan Williams!

Aqua Velva

fué creada expresamente para después de afeitarse. Conserva la suavidad natural de la piel sobre la que ejerce una acción tónica y calmante. Protege el cutis de los efectos de la intemperie, del sol y del viento. Después de afeitarse con los jabones "Williams", unas gotas de "Aqua Velva" conservan la cara durante todo el día, tan suave y fresca, como la deja la incomparable espuma de este jabón.

Dos de los productos distribuídos por Mayon Ltda., Av. de Mayo 1257, Buenos Aires

PAGINAS ARGENTINAS

La paz armada

INDUDABLEMENTE, la guerra es un mal; y sería deseable que dentro de poco perteneciese al pasado. Será o no posible que antes de terminar este período militar en que corremos, llegue la Europa a dar todavía algún terrible espectáculo armado que altere las condiciones geográficas de las naciones, pero la verdad es que, a medida que progresa la industria militar, la guerra ha llegado a inspirar tal terror a las mismas grandes potencias, que, por muchos gestos de bravura que se hagan, caminan como si cuidaran de no pisar huevos, de miedo que estalle a sus pies un tremendo volcán, que cubra de lava y cenizas la tierra en que viven los pueblos, que trague en sus abismos de fuego los incontables millones de oro invertidos en buques hercúleos y en ejércitos innumerables. Acaso somos solamente los chicos y los "incautos" los que estamos aún expuestos a los abusos brutales de los fuertes.

¿Qué hacer? Trabajar y vivir en el afán de enriquecernos para aumentar nuestra población, para hacernos necesarios a la vida y al interés mismo de los fuertes; a fin de que nuestra salvación y nuestro progreso, si por un lado incitaran la codicia de los buitres exciten también el interés que puedan tener las águilas en que no se les prive de todas las ventajas que les ofrece nuestro trato económico, cuya base principal es nuestra independencia. Por lo demás, entre chicos, debemos andar todos cuidadosos; tanto es lo que tendríamos que aventurar, si no imitásemos "hasta donde sea posible" la prudencia taimada y sospechosa de los fuertes, sin olvidar, por supuesto, "lo principal, lo que es hoy la base de la vida relativa de todas las naciones: "si vis pacem para bellum".

Si en medio de esta inquieta vida que llevamos las naciones de este siglo, que, a decir verdad, nunca ha sido mejor en los siglos anteriores, salvo para los que han caído, o para los que han subido, podemos entrever una probabilidad de mejora, una atenuación que aleje los rugidos del volcán, tendremos que volver a la esperanza de que se afirme y se haga ley positiva el "sistema de los arbitrajes". Quizá lo terrible mismo de los armamentos y las prodigiosas invenciones de la industria aniquilen el prurito salvaje de los asaltos y de las glorias militares que ayer decoraban los templos de Francia con banderas alemanas, y que hoy decoran los templos alemanes con banderas francesas, reduciendo las glorias de los unos y de los otros a una cuenta de restar, sujeta siempre al veredicto eventual del porvenir.

Si los consejos de la prudencia prevalecen en los procederes de los contendientes, y si el elevado espíritu de una justicia intachable y seria acredita el sentido jurídico y justiciero de los árbitros, es de esperar que, multiplicándose los casos, el arbitraje entre y se afirme en el texto de todos los tratados entre naciones cultas.

LUCIO V. LOPEZ

PAGINAS ARGENTINAS

La república

LA república es también el principio que aceptamos, anhelando desde aquel tiempo el gobierno del pensamiento nacional, representado por las discusiones públicas y por la libertad electoral. Fué en los días más difíciles de la emancipación y bajo el fuego de los cañones enemigos cuando el Congreso de Tucumán declaró la independencia de estas provincias. Y esta resolución valerosa, propia de hombres fieles a la conciencia de su época, y de pueblos que tenían la visión de sus destinos, quedó sellada por aquella serie de victorias que constituyen la página más brillante de la historia.

El sentimiento republicano levántase desde los primeros días fuerte y poderoso, sin que influencia alguna se decidiera a resistirlo; y si entre las nieblas que precedieron al sol de la independencia algunos espíritus rectos se ofuscaron, creyendo en la posibilidad de ensayos monárquicos, abandonaron pronto ese pensamiento y acataron la voluntad inquebrantable de los pueblos.

San Martín, sin desconocer los azares y peligros de las transformaciones iniciadas, destempla con palabras juiciosas y severas a los que en la capital del Perú, y en las horas más propicias para el héroe de los Andes, hablan de la fantástica corona de los Incas.

Bolívar, fascinado por la gloria que le circunda, intenta desvirtuar, con presidencias vitalicias y proyectos ingeniosos, el espíritu republicano que todo lo abarca y domina. Pero aquel pensamiento debilita el prestigio que lo acompaña, reduce su figura política en el principal escenario de su grandeza, y, silencioso más tarde en las áridas playas de Santa Marta, condena seguramente las prolongaciones del mando que ofuscan las luces de su ingenio.

Y la Europa que, convocada en el Congreso de Verona, incidentalmente discute el proyecto de monarquías constitucionales, se reconoce impotente para dirigirlo, y cuando se intenta la infausta idea de renovarlo, Méjico devuelve trágicamente a Francia los restos mortales del personaje que ella pretendiera imponer en las alturas artificiales del trono. La emancipación es ya irrevocable, y las potencias extranjeras lo comprenden. Los Estados Unidos y la Gran Bretaña manifiestan sin reticencia la necesidad y la justicia de reconocer aquel hecho, afirmado por la opinión y la victoria. Forbes y Parish son los primeros representantes de gobiernos extranjeros que llegan a nuestras playas, y la república queda incorporada al movimiento internacional. La imprenta libre, el individuo garantido, la conciencia inviolable; la esclavitud, los fueros y las vinculaciones suprimidos; la religión de nuestros antepasados venerada, el extranjero favorecido por leyes liberales, la tierra distribuída con sujeción a los principios de la ciencia económica, son, entre otros, los actos administrativos con que los jurisconsultos y los pensadores argentinos solemnizan los triunfos de Salta y de Montevideo, de Maipo y de Ayacucho.

BERNARDO DE IRIGOYEN

Rivadavia

La luz de la educación intelectual y moral, que se difundía por las ciudades y los campos, y subía a las cátedras magistrales, penetró en los hogares, brilló como una llama celeste en la cabeza de la madre de familia, alumbró la cuna del recién nacido, y derramó sus suaves resplandores sobre el lecho del enfermo desvalido, confiando a la mujer el cuidado de mantener encendido este fuego sagrado.

Rivadavia fué el primero que entre nosotros se ocupó seriamente de la educación de la mujer, imitando en esto el ejemplo dado por Belgrano, su compañero y su amigo en la revolución, que desde los tiempos coloniales la había promovido con amor; pero fué más original, y en la manera de realizarlo se anticipó más que en ninguna otra de sus creaciones a la ciencia y la experiencia de su tiempo.

Antes que él, se había hablado de la mujer como factor en la labor colectiva de la humanidad, pero aun no se había encontrado la fórmula que establece que "el hombre y la mujer constituyen el individuo social". Rivadavia planteó el problema y lo resolvió prácticamente, introduciendo a la mujer a la vida pública por las puertas de la caridad y de la educación común, asignándole deberes activos apropiados a su naturaleza en la dirección de los negocios sociales. Recién en estos últimos años, la Inglaterra ha llamado a la mujer por medio del voto público a intervenir en la educación, y en los Estados Unidos, la práctica más que la ley autoriza su presencia en los consejos oficiales de este género. Por eso admira aun hoy mismo la creación de la Sociedad de Beneficencia, a la que encomendó esa misión moralizadora, habilitándola para estimular y premiar las virtudes sociales.

Las palabras con que se promulgó el decreto de esta nueva institución muestran que su fundador tenía la conciencia del alcance y del significado de su obra. "La existencia de la mujer, decía, es aún vaga e incierta. La naturaleza dió a la mujer distintos destinos y medios de hacer servicios, que con los que rinde el hombre satisfacen sus necesidades y llenan su vida..., y el hombre se alejaría de la civilización si no asociase a sus ideas y sentimientos a la mitad preciosa de su especie. No hay medio ni secreto para dar permanencia a todas las relaciones políticas y sociales, sino el de ilustrar y perfeccionar así hombres como mujeres, y a individuos y a pueblos."

Esta Sociedad de Beneficencia, la hija predilecta de Rivadavia, que aun vive derramando en torno suyo las bendiciones de la vida, es la que treinta y cinco años más tarde, imitando el ejemplo de la Antígona griega, trajo de la tierra de la proscripción los huesos de su ilustre padre...

BARTOLOME MITRE

El maestro de la calle Santa Clara

Por Héctor Pedro Blómberg



Juan Andrés de la Peña.

La escuela estaba en la esquina de Chacabuco y Santa Clara, que después se llamó Potosí y es hoy Alsina, y la gritería de las chinas y las negras del mercado vecino oíase distintamente en las aulas durante las horas de la mañana.

Frente a la escuela pasaban a toda hora las patrullas y las partidas de Cuitiño, cuyo famoso cuartel sólo distaba cuatro cuadras, en Chacabuco al llegar a Chile.

Treinta y tres años en ese mismo lugar alzóse el destartalado teatro de la Ranchería, que congregaba en su barraca al público del último tiempo colonial.

Era en una mañana de febrero de 1825 en el tiempo del gobernador Las Heras y el Congreso Constituyente, cuando un hombre joven abrió la escuela.

Llamábase Juan Andrés de la Peña.

El último sobreviviente de la legión de sus discípulos lo recordaba todavía en 1910: "Parécenos verlo como en 1852, acariciando a los niños que tanto amó, pulido en sus modales, en su decir, de blanda expresión, vestido siempre de blanco, sedoso el largo cabello, blanco su traje, blanca su alma, paseándose entre las hileras de bancos. Notábase como vago reflejo luminoso en la dulce mirada de sus ojos grises, transparentando alma sin doblez. Leíase tan claro en aquellos ojos, pegándose al oído su persuaviva voz, a toda hora paternal. Como al Maestro divino, alguna vez se le vió sonreír, nunca se le oyó reír".

Aquella escuela debía permanecer abierta durante cuarenta años. Las dos generaciones del tiempo de Rosas, y otra más, aprendieron a leer en las cartillas de Juan Peña.

Así lo describe el sobreviviente de 1910, que se llamaba Pastor S. Obligado: "Puerta ancha de zaguán espacioso; a la derecha abría la que comunicaba al interior de las habitaciones de familia. A la izquierda, salita donde el maestro recibía bondadosamente a cuanta madre afligida llegaba a confiarle sus retoños. Alta parra de uvas siempre verdes, que los escueleros se encargaban de no dejarlas madurar, cubría el primer patio, conduciendo húmedo corredor al segundo de oficina indispensable. Frente a la puerta de calle, el salón chico para los grandes, y haciendo cruz, el salón grande para los chicos, con dos ventanas y puerta intermedia condenada, no sólo por férreos barrotes, sino por ser paradero perpetuo de penitenciados, con larga lengua de bayeta colorada o cucurucho de papel, único castigo que solía imponer aquel santo varón a sus discípulos rebeldes."

A tres generaciones enseñó a leer don Juan Peña. En el aula de los chicos había un banco donde cuatro futuros príncipes de la iglesia argentina garabatearon sus primeros palotes: monseñores Aneiros, Boneo, Terrero y Espinosa; en otra grabaron sus iniciales con mellada navajita los que habían de ser con el tiempo los generales Campos, Garmendia, Bernal, Obligado, Balsa, Romero...

Larga, interminable, sería la lista de los porteños ilustres cuyas cabezas infantiles se inclinaron sobre los pupitres de la escuela de la calle Chacabuco.

Allí Juan Peña enseñó por espacio de cuarenta años. Su juventud se fué, transcurrió el cuarto de siglo de sangre, sus largos cabellos castaños neváronse de ancianidad, y él continuaba paseándose entre las hileras de bancos, corrigiendo las planas, repasando el alfabeto a los más pequeños, examinando gramática a los mayorcitos...

El clamor de 1829, las voces de 1833, el trágico gemido de 1840, las descargas de 1848, se detenían en los umbrales de la escuela de Peña. Las dos aulas no fueron profanadas jamás por el rojo retrato del Restaurador, ni la divisa federal ensangrentó nunca el blanco traje del maestro.

Algunas veces, en los atardeceres de verano, al pasar al trote de sus caballos por la calle de tierra, los hombres barbudos, de chiripás colorados, veían una sombra blanca y serena en la esquina de Chacabuco, y una voz ronca saludaba con respeto.

—Buenas tardes, don Juan...

Eran Cuitiño y sus hombres, que regresaban a su cuartel.

Habían transcurrido veintisiete años desde aquel día de febrero en que se abriera la escuela. Era una mañana sofocante, y la campana del Cabildo daba las diez.

Los escolares retardados que llegaban corriendo vieron a don Juan Peña, quien, un poco pálido, los esperaba en la puerta:

—Niños, vuélvanse corriendo a sus casas.. ¡Pronto!

La bandada de escolares dió media vuelta y se alejó a toda velocidad por la ahora desierta calle Santa Clara. En la puerta de la casa del general Mansilla (Alsina y Tacuarí) un soldado negro tocaba generala en un tambor rojo, y el cañón del Fuerte cercano anunciaba que don Juan Manuel de Rosas y su Santa Federación acababan de caer para siempre en el campo sangriento de Caseros.

Pero don Juan Peña debía seguir enseñando durante doce años más.

Hasta que una noche de 1864 los ojos grises del anciano se cerraron entre los bancos de su escuela. La dulce voz que había enseñado durante ocho lustros estaba muda...

El amor y las lágrimas de tres generaciones rodearon el sencillo ataúd de Juan Peña. "Cabezas encanecidas de discípulos se descubrieron al abrirse la madre tierra, y rubios ángeles, pequeños alumnos de sus días postreros, cubrían el féretro de flores".

Sobre la tumba se alzó una modesta columna funeraria, coronada por un busto de mármol. Debajo, en relieve, veíase la imagen divina de Jesús. El mármol parecía decir en las palabras sublimes lo que fué la vida del maestro de la calle Santa Clara: "Dejad que los niños vengan a mí".

Héctor Pedro Blomberg

La historia de Sudamérica

NO es ya tiempo de que la historia de Sudamérica deje de consistir en la historia de sus guerras y de sus guerreros, como ha sucedido hasta aquí? En lo más de ella la historia de la guerra tendría un útil sentido y un enseñamiento fecundo, si se redujese a lo que ha sido por regla general, no por excepción; la historia de menguas y pérdidas territoriales de unos estados, sin provecho de los otros, y la del origen y formación de sus deudas públicas agobiantes y ruinosas para sus progresos. Se vería que lo que compensa o repara sus descalabros, nacidos de ese desorden, es el progreso espontáneo y natural debido al comercio y a la industria, cuya historia, sin embargo, no ha ocupado hasta hoy a ningún historiador de su revolución fundamental, más económica en su esencia que política.

La historia de su comercio, de su industria, de su riqueza, de sus mejoramientos materiales, es más útil y necesaria que la de sus guerras, que apenas han producido otra cosa que libertades escritas, glorias vanas y progresos que no excluyen el "statu quo", en lo más sustancial para la civilización, que es el nivel moral e inteligente del pueblo más numeroso.

La revolución digna de historiarse es la del cambio por el cual países que hace dos tercios de siglo eran colonias pobres, oscuras y aisladas del mundo, han venido a ser vastos mercados, frecuentados por todas las naciones.

Ni es otro el sentido en que la historia tiende a ser concebida en este siglo, porque en todas partes parece afectada del mismo extravío, con los mismos efectos perniciosos para el mejoramiento social.

"Si recordamos, dice Herbert Spencer, que toda la historia está llena de los hechos y gestos de los reyes, en tanto que los fenómenos de la organización industrial, visibles como ellos son, no han logrado sino recientemente atraer un poco de atención; si recordamos que todas las miradas y pensamientos se dirigen a las acciones de los que gobiernan, que nadie hasta estos últimos tiempos tenía ojos ni pensamientos para los fenómenos vitales de la cooperación espontánea, a los cuales deben las naciones su vida, su crecimiento y progreso, no podemos dejar de ver cuán profundos han sido los errores padecidos en las conclusiones que han deducido los hombres sobre las cuestiones sociales".

Estas cuestiones son, entretanto, las que más interesan a los destinos de la América del Sur, porque no son otras que las de su población, exploración, practicabilidad y explotación de su rico y desierto suelo. ¿Qué son sino cuestiones sociales de vida o muerte para Sudamérica, sus cuestiones tan traqueadas de inmigración, colonización, educación pública, trabajo, riqueza, comercio, crédito, caminos, puertos, etcétera?

JUAN B. ALBERDI



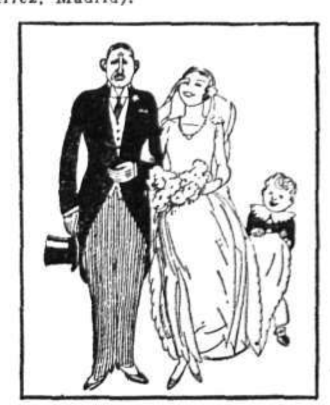
—Le advierto, agente, que está hablando con un oficial.
—¿Oficial?
—Sí; oficial... carpintero.
(De *Gutiérrez*, Madrid).

DIALOGO DE ESTATUAS

—¿Y dice usted que su madre no tiene nunca sabañones en las manos? ¿Está al lado de la estufa?
—No. Es la Venus de Milo.
(De *Gutiérrez*, Madrid).



—Dígame usted algo del estado del Ohío.
—Muy malo. Cada día oigo menos.
(De *Gutiérrez*, Madrid).

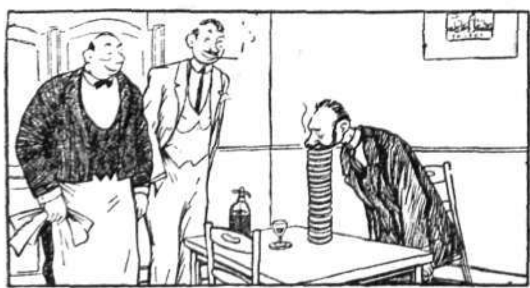


—El color blanco del traje de boda indica alegría.
—Sin duda por eso el novio suele ir vestido de negro.
(De *London Opinion*, Londres).

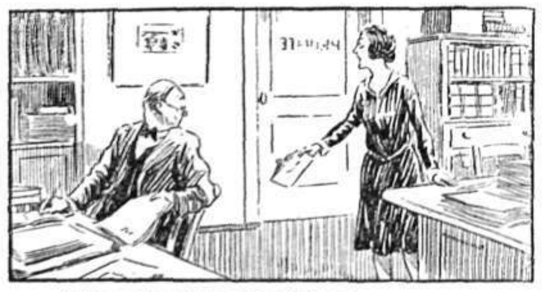


EL DRAMA DEL CORTO DE VISTA

—¡Qué débil estoy! ¡No puedo ni siquiera con el bastón!
(De *Gutiérrez*, Madrid).



—No bebe por ser alcoholista, sino para hacer descansar la cabeza.
(De *Le Rire*, Paris).



—Señor, esta carta viene abierta.
—Hágala devolver al remitente y que la cierre.
(De *The Humorist*, Londres).



EL OFICIO CREA EL HABITO

Cómo agarra a su novia el bajo de la orquesta.
(De *The Humorist*, Londres)



La invitada. — ¡Cómo! ¿Ahora se usan los guantes negros?

La dueña de casa. — No. Pero como casi todos los invitados traen las manos sucias...

(De *Le Rire*, París)



—Lo siento mucho, amigo; pero yo no vine a pescar, sino a cazar.

(De *Judge*, Nueva York)



La madre. — ¡Cuidado, que el señor no es papá!
El chico. — Me confundí. Como se le parece en el cigarro...

(De *Life*, Nueva York)



El equibrista. — ¿Es cierto que usted anda hablando mal de mí?

(De *The Humorist*, Londres)

ARTE STANDARIZADO



La pintura en series...

(De *Guerin Meschino*, Milán)



—¡No me digas, Cándido! Estos zapatos para mí son ideales, y aquéllos para ti son monísimos.

(De *Gutiérrez*, Madrid)

Los primeros pasos en el esquí.

(De *Lustige*, Berlín)

Mi educación

EXTRAÑAS emociones han debido agitar el alma de nuestros padres en 1810. La perspectiva crepuscular de una nueva época, la libertad, la independencia, el porvenir, palabras nuevas entonces, han debido estremecer dulcemente las fibras, excitar la imaginación, hacer agolpar la sangre por minutos al corazón de nuestros padres. El año 10 ha debido ser agitado, lleno de emociones, de ansiedad, de dicha y de entusiasmo. Cuéntase de un rey que temblaba como un azogado a la vista de un puñal desnudo, efecto de las emociones que lo conmovieron en las entrañas de su madre, en cuyos brazos apuñalearon a un hombre. Yo he nacido en 1811, el noveno mes después del 25 de mayo, y mi padre se había lanzado a la revolución, y mi madre palpitado todos los días con las noticias que llegaban por momentos sobre los progresos de la insurrección americana. Balbuciente aún, empezaron a familiarizar mis ojos y mi lengua con el abecedario, tal era la prisa con que los colonos, que se sentían ciudadanos, acudían a educar a sus hijos, según se ve en los decretos de la junta gubernativa y los otros gobiernos de la época. Lleno de este santo espíritu, el gobierno de San Juan, en 1816, hizo venir de Buenos Aires unos sujetos dignos por su instrucción y moralidad de ser maestros en Prusia, y yo pasé inmediatamente a la apertura de la escuela de la patria, a confundirme en la masa de cuatrocientos niños de todas edades y condiciones, que acudían presurosos a recibir la única instrucción sólida que se ha dado entre nosotros en escuelas primarias. La memoria de don Ignacio y don José Genaro Rodríguez, hijos de Buenos Aires, aguarda aún la reparación que sus inmensos, sus santos servicios merecen, y no he de morir sin que mi patria haya cumplido con este deber sagrado. El sentimiento de la igualdad era desenvuelto en nuestros corazones, por el tratamiento de "señor" que estábamos obligados a darnos unos a otros entre los alumnos, cualquiera que fuese la condición, o la raza de cada uno; y la moralidad de las costumbres estimulábanla el ejemplo del maestro, las lecciones orales, y castigos que sólo eran severos y humillantes para los crímenes. En aquella escuela, de cuyos pormenores he hablado en "Civilización y Barbarie", en "Educación Popular", y conoce hoy la América, permanecí nueve años, sin haber faltado un solo día bajo pretexto ninguno, que mi madre estaba ahí, para cuidar con inapelable severidad de que cumpliese con mi deber de asistencia. A los cinco años de edad leía corrientemente en voz alta, con las entonaciones que sólo la completa inteligencia del asunto puede dar, y tan poco común debía ser en aquella época esta temprana habilidad, que me llevaban de casa en casa para oírme leer, cosechando gran de copia de bollos, abrazos y encomios, que me llenaban de vanidad.

DOMINGO F. SARMIENTO



que es delicada y frágil. La misma atención que pone en la elección de un camino, debe usted tener en la selección de los combustibles para su vehículo, pues tanto como de aquéllo, dependen de ésta el rendimiento normal y la duración de su coche. La NAFTA Y. P. F. dará a su automóvil la vitalidad que usted desea.

LA DIRECCION GENERAL DE YACIMIENTOS PETROLIFEROS FISCALES ha dado a los automovilistas argentinos el indiscutible y enorme beneficio del

COMBUSTIBLE A BAJO PRECIO

con la NAFTA, KEROSENE y AGRICOL Y. P. F. les garantiza asimismo el uso de COMBUSTIBLES SUPERIORES EN CALIDAD Y RENDIMIENTO

NAFTA
Aeronafta
Kerosene
AGRICOL
GAS-OIL
FUEL-OIL
FUEL-OIL DIESEL
Y. P. F.

DIRECCION GENERAL DE YACIMIENTOS PETROLIFEROS FISCALES

Capital Federal: Paseo Colón, 922 - U. T. 33, Avenida: 6031, 6037, 4257, 4358.—Direcciones telegráficas: PETROLEUM - Dep. Nafta, Agricol, Kerosene: PETRONAK.

Y.P.F.

Mendigos a caballo

NO se encuentra ya en Buenos Aires, lo cual es muy sensible para el turista aficionado a lo pintoresco, el mendigo a caballo. Esta última originalidad local ha desaparecido o, por lo menos, ha emigrado a las ciudades o a las provincias lejanas.

El mendigo a caballo era para el inmigrante recién desembarcado un objeto de admiración y de alegría, no solamente de esa alegría que llena el alma del hombre venido de lejos que encuentra en su camino algo que merece contarse, sino una alegría o placer más serio. En efecto ¿qué no promete al inmigrante un país donde los mendigos van a caballo?

¡En qué lujoso tren no se veía ya él, que no quería permanecer ocioso ni pobre; si los que viven de la caridad van a caballo, el trabajador debe por lo menos ir en carroza!

¡Ilusiones vanas y esperanzas irrealizables! El mendigo iba a caballo, porque el caballo, que es la montura del rico en Europa, es allí, y sigue siéndolo, un ganado desdeñado, demasiado fácil de alimentar y multiplicar. En estos rebaños sin valor de caballos feos y deformados, que los propietarios envían cada año al "saladero", para operar la más inesperada de las transformaciones industriales, y obtener de un millar de estos animales mil pieles y algunas barricas de aceite, el más pobre puede escoger un ser más miserable que él, yegua demasiado flaca para merecer los honores del sacrificio, potro huérfano que ha sido alejado de su madre moribunda con un latigazo. Este es el caballo que conducirá al mendigo y su zurrón y hará juntamente con él oficio de pedir, buscando también por su parte el sostén de su propia vida a lo largo de los caminos y de las calles, detrás de las carretas de alfalfa, arrancando el pastito entre las piedras, y regalándose con las briznas de paja abandonadas, royendo cualquier pedazo de cuero que se encuentra y todos los pedacitos de madera que hay a su alcance.

El mendigo a caballo, acaso por el mero hecho de ir a caballo no era ni vulgar ni desdeñado. Era una especie de gaucho hidalgo, poco a propósito para el trabajo y que no juzgándolo digno de él, se convirtió en brujo, adivino, decidor de la buenaventura, posesor de remedios cabalísticos, algunas veces payaso, que fingía estar loco o tonto para excitar la compasión del público y alegrar los barrios o cuadras, donde no penetraban los periódicos y donde era bien venido por traer su tributo a los cuentos de las comadres, única distracción.

El empedrado lo ha desterrado de las calles donde no brota ya el pasto y donde las paredes han venido a sustituir a los setos vivos, no encontrando ya su caballo qué comer.

E M I L I O D A I R E A U X

3 SELECCIONES

OSCARIA

EN CALZADO DE LUJO A PRECIOS POPULARES



El calzado Oscaria — fabricado con cueros Oscaria, legítimos, que importamos directamente del centro de Alemania — es todo una garantía de calidad, de duración y de flexibilidad.

Las tres selecciones en que se ofrece el calzado Oscaria — la A de $ 22.—; la B de $ 18.— y la C de $ 15.— están sometidas a los más perfectos procesos de fabricación. Por eso Ud. notará que el armado, emplantillado, punteado y terminado del calzado Oscaria están cuidadosa y esmeradamente llevados a cabo para que ofrezcan las mayores garantías de buen servicio. Además está diseñado en hormas de gran elegancia y de mucha comodidad.

En venta en las buenas zapaterías y casas de artículos generales de la capital e interior.

Exíjalo con su marca propia estampada en la suela y talonera de cada zapato.

OSCARIA

Fabricantes: **UBOLDI & Cía.** — Buenos Aires



PIEL DEL DIABLO

Por Enrique E. Rivarola

Como las clases, en el flamante Colegio Nacional de Rosario, habían de empezar el 16 de julio, me incorporé el día antes.

El crecimiento de la ciudad ha cambiado totalmente el aspecto de aquellos parajes, elegidos para levantar el colegio. Antes, en la época de la fundación del establecimiento, era el terreno una vasta planicie despoblada, limitada, por el lado del río, por las barrancas del Paraná, que parecían cortadas a pico. Crecían abundantes los pastos, altos los yuyales, escasos y de poca altura los árboles; y víboras y lagartijas corrían como dueñas de todo. Alguna pareja de chajaes volaba en espiral, ascendiendo y descendiendo; y los aguiluchos y caranchos, o lo que fuesen, que parecían levantarse de las islas, en bandadas, solían hacer por las barrancas incursiones de rapiña.

Uno que otro ranchito, trabajado como nido de hornero, de paja y barro; con sus arbolitos, su caballo, su perro; uno que otro ranchito en que necesariamente vivirían, para la imaginación del colegial, o una vieja bruja o una chinita de lindos ojos, rompían la línea uniforme del paisaje. De las ventanas del colegio se divisaba el río; y, acercándose un poco más a la barranca, la vista se recreaba siguiendo a algún balandro que barloventeaba, tirando bordos de una costa a la otra, luchando con la correntada.

Se cuenta que Sarmiento hizo ensayar la artillería, con disparos dirigidos al colegio, recientemente construído y no ocupado todavía. Las balas no hicieron grandes destrozos; pero los muros que daban al fondo del edificio, precisamente al lado del río, mostraban en aquel entonces rastros del bombardeo: los remiendos en la mampostería evidenciaban el ataque.

Ahora el cuadro ha cambiado. En vano el estudiante de aquellos tiempos buscaría hoy el sitio de sus alegres correrías de los recreos. Edificos grandes y chicos lo ocupan; calles bien pavimentadas, líneas de tranvías y líneas férreas cerca de la barranca. Los ranchitos se fueron de allí para siempre.

Allí, a aquella jaula grande del internado, fuí a dar, en una mañana de crudo invierno, lluvioso y muy frío. El viaje, desde el centro de la ciudad, se hacía en diligencia. El vecindario de Rosario — especialmente los padres de familia — protestaba contra la inadecuada ubicación del colegio. Otros reían de los percances a que se veían expuestos los colegiales. Una caricatura de *no sé qué periódico rosarino* hacía aparecer al ingeniero Grondona, director de la obra, a quien sus amigos genoveses llamaban "Pargoletto" (Parvulillo) sentado en los techos del colegio, con sus largas piernas hacia la calle, pescando con caña a los muchachos, metidos hasta la cintura en los pantanos de los alrededores.

Mis ropas cabían todas en una maleta, que llevaba conmigo. Salté de la diligencia en que había hecho el viaje con tres o cuatro muchachos más, si nhablarnos; y entré animosamente, porque mis reflexiones me hicieron ver la conveniencia de marchar derecho.

El edificio del colegio se levantaba en un cuadrado de cien metros, según los cálculos de mis recuerdos. Un gran patio, anchos corredores y un árbol, probablemente casuarina, en cada ángulo. A la derecha, las aulas; a la izquierda, los dormitorios. El comedor, la cocina y otras dependencias, al fondo, fuera del cuerpo principal; y un pasaje daba acceso a ellas. Al centro, otro pasaje que conducía a las habitaciones destinadas al rector y su familia.

Casi un cuartel; pero como todo era nuevo y limpio, la permanencia allí se hacía tolerable.

Me presenté al rector don Enrique Corona Martínez. Era éste un hombre de baja estatura, grueso hasta la obesidad, joven todavía, rubio y coloradote, pulcramente vestido. Usaba pantalón a cuadros, blanco y negro, chaleco blanco y saco azul. Cubría su calvicie un gorro de seda en que los alumnos del colegio descubrimos las propiedades del barómetro, porque sus inclinaciones para atrás, para adelante, para los costados, indicaban los estados de ánimo. ¡Malo, cuando el gorro caía sobre el entrecejo!

Culto en sus maneras, correcto en su trato, ya severo, ya afable, según lo pedían las circunstancias, se imponía al respeto de aquel pequeño mundo cuyo gobierno ejercía. Los estudiantes, con el atinado juicio que suelen formar de sus maestros, le admiraron cuando le vieron reemplazar en la cátedra al profesor ausente y mostrar preparación en diversas materias de la enseñanza.

Estudios y recreos se dividían el tiempo en

aquella vida conventual, animada diariamente por la llegada de los externos y de los profesores. La vida no era como para sentirnos satisfechos de ella: nuestro peor enemigo, el frío. La barranca, en aquellas mañanas de julio, de los primeros días de internado, mostraba el rigor de las cumbres andinas. El viento se colaba por el corredor en que estaban los lavatorios. Las jarras de agua helada, puestas junto a las palanganas, desempeñaban funciones de instrumentos de tortura. ¡Felicítense de su buena estrella los colegiales de hoy, que disponen de agua caliente para sus baños y de ambiente tibio para sus dormitorios!

La campana, cuyos toques impartían órdenes a la tropa estudiantil, echaba dianas a las cinco; mucho antes, por cierto, de que rompiese el día. El señor Bernard, celador de nuestro dormitorio, iba de un lado para otro, apurando a los perezosos.

— Señor — preguntaba una voz quejosa, saliendo de entre las cobijas, — ¿hace mucho frío?

— ¡Qué frío ha de hacer — respondía Bernard, el "viejo cara de zorro", — si está el sol que raja la tierra!...

¡El sol!... ¡Quién hubiese podido verle a esas horas! Pero, también él era perezoso, y se dejaba estar entre los paños de la noche.

Remoloneando, protestando, llamando al celador por el apodo que desde el primer día se le puso, los internos asomaban, poco a poco, la desgreñada cabeza, como el caracol que sale de su concha.

Caracol, sin sol,
saca los cuernos al sol.

Y, a medida que se veían vestidos, salían a los corredores, apenas alumbrados por la mortecina luz de los faroles a querosén y se dirigían a los lavatorios. Toda la ropa de los armarios era poca, para defenderse del frío. Eché mano de todos mis trapitos: las piezas de vestir, de a pares; dos pantalones, dos chalecos, saco y sobretodo. De otro modo no me aventuraba a salir, por miedo a morir de frío. Naturalmente, forrado en forma tan poco elegante, con más apariencia de bicho de cesto que de figura humana, y puesto frente al suplicio del lavatorio, no alcanzaba a peinar mis cabellos y apenas si, con las yemas de los dedos, me humedecía los ojos.

El rector, que no solía aparecer por los corredores a esa hora, lo hizo una mañana y topé con él, al salir del lavatorio, con la toalla al hombro, en la facha que acabo de pintar. Mi cabello, abundante y ondeado como el de los niños, sólo sobre la frente mostraban aliño; lo demás debió ser como la lana de un colchón.

El rector me detuvo, al salir al corredor, me miró, de hito en hito, y me lanzó, a boca de jarro, estas sangrientas palabras:

— Sobre que es usted feo como un demonio, no se peina. Vuelva al lavatorio y péinese.

¡Feo como un demonio!... El ultraje sonó por largo rato en mis oídos, como zumbido de mosquitos introducidos en mis orejas. Y, con la paciencia del gato que se adereza para esperar visitas, relamí nuevamente con el peine la enmarañada cabellera, y salí, camino del estudio.

Apenas si nos manteníamos despiertos, vigilados constantemente por el celador, que nos llamaba al trabajo si nos veía dormidos.

La hora del desayuno, con el sol alto, fué de regocijo. Las tazas humeantes de café con leche, los grandes panes, sacados del horno, sabían a manjar de los dioses.

Me correspondió el asiento junto a la cebecera de la mesa, a la derecha del "señor Pacheco", un viejo español, tipo de carabinero retirado. Se nos permitía conversar libremente, y las charlas de la mesa nos hicieron amigotes. Recordando uno de esos cuentos ilustrados que entretienen la imaginación de los niños, creí verme cara a cara con el temible gigante "Pasa Gente en los Bigotes", porque los de Pacheco bien podían hacer de puente para facilitar el paso del río.

A la izquierda de Pacheco se sentaba "Piel del Diablo", compañero de internado, a quien llamamos así por su inquieto espíritu y sus travesuras. En cierta ocasión, durante el almuerzo, hablamos de Marigorta, otro celador, español también, posesionado de la autoridad. Pacheco cortaba a su gusto, contra Marigorta, que engullía un bife, al otro extremo de la mesa.

— ¡Este Marigorta! — exclamó Pacheco, después de una pausa. — ¡Habría que ponerle sal en la cama, para que se mandase mudar!...

— ¿Qué le haría la sal? — pregunté, con curiosidad.

— Pues, le picaría en todo el cuerpo y no le dejaría dormir en toda la noche.

"Piel del Diablo", que atendía la conversación, intervino, dispuesto a proceder.

— Entonces — dijo, — me llevaré la sal que hay aquí.

Y, sacando de sus bolsillos una hoja de papel con apuntes de matemáticas, volcó en él el contenido del salero, lo envolvió cuidadosamente y lo guardó.

Al día siguiente "Piel del Diablo" fué llamado al despacho del rector. Acudió en el acto. Allí estaba también Pacheco, que, al verle, erizó sus bigotes formidables y le lanzó una mirada terrible.

Corona Martínez había dejado deslizar su gorro, hasta posar sobre el entrecejo. Mala seña.

— Usted ha echado sal en la cama del señor Pacheco — dijo el rector, mirando fijamente a "Piel del Diablo", para juzgar del grado de sinceridad de la respuesta.

— El señor Pacheco podría decirnos — respondió el acusado — en qué funda su denuncia.

— En la seguridad, señor rector; en la seguridad de que fué él — replicó el celador, visiblemente contrariado por el giro de la cuestión.

— Lo diré yo, señor rector — agregó "Piel del Diablo", sin perder su aplomo. — El señor Pacheco supone que fuí yo, porque él me aconsejó que echase la sal en la cama del señor Marigorta. Es cierto, fuí yo: me equivoqué de cama, y en lugar de echar la sal en la del señor Marigorta, la eché en la suya.

— ¡Salga usted de aquí! — mandó el rector, enronqueciendo la voz, como si tronara.

"Piel del Diablo" obedeció, escabulléndose rápidamente. Imagino que la reprensión preparada para él recayó en el denunciante.

Así, repartiendo las horas en estudios y chacotas, transcurrían los días en la jaula grande del Colegio Nacional. Jaula que no era del todo encierro: las salidas de domingos y días de fiesta; las correrías por las barrancas, gozando de las alegrías y de las tibiezas del sol, nos permitían el dulce encanto de la libertad.

Enrique E. Rivarola

DIBUJO DE BATLLE

PAGINAS ARGENTINAS

Lamartine

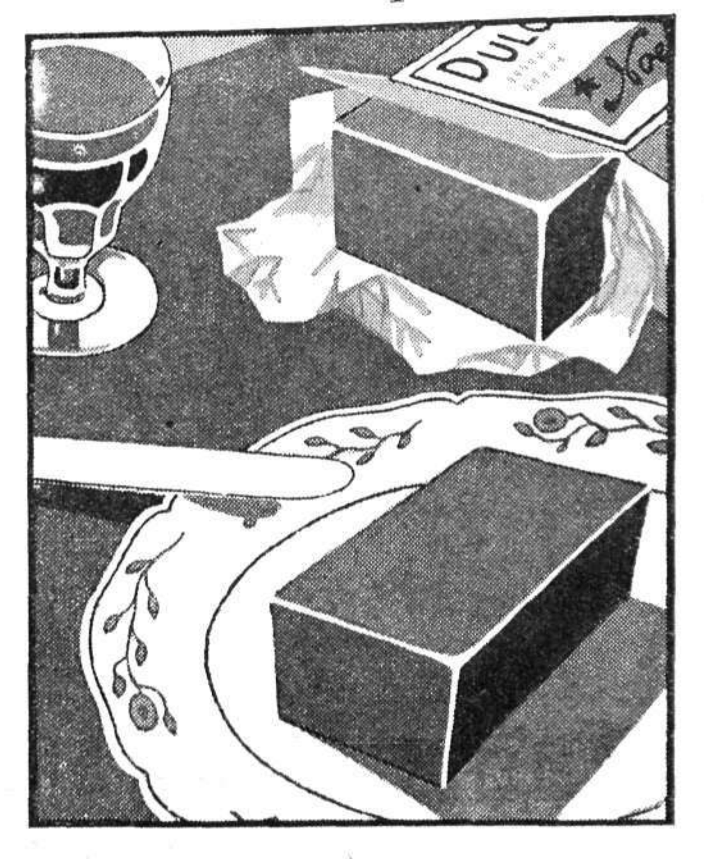
QUEDA solo frente a frente de la posteridad su noble imagen. Ella dirá que si Mr. de Lamartine no fué un faro inconmovible en medio del océano, habiendo participado de las oscilaciones de su siglo, hubo en él la unidad del pensamiento en la virtud; dirá que fué una de las inteligencias más vastas, de las naturalezas más prodigiosas, conjunto múltiple de facultades eminentes, y que en su pecho tierno y varonil latió un corazón formado para comprender y para amar todas las cosas grandes de la tierra y del cielo.

Si ya en la decadencia de su vida y en el eclipse de sus facultades mentales, se mostró alguna vez injusto hacia la América, no seamos demasiado severos con ese augusto peregrino de viaje al infinito. Antes bien, estemos persuadidos de que a haber fijado la vista en nuestro Continente, la rectitud de su juicio nos habría hecho justicia, mayormente cuando llegase a convencerse que él era el padre intelectual de toda una familia de poetas, ornato y prez de la naciente literatura americana. Es epecialmente bajo la faz literaria que le hemos amado a la distancia, que nuestro pensamiento lo acompaña con veneración hasta el humilde sepulcro de sus padres, donde hoy reposan sus cenizas. Ese sepulcro, erigido en el fresco valle de Saint Point, asilo de su infancia, fué levantado por él mismo. "Entre el cementerio y el jardín", dice en su carta a Mr. de Esgrigny, la cual sirve de introducción a sus "Armonías" "he fabricado yo (siendo éste el único edificio que haya fabricado en esta vida), un monumento fúnebre: una capilla de arquitectura gótica, rodeada de un claustro, con piedras esculpidas señalando las tumbas, y que protegen algunas flores tristes. Tal fué el paraje donde deposité los negros ataúdes de las personas que más había amado, y cuya pérdida me causara mayor desolación en este valle de lágrimas". "Siempre que visito a Saint Point, agrega con ternura, o me ausento de esta heredad, voy solo, al ponerse el sol, a decir de rodillas una palabra de despedida a esos huéspedes de la paz eterna, en ese lugar intermedio entre el destierro y la felicidad; y con la frente apoyada en la piedra que me separa de sus restos, les hablo en secreto suplicándoles que amenicen la aridez de nuestra existencia con una rayo de amor, con un rayo de paz nuestras dudas, con un rayo de verdad nuestras tinieblas".

Hoy nos toca a nosotros inclinarnos ante esa fosa venerada, meditando en la fragilidad de las cosas humanas y en los misterios inescrutables de la eternidad. No lo haremos, con todo, sin repetir a nuestros compatriotas aquella voz solemne que oyó el Dante en la mansión del dolor, cuando vió aproximársele el grupo glorioso en que descollaba la figura de Homero: "Onorate L'altissimo Poeta".

CARLOS GUIDO y SPANO

Para cuando Vd. vuelva de hacer sus compras, *recuerde que* Noel *le facilita*



un postre
Rico y Económico

CUANDO vuelva al hogar, con los comestibles, recuerde que el postre es muy importante. Es a la vez un deleite y un alimento.

El paquete de Dulce de membrillo creado por la casa Noel, será la solución más rápida y sencilla.

En cualquier almacén puede encontrarse... protegido por un envase que lo conserva limpio y fresco, con una cantidad fija, exacta, que usted sabe con seguridad que alcanza para cuatro personas ¡y es tan rico! Ello se debe a su excelente calidad... su lindo color pregona su pureza... Está hecho con membrillos sanos, maduros... Lo elaboran y lo envasan máquinas modernas en cámaras cerradas donde no penetra el polvo... ¡Y es tan barato!... ¡por sólo veinte centavos puede comprarse en la Capital Federal!

De paso por el almacén, recuerde que debe comprar un paquete de Dulce Noel.

OTROS EXCELENTES PRODUCTOS NOEL

Chocolate Noel
Caramelos Capitán Kid
Bombones "Caresses"
Kelito



La porción familiar protegida por un envase y una marca.

Pida siempre así:

...un paquete de

DULCE NOEL

NOEL & CIA. LDA.
FUNDADA EN 1847
BUENOS AIRES

Criollos y extranjeros

A medida que, por especificación natural, el amor a lo que es propio o idéntico se contrae a lo que es más propio o está más cerca, la consecutiva aversión a lo que es ajeno o diferente desciende correlativamente de lo más a lo menos ajeno o diverso, de los extraños lejanos a los vecinos y de éstos a los comarcanos, de los infieles a los creyentes en disidencia, de los enemigos del país a los del partido y de éstos a los adversarios de la facción o la camarilla, dentro del mismo partido, pues, en definitiva, toda la mezquindad y la perversidad criadas y guardadas en el espíritu del hombre, como los perros bravos en la casa, para morder a los extraños, desgarran a los miembros de la misma familia que los llevan consigo, cuando se tornan adversarios. Fué con el espíritu represivo y vindicativo, fué con el odio alimentado, cebado y afilado para matar infieles, que se realizaron las matanzas de cristianos por cristianos, como las de argentinos por argentinos, vueltos a la condición natural de los salvajes, por el cultivo de una cosa que es salvaje, aunque esté puesta al servicio de la causa más santa o de la divinidad más grande.

Porque el odio al enemigo es el odio al amigo y al hermano, cuando un incidente cualquiera, surgido de la diversidad de intereses o de pareceres, los ponen del otro lado.

Porque el odio al extraño, en que viene a parar siempre el reverso del patriotismo recalentado en espíritus estrechos, es una cosa mala en sí. Un extraño es un igual o un mejor, separados por un accidente cualquiera, una montaña, un credo, un mar, un idioma, un río, un Arroyo del Medio, una opinión política, el nacimiento, la educación, el color de la piel, la forma o la calidad del traje. Y somos precisamente los más próximos, individuos o naciones, los que estamos en mayor peligro de quedar más diametralmente distanciados por cualquier incidente que surja y nos divida, a matarnos en duelo o en guerra, como lo expresaba el proverbio griego citado por Aristóteles: "Cuando dos hermanos riñen es a muerte, porque el odio se extrema tanto cuanto se ha extremado la amistad".

De ahí que sea tan peligroso el cultivo de ciertos sentimientos, porque no podemos aguzar nuestra susceptibilidad para los extraños, sin que quede también avivada para los inevitables motivos de distanciamientos entre nosotros mismos y por contragolpe la de aquéllos para nosotros. Es lo que no ven nunca los atolondrados en las relaciones sociales, y los patrioteros en las internacionales: que todo enardecimiento suscita otro enardecimiento equivalente y contrario.

A G U S T I N   A L V A R E Z



Las Alianzas
no siempre atan!

No puede la bendición del sacerdote — ni el contrato firmado en el registro civil, asegurarle a Vd. la duración de su dicha. Sólo el amor puede hacerlo y...

BELLEZA - despierta, aviva y alimenta el amor.

Por eso, para su dicha, a usted le conviene hacer "lo mejor" para corregir cualquier defecto de su cutis, para conservarse hermosa. Los científicos tratamientos aquí aconsejados se lo facilitarán.

Usted debe evitar y combatir las arrugas.

Cuando los tejidos subcutáneos se debilitan y cesan de renovarse aparecen las arrugas y grietas en la piel. Usted debe prevenirlas y combatirlas. Esto, hoy, gracias a la científica Crema de Oriente Vindobona, es sencillo. Esta Crema es absorbida por la epidermis, e influye sobre la actividad de los tejidos subcutáneos. Estimula su renovación normal. Los nutre. Los tonifica. Porque actúa como vasoconstructor. De ella debe usted esperar que sobrepase en sus resultados todo lo conocido antes. Bajo su influencia las arrugas más pronunciadas, aun aquellas que se forman alrededor de los ojos y en la frente, se alisan con asombrosa rapidez. No porque estire la piel. No hace tal cosa. Sino porque suministra a la epidermis y a la dermis las substancias que el desgaste de vida les resta. Por eso, la rejuvenece. Le devuelve paulatinamente el cutis suave, liso y lozano que usted tuvo a los 15 años. Y ese efecto es duradero. Cada día que pasa se pronuncia más. En una semana usted puede librar su cutis de las arrugas que han causado los años, la risa o... la amargura.

Le será fácil aclarar su cutis y diluir las pecas.

La misma Crema de Oriente Vindobona aclara la piel. Las alteraciones del cutis, las manchas, los paños, las pecas, son diluídos por ella hasta desaparecer por completo. La piel de usted se renueva, sin que nadie lo note, y las nuevas capas en cuya formación han influído los científicos ingredientes de la Crema de Oriente Vindobona, aparecen inmaculadas y rejuvenecidas. Al mismo tiempo, este sencillo tratamiento refina los poros, haciéndolos imperceptibles. Higieniza la epidermis y depura con los granitos y barritos. Desaparece el acné y las paspaduras se van en seguida que se aplique la Crema. Use todas las noches, o de día, debajo de los polvos, un poco de Crema de Oriente Vindobona.

El "rouge" que no destiñe.

Usted puede ostentar un intenso o suave colorido — como usted prefiera — en los labios y en las mejillas, que tendrá aspecto de perfectamente natural. Se librará también de los molestos retoques en lugares públicos usando "Lágrimas de Rosas Rojas", Rouge Líquido preparado científicamente por los Laboratorios Vindobona.

Aplicándolo una sola vez dura todo el día. La humedad, las comidas, no lo afectan. No se corre. Piense cuán molesto es que en una confitería, después del té, usted constate que sus labios antes purpúreos aparecen pálidos o que se haya corrido el color. El Rouge Líquido Vindobona la librará definitivamente de esa preocupación. Sólo sale con agua y jabón. Es fácil graduarlo. No sólo es inofensivo, sino beneficioso, porque impide el paspado de los labios. Hay dos tamaños de frascos. Si no constatara que posee las cualidades que aquí le atribuímos devuélvalo y recibirá de vuelta su dinero.

La belleza de los ojos requiere pestañas largas.

El secreto de conseguirlas usted lo conocerá. ¿Observó ya cuánta hermosura dan a los ojos las pestañas largas y obscuras? Rara vez son así por naturaleza. A menudo se deben al uso del Negro Líquido Vindobona.

El Negro Líquido Vindobona no se corre. Aunque usted llore no destiñe. No irrita la vista. En virtud de su científica composición, Negro Líquido Vindobona estimula los bulbos, por lo que las pestañas crecen más largas y más gruesas y se arquean. También este producto es garantizado y estamos seguros de que le agradará. Si no fuera así, le devolveremos el dinero gastado.

Se venden con la garantía de devolver el dinero si en usted fallaran, en la Sucursal Argentina de los

LABORATORIOS VINDOBONA

FLORIDA 8 - Piso 1º

En MONTEVIDEO: Andes, 1338 - Piso 3º	**En CHILE - SANTIAGO:** Huérfanos, 920 - Piso 2º

PEDIDOS DEL INTERIOR SE SIRVEN EN EL DIA.

LABORATORIOS VINDOBONA C. C. G. 13
Florida 8 - Piso 1º - Buenos Aires.
Sírvase enviarme gratis el librito descriptivo de los Productos Vindobona para la tez.

NOMBRE . . . .
CALLE . . . . Nº . . . . . .
CIUDAD . . . . F. C. . . . . . .



El capitán de fragata Eugenio M. Leroux realizó los estudios del trazado del primer telégrafo de Conesa a Deseado, y de Comodoro Rivadavia al río Fénix, treinta y cuatro años atrás, cuando la Patagonia era un desierto.

Por TELMO RIMAC

ANTES de desplegar el velamen de sus recuerdos, el capitán de fragata Eugenio M. Leroux cargó su pipa.

—Soy un gran fumador en pipa. Tengo varias, pero ésta es mi favorita, una pipa bóer, obsequio de un amigo que la trajo de Sud Africa. Mi buena compañera de las últimas millas de la vida.

Una taza de café y una copita de óptimo coñac servidos en la "camareta" de confortabilísimo petit-hotel; afuera, cielo gris y hojas que caen y basurea el viento de una tarde rigurosamente invernal.

—Yo ingresé en la Escuela Naval en el año 1877. Siendo cadete formé parte de dos expediciones: a Santa Cruz, en 1878, y al Río Negro, en 1879. La primera se organizó para hacer respetar nuestra soberanía nacional en tan lejano territorio.

—¿Con éxito, comandante?

—Completo. No hubo resistencia. Yo iba en la cañonera "Uruguay".

—¿La que muchísimos años después anduvo por las vecindades del Polo antártico?

—La misma; buque marinero, del cual fuí su comandante, siendo capitán de fragata. Con la "Uruguay" tocóme en suerte ser el primero que se internó en el río Grande, territorio de Tierra del Fuego. Entré y salí sin que mi barco sufriera averías. Las anteriores tentativas de reconocimiento con otros barcos de menor desplazamiento habían fracasado, y algunas epilogaron en naufragio.

—Buena vista, comandante...

—La "Uruguay" ha sido el barco que ha prestado más servicios humanitarios. Era uno de los buques que mandó construir el gran presidente Sarmiento, en 1874, gemela de la "Paraná", después "Piedrabuena". Fué asiento de la Escuela Naval. Hoy está convertida en modestísimo pontón. El ex ministro Domecq García ordenó que la radiaran. Yo protesté. Debimos conservarla como una reliquia, con su arboladura y armamento primitivos. ¿Acaso Inglaterra y Estados Unidos no conservan barcos cargados de años y de recuerdos?

—¿En qué año egresó de la Escuela Naval, comandante?

—En 1880, mes de diciembre.

—¿Actuó en la revolución de ese año?

—No. A los cadetes nos habían aislado en el Tigre, a fin de que no participáramos en la revuelta. Ramón L. Falcón, que era jefe de la compañía, se plegó a los tejedoristas. También se apretaron la gorra Juan Pablo Sáenz Valiente y otros cadetes. Pero la mayoría continuó en su puesto de estudio. Una anécdota, de paso. Ocupábamos una casa de altos y bajos, frente a la estación del Tigre. En los altos dormían los profesores, y en la planta baja, nosotros. Una noche, estando Félix Doufourg y yo de guardia, hicimos entrar una chancha con su cría, no menos de ocho lechoncitos, en el dormitorio de los cadetes, quienes dormían sobre sus coys, en el suelo. ¿Se da usted cuenta de la travesura?

—Zafarrancho de combate...

—Los cadetes descargaron andanadas de botinazos sobre el blanco que ofrecía la intrusa y su cría. Semejante bochinche despertó a los profesores, no tardando en bajar revólveres en mano. El escándalo duró algo más de un cuarto de hora. Doufourg y yo, desde luego, nos hicimos los suecos. Al día siguiente, el vecindario del Tigre aseguraba que en la Escuela Naval habíase producido una sublevación, ¡nada menos que una sublevación!, para plegarnos a los tejedoristas.

—Imaginación popular...

—Ascendido a alférez de fragata en 1881, fuí nombrado miembro de la comisión de estudios hidrográficos y balizamiento del río Uruguay, y al año siguiente, del balizamiento del puerto San Blas y estudios hidrográficos de la costa sur, hasta Río Negro. Fuí profesor de la Escuela Naval, máquinas a vapor, con el grado de alférez de navío, y jefe del estado mayor de la división de Torpedos, ya teniente de fragata. Formé parte de la comisión de límites con Chile. Comandante de la "Argentina" y del "Azopardo", subprefecto de Buen Suceso (Tierra del Fuego) y de Río Gallegos, en 1894 y 1895, y gobernador del presidio militar de Santa Cruz. Durante los años 1897 y 98, actué como jefe de la comisión de estudios del trazado del telégrafo militar desde Conesa a Deseado, y de ubicación de faros en la costa sur, proyectos del inolvidable ingeniero Luiggi.

—Toda una señora campaña...

—En efecto, durante quince meses aislados en plena Patagonia, con mi segundo, el teniente Ojeda, del 8 de Infantería, tres peones y cuatro soldados. Llevábamos 30 mulas cargueras y otros tantos caballos. Cuando empezaron a escasear los víveres secos: asado de guanaco. De yapa, una derivación en los estudios de referencia: el trazado del telégrafo militar de Comodoro Rivadavia hasta el río Fénix, rumbo a la Cordillera. Aquello era desierto. En lo que hoy es Comodoro Rivadavia había un solo poblador, un tal Pietrobelli, italiano, y en la actual Colonia Sarmiento, encontré un galense, Morgan, con 8.000 ovejas, y en el lago Muster, un criollo, Segundo Acosta. Y pare usted de contar... ¡Ah! Me olvidaba de unos indios tehuelches que hallamos en las nacientes del Deseado. ¿Qué más? He sido director de la escuela de Grumetes, jefe de estadística del Estado Mayor de Marina, comandante del transporte "Santa Cruz", subprefecto de Puerto Madryn y de Río Chubut. En suma: he desempeñado puestos de actividad durante cincuenta y cuatro años. En 1906 me acogí a la ley de retiro, y continué como subprefecto de Madryn hasta 1917, año en que renuncié.

Y el capitán de fragata Leroux fondeó en la bahía del silencio.

Telmo Rimac

La poesía

LA lectura de los poetas es una necesidad impuesta por la naturaleza, e impera tanto en nosotros como la de nutrirnos. Hasta las horas de este pasto de nuestra sensibilidad están señaladas en la sabiduría de su código. Al comenzar el día, entre el rumor de los aires mansos y las "gracias a Dios" de los seres que despiertan del sueño; en la tarde, a la luz mustia del último rayo del sol que nos abandona, experimentamos ciertas sensaciones vagas y melancólicas cuya significación sólo puede dárnosla la ciencia del alma, que es la poesía. Entonces apelamos a los poetas, y ellos nos preparan con sus himnos armoniosos a comprender la solemnidad del día o de la noche en que vamos a entrar, y a conducirnos como hombres durante las veinticuatro horas de ese instante que media entre la aurora y el ocaso del sol.

Si hay cielos y climas propicios a la imaginación como los de Grecia e Italia, deben contarse entre ellos los del Nuevo Mundo, en donde sus primeros descubridores creyeron hallar el paraíso terrenal, y admiraron constelaciones desconocidas y esplendentes. No sólo el mundo material se agrandó con el hallazgo de América, sino que tomó creces con él la fuerza intelectual del hombre, a quien vemos desde fines del siglo XV desplegar mayor inventiva y audacia. Colón, piloto y cosmógrafo, se transforma en poeta en presencia de las primitivas y fragantes florestas, y dirige a los Reyes Católicos aquellos bellísimos trozos de poesía descriptiva, rebosando en profundo sentimiento de la naturaleza, que la historia nos ha dado a conocer con el humilde título de cartas. Su vida misma es una odisea, así como las narraciones de las proezas de los conquistadores pueden considerarse como romanceros escritos con sus espadas tintas en sangre de indígenas.

Pero existen hechos más positivos para demostrar la influencia que nuestro continente ejerce sobre las facultades de crear y de sentir. Los españoles no han notado esos hechos, siendo que se manifiestan por sí mismo. ¿Cómo podrá negarse que la musa épica de los castellanos es una Amazona americana? En sus manifestaciones más robustas y bellas es hija legítima y fruto propio de las regiones vírgenes en donde la luz, el aire, el agua, los vegetales, revelan misterios al pensamiento y a la expresión de quienes comprenden y oyen ese lenguaje.

Convienen los mejores críticos en que los poetas sobresalientes del parnaso de nuestros padres son tres: la Araucana, el Bernardo y la Cristiada. Pues bien, todos tres fueron escritos en América. El primero, por el noble batallador Ercilla; el segundo por un obispo, maestro tanto o más que Ovidio y Petrarca en achaques del corazón, apellidado Valbuena; el tercero por un santo varón que parece embriagado en el amor del crucificado cual hubiera bebido el vino hecho sangre de la última cena. En estas tres producciones resalta sin esfuerzo el sello impreso por el lugar en que fueron concebidos. Las octavas de Ercilla resuenan como clarines de guerra y pintan caracteres inquebrantables y hechos de bravura y de patriotismo dignos de los hijos jamás domados de las selvas y breñas de Arauco. La impetuosa fantasía de Valbuena corre con extremada libertad en sus cantos y complicados episodios, a remedo del magnífico desorden con que la naturaleza sembró los bosques de ceibas y desató los tortuosos torrentes sobre el suelo de las Antillas.

JUAN Mª GUTIERREZ



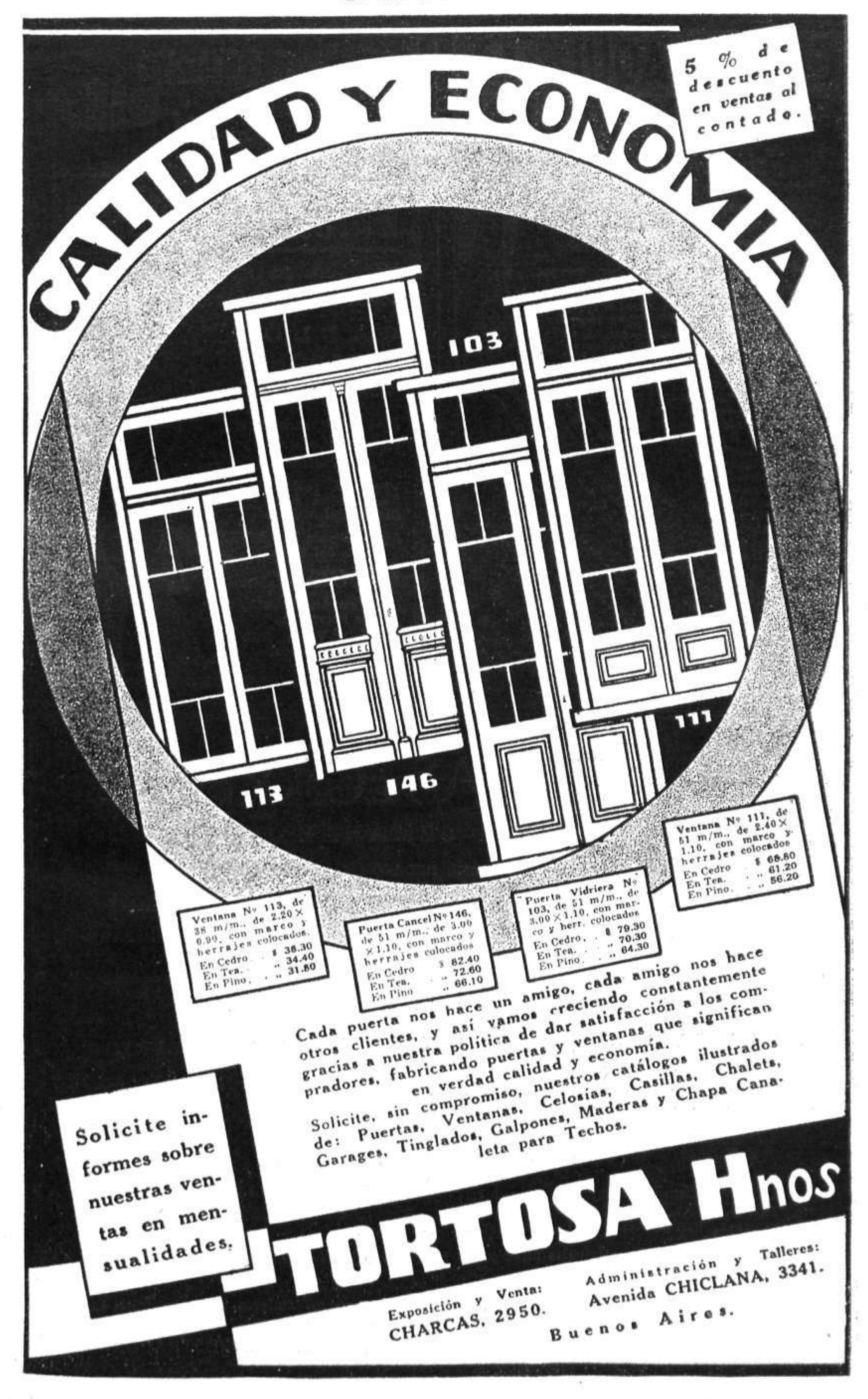
Belgrano y San Martín

ERA el primero un hombre manso y austero, sano y pensador, desinteresado y superior a todas las tentaciones del poder y de la gloria. No sobresalía del pueblo sino por el cultivo de su espíritu, por la fisonomía moral que le imprimían sus ideas, y por la lealtad con que, desde las más remotas manifestaciones de la inquietud social, se puso en la primera línea de los reformadores, chocando intereses bastardos, esclareciendo los derechos comunes e ilustrando, por medio de luminosas controversias, los problemas económicos y los principios salvadores. Prestigiado por su patriótico concurso en las guerras de 1806 y 1807, el pueblo lo arma en el día de la revolución, y encabezando soldados valerosos y voluntarios, es el primero que enarbola la bandera nacional y la consagra con victorias decisivas. Modesto en el triunfo, como era paciente y fuerte en la adversidad — aquel noble varón, el primer representante del pueblo bajo su faz guerrera, esquiva el poderío, rehuye los laureles, entrega sin resintimiento su puesto a los que ganan el prestigio que él pierde, — y termina en la desgracia y bajo la pesadumbre de la injusticia una vida ilustre por sus virtudes cívicas y su abnegación. Era Manuel Belgrano.

El otro es San Martín. Predilecto de la gloria, nació para la guerra. Tenía el numen que improvisa la victoria, la prudencia que la prepara sabiamente. El pueblo hizo de Belgrano un héroe. San Martín hizo del pueblo armado un ejército. Amenazada la última almena de la libertad suramericana, le arrebata una inspiración capaz de arredrar a quien no tuviera sus nervios de acero y su alma de espartano. Pero, ¿qué son las montañas erguidas sobre la cáscara del globo para estorbar la redención de pueblos que tienen Aníbales en la guerra y Cincinatos en la paz? San Martín salvó la Revolución y la condujo triunfante por tres naciones, cuya libertad aseguró, huyendo del teatro político sin escuchar los llamamientos de su ambición, gozoso de haber completado la obra más hermosa que se haya acometido en el Nuevo Mundo con hierro y sangre.

Belgrano y San Martín son las dos grandiosas personificaciones del sentimiento americano y de la edad homérica de la patria. Explican una faz entera de la Revolución, porque tuvieron todos sus instintos y sólo sus pasiones, todos sus propósitos y sólo sus ideas.

JOSE MANUEL ESTRADA


CALIDAD Y ECONOMIA
5 % de descuento en ventas al contado.
103
113
146
111
Ventana Nº 113, de 38 m/m., de 2.20 × 0.99, con marco y herrajes colocados.
En Cedro $ 38.30
En Tea. „ 34.40
En Pino. „ 31.80
Puerta Cancel Nº 146, de 51 m/m., de 3.00 × 1.10, con marco y herrajes colocados
En Cedro $ 82.40
En Tea. „ 72.60
En Pino „ 66.10
Puerta Vidriera Nº 103, de 51 m/m., de 3.00 × 1.10, con marco y herr. colocados
En Cedro, $ 79.30
En Tea. „ 70.30
En Pino. „ 64.30
Ventana Nº 111, de 51 m/m., de 2.40 × 1.10, con marco y herrajes colocados
En Cedro $ 68.80
En Tea. „ 61.20
En Pino. „ 56.20
Cada puerta nos hace un amigo, cada amigo nos hace otros clientes, y así vamos creciendo constantemente gracias a nuestra política de dar satisfacción a los compradores, fabricando puertas y ventanas que significan en verdad calidad y economía.
Solicite, sin compromiso, nuestros catálogos ilustrados de: Puertas, Ventanas, Celosías, Casillas, Chalets, Garages, Tinglados, Galpones, Maderas y Chapa Canaleta para Techos.
Solicite informes sobre nuestras ventas en mensualidades.
TORTOSA Hnos
Exposición y Venta: CHARCAS, 2950.
Administración y Talleres: Avenida CHICLANA, 3341.
Buenos Aires.



CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION

151, CHACABUCO, 155 - BUENOS AIRES

TELEFONOS: Unión Telefónica: Administración: 8080 (Rivadavia). Dirección: 8081 (Rivadavia). Sección Avisos: 8082 (Rivadavia). Talleres: 8083 (Rivadavia).

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

EN LA CAPITAL

Trimestre. . . . . $ 2.50
Semestre . . . . . . „ 5.—
Año . . . . „ 9.—
Número suelto . . 20 ctvs.
Número atrasado del corriente año. . 40 „

EN EL INTERIOR

Trimestre . . . . $ 3.—
Semestre. . . . . „ 6.—
Año . . . . „ 11.—
Número suelto . . 25 ctvs.
Número atrasado del corriente año. . 50 „

EN EL EXTERIOR

Trimestre . . . $ oro 2.—
Semestre . . . . „ „ 4.—
Año . . . . . . „ „ 8.—

Para Bolivia, Brasil, Costa Rica, Colombia, Cuba, Estados Unidos de América, España, Ecuador, Filipinas, Honduras, Méjico, Nicaragua, Perú, República Dominicana, San Salvador y Uruguay. Año . . . . $ oro **5.—**

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección aunque se publiquen.

Los repórteres, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros están provistos de una credencial, y se ruega no atender a quien no la presente.

EL ADMINISTRADOR

Sarmiento en la redacción



Cuantos más años transcurren, más grande y definitiva aparece la figura de este genial visionario, luchador sin igual, patriota a la manera de Abraham Lincoln, que tanto admirara él mismo. Sarmiento es, quizá, el único de los políticos argentinos que llegará a la verdadera posteridad con una silueta propia, rotunda y definitiva; es, con San Martín, la figura ejemplar que todo lo ejecutó, padeció y llevó adelante con la mente puesta en la grandeza de la patria futura.

EL DELEITE DEL POLEMISTA No vivía si no se le atacaba y se le ponía en trance de esgrimir su pluma inexorable. Así, cuando aparecía alguna hoja para atacarlo, gritaba, entusiasmado, sin importarle que lo vieran y oyeran:

—¡Tenemos fiesta! ¡Un periódico nuevo contra nosotros!

MISTIFICACIONES LITERARIAS Balzac, Jorge Sand, Musset y otros escritores franceses publicaron un libro que llevaba el título de "Los animales pintados por ellos mismos". Sarmiento era hombre que se enteraba de todo cuanto se publicaba y, llevado por su afán cultural, inmediatamente dedicaba el correspondiente estudio periodístico. Cuando le llegó el turno a la obra de referencia, después de un artículo laudatorio, publicó a continuación, como muestra, un capítulo de la obra. Era el referente a los gallos literarios, y en él aparecieron alusiones tan directas a sus contrincantes literarios que, al punto, sus lectores se percataron de que no había existido tal transcripción y que el escrito era una humorada del propio Sarmiento.

A LA MANERA DE... LARRA En medio de una polémica publicó un artículo plagado de las más atroces burlas contra la vieja escuela clásica. Sus adversarios se indignaron y Sarmiento, cuando se hubo gozado bien de la ignorancia y aspavientos de aquellos eruditos, descubrió la superchería y les enteró de que todo el escrito pertenecía a un escritor español, Larra, cuyas opiniones se había limitado a recoger de sus escritos aparecidos no hacía mucho en una edición que todos estaban en la obligación de haber conocido...

EL GENERAL CON LA IMPRENTA A CUESTAS En sus campañas militares llevaba siempre una imprenta. Era un armatoste pesado y primitivo. Sarmiento había adiestrado a sus hombres para entintar y, a guisa de prensa, imprimir a golpes de cepillo, como se hace aún para sacar pruebas. A fuerza de ejercicio y distribución del trabajo con movimientos casi mecánicos, aquellos cuatro hombres evolucionaban como el servicio de una batería de artillería. De día armaban las cajas en pocos minutos; de noche trabajaban con velones de sebo. Nunca hubo una hora de postergación en la aparición del Boletín y hasta se llegaron a reimprimir los números agotados.

EL PERIODISTA VALIENTE Y AMIGO DE LA VERDAD Era notorio que don Adolfo Mansilla, en la época de la tiranía de Rosas, con sus esbirros, había hecho quemar vivo en medio de la calle a un comerciante de apellido Martínez para apoderarse de sus bienes. Este señor había regresado a Buenos Aires y, aunque grandes y chicos, por la calle, sindicábanlo como el instigador de tan tremendo crimen, paseábase con toda indiferencia y tranquilidad. Sarmiento, desde las páginas de "El Nacional" hizo una verdadera campaña para que, si era cierta la imputación, aquel hombre dejara de ofender a la sociedad en cuyo seno se había acogido, y si sólo se trataba de una especie calumniosa, para que se defendiera y vindicara. Se produjo el consiguiente revuelo; pero el resultado fué que Adolfo Mansilla se vindicó plenamente y reconoció que ello lo debía nada más que al terrible y decisivo ataque de Sarmiento.

LAS ETERNAS QUEJAS CONTRA LOS MAESTROS Con frecuencia llegaban hasta el despacho de Sarmiento, padres de familia con fantásticas denuncias contra algunos maestros. Sarmiento, a veces sin disimular su mal humor, los recibía y, antes que empezaran a hablar, les decía:

—El maestro siempre tiene razón... Veamos, señora mía, qué queja es la que tiene contra su hijo...

Album de poe



Semejanzas

Brisa que en medio de la selva canta
Apacible rumor del oleaje,
Es el susurro de su blanco traje
Al deslizarse su ligera planta.
Luz de la estrella que, al caer la tarde,
De moribunda palidez se viste,
Es el reflejo cariñoso y triste
Que en los cristales de sus ojos arde.
Luna del seno de la mar naciente
Que va escalando en silencioso vuelo
Y con tranquila majestad el cielo,
Es el relieve de su tersa frente.
Plácido arrullo, que ocultar no sabe
De la paloma la ignorada pena
Y en el silencio de los bosques suena,
Es la armonía de su voz süave.
Cielo sin nubes que a la tierra envía
La luz y el fuego de su sol fecundo,
Cielo sin nubes de un azul profundo,
Es el cariño de la amada mía.

Rafael Obligado



Lágrima

Angel de mi terrestre paraíso,
estrella de mi noche funeraria,
arrullo de mi sueño desolado,
música de las selvas de mi patria,
tórtola triste
como una lágrima,
sombra de mi reposo,
¿a dónde va tu alma sin mi alma?

Vibración de mi espíritu, armonioso
impulso de mi carne fatigada,
atmósfera celeste de mi vida,
rumbo de mi existencia solitaria,
mitad errante
de mi esperanza,
que no te ven mis ojos.
¡"Allí" quedó tu alma sin mi alma!

Patria de mis risueñas ilusiones,
pupila de mis ojos arrancada,
caricias de mi madre enternecida,
descanso ¡ay! de la feroz batalla,
templo caído
de mi plegaria,
en la tierra, en el cielo,
¿a dónde irá tu alma sin mi alma?

Muda como los cráneos de la fosa,
sola como el desierto de la pampa,
mustia como los sauces del sepulcro,
triste como la última mirada,
como un sollozo,
como una lágrima,
¿así quedó tu alma sin la mía?
¡Así quedó mi alma sin tu alma!

Ricardo Gutiérrez

Fragmento de "Atlántida"

¡Ambito inmenso, abierto
De la latina raza al hondo anhelo!
El mar, el mar gigante, la montaña
En eterno coloquio con el cielo...
¡Y más allá el desierto!
Acá ríos que corren desbordados,
Allí valles que ondean
Como ríos eternos de verdura,
Los bosques con los bosques enlazados,
Doquier la libertad, doquier la vida
Palpitando en el aire, en la pradera
Y en explosión magnífica encendida!

¡Atlántida encantada
Que Platón presintió! Promesa de oro
Del porvenir humano, reservada
A la raza fecunda,
Cuyo seno engendró para la historia
Los césares del genio y de la espada:
Aquí va a realizar lo que no pudo
Del mundo antiguo en los escombros yertos:
¡La más bella visión de las visiones!
¡Al himno colosal de los desiertos
La eterna comunión de las naciones!

Olegario V. Andrade





A solas

¿Por qué el dolor nos oprime
y la duda nos espanta?
¿Por qué, cuando el ave canta,
la fuente solloza y gime?

¿Quién dió al viento sus rumores
en la tormenta o la calma
y puso la fe en el alma
como el perfume en las flores?

¡Oh Dios! Mi pecho se expande
cuando se abisma en tu seno,
concibiéndote más bueno
al concebirte más grande.

Te ve doquiera. Te siente
con entusiasmo profundo
en el astro moribundo
como en la estrella naciente

De la cuna al ataúd,
pido, al cruzar la existencia,
como un báculo la ciencia,
como un fanal la virtud.

Martín García Merou



Ofrenda

Despojo de las rudas tempestades
que el alma azotan como el mar profundo.
errante voy atravesando el mundo
al fulgor de siniestras claridades.

El espíritu soy de otras edades
germen de gloria y de pesar fecundo,
el poeta infeliz, el vagabundo
rimador de las hondas soledades.

Apóstol de lo bello, visionario,
trepo altivo y estoico en mi locura
el áspera pendiente del calvario,

y pidiendo al dolor la última nota,
adoro reverente la hermosura
arrojando a sus pies mi lira rota.

Diego Fernández Espiro



¡Adelante!

¡Ea, muchachos, es la aurora! ¡Arriba!
Tomad el hacha y el martillo, y vamos;
Si como ayer tenaces trabajamos,
El monte derribado caerá.
Alcemos con sus troncos nuestras casas,
Asilo de la enérgica pobreza;
Donde creció el jaral y la maleza
La viña lujuriante medrará.

Que el muelle cortesano la fortuna
Busque adulando a su señor adusto,
El torpe corazón siempre con susto
De perder de su afán el fruto vil;
Mientras él siembra el odio y la cizaña,
Nuestras robustas manos siembran trigo;
Mientras ve en cada hombre un enemigo,
Amémonos con pecho varonil.

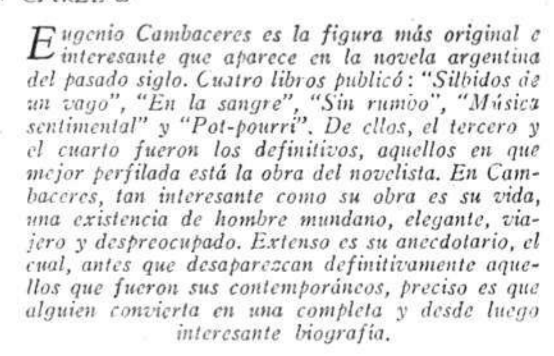
.. ..

Así avancemos como un haz; la ruta
Nos la haga más liviana el noble canto
Del poeta; las artes con su encanto
A nuestro rudo afán den galardón;
Busquemos la gran patria en que los hombres
Se reconozcan prósperos y hermanos,
Invitando a los pueblos soberanos
A seguir de los libres el pendón.

Y dulce será ver en nuestros lares
De la jornada al fin, todos reunidos,
A los seres amables y queridos
Que ennobleció el trabajo y la virtud;
Recordando los triunfos del pasado
En las largas veladas del invierno,
O elevando sus preces al Eterno
Que nos da la esperanza y la salud.

Carlos Guido y Spano

Fué Eugenio Cambaceres un escritor tan original como fecundo en anécdotas


Eugenio Cambaceres es la figura más original e interesante que aparece en la novela argentina del pasado siglo. Cuatro libros publicó: "Silbidos de un vago", "En la sangre", "Sin rumbo", "Música sentimental" y "Pot-pourri". De ellos, el tercero y el cuarto fueron los definitivos, aquellos en que mejor perfilada está la obra del novelista. En Cambaceres, tan interesante como su obra es su vida, una existencia de hombre mundano, elegante, viajero y despreocupado. Extenso es su anecdotario, el cual, antes que desaparezcan definitivamente aquellos que fueron sus contemporáneos, preciso es que alguien convierta en una completa y desde luego interesante biografía.

EL padre de Eugenio Cambaceres era de origen francés. Había llegado a nuestro país para aplicar sus conocimientos químicos a la industria saladeril y la preparación del tasajo. Hombre laborioso y con un espíritu emprendedor y económico, llegó a formar una importante fortuna, dejando a sus hijos con una sólida posición económica.

¶ Eugenio Cambaceres nació en el año 1843. Como todos los hombres de su época, alternó su juventud entre la vida campera, en los establecimientos ganaderos de los suyos, y la ciudad, donde pronto sentó fama de elegante y afortunado en lances amorosos.

¶ En la estancia paterna, "donde su señor padre lo tenía vejetando miserablemente al cuidado de una majada de ovejas, bajo pretexto de que, para que llegue el hombre a ser hombre, bueno es que coma "vache enragée", se hizo diestro en el uso de las armas de fuego. En "Música sentimental", él mismo explica cómo hizo el aprendizaje de la habilidad que tanto le serviría en su vida galante y caballeresca: "En las horas de la siesta en que no siente uno sino el calor que raja, ni oye más que el canto de las chicharras, ni ve otra cosa que el cardal, cuyos troncos apeñuscados y secos, temblando entre los vapores del campo, parecen batallones de fantasmas, en esos horas tremendas, matadoras, embrutecido de esplín y de fastidio, me dejaba caer sobre un sillón bajo el corredor de mi puesto, tiraba un corcho al suelo y, armado de una caja de balas, me pasaba las horas haciéndolo rebotar por el patio, más lejos cada vez, hasta que lo perdía de vista".

¶ Viviendo de sus rentas, sin tener nada que hacer, escribía o, mejor, comenzó a escribir, para matar el tiempo. Después de sus terribles ensayos en "Silbidos de un vago", tomó lo de escribir con más empeño. Un poco de amor propio y el consejo de algunos amigos sinceros y desinteresados le acuciaron para que insistiera.

¶ El padre de Cambaceres otorgó tanta libertad a sus hijos, que la casa solariega de la calle Alsina esquina Balcarce tenía dos entradas, una reservada exclusivamente para los jóvenes, quienes, así, por las noches, tenían puerta franca, sin tener que molestar a nadie.

¶ Extraordinariamente sensible, no toleraba ni el crujido de los herrajes de las puertas. En su residencia llegó a eliminar las de madera substituyéndolas por otras forradas de cuero. A veces, también, decía que las puertas quitaban perspectivas a las habitaciones y, para que ello no ocurriera, las substituía por otras con amplios espejos por ambos lados.

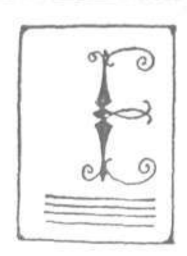
¶ Semanalmente reunía en su mesa a sus amigos más íntimos para charlar de literatura y de arte. La madre, venerable y risueña, presidía aquellas reuniones, en las que era grande el bullicio y la animación.





Del puerto de Baltimore salían los corsarios enarbolando bandera argentina

En la historia de nuestra marina hay un capítulo que no se ha escrito aún: el que corresponde a la acción de los corsarios. Entre aquellos hombres enamorados del mar y de la aventura, hubo un grupo numeroso de hijos de los Estados Unidos de Norte América. Salieron del puerto de Baltimore y, como Taylor, Chayter y Almeida, fueron la pesadilla de los marinos españoles. Algunos conquistaron fabulosas riquezas; otros, más entusiastas que ávidos de dinero, debieron pedir pensiones al gobierno del Plata y murieron pobres.



En los comienzos del año 1816, el rey Fernando VII, decidido a llevar una ofensiva contra el insignificante tráfico marítimo de las colonias rebeldes, decretó y estimuló la guerra de corso. A su vez, en nuestro país, el director Pueyrredón, ampliando la resolución anterior de la Junta de Gobierno del año 1812, con fecha 18 de noviembre, reglamentó el corso contra las naves españolas de cualquier especie, aunque fuera practicado por marinos extranjeros. De inmediato, el corso tomó incremento. En el año subsiguiente, no menos de cinco barcos con nuestra bandera se estacionaron frente a Cádiz y capturaron buenas presas, las que, según el escritor de la época Samuel Haig, se vendían a muy buen precio en el puerto de Buenos Aires. En poco tiempo, el tráfico comercial entre Cuba, Puerto Rico y los puertos de la Península se vió seriamente perjudicado sin que valieran para su defensa ni las patentes de corso otorgadas por el monarca, ni las naves de la real marina.

Como dato interesante, preciso es dejar constancia de que la mayoría de los barcos corsarios que enarbolaron nuestra bandera en aquellos días fueron armados en puertos de los Estados Unidos de Norte América, particularmente en el de Baltimore. Sobre un total de 36 barcos corsarios, 20, por lo menos, habían salido de aquel país, dándose el caso de que muchos de sus capitanes nunca hubieran llegado a las aguas del río de la Plata.

De los armadores norteamericanos, el más activo y decidido fué David de Forest, a quien se otorgaron las primeras seis patentes, después de las de Brown. Sus barcos, todos tuvieron destacada actuación. Uno solo de ellos, en un crucero de cinco meses por el Atlántico norte, llegó a capturar otras tantas presas. La goleta *Tucumán*, en el año 1817, en cuatro meses de corso, visitó, frente a la Habana y Cádiz, no menos de 93 embarcaciones, apresando 24. Además, su valiente comandante, Jorge Wilson, envió interesantes informes a Buenos Aires acerca del estado político de España.

Pero el más famoso de los corsarios de la Unión fué Diego Chayter, hijo de una aristocrática familia de Baltimore, ferviente republicano, que se presentó ante nuestras autoridades con una goleta armada de su propiedad, la *Independencia del Sud*. Largas fueron sus campañas, casi todas en los lugares de mayor peligro, siendo una sombra negra para los marinos españoles que salían de Cádiz, donde casi siempre estuvo estacionado. Diego Chayter fué un marino pundonoroso y digno, que practicó el corso más por amor a la libertad y obedeciendo a su espíritu de acción que acicateado por la sed de oro, ya que, después de una larga y peligrosa campaña que duró hasta el año 1820, terminó en la mayor pobreza y se vió en el trance de solicitar una pensión para aliviar las necesidades de su ancianidad.

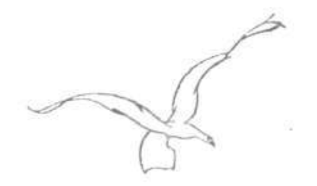
Almeida, que se inició con la goleta *Congreso*, de De Forest, adquirió ésta y prestó igualmente no pocos servicios a la causa de la Independencia, así como otros de no menos importancia como el traslado del coronel Manuel Dorrego, a quien Pueyrredón había expatriado a la isla de Haití. Las campañas de este corsario fueron fructíferas, llegando a enfrentarse con navíos de línea de potencia muy superior a la suya, tal como el *Fernando VII*, al que dejó en inferioridad de condiciones. Cayó en una oportunidad prisionero de los ingleses; pero, restituido al puerto de Baltimore, volvió a salir realizando en esta segunda campaña el reconocimiento de 167 buques. El monto de sus capturas ascendió a millones y sus hazañas bien merecen, como las de Chayter, la pluma de un novelista para su relato.

Otro de los marinos norteamericanos que practicaron el corso con bandera argentina fué Tomás Taylor, a quien le correspondió la gloria de ser uno de los primeros en enviar presas a Buenos Aires, con el *Zephir*, que fué declarado tal el 23 de octubre de 1815.

Aventureros, hijos del mar, enamorados de la fortuna, estos hombres constituyeron uno de los elementos que más contribuyeron a la desmoralización de las autoridades españolas. Fueron los primeros en dar a conocer nuestra bandera por los remotos mares y, en más de un caso, hicieron el mismo derroche de valor que el más aguerrido de nuestros héroes, y es que, por encima de todo interés, eran marinos, hombres libres y de espíritu fuerte.



La aviación militar



Gloria de los aviadores. – Vehículos aviación militar. – Las escuelas de

Por ADOLFO

Sobre las crueldades y horrores de la guerra universal, que fueron en gran parte obra de la aviación, quedó triunfante el recuerdo de las proezas aéreas. Perdura aún y se prolonga en la historia gráfica y en la evocación viviente que brinda el cinematógrafo.

El heroísmo está hecho de riesgo, de desafío, de audacia personal, conscientemente exteriorizados. La fuerza que afronta el peligro impulsada por la desesperación o buscando la muerte para liberarse del sacrificio constante y prolongado, no trasunta valor. Desde que el adelanto y perfeccionamiento de los elementos de destrucción suplantan al esfuerzo individual, las guerras, los combates, en una palabra, perdieron todo motivo de exaltación, para convertirse en masacres de carne humana y de hierros, de tierra y de sangre. El triunfo comenzó a ser del que mejores y mayor cantidad de máquinas destructoras poseía, y la eficacia de éstas se apreció tanto más cuanto menos riesgo aseguraba para los combatientes. El heroísmo desapareció y lo reemplazó el ataque aleve, misterioso, oculto, lejano, amparado en la distancia inalcanzable.

La gloria de la aviación

La aviación se salvó del desprecio universal. Tenía el encanto del aire inconquistado. Tenía la evocación sentimental de los pájaros llegados de pronto de tierras extrañas como para ser mensajeros de amistad aunque vinieran en actitud de águilas carniceras y asesinas. No representaban los aviones únicamente el ataque imprevisto, dificilísimo de repeler, traicionero, perpetrado en la noche, que se volvía así imposible para la tranquilidad en las aldeas indefensas. Representaba también, con frecuencia, el combate temerario, la lucha encarnizada en que la decisión, la inteligencia, el arrojo de un soldado, de corazón mejor templado que el motor trepidante de la máquina, lograban imponerse sobre la superioridad mecánica y material del adversario. Y aunque sucumbieran, los aviadores caían aureolados por la admiración del mundo.

Vehículos de progreso y de paz

La guerra estimuló el perfeccionamiento del vuelo mecánico, y pasada la ola de destrucción, el esfuerzo se prolongó en beneficio de la sociedad y de la civilización. La aviación se convirtió entonces en factor de progreso. Se convirtió en vehículo de paz, porque acercó los pueblos y fomentó el intercambio comercial; suprimió las fronteras inexpugnables, y al vencer a la naturaleza, redujo los recelos humanos.

Su influencia es actualmente decisiva, y el uso del avión está ya tan difundido, que en los anuncios comerciales detallan las fábricas de aeroplanos las características de velocidad, lujo y comodidades de las máquinas que venden. Ni más ni menos que "el último modelo de un automóvil".

Nuestra aviación militar

Desgraciadamente, en toda guerra futura el avión ejercerá una influencia decisiva. La nación que establezca el dominio del aire sobre zonas y puntos vitales del enemigo anulará su resistencia moral y material, provocando tal vez la paz antes de que los ejércitos o las fuerzas navales crucen sus armas. Quizá por esto la aviación se perpetúe en los tiempos con la misión de paz que ahora tiene.

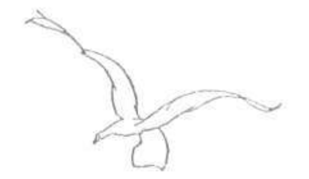
Pero es necesario, indispensable, acrecentar las fuerzas aéreas. Nuestra aviación militar se ha desarrollado bajo la acción de las dos instituciones armadas del país: el ejército y la marina. Necesita en estos momentos el impulso decisivo para colocarla en condiciones de cumplir con eficiencia su importantísima función.

Dispone de pilotos inteli-

Adolfo

y la aviación naval

de progreso y de paz. — Nuestra la armada. — Vuelos y experiencias.



L A N U S

gentes, expertos, decididos, laboriosos y tan entusiastas que están supliendo con su optimismo la falta de elementos materiales de que adolece sensiblemente.

La fábrica de aeroplanos montada en Córdoba no produce el número de máquinas suficiente para abastecer la demanda creciente del ejército y sobre todo para reemplazar los aparatos anticuados y en gran parte deficientes que constituyen el patrimonio actual.

Sería ocioso mencionar nombres propios para enaltecer los méritos de nuestros aviadores militares, como también lo sería citar cifras y estadísticas para poner de manifiesto la obligación patriótica de propender rápidamente a mejorar las condiciones de los aeroplanos destinados al ejército. Así y todo, la Dirección General de Aeronáutica Militar, que comanda actualmente el teniente coronel Angel María Zuloaga, registró, en 1930, 6142 horas de vuelos realizados por sus pilotos, lo que evidencia una actividad realmente admirable

La aviación naval

En mejores condiciones está sin duda, desde el punto de vista material, la aviación naval, organizada como arma auxiliar de la marina de guerra en 1922. Con anterioridad a ese año siete oficiales del cuerpo general de la armada, tres ingenieros y doce mecánicos fueron enviados al exterior para prepararse en la nueva arma, y con ellos se inició la escuela de Puerto Belgrano.

Hoy cuenta la armada con dos estaciones aeronavales, una en Puerto Belgrano y otra en Puerto Indio, y además dos destacamentos en Mar del Plata y Barragán, respectivamente.

De su adelanto puede dar idea el hecho de que en 1922 se cumplieron 800 horas de vuelo y en 1930 — ocho años después, — 3.700 horas.

La Dirección General de Navegación y Comunicaciones tiene bajo su dependencia a la División de Aviación Naval, cuyo jefe es el capitán de fragata Marcos A. Zar, y por su parte las escuelas que dependen de los jefes de las regiones navales son comandadas, la de Puerto Belgrano por el capitán de fragata Torcuato Monti y la de Punta Indio por el capitán de fragata Justo Galliano.

La actividad que desarrollan ambos institutos es intensa y de ella da prueba el crecido número de pilotos con que cuenta ahora esa fuerza aérea. El año pasado, por ejemplo, se dió término al séptimo curso de pilotos de hidroavión en la escuela de Puerto Belgrano y en la otra al curso elemental de aviación que sirve de preparación para los estudios superiores, cuya parte técnica, según los programas, está representada por las siguientes materias: nomenclatura y maniobras de aeroplanos; aerodinámica y teoría de vuelo; meteorología; motores, construcción y montaje; comunicaciones y fisiología e higiene aeronáuticas.

Posteriormente se completa esa instrucción con la práctica de vuelos, que se efectúa en aeroplanos terrestres.

Funciona, además, la escuela de aprendices aeronáuticos, de la cual egresaron diplomados el año próximo pasado diez y ocho marineros.

La cooperación con la escuadra

La aviación naval tiene a su cargo una función de capital importancia como arma auxiliar de la escuadra. En los variados problemas de táctica y estrategia, así como en misiones aerofotográficas, esto último en lo que se relaciona con la tarea característica de la División de Hidrografía, su colaboración ha sido en los años anteriores y el presente de una eficacia indiscutible. Pero debe tenerse presente que, en cumplimiento de la ley de armamentos votada hace cuatro o cinco años, la aviación naval adquirió elementos modernos, entre los que figuraron los aviones Southampton. La índole especial de los trabajos y la conveniencia de mantenerlos en reserva, impiden que ellos trasciendan al público, que ignora la labor callada de patriótico sacrificio que realizan constantemente nuestros aviadores navales.

Lanús

FIRMAS VENEZOLANAS



LA MUSIÚA

Por

Carlos Héctor Larrazábal

ESPECIAL PARA "CARAS Y CARETAS"

Guarenas, como casi todos los pueblos de Venezuela, tiene una gallera: es un circo muy semejante a una plaza de toros, toda techada con chapas de cinc, de modo que la lluvia no impide la riña; alrededor de la pista se alzan diez o quince gradas de madera que los domingos por la tarde se llenan de hombres apasionados por esa desagradable diversión. El juez, ubicado en un palco inmediato a la pista, con un reloj y una campanilla, dirige el espectáculo. Se agita la campanilla y saltan al redondel los dos animales, que de inmediato comienzan a agredirse con el pico y los espolones, saltando simultáneamente el uno sobre el otro. Se produce tal vocerío infernal e incomprensible, que a más de cien metros de distancia de la gallera llega el rumor de los gritos: son las apuestas ventajosas que ofrecen los unos y la aceptación de los otros. A pocos segundos, muchos advierten:

—¡Tiempo, señor juez, tiempo!

El aludido consulta el reloj y oportunamente agita la campanilla. Los dos propietarios saltan al redondel, toma cada uno su animal y lo refresca rociándolo con aguardiente (1); luego continúa la lucha, con sus campanillazos y alternativas, hasta que uno de los dos contendores, sacudiendo las alas, canta su victoria.

Hacía más de cinco lustros que Ruperto Rojas acondicionaba sus propios gallos de riña. Llegó a poseer más de 130, pagando por muchos de ellos hasta dos mil bolívares (2); eran seleccionados, casi todos de Aragua, afamados por su bravura y resistencia. En esto insumió gran parte de su herencia. En su casa, ya venida muy a menos, pero que en épocas mejores fué un grande almacén de mercaderías generales y a la vez fonda y ranchería (3), no había sitio que no estuviese ocupado por guacales (4), que servían de celda a los gallos, y gallos atados a una cuerda en el corral, en la cocina, en el patio, en el comedor, en el vestíbulo. El, personalmente, como todo buen gallero, les tusaba el pescuezo, los careaba (5), contaba los granos de maíz y medía el agua que debía servirles según el período del acondicionamiento. Ruperto Rojas no sabía hablar de nada que no se refiriese a gallos; tocando este tema, era parlanchín, comunicativo y entusiasta. Su mujer y su hija, en cambio, vivían amargadas viéndose pospuestas en su afecto y atormentadas con el constante y desapacible cantar de aquellos animales. Remigio, el mayor de los hijos, era, como su padre, un gallero de pura cepa, y esto llenaba de contento y de orgullo el ánimo de Ruperto Rojas.

—Es muy hijo de su padre — exclamaba éste siempre que se trataba de la afición del mozo.

Por aquella época vivía en Guarenas Berta Falkenhagen, viuda de *musiú* Federico (6). Tres años antes *musiú* Federico había llegado al pueblo con una pinza de sacar muelas y se titulaba dentista. Mientras éste esperaba en el *estudio* a que llegasen clientes, Berta, joven y bonita, formaba buena amistad con el médico, hombre adinerado; la murmuración levantó muy alto la voz; pero Berta hizo más tarde buena amistad con el dueño de la farmacia, y luego con el jefe del correo. La *musiúa* revolucionó la paz y la moral de aquella población honesta. Las señoras le hacían la cruz como al espíritu malo.

(1) Alcohol de caña dulce rebajado a 25 grados.
(2) Bolívar: unidad monetaria de Venezuela, equivalente a veinte centavos oro.

(3) Ranchería: lugar donde los carreros guardan por la noche sus carros y tienen pesebre para sus bestias.
(4) Guacales: esqueletos de madera.
(5) Carear: entrenar los animales haciéndolos picar en falso para robustecerles el pescuezo.
(6) Musiú: nombre que se da en Venezuela a los extranjeros, excepto a los sudamericanos y españoles.

A los dos años murió *musiú* Federico, y las mujeres se halagaron pensando que ya la viuda no tendría nada que hacer en Guarenas y que se volvería a su tierra; pero no se volvió; con las poderosas antenas de su encanto había atrapado a Remigio, inexperto mocetón de 22 años. Aquellas relaciones fueron las más ocultas o de las que menos se murmuró, debido quizás a la humilde condición del mozo.



MAMA—dijo una vez Remigio,—¿sabe que tengo ganas de casarme?

—A según y con quién.

—Tal vez usté ponga reparos.

—Ansina será cuando ti estás curando en salú.

—Ella no es mala...; la miran con envidia.

—¡Hum! ¡Zape!

—Yo le porfío que no es mala; es la viuda.

—¿La viuda? ¿La *musiúa* Berta? Muchacho, tú tienes a Mandinga en el cuerpo; corre a confesarte.

—Ya lo he rumiao bastante y lo tengo resolvido.

—Güeno, ésta es mi contesta: si te casas con la *musiúa*, cuenta que tu madre ha muerto.

—Mama, no diga ansina. Dios me la conserve muchos años y sanita como al presente.

Queriendo la madre evitar aquel casamiento que la atormentaba como una desgracia, le comunicó a su marido lo que ocurría. Dos días después, cuando Ruperto Rojas y Remigio terminaron de carear un *cabezón* de Aragua y un *patilargo* de Valencia, el padre habló:

—A según me dicen, andas en enredos con la *musiúa*.

—Y yo no lo niego.

—Ta güeno que no lo niegues; pero te prevengo que pa hija no la quiero ni pintada en la paré.

—Vea, tata, la viuda me quiere; eso está probao, y yo también la quiero a ella.

—Te quiere a ti como quiso a su marido, como quiso al dotor y como quiso a...

—No hable del pasao, tata; yo no miro pa trás, yo veo pa lante.

—Tú eres un chiquillo. ¡Lástima de ese cuerpazo que tienes! El hombre, manque tenga canas, si no tiene juerza de voluntá, es un niño. Te digo que la *musiúa* es yerba venenosa y si tú tuvieras juerza de voluntá te venías pal güen camino.

—¿Juerza de voluntá? ¿Y usté la ha tenido, tata?

—Hasta hoy he cumplido como güeno, manque me sea feo el decirlo.

—Como güeno, sí; pero todos tenemos voluntá pa dejar una cosa que no nos guste; si nos encariñamos una migajita con algo que nos agrada...

—¿Y qué pretendes echarme en cara?

—¡Gua! Los gallos son un vicio, y a usté lo han arruinao, no lo niegue, y son el tormento de mi mama y de la pobre Dolorita, y, sin embargo, usté lo deja toíto por un gallo.

El padre reflexionó un momento y luego repuso:

—Llevas razón, Remigio; antes no había caido en eso ni nadien me lo previno; pero fijate que tu padre no es un muñeco; tiene juerza de voluntá: desde hoy, te digo, no piso más la gallera. Anda a llamar a tu padrino Ciriaco.

El mozo salió a cumplir la orden. El gallero clavó la mirada en el piso y quedó inmóvil, dominado por un pensamiento doloroso. Poco después regresó Remigio acompañado de su padrino.

—Compadre Ciriaco, llévese todos mis gallos, y usté me los pagará a como vaya pudiendo.

—¿Qué me dice, compadre? ¿Ta loco?

—¿No me entiende? Por vida suyita, llévese todos mis gallos; no los quiero más en mi casa, y lléveselos aurita mismo, que cuando güelva no encuentre ningunito.

Y salió, pálido de emoción, a dar una vuelta, a respirar hondo bajo los árboles de la plaza.

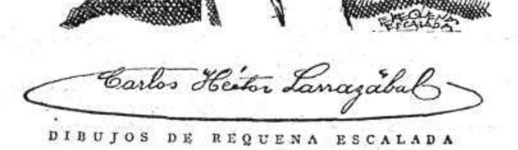
Después encontró su casa tan triste como un cementerio; ya nada le alegraba; pero guardó en silencio su pena y nunca más habló de gallos ni pisó la gallera.

NADIE se explicaba aquella transformación de Ruperto Rojas. ¿Qué había pasado en el alma de aquel hombre que desde joven consagró su entusiasmo y su energía a la riña de gallos, y ahora le daba la espalda, como si se tratase de algo que no hubiese conocido o de algo que hubiese aborrecido siempre? Sólo Remigio estaba en el secreto.

Y un día, después de seis meses, se acercó el hijo, emocionado:

—Tata, si usté tiene fuerza de voluntá, porque lo ha probao, aquí está otro que también la tiene; su hijo de usté tampoco es un muñeco: ya he despachao la *musiúa;* va camino de Petare.

—¡Eres muy hijo mío! —exclamó Ruperto, satisfecho, y cordialmente estrechó entre sus brazos a Remigio.



DIBUJOS DE REQUENA ESCALADA

José Ignacio Zenteno, el chileno que vendió su boliche para ayudar a San Martín



EN la mañana del 13 de enero de 1816, el general San Martín, acompañado por Pedro Mohando, uno de sus asistentes de confianza, llegó a un rancho ubicado en los alrededores de la parte norte de la capital mendocina. En aquel rancho, un emigrado chileno, don José Ignacio Zenteno, para subvenir a sus necesidades, había establecido un boliche que atendía personalmente.

San Martín, después de llamar ligeramente a la puerta, como nadie respondiera, penetró en la sala del despacho. Una mulatita que hacía las veces de sirvienta, luego de acudir, fué la encargada de anunciar al amo tan importante como madrugadora visita.

A los pocos minutos, solícito y gozoso, pareció Zenteno.

Zenteno conocía personalmente a su ilustre visitante. Varias veces el general le había hablado de Chile, de sus hombres. En no pocas oportunidades, San Martín, con esa penetración que en todo momento fué la poderosa auxiliar de su temperamento, consciente de que era aquél un elemento importante para la feliz realización de su proyecto liberador, habíale interrogado sobre hombres, recursos y costumbres del otro lado de la Cordillera.

Cumplidos los primeros saludos, directa y abiertamente, el general le dijo a Zenteno:

—Amigo, necesito un hombre dispuesto a sacrificarse por la libertad de Chile. Vengo a usted para que me lo indique entre sus compatriotas asilados en San Juan o Mendoza. El asunto apremia. De manera que, le suplico, es de importancia que haga ahora mismo la elección.

Zenteno, humildemente, arriesgó:

—Perdone, mi general, si le pregunto si esta comisión proporcionará recompensas personales de cualquier especie.

—Creo que sí — replicó San Martín. — Es muy posible que el comisionado muera de hambre o de frío. También es probable que, si tiene la desgracia de salvarse de estas dos calamidades, tenga la ventura de caer bajo las balas de alguna patrulla realista oculta en un desfiladero de la Cordillera...

—Muy bien, mi general. — declaró el bolichero. — Ya tengo el hombre que usted y la patria necesitan.

—¿Lo conozco yo?

—Sí, mi general.

—¿Quién es?

—José Ignacio Zenteno, quien, antes de una hora, se presentará en su despacho para recibir órdenes. Prevéngole que irá armado y equipado como para entrar en campaña.

—¡Muchas gracias, amigo Zenteno! — exclamó San Martín. — Pero... ¡eso no puede ser! Usted tiene otro deber ineludible que es el de velar por los que dependen de su trabajo diario, y aun no ha llegado el momento de olvidarlo todo. Piense. Deme el nombre de otro candidato.

—Si ésa es su opinión, mi general, no insisto, por el momento; pero, le suplico me conceda un poco de tiempo para meditar. A mediodía tendrá mi respuesta.

San Martín le estrechó ambas manos y abandonó el boliche seguido por su asistente.

Antes del plazo fijado, ya estaba el chileno Zenteno en el cuartel de San Martín, pidiendo hablar con el ayudante de servicio. El general lo hizo pasar sin tardanza y, al tenerlo en su presencia, escuchó estas palabras de Zenteno:

—Mi general, acabo de encontrar medios para asegurar a mis pequeños dos años de recursos...

—¿Qué ha hecho usted?

—He vendido el boliche. Vengo, ahora, a recibir sus instrucciones.

—¡Pero, Zenteno! ¿Cómo abandona a sus hijos?

—General, he pensado que un buen patriota, un chileno, antes que pan, debe dar patria a sus hijos.

San Martín lo abrazó, conmovido:

—Zenteno, usted fué siempre mi candidato. Quiero que usted, desde hoy, sea el secretario del ejército de los Andes.

* * *

El 29 del mismo mes de enero, el gobierno designó a Zenteno para desempeñar tal empleo con la asignación mensual de veinticinco pesos fuertes.

Más tarde, San Martín fué el Libertador de un continente, y Zenteno, el abnegado y desprendido "bolichero", el organizador del ejército y la armada de su patria.



¶ UNAS PALABRAS QUE NO DEBIERAN OLVIDAR LOS AMERICANOS DE TODOS LOS TIEMPOS: "ANTES QUE PAN, UN PATRIOTA DEBE DAR PATRIA A SUS HIJOS".